
NURIA LLOP
UN ASUNTO
DELICADO


NURIA LLOP
UN ASUNTO
DELICADO
VERSÁTIL
narrativa

Título: Un asunto delicado

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.ª edición: abril 2024

Calle Muntaner, 423, planta 2

08021 Barcelona

www.ed-versatil.com

1

Barcelona, 1921

El timbre del teléfono a las diez de la mañana sobresaltó a Blanca Lledó. Aún no se había acostumbrado al sonido estridente de aquel aparato moderno que había hecho instalar la semana anterior junto a la entrada privada de la casa. Podía contar con los dedos de una mano las llamadas que había recibido desde entonces. Ella, por la curiosidad de probarlo, había realizado unas cuantas más.

Dejó el periódico sobre la mesa de la cocina, donde estaba desayunando, y fue a atender la llamada. Descolgó el auricular y carraspeó antes de asir aquel artilugio con forma de candelero y acercarse el micrófono a la boca para pronunciar con formalidad: «Residencia de artistas Lledó». La amable voz de la telefonista le informó de que daba paso a su interlocutor. El hombre se identificó como Ricardo Arbona, y Blanca se presentó a su vez. Por un momento temió que su próximo huésped, al que esperaba dentro de dos días, fuera a anular la reserva.

—Disculpe, señora Lledó, ¿habría algún problema si llego este mediodía? Calculo que en un par de horas estaré ya en Barcelona.

—Ah… No, no hay problema, no. —Solo uno muy pequeño que podía solventar—. Su habitación estará disponible a partir de la una, si le parece bien. Es probable que si llega antes no pueda recibirle adecuadamente.

—A la una me va estupendo. Es en la primera planta del edificio, ¿verdad? Me anoté el nombre de la calle: Muntaner. Y el número, pero no el piso.

—En la primera, sí. La puerta que queda a la izquierda al salir del ascensor. Verá una placa dorada que lo indica. La de la derecha también pertenece a la casa, pero es la que utilizamos como entrada

privada para la familia.

—Bien. Gracias. Y disculpe por el cambio de planes. Hasta luego.

Un clic sonó en el auricular y la telefonista le preguntó si la llamada había finalizado. Blanca respondió que sí, ancló aquella especie de trompetilla y dejó el teléfono suavemente sobre la consola del pasillo, pensando en que el señor Arbona tenía una voz agradable. Incluso a través de aquel aparato que parecía crepitar, sonaba limpia, enérgica y con unos graves envolventes.

Regresó a la cocina y continuó con el desayuno y la lectura de La Vanguardia, que ese miércoles, 2 de noviembre, seguía dedicando unas cuantas columnas a la campaña de Marruecos. Las leyó por encima para no entristecerse por los heridos de guerra que seguían llegando a la península, y se centró en la información sobre la ciudad mientras aguardaba el regreso de Juanita, la única persona del servicio doméstico que podía permitirse. Debía avisarla del cambio de planes del nuevo huésped.

En cuanto la criada entró en la cocina, de vuelta de sus primeras tareas diarias, Blanca dio por concluida la lectura.

—¿Alguna noticia importante, señora?

—Pocas, Juanita. Han inaugurado unas escuelas en las afueras de la ciudad para trescientos alumnos. La mitad serán niñas.

—¡Niñas! Bien, algo es algo —expresó mientras se ataba el delantal blanco del uniforme del servicio.

Aunque no hubiera más sirvientas, las formas eran muy importantes para Blanca Lledó.

—Eso mismo pienso yo. Aún quedan muchas por escolarizar, pero espero que poco a poco…

—Qué optimista es usted, señora. A los hombres no les interesa que las mujeres aprendamos demasiado, no vaya a ser que dejemos de lavarles los calzoncillos y de agacharnos a sus pies para ponerles las pantuflas.

Blanca sonrió, pero no quiso entrar en un tema del que podrían hablar durante horas, así que mencionó otras noticias: la gran afluencia de visitantes en los cementerios de la ciudad el día anterior, la continua llegada de turistas a Barcelona y la infructuosa búsqueda de uno de los autores del atentado mortal contra D. Eduardo Dato, el presidente del gobierno, a principios de marzo. Justo el día que ella inauguraba su residencia de artistas.

—Ah, y un ligero contratiempo para nosotras, Juanita. El señor Arbona, el escritor, llegará hoy en lugar de pasado mañana. A la una. Deberemos apresurarnos al volver de la misa de difuntos.

—Puedo regresar yo sola en cuanto acabe, señora. No hace falta que corra usted —se ofreció la mujer mientras ponía al fuego una cacerola con agua.

—Ya sabes que me gusta recibir a mis artistas personalmente. Y, si quieres que te diga la verdad, casi agradezco tener un motivo para escapar de la charla banal que siempre soporto al salir de la iglesia y de los inevitables cotilleos que me interesan bien poco. No, volveremos juntas.

—Lo que usted mande, señora. Entonces, ¿preparo comida para uno más?

—No será necesario. Uno de los huéspedes, el ilustrador, está indispuesto. Dudo que le apetezca comer. Ya he llamado al doctor Velarde. Pasará a visitarlo en cuanto le sea posible. —Se levantó para poner fin a la breve conversación—. Voy a terminar de arreglarme. Saldremos en cuarenta minutos. Espero que el médico llegue antes o tendrás que quedarte a esperarlo.

Pero eso de «lo que usted mande» era un decir. Juanita no se mordía la lengua.

—¿Y no puede abrirle la puerta ese amigo suyo que viene todos los miércoles para llevarle las cuentas? Ya debe de estar al caer.

—Podría, pero no quiero. Bastante hace Ramón por mí al ayudarme desinteresadamente con la contabilidad del negocio.

—Una horita a la semana tampoco es tanto sacrificio, digo yo —opinó la criada, blandiendo en el aire el cuchillo con que cortaba unas verduras.

A pesar de que solo llevaba dos años trabajando para Blanca, Juanita la trataba como si la hubiera visto nacer. Ella toleraba aquel exceso de confianza porque andaba a la par con su eficiencia. La mujer mantenía la casa impecable, cocinaba bien y se encargaba de la colada, además de acompañar a su hija Eulalia cada mañana a la Institución Teresiana y de recogerla cada tarde. Para Blanca Lledó, la ayuda de aquella avispada y resuelta albaceteña de cuarenta y cuatro años era inestimable, y la compensaba con un buen salario.

También querría compensar a Ramón, pero él se negaba a aceptar una sola peseta por esa hora semanal que pasaba en el pequeño despacho de la vivienda, rodeado de facturas, recibos y demás papelajos que a ella la abrumaban.

El mentado Ramón llegó a las once de la mañana, puntual como siempre, y, tras el intercambio de saludos amistosos, se encerró en el despacho.

Media hora después, sin que el médico hubiera llegado, Blanca se despedía de Ramón y de la criada y se encaminaba hacia la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya. No era la más cercana a su casa, pero sí la que estaba de moda entre la burguesía barcelonesa desde hacía algunos años, y a la que ella —burguesa de cuna— acudía todos los domingos.

El doctor Velarde no apareció hasta quince minutos más tarde. Juanita lo acompañó a la habitación del enfermo y luego, ya con el abrigo y el sombrero puestos, fue a informar a Ramón Sureda de que se marchaba.

—Bien. Gracias, Juanita. Yo no tardaré en irme.

—Lo supongo. Siempre se va usted a las doce.

—¿Tienes algo que objetar? —replicó con severidad.

La criada hizo una mueca de extrañeza.

—¿Algo que qué?

—Que si tienes alguna queja de mis horarios.

—Ah, no, ¡válgame Dios! ¿Por qué iba yo a quejarme de usted? Solo era un comentario.

—En ese caso, te pido disculpas por haber sido algo brusco. Es que, cuando estoy metido de lleno en los números, me molesta que me interrumpan —explicó él, esbozando una sonrisa.

—Claro, claro. No se apure, que ya me voy. Llego tarde a la misa de difuntos y tengo muchos por los que rezar. Hala, vaya usted con Dios, don Ramón.

Aunque Juanita nunca entraba ni salía por la puerta reservada a los residentes, llevaba demasiada prisa para recorrer todo el pasillo con forma de U, que comunicaba la zona privada de la casa con la destinada al alojamiento de los artistas. Solo se permitió unos segundos de demora para comprobar, con un vistazo rápido, que la habitación adjudicada al escritor estuviera lista para ser ocupada.

Sí, lo estaba. Desde hacía una semana, cuando se marchó el último huésped que se había alojado allí y ella misma la adecentó para el siguiente. El lunes le había dado un repaso y estaba impecable.

Cerró la puerta y dejó la llave en el cajón de la consola del vestíbulo, donde guardaba las copias de las correspondientes a las cuatro habitaciones para artistas. Rogando por que el ilustrador no hubiera contraído alguna enfermedad infecciosa, lo que podía espantar a los demás huéspedes y a los posibles futuros residentes, se dirigió hacia la iglesia con paso rápido y la cabeza gacha a fin de no distraerse con nada durante el trayecto.

El mismo caminar llevaba el hombre que entró en el portal del que Juanita acababa de salir; aunque distraerse no era lo que él trataba de evitar, sino que intentaba pasar desapercibido. La americana gris de tweed y la gorra calada hasta las cejas no lo hacían especialmente destacable entre el resto de viandantes masculinos. Tampoco la discreta bolsa de viaje en la que llevaba sus pertenencias, pues había más de un turista en esa zona. Cruzó el vestíbulo del edificio con más rapidez aún y

subió por la escalera hasta la primera planta. Del bolsillo del pantalón sacó la llave que había guardado durante tanto tiempo, la introdujo en la cerradura de la puerta que ahora se utilizaba como entrada privada y, con el máximo sigilo, se adentró en la casa.

2

Ricardo Arbona pagó el café que se acababa de tomar en un bar cercano a la residencia de artistas en la que tenía previsto pasar un par de semanas y hacia allí se dirigió. Ya era la una. La señora Lledó podría «recibirle adecuadamente». Ricardo no sabía qué había querido decir con eso aquella mujer, pero prefirió no incomodarla presentándose antes de la hora acordada; bastante hacía ya con aceptar de buen grado su llegada con dos días de adelanto.

El vestíbulo del edificio era amplio y regio, nada que ver con el de su casa en Madrid. La escalera de mármol, a la derecha, contrastaba con la estructura central de hierro forjado tras la que se ubicaba el ascensor, y con la ornada puerta de madera y cristal que debía de dar acceso a la vivienda de los porteros. Todo eran curvas sinuosas y motivos vegetales, muy propio de aquella corriente artística llamada modernismo que tanto había cuajado en Cataluña a finales del siglo anterior. Aunque Ricardo Arbona no era un entendido en arte, su profesión de periodista y una innata curiosidad le hacían saber un poco de todo. Le fascinó aquel vestíbulo y se dijo que esa misma tarde se acercaría hasta la Sagrada Familia para ver in situ aquella catedral en construcción, diseñada por el reconocido arquitecto Antonio Gaudí, que había visto en unas pocas fotografías.

Al salir del ascensor, distinguió enseguida la placa dorada que indicaba la entrada a la residencia de artistas. Pulsó el timbre y se peinó con los dedos mientras oía el paso de unos tacones que se acercaban.

La mujer que abrió la puerta, con una estudiada sonrisa, era alta y espigada. Su vestimenta acentuaba esa impresión: traje negro de corte sobrio, la falda casi hasta los tobillos y la chaqueta larga abotonada. Bajo el traje, una blusa blanca de cuello alto. El rostro sobre ese cuello era ovalado y un tanto pálido; apenas llevaba maquillaje. El cabello castaño oscuro, recogido de algún modo, y unos ojos almendrados de color marrón le daban un aspecto severo a la vez que entristecido. Quizá estaba de luto, pensó Ricardo. Ella

no tardó en sacarlo de dudas.

—¿Señor Arbona? Bienvenido a la Residencia de Artistas Lledó. Pase, por favor. Y no ponga esa cara de circunstancias. Imagino que parece que se me ha muerto alguien, pero no. —Su sonrisa se amplió al tiempo que extendía un brazo hacia una pequeña estancia que hacía las veces de recepción—. Por aquí, si es tan amable. Debo formalizar el registro de su entrada. Lamento no tener un mozo que le lleve la maleta.

—Ah, no, no importa. Estoy acostumbrado a cargarla yo. Viajo a menudo.

La mujer se situó tras el mostrador de madera noble. Parecía algo inquieta.

—Acabo de volver de la misa de difuntos, por eso voy vestida así.

—Ah, claro —comprendió él, aliviado por no haber llegado en un momento delicado.

—Disculpe, todavía no me he presentado. Soy Blanca Lledó, la propietaria de la residencia de artistas.

—Encantado de conocerla. En persona —puntualizó.

—El placer es mío, señor Arbona. ¿Es la primera vez que viene a Barcelona? —le preguntó mientras anotaba en un formulario la fecha y la hora de su llegada.

—Pues sí, la primera.

—Espero que le guste la ciudad. Y que encuentre la inspiración que ha venido a buscar. En la solicitud de reserva indicó que iba a escribir una novela policíaca ambientada en los bajos fondos.

—Esa es mi intención, sí.

—Yo no los frecuento, por supuesto, pero…

«Por supuesto», repitió la mente de Ricardo. Todo lo que había visto desde que entrara en el portal olía a burguesía acomodada, y Blanca

Lledó encajaba a la perfección en ese mundo que no solía mezclarse con el de la miseria si no era a causa de obras benéficas. Por eso, el ofrecimiento que le hizo la mujer de que estaba a su disposición para cualquier cosa que necesitara, incluso información y asesoría para la novela, le pareció un tanto absurdo.

—Siempre ayudo a los residentes en todo lo que está en mi mano —continuó la señora Lledó—. También intento fomentar el intercambio de ideas entre ellos, aconsejándoles que realicen juntos las tres comidas del día. Esta semana coincidirá usted con un músico, un ilustrador y una guionista de cine. Después se los presentaré.

Le entregó el formulario que había rellenado mientras hablaba y le pidió que lo revisara y lo firmara. Ricardo comprobó sus señas de Madrid, su fecha de nacimiento, profesión, estado civil, motivo de la estancia… Todos aquellos datos se los había proporcionado ya por escrito cuando solicitó el alojamiento. Le había recomendado la residencia un compañero del periódico que la conocía por el amigo de un amigo. Poco le había contado aquel periodista sobre el lugar, solo que era nuevo, acogedor y que se hallaba bien situado en la zona del Ensanche de Barcelona, y Ricardo prefirió probar esa opción que meterse en una pensión. El precio era asequible a su bolsillo, y por lo que había visto del edificio, podría decir que muy barato. Tal vez esa mujer fuera una especie de mecenas, pensó Ricardo.

Cuando le devolvió el formulario firmado, ella comentó:

—Tiene usted la misma edad que mi hermana pequeña, ¿sabe? Treinta y seis años.

—¿Pequeña? ¿En serio? No parece usted mayor que yo —la piropeó Ricardo, al que no le faltaba labia con las féminas.

Blanca Lledó elevó las cejas y lo miró con incredulidad durante dos segundos. Luego, salió de detrás del mostrador y le pidió que la acompañara a un recorrido por la casa.

—Así, cuando le muestre su habitación, podrá instalarse y descansar del viaje hasta la hora de comer. No mucho, ya que la comida se

sirve a las dos. Le enseñaré dónde.

También le mostró la biblioteca, el excusado, el cuarto de baño y le señaló las puertas de las estancias privadas de la familia. Terminaron en la cocina, donde le presentó a Juanita: una mujer robusta, de estatura media y rostro rubicundo de expresión afable. El aroma que desprendía lo que cocinaba abrió el apetito de Ricardo.

—Huele de maravilla. Estoy deseando que sean las dos.

La cocinera y criada para todo, según le dijo la propietaria, soltó una carcajada estentórea.

—Ah, qué adulador es usted, señor Arbona. Pero se agradece, ¡claro que sí! Aunque el estofado de ternera no tiene mucho secreto. Espere a probar…

Una llamada telefónica interrumpió a Juanita. La señora Lledó dio un respingo al oír el timbre y murmuró:

—Vaya por Dios. Justo ahora que…

—Conteste, doña Blanca, que ya le enseño yo la habitación al señor Arbona. —Se limpió las manos con un paño y se alisó el delantal—. Caballero, venga conmigo o no le va a dar tiempo a descansar un poco antes de comer.

Blanca Lledó se disculpó por la interrupción y Ricardo siguió a Juanita, desandando el pasillo hasta el vestíbulo, donde la criada hizo un alto para coger una llave del cajón de una consola, y le indicó que allí podía dejar la suya cuando no quisiera llevarla encima.

Continuaron hasta el pequeño distribuidor en el que se ubicaba la biblioteca, flanqueada por dos puertas. Una placa oval numerada indicaba que correspondía a las habitaciones alquilables 1 y 2. La 3 y la 4 quedaban al otro extremo del largo pasillo.

Juanita abrió la 2 y se hizo a un lado, invitándolo a entrar.

Todo lo que veía Ricardo desde la puerta era un escritorio tipo

buró, arrimado a la pared a su derecha, y la silla correspondiente. Avanzó hasta rebasar el recodo a su izquierda y allí se detuvo en seco, enmudecido y paralizado por lo que apareció ante sus ojos: a dos metros de sus pies, el cuerpo de un hombre yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Parte de la americana gris y de la camisa blanca de aquel desafortunado estaban teñidas de rojo. Un abrecartas de mango dorado relucía en medio del charco.

Desde el umbral de la puerta, Juanita le preguntó:

—¿Qué, señor Arbona, le gusta su habitación?

A pesar de que Ricardo había visto mucho mundo y tenía el corazón a prueba de bomba, tuvo que tragar saliva para que la voz le saliera con normalidad. La situación era del todo anormal.

—Pues… no sabría decirle. Si esto es lo que la señora Lledó considera «recibirme adecuadamente»…

—¡La virgen! —exclamó la sirvienta, ya a su lado. Lo agarró del brazo y tiró de él, instándolo a salir—. Sí, bueno, es… exactamente eso: un recibimiento adecuado para usted. Porque viene a escribir una novela de crímenes, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues esto es para que se nos inspire —lo cortó ella, cerrando la puerta de golpe—. Pero no es lo que parece. ¡No, por Dios! A ver, ¿cómo se lo explico?

—Oiga, hay un muerto ahí dentro —le susurró él, aturdido por la impresión.

—¡Qué va, hombre! Es… un muñeco. Sí, eso, un muñeco grande. Y pintura roja. Lo que parece sangre es pintura roja. ¡Si lo sabré yo, que soy la que la ha puesto ahí! Mire, mejor vaya usted al salón, que yo le limpio el cuarto en un santiamén.

Blanca Lledó, que avanzaba por el pasillo en dirección a ellos, preguntó con extrañeza:

—¿Qué ocurre, Juanita? ¿No me has dicho que la habitación del

señor Arbona estaba preparada?

—Preparadísima, doña Blanca. Y ya la ha visto. ¡Y ha dado resultado! ¿No ve lo pasmado que está? Se lo ha creído. —Sonrió triunfal, al tiempo que le guiñaba un ojo a su señora—. Lo que yo le sugerí para el recibimiento adecuado que a usted le gusta dar a sus artistas, eso de montar la… ¿Cómo lo llama la policía? ¡Ah, sí! La escena de un crimen. Con el muñeco ese grande, la pintura roja…

—Eso no es pintura —insistió Ricardo, señalando con el pulgar la puerta cerrada a su espalda.

La señora Lledó los miraba, confusa.

—¿De qué estás hablando, Juanita?

—Pues de eso, señora. Ya sé que usted me dijo que no lo hiciera, pero… ¡Espere!

La criada intentó detener sin éxito a la dueña de la residencia, que se dirigió con decisión hacia la puerta señalada y entró en la habitación.

Ricardo las siguió. Al instante, fue testigo del grito que ahogó la señora Lledó tras llevarse una mano a la boca al ver lo que la sirvienta trataba de ocultar. La palidez de aquella dama burguesa aumentó hasta emular el color del papel. Sin embargo, se mantuvo erguida e inmóvil en el mismo sitio en que él se había quedado igual hacía un minuto.

Juanita, unos pasos más atrás, aceptó la realidad.

—Les juro por mi madre, que en paz descanse, que ese hombre no estaba ahí cuando he salido para ir a misa. Ni vivo ni muerto.

—Pu-puede que solo esté herido —tartamudeó la propietaria.

—Yo diría que no —opinó Ricardo—. Ya no sangra.

Totalmente desconcertada, Blanca Lledó avanzó con cautela hacia el cuerpo tendido en el suelo y ladeó la cabeza, fijando la mirada en el rostro de la víctima. La boca de la mujer se abrió para musitar el

nombre de «Xavier» entre interrogantes.

Ricardo se acercó a ella.

—¿Conoce a este hombre?

—No, no puede ser él —musitó mientras retrocedía unos pasos. El buró le impidió alejarse más del cuerpo inerte—. Es imposible que sea él.

—¿A quién se refiere? ¿Quién es Xavier?

—Mi… marido.

Después de todo, sí había llegado en un momento delicado, concluyó Ricardo. Muy delicado.

—Vaya, lo siento mucho, señora Lledó. Comprendo que le cueste creer que su marido esté muerto, pero…

—No es eso lo que me cuesta creer, señor Arbona —lo interrumpió, mirándolo a los ojos—. Lo que me cuesta creer es verlo aquí, en esta habitación, recién… asesinado. Porque a mi marido lo mataron de un disparo hace más de dos años. Lo enterré el 3 de febrero de 1919.

3

Silencio en la habitación número 2. Todas las miradas confluían en la víctima.

Juanita fue la primera en hablar.

—Pues sí que se parece al hombre de las fotos que he visto por la casa, sí. —Había una de toda la familia en el salón, un par de instantáneas en la habitación de Eulalia y la de la boda de los señores en el dormitorio principal—. Sobre todo, en esos ojos verdes. Ya sé que las fotos son en blanco y negro, pero usted me dijo que los tenía verdes, doña Blanca, como los de este tipo esmirriado. Y, con su permiso, voy a cerrárselos.

La criada no esperó el permiso de su señora, que fruncía el ceño ligeramente y seguía resistiéndose a creer que su difunto esposo estuviera allí. Asesinado otra vez.

El periodista sintió lástima por aquella mujer que seguía pálida y no apartaba la mirada del cadáver.

—Disculpe, señora Lledó, comprendo que esté confundida si tanto se parece este hombre a su marido, pero es obvio que no puede ser él.

—Eso acabo de decirle, señor Arbona. Sin embargo… Juanita, ¿te importaría mirar en los bolsillos de la chaqueta? —le pidió con asombrosa sangre fría—. Tal vez haya algo que lo identifique.

—Un momento —frenó Ricardo a la criada—. Es mejor que se encargue de eso la policía. Deberían llamarlos y esperar a que…

—No —lo cortó la señora Lledó con firmeza. Sus mejillas adquirieron algo del color perdido—. Si interviene la policía, se enterarán los demás residentes. Y los vecinos. Y mañana saldrá en los periódicos y lo sabrán todas las personas que me conocen. ¿Qué voy a decirles? No, ni hablar. Me niego a volver a pasar por el

calvario que ya pasé cuando… —Calló un instante, cerró los ojos y, tras alzar de nuevo los párpados, continuó—: ¿Y cuántos artistas querrán alojarse en una casa donde se ha cometido un crimen? ¿Cuánto tardarán en marcharse los residentes que hay ahora? No, señor Arbona, no quiero tener que cerrar mi negocio por culpa de un asesinato que quizá podamos gestionar con discreción. Porque si tengo razón y este hombre —señaló con el índice el cadáver a sus pies— es Xavier, nadie lo echará de menos. No se puede matar a un muerto y, por lo tanto, no habrá víctima. Y sin víctima, no hay asesinato.

El periodista reconoció para sí que había lógica en aquel razonamiento. La situación, en cambio, no tenía ninguna. Y el resto del discurso de la mujer tampoco tenía mucho sentido. Sobre todo, porque había un peligro evidente.

—Pero sí hay un asesino, señora Lledó. Eso es innegable. Y posiblemente sea alguien de esta casa, ¿no? O de la residencia.

—De la casa, no. Solo falta mi hija Eulalia, que está en el instituto desde las nueve de la mañana. Aquí no vive nadie más, señor Arbona, y le aseguro que yo no he sido. Aunque usted parece sospecharlo, por el modo en que me mira.

—No, no —mintió él, que sí empezaba a plantearse esa posibilidad.

—No es la primera vez que me miran con recelo, ¿sabe? Incluso con miedo. Pero ya no me afecta —afirmó ella con entereza, aunque su expresión un tanto triste no corroborara tal afirmación—. Y quizá piense usted que no estoy en mis cabales o que carezco de sentimientos por seguir aquí, delante de mi… de este… —Inspiró hondo y volvió a cerrar los ojos un par de segundos.

El recelo del periodista remitió ante una nueva oleada de lástima por aquella mujer que lo desconcertaba. No tanto como la insólita situación, desde luego. Si la plasmara en una novela, difícilmente resultaría verosímil, pensó mientras observaba en silencio a Blanca Lledó.

—Mire, señor Arbona —volvió a hablar ella, recuperando el aplomo con que se enfrentaba a ese crimen en su propia casa—, lo

entenderé si usted decide marcharse ahora mismo, ya sea por la impresión de toparse con un cadáver en su habitación o por el miedo a que alguien acabe con su vida en cualquier momento. Tampoco yo dormiré tranquila hasta que averigüe qué ha ocurrido aquí, y le aseguro que pienso hacerlo. O lo intentaré, por lo menos. Lo único que voy a pedirle…, a rogarle, de hecho, es que no revele a nadie lo que está viendo en esta habitación. Incluso estoy dispuesta a pagarle por su silencio.

—¿Intenta sobornarme para que oculte un asesinato? —quiso confirmar Ricardo, perplejo ante la osadía de aquella dama burguesa y aparcando la lástima que había sentido.

—Bueno, es usted periodista, además de escritor. Y un delito de homicidio siempre es noticia. Sí, le estoy ofreciendo un soborno.

La criada, cuya fidelidad a su señora no tenía límites, decidió intervenir.

—A ver, caballero, usted escribe sobre muertos y asesinos, ¿verdad? Pues aquí tiene uno muy interesante. Uno de cada, quiero decir. Sería un poco raro que no le picara la curiosidad por saber quiénes son y qué ha pasado. Además, con esa planta que tiene usted, tan alto y guapote… No parece un caguillas de los que sale corriendo en cuanto huele problemas.

—He sido reportero de guerra, Juanita. He vivido situaciones peores.

—¿Lo ve? Un valiente, sí señor. Si es que tengo un ojo para la gente… Bueno, pues dejémonos ya de tanta cháchara y veamos quién es el finado.

Mientras la criada registraba los bolsillos del traje de tweed, la curiosidad del periodista y el instinto del escritor se aunaron para incitar a Ricardo Arbona a echar un vistazo a su alrededor. También para distanciarse mentalmente de la inquietante situación y de aquellas dos mujeres que lo confundían y asombraban a partes iguales.

Se fijó en la puerta entreabierta del balcón y se preguntó si el

asesino podría haber entrado y salido por ahí, ya que la de la habitación estaba cerraba con llave cuando Juanita y él llegaron. Aparte de eso, no vio nada extraño. Claro que, al no haber estado nunca en ese dormitorio, no podía saber si había algún objeto de más o de menos o fuera de su lugar habitual.

Observó con más detenimiento y distinguió algo diminuto en el suelo, cerca de la puerta de entrada. Algo anaranjado que destacaba en uno de los rombos negros del mosaico hidráulico. Supo qué era justo antes de recogerlo: una viruta de lápiz. El borde en zigzag era de color azul.

—Nada —dijo la criada—. Ni cartera, ni pañuelo con sus iniciales… Se lo han robado todo, al pobrecillo. ¡Ah, no! Todo no. —Sacó un papel pequeño del bolsillo del pantalón—. ¿Qué es esto? Parece… algo de fútbol.

Juanita no sabía leer, pero sí reconocía el escudo del equipo principal de la ciudad. Le dio el papelito a su señora, que lo identificó enseguida.

—Es una entrada para el partido que jugó ayer el Barcelona contra el Real Sporting de Gijón.

El periodista dejó la viruta sobre el escritorio con sumo cuidado, y como no quería parecer un caguillas y comenzaba a reponerse de la impresión, comentó para distender el momento (o más bien, distenderse a sí mismo):

—Ganó el Barcelona por cuatro goles a cero, lo he leído en el periódico esta mañana. Por lo visto, este hombre disfrutó ayer del encuentro y de los paradones de Zamora. Según la crónica, estuvo espectacular.

—Xavier no se perdía un partido —expresó Blanca Lledó en tono ausente.

—¡Anda!, pues como muchos hombres, señora. Esa entrada no nos dice quién es este —concluyó la sirvienta, con los brazos en jarras y señalándolo con el mentón.

A pesar de que Ricardo estaba convencido de que aquella estirada burguesa no era la esposa de la víctima, prefirió disimular y colaborar. Cuanto antes se le pasara la chaladura de que podía ser el tal Xavier, ya enterrado, mucho mejor. Tal vez incluso recapacitara y accediera a llamar a la policía para dejar ese escabroso asunto en sus manos. Tarde o temprano tendría que hacerlo, porque él no era partidario de encubrir ningún crimen.

—Señora Lledó, ¿tenía su marido, por casualidad, alguna cicatriz por la que se le pudiera identificar con certeza?

—No, que yo recuerde, pero… sí tenía una marca de nacimiento. Un antojo, decía mi suegra. A Xavier le preocupaba que fuera algo malo, y me pedía a menudo que mirara si crecía o cambiaba de aspecto.

—Supongo que tenía esa marca en la espalda, si él no podía vérsela —dedujo el periodista.

—En la zona lumbar, sobre la nalga izquierda. Una especie de arbolito diminuto, como una… coliflor en miniatura. Pero del color del café con leche.

—Entonces, comprobemos si esa marca está en el cuerpo de este hombre —resolvió Ricardo.

Blanca se puso rígida al pensar en lo que implicaba la comprobación, pero era el único modo de acabar con la angustiosa sensación de que tenía a Xavier ante ella y no a un desconocido idéntico a él.

—Sí, por supuesto. Eh… Juanita, ¿podrías tú…?

—¿Bajarle los pantalones a este esmirriado?

—Sí. A mí me da… cierto reparo tocar…

—No se apure, señora, que yo no tengo manías. —Y procedió a la tarea mientras le contaba al escritor—: Trabajé cinco años en la casa de un enterrador, ¿sabe? Y, a veces, me pedía que le ayudara a vestir a los muertos, a maquillarlos… En fin, que he tocado a unos cuantos.

Cuando alzó la pelvis de la víctima, Ricardo Arbona y Blanca Lledó se agacharon a mirar con atención.

Ambos la vieron a la vez: la marca de nacimiento descrita que confirmaba la sospecha de la mujer y desconcertaba por completo al periodista.

Ella se incorporó primero, pero varias preguntas rondaban por su cabeza, así que se quedó callada, con la vista fija en su difunto esposo.

En su esposo asesinado por segunda vez.

De nuevo, el silencio se adueñó de la habitación número 2.

Juanita, por respeto a su señora, recolocó despacio los pantalones del marido, con más cuidado del que había tenido al bajárselos, y luego apuntó:

—A lo mejor es un hermano gemelo que no sabía que tenía.

—¿Con la misma marca? —puso en duda Ricardo, pese a lo extraño que le resultaba la constatación de lo imposible—. ¿Y en el mismo lugar? Sería un caso muy raro, aunque no lo descartaría. Y, sinceramente, señoras, creo que ha llegado el momento de llamar a la policía.

—No —reiteró Blanca, arrinconando las preguntas que no era capaz de responder—. Ahora, sería aún peor. Me tomarían por loca cuando contara que han apuñalado a un hombre que supuestamente lleva más de dos años dentro de un ataúd. Porque lo han apuñalado, ¿verdad? El abrecartas…

—Yo diría que sí —convino el escritor con cierta ironía, pues a él le parecía incuestionable.

—Aparte de eso —continuó ella—, la policía está muy ocupada desde hace tiempo, como ya debe usted de saber, señor Arbona. Por eso ha venido a Barcelona, ¿no es cierto? Por el caos y la violencia que imperan en la ciudad, con los continuos atentados. El mes pasado fue relativamente tranquilo, pero el enfrentamiento entre sindicalistas es constante. Muchos andan con pistolas por la calle, y

cada semana disparan a alguien: obreros, patronos, encargados de las fábricas, militantes de la CNT… Eso es una cantidad ingente de trabajo para la policía. ¿Cómo cree que se van a tomar un caso como este? Yo se lo diré: no les importará en absoluto, porque Xavier Riera murió hace casi tres años. No hubo una investigación seria entonces, que ya estaban desbordados, y tampoco la habrá ahora. —El volumen de la voz de la mujer se iba alzando sin que ella ni lo quisiera ni lo percibiera—. Se limitarán a darme largas hasta que yo deje de incordiarles o volverán a señalarme como la principal sospechosa.

El asombro de Juanita y Ricardo Arbona se manifestó a la vez con un ligero respingo, y Blanca lamentó haber hablado más de la cuenta. Pero ya estaba dicho, así que irguió la espalda y trató de controlar los nervios que se la comían por dentro.

—Sí, eso fue lo que sucedió entonces. Me costó tres meses de sufrimiento librarme de que me acusaran oficialmente del asesinato de mi marido, aunque no hubiera ninguna prueba contra mí. Ni una sola. Al final, el dinero lo solucionó todo, como suele ocurrir.

—¿También sobornó a la policía? —inquirió el periodista.

—Comprenderá que no puedo admitir eso, señor Arbona. Y espero que también comprenda mi firme decisión.

La criada habló por él.

—¡Claro que sí! ¿Verdad, caballero? Además, imagínese a la señora denunciando el asesinato de un muerto. ¡Anda que no se iban a reír de ella un buen rato! Y seguro que mandaban avisar a un loquero. Y mi señora está muy cuerda, ya le digo yo que sí.

Ricardo tenía sus dudas sobre esa cordura, pero había otras cuestiones más preocupantes. Miró el cuerpo inerte y le planteó a Blanca Lledó:

—¿Y qué va a hacer con él, si no intervienen las autoridades pertinentes?

—Pues… no lo sé, ya se me ocurrirá algo. ¿Significa eso que acepta

el trato que le he propuesto? Le daré otra habitación, claro.

—No hay ninguna libre, doña Blanca.

—Lo sé, Juanita, pero puede ocupar la de Xavi. Aunque todavía no esté acondicionada para huéspedes… Espero que no le importe, señor Arbona. Es el cuarto de mi hijo, que está estudiando en Madrid y, por lo tanto, lo tengo disponible.

—Se lo agradezco, señora Lledó, pero no creo que sea…

—¡Necesario! —saltó la criada sin dejarle terminar, y hacia él se dirigió—. ¿Qué mejor sitio para escribir sobre crímenes que la habitación donde ha habido uno? Y esto se lo limpio yo rapidito, lo ventilo bien y se lo dejo en condiciones para que se instale usted. A ver, puede que hoy no, porque habrá que deshacerse del finado y supongo que esperaremos a la noche, pero mañana, a más tardar, tendrá la habitación como los chorros del oro. Ni rastro del muerto le voy a dejar, ya lo verá. Y eso que la sangre cuesta mucho de quitar, pero hay una alfombra en el trastero que…

—Juanita —la acalló su señora—. No hace falta dar tantas explicaciones. Bien, señor Arbona, ¿qué le parece la solución? Ah, y no le cobraré la estancia, por supuesto.

El periodista trataba de poner orden en su mente, avasallada por la labia de la criada, el estoicismo de Blanca Lledó y su propio debate interno entre huir de allí a toda prisa o quedarse por pura curiosidad. ¿Quién era realmente la víctima de aquel crimen? ¿Por qué habían matado a ese hombre y por qué precisamente en esa habitación? ¿Y cómo se las iban a apañar las dos mujeres para sacarlo de allí y deshacerse de él? Pero tenía que arrinconar todas esas preguntas y responder a la de la dueña de la residencia.

—¿Me ofrece quince días de alojamiento gratis a cambio de que guarde el secreto de lo ocurrido aquí? Eso sigue siendo un soborno, señora Lledó.

—Yo lo llamaría… «compensación» por las molestias causadas y por las que pueda causarle. A su conciencia, me refiero, ya que le garantizo que, por nuestra parte —incluyó a la sirvienta—, no se

verá implicado en ninguna investigación criminal.

Un golpeteo en la puerta de la habitación interrumpió la negociación.

—¡Blanca! ¿Estás ahí?

La voz femenina sonó al tiempo que la señora susurraba a la criada que no abriera, y a él:

—Es la guionista de cine que le he mencionado antes.

Se llevó un índice a los labios, pidiéndole silencio, y se encaminó hacia la puerta.

—¡Un momento, Yvette, salgo enseguida!

Pero no llegó a tiempo. La huésped entró alegremente en la habitación.

—Blanca, iba a buscarte cuando he oído voces aquí dentro y me he dicho: Oh là là! Un nuevo artista ha llegado.

Un leve acento francés realzaba la sensualidad de la voz y el tono de la guionista. Sensualidad que desapareció en cuanto la joven esquivó a la señora Lledó y vio el cuerpo ensangrentado en el suelo.

—Mon Dieu! ¿Qué…?

El largo collar de perlas que se agitaba con los andares de Yvette conservó un suave vaivén cuando ella se detuvo en seco; también los flecos del vestido turquesa que le rozaban las rodillas.

Ricardo Arbona miró a la atractiva guionista y, con una sonrisa de autosuficiencia, dijo:

—Me parece, señora Lledó, que va a tener que sobornar a otro huésped.

4

Blanca Lledó, al igual que la mayoría de las mujeres de su clase, había sido educada para ser esposa y madre, preservar el orden del hogar y de la familia, controlar sus emociones y mostrar la máxima cortesía en todo momento, razón por la cual supo mantener la templanza que requería uno como aquel. La impertinencia del periodista-escritor merecía un bofetón, y el poco civismo de la joven parisina al irrumpir en la habitación, un buen tirón de orejas. Se quedaría más a gusto dándoles una patada en el culo a los dos para echarlos de allí, pero su educación no se lo permitía. Y probablemente su estrecha falda tampoco. Así pues, hizo lo que las normas de urbanidad exigían.

—Señor Arbona, le presento a Yvette Faure, guionista de cine. Ocupa la habitación al otro lado de la biblioteca, la número 1.

—Enchanté, señorita Faure.

—Yvette habla castellano a la perfección —le informó Blanca—, como ya habrá notado. Su madre es española.

La chica ni se inmutó ante el alarde del nuevo huésped al saludarla en francés. Seguía boquiabierta por la evidencia de un crimen que adjudicó al instante a las mujeres de la casa.

—Juanita, ¿qué le habéis hecho a… a…?

—¡Nada, señorita! Solo registrarle la ropa y poco más, para saber quién era.

—Se… se parece mucho al hombre de la foto del salón, a… —Consternada, miró a Blanca—. A tu marido.

—Lo es.

—Creía que eras viuda.

—También yo. Bueno, ahora lo soy, sin duda alguna.

A Yvette Faure se le humedecieron los ojos. Ricardo Arbona, viéndola tan afectada, giró la silla encajada en el escritorio y la invitó a sentarse. El movimiento hizo volar la viruta de lápiz, que aterrizó en el suelo, debajo del mueble. Él la recogió y se la guardó en un bolsillo del pantalón para evitar más vuelos accidentales.

Mientras tanto, Blanca le contaba a la guionista que no sabían lo que había ocurrido y le proponía el mismo trato que al escritor.

—*Bien sûr. Sí, sí, sí. Esto no puede salir de aquí.*

La inmediata aceptación de aquella joven extravagante agradó a Blanca Lledó, que le preguntó si había estado en su habitación toda la mañana y si había oído algo extraño que pudiera darles una pista de lo sucedido.

—No, nada en absoluto. Ayer trabajé hasta muy tarde y me he quedado dormida después de desayunar. Me he despertado a las doce y media. Y tengo el sueño muy profundo.

El escritor calificó de coartada aquella respuesta, pero le pareció poco sólida y muy difícil de verificar. Y, aun sabiendo que no debería intervenir si quería quedarse al margen de ese misterioso crimen, intervino.

—¿Para qué buscaba a la señora Lledó, señorita Faure?

—Yvette. Llámame Yvette, por favor —le pidió la rubia, ya sin lágrimas en los ojos, pero todavía impresionada—. Para decirle que hoy no comeré en la residencia. Voy a ir de compras al centro de la ciudad y pasaré el día fuera. Blanca me dijo que esa zona está llena de tiendas.

No pudo preguntarle nada más, pues Juanita, que llevaba un rato callada, haciendo memoria de sus tiempos de empleada en la casa del enterrador a fin de calcular cuánto tardaría en adecentar el cadáver, advirtió a su señora que la sangre costaría más de limpiar si se secaba del todo y le sugirió que fueran a conversar a la biblioteca para que ella pudiera empezar su tarea.

Blanca iba a responder cuando Yvette quiso saber lo mismo que le había planteado el periodista minutos antes: qué iban a hacer con el cuerpo de Xavier.

Sí, eso era un problema, aceptó ella para sí, y deseó ser aquel mago escapista norteamericano del que había visto varias películas, el Gran Houdini, que había hecho desaparecer un elefante de cinco toneladas ante cientos de neoyorquinos. Obviamente el tamaño de su marido era mucho menor: debía de pesar poco más de cincuenta quilos y medía 1,62 metros de estatura. Para Houdini sería mucho más fácil hacer desaparecer…

¡Qué idiotez!, se regañó Blanca por aquel deseo absurdo. Sin embargo, la breve distracción protagonizada por el gran escapista le dio una idea para sacar de allí a su esposo. Una idea que no quiso revelar sin haberse asegurado de que era posible llevarla a cabo, por lo que se limitó a responder que iría a hablar con el doctor Velarde.

—¿Con un médico? —se extrañó Ricardo—. Si es un buen profesional, se verá moralmente obligado a informar del crimen a la policía. Dudo que acepte un soborno, señora Lledó.

—Daniel Velarde es un médico excelente, señor Arbona, pero también un buen amigo de la familia. Me ayudará sin necesidad de sobornos.

—Doña Blanca, le recuerdo que el doctor estaba aquí este mediodía. Bien podría ser él la persona que ha matado a su marido.

—¿Daniel? No, no. ¿Por qué iba Daniel a…? —Se quedó pensativa un instante y le asaltó la duda—. ¿Crees que ha podido hacerlo él, Juanita?

—¿Por qué no? Ese hombre bebe los vientos por usted, señora. Lleva tiempo rondándola, aunque usted diga que no, que solo es un amigo. Imagínese que, de pronto, ve aparecer a su difunto marido, pero muy vivo, lo que significa que usted ya no es viuda. ¡Menuda faena para él! Pero entonces se le ocurre que, como todos creen que el pobrecillo ya está criando malvas…

—No, no, no, no —reiteró Blanca—. Daniel sería incapaz de matar a alguien, y mucho menos a un amigo. Además, no habría dejado aquí el cuerpo. Es muy meticuloso.

Aunque Ricardo Arbona había visto cadáveres en peor estado que el que tenía ante él y podría seguir allí escuchando a la propietaria y a la criada, pensó que no era el momento ni el lugar para hacer elucubraciones sobre el posible asesino.

—Disculpe, señora Lledó, creo que debería hacer caso a Juanita. En lo de dejar que limpie esto —concretó al ver la elevación de cejas de la mujer y su mirada perpleja—. Respecto a ese médico… Quizá tuvo que huir a toda prisa, no lo sé, pero yo no descartaría la hipótesis de su criada.

La guionista se puso en pie.

—Bon, yo me voy. Necesito despejarme la cabeza. No veía un cadáver desde que terminó la guerra, y ha sido… —Inspiró hondo, exhaló el aire con un soplido tembloroso y se dirigió a Blanca—. Lo siento mucho, de verdad. Y tranquila, guardaré el secreto. Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—Gracias, Yvette.

La joven se marchó sin más y el escritor aguardó la decisión de la dueña del lugar, cuya mirada se clavó en él.

—¿Y con usted, señor Arbona? ¿Puedo contar con su silencio?

Ricardo iba a responder que no, pero aquel crimen lo intrigaba. Podía resultar más interesante que la idea que tenía en mente para su novela. Y había algo en la señora Lledó que lo atraía, algo que no sabía definir y que le impedía darle una rotunda negativa. Así que optó por aplazar su decisión.

—Me gustaría pensarlo con calma.

—Lo comprendo. Y si eso significa que se queda, al menos esta noche, lo acompañaré a la habitación de mi hijo. Ni usted ni yo podemos hacer nada más aquí y me resulta un tanto embarazoso estar… —Las pupilas de Blanca Lledó se desviaron un segundo

hacia su esposo muerto—. Juanita, haz lo que puedas. Señor Arbona, sígame, por favor.

El escritor tomó su maleta y salió tras la mujer, que enfiló el pasillo con rapidez y la espalda muy erguida. También había tensión en el rostro femenino, por lo que pudo ver de refilón. No era de extrañar, dadas las circunstancias, y se preguntó cuánto tardaría la señora Lledó en desmoronarse. Tal vez si la detenía y le ofrecía un hombro sobre el que llorar…

No. Acababa de conocerla y debía mantener las distancias. Sobre todo, si no quería implicarse en ese misterioso crimen. Y, en vista de la actitud de ella dentro de la habitación que dejaban atrás, puede que ni siquiera necesitara un hombro. Ricardo seguía desconcertado por la impavidez de aquella dama burguesa.

Mientras el hombre contenía su impulso de acercamiento, Blanca luchaba por mantener la compostura que se exigía a sí misma, la calma externa que no se correspondía con la inquietud que trataba de apoderarse de ella. No podía permitirse ceder, nunca se lo había permitido. Las emociones debían quedar amarradas hasta que la mente fuera capaz de olvidarlas o de arrinconarlas en algún recóndito lugar. Y la situación en que ahora se hallaba exigía toda la fortaleza que pudiera reunir para ello.

No le costó mucho más que otras veces comportarse como si nada hubiera ocurrido. Años de práctica guardando las formas eran un gran aliado.

—Tal vez la comida se retrase unos minutos, señor Arbona, pero no será más. Juanita procurará servirla a las dos para que el músico no se extrañe. Es el único que comerá hoy con usted, ya que el ilustrador está indispuesto. Y le pido disculpas por no poder presentarle ahora a ninguno de ellos. Debo hablar con el doctor Velarde de inmediato. Trabaja en un hospital muy cerca de aquí —le informó, y agregó a media voz, como para sí—: Espero que haya terminado ya las visitas domiciliarias.

—¿Está segura de que puede confiar en ese médico?

—No se me ocurre nadie más apropiado.

—¿Aunque exista la posibilidad de que sea el culpable?

—Sí, señor Arbona. Porque si él ha matado a mi marido y piensa salir impune, que se encargue, por lo menos, de hacer desaparecer el cuerpo.

* * *

La habitación del hijo ausente era más amplia que la número 2, observó Ricardo en cuanto entró acompañado por la señora Lledó, pero menos luminosa. Daba a una galería acristalada desde la que se veía el patio interior de la manzana y los edificios que la circundaban. Tenía además un toque infantil, como si no hubieran cambiado los muebles desde que el chico comenzara la secundaria.

La mujer volvió a disculparse, esta vez por un detalle del que él acababa de percatarse.

—La cama le quedará un poco justa, lo siento. Mi hijo no es muy alto, como tampoco lo era su padre. En cambio, usted…

Ricardo esbozó media sonrisa de asentimiento. Su metro ochenta y dos rebasaría el largo del colchón.

—He dormido en camastros más pequeños, no se preocupe.

—Solo será por esta noche, se lo aseguro. De todos modos, puede deshacer su equipaje y utilizar el armario. Apenas queda ropa de Xavi aquí, así que hay espacio para la de usted. Juanita la trasladará mañana a su habitación, si decide quedarse en la residencia y aceptar mi… oferta de compensación. Y ahora, le dejaré para que vaya pensando en ello.

La propietaria se marchó y él optó por no sacar de la maleta nada más que lo imprescindible. Quería asearse antes de comer y solo faltaban diez minutos para las dos de la tarde.

La criada para todo no se retrasó ni medio. Mientras servía el

estofado —que seguía oliendo tan bien como en la cocina—, entró en el comedor un hombre de estatura media, hombros estrechos y muy delgado, de aspecto un tanto desastrado. Un tímido bigotito contrastaba con su largo cabello lacio castaño claro, que llevaba remetido tras las orejas y le cubría el cuello de la camisa.

—Ah, señor Santoni —lo saludó Juanita—, menos mal que ha llegado. Ya pensaba que también se había puesto malo y que el nuevo huésped tendría que comer solo. Bueno, les dejo para que se vayan conociendo. ¡Que aproveche!

Ricardo se presentó a su compañero de mesa y lo dejó llevar la voz cantante en la conversación. Primero, porque no tuvo más remedio: el músico resultó ser tan hablador como egocéntrico y no se interesó lo más mínimo por él. Y segundo, por el lápiz que llevaba sujeto en la oreja, medio oculto por el pelo, y que el hombre se toqueteaba cada dos por tres: un Staedtler Mars, el modelo en azul que la marca alemana comenzó a distribuir hacía ya algunos años. A Ricardo le llamó mucho la atención, ya que aquella viruta que había recogido del suelo de la habitación 2 y que aún guardaba en el bolsillo del pantalón podría pertenecer a ese lápiz. Así pues, él sí se interesó por aquel artista locuaz que monologó durante toda la comida y una larga sobremesa.

Piero Santoni, el nombre artístico del músico, se llamaba en realidad Pedro Santos Nieto. Había nacido en Villena en el seno de una familia de zapateros, tenía treinta años y era el pequeño de ocho hermanos que admiraban su talento para la música. Ellos lo habían animado a pasar una temporada en Barcelona para componer una zarzuela, género que estaba en auge desde el año anterior en la capital catalana. A Santoni ya le habían representado una en Valencia al terminar la Gran Guerra y tenía varias por estrenar, así como un par de operetas. Idolatraba a Mozart y aspiraba a la fama que adquirió el maestro Chapí, también oriundo de Villena, con exitosas zarzuelas como La revoltosa.

Ricardo anotó mentalmente aquellos datos y algunos más que el músico le dio, por si algún día Piero Santoni alcanzaba la fama con la que soñaba y la prensa pedía artículos sobre él. El primero que publicaran podría ser uno suyo.

Más tarde, ya en su dormitorio provisional, volcó la recopilación en

uno de los cuadernos que llevaba para tejer su crimen ficticio. Luego, fue a comprobar si el tono de azul del lápiz de Santoni era igual al de la viruta que guardaba.

Y quiso darse cabezazos contra la pared. Por imbécil.

La frágil viruta se había partido en pedacitos y tuvo que darle la vuelta al bolsillo del pantalón para recuperarlos, porque se habían adherido a la tela. Aun así, pudo constatar que el azul era muy similar al del Staedtler Mars.

Muy bien, ¿y qué?, se dijo Ricardo. Aunque le intrigara aquel homicidio, no era asunto suyo. Disponía de seis semanas para escribir la novela corta que le habían pedido, pero solo de dos a tiempo completo. Cuando regresara a Madrid, su trabajo en el periódico le ocuparía la mayor parte del día, por lo que no debía distraerse ahora con asesinos y víctimas de verdad. Por muy interesantes que resultaran. Pasaban ya de las cuatro de la tarde y tenía que centrarse en su historia ficticia, lo que significaba situarse en la ciudad y salir a la calle para una primera toma de contacto con el barrio donde quería que actuara su asesino.

Se sentó en un rígido sillón de terciopelo verde oscuro, muy desgastado, y desplegó el plano que había cogido del mostrador de recepción después de comer. El músico le confirmó que estaban a disposición de los huéspedes, igual que todas las revistas y periódicos expuestos en el revistero del salón. A Ricardo le agradó ver las dos para las que escribía artículos ocasionalmente: La esfera y Blanco y Negro.

El plano era poco detallado en cuanto a calles y distritos, pero los monumentos principales estaban bien indicados. La Sagrada Familia quedaba algo lejos de la parte baja de las Ramblas, así que decidió ir primero a la catedral de Gaudí y ver si, por el camino, encontraba una guía de Barcelona en alguna librería.

Continuó estudiando el plano, aunque sin poder concentrarse por completo. La imagen de Xavier Riera apuñalado se abría paso en su mente una y otra vez, y no le resultaba fácil bloquearla.

Uno de esos intentos de bloqueo se vio interrumpido por unos golpecitos en la puerta de la habitación y la voz de la señora Lledó,

que le ofrecía un café. Ricardo se había tomado ya dos con el músico, pero jamás rechazaba un buen café y, como el que le había servido la criada un rato antes lo era, fue a abrir.

Le sorprendió no ver más que la taza y el platillo en la bandeja que portaba la mujer.

—Solo y sin azúcar, señor Arbona. Juanita me ha dicho que lo ha tomado así después de comer, pero si le apetece con un poco de leche, coñac o…

—No, no. Me gusta así. Gracias.

—No hay de qué. Y espero no molestarle, si le pido que me permita entrar un momento.

—Como si estuviera en su casa.

Ella sonrió un instante y fue a dejar la bandeja sobre la mesa que hacía las veces de escritorio. Él se fijó en que se había cambiado el traje negro por un vestido color canela que la favorecía: de corte recto, una tira de la misma tela le adornaba la cintura sin ceñirla, insinuando las curvas femeninas. Ricardo se distrajo dibujándolas con la mirada hasta que se dio cuenta de que la mujer se había plantado frente a él, a dos pasos de distancia, con las manos unidas en el regazo y una sonrisa formal que no se reflejaba en sus ojos. De no ser porque era la dueña del lugar, cualquiera diría que estaba esperando una propina. Dado que eso sería absurdo, Ricardo dedujo que la señora Lledó venía por algo más que por la amabilidad de traerle un café. Probablemente estaba impaciente por saber si aceptaba o no su propuesta.

No debería aceptarla. Sin embargo, lo había hecho de forma tácita. Que no hubiera salido ya de aquel edificio en busca de la comisaría más cercana indicaba que iba a guardar silencio. No por esa especie de soborno, aunque no le sobrara el dinero, sino por la mujer que tenía delante. No quería causarle problemas, y menos con la policía. Tampoco quería —ni podía— perder el tiempo en encontrar otro lugar donde alojarse, y no sería coherente ni razonable permanecer en la residencia Lledó si denunciaba el crimen de Xavier Riera.

—Señora Lledó, respecto al trato que me ha ofrecido…

—Ah, no hay prisa. Piénselo con calma y ya me comunicará mañana su decisión. Sea cual sea, va a dormir hoy aquí, ¿no es así?

—Sí, claro.

Entonces, ¿qué quería la mujer? Aquellos labios volvían a curvarse como si algo los obligara a hacerlo, pues la mirada no acompañaba a la amable sonrisa. Había en ella un punto de desafío que Ricardo no tardó en comprender.

—Y mañana, señor Arbona, ya no habrá nada en esta casa que pueda relacionarse con lo ocurrido, así que será difícil que la policía le tome en serio, si decide denunciar lo que ha visto. Incluso si lo hiciera hoy…

Cierto. Ese era un detalle importante en el que no había reparado. Si Juanita se esmeraba y el tal doctor Velarde…

—¿Significa eso que el médico ha accedido a ayudarla?

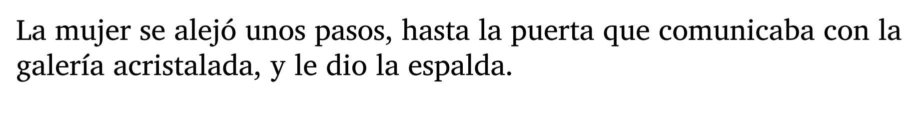
—Sí. Se ha quedado anonadado cuando le he contado mi problema, pero luego… —La sonrisa desapareció—. Bueno, también he tenido que convencerlo de que no acudiera a la policía, igual que intento convencerlo a usted. Diría que eso lo descarta como sospechoso, ¿no cree?

—Yo no pondría la mano en el fuego —discrepó Ricardo—. Si ese doctor está seguro de que nada puede delatarlo, no hay mejor modo de parecer inocente que insistir en que haya una investigación policial. De hecho, habrá sido un alivio para él saber que usted prefiere deshacerse del cadáver y olvidar el asunto.

También Ricardo querría olvidarlo, pero le estaba resultando imposible.

—Pues no. Se ha puesto muy nervioso al exponerle mi idea.

—Y, sin embargo, la ha aceptado —señaló él, y se acercó al escritorio para degustar el café antes de que se enfriara.



La mujer se alejó unos pasos, hasta la puerta que comunicaba con la galería acristalada, y le dio la espalda.

—Sí. Incluso la ha mejorado.

—Qué interesante.

—¿No va a preguntarme cómo?

—No. —Otro sorbo de café. Ella volvió la cabeza y lo miró, inquisitiva. Ricardo le expuso su decisión—. Señora Lledó, voy a guardar silencio sobre lo ocurrido. Por mucho que me reconcoma la conciencia, le doy mi palabra de que lo haré. Pero no quiero saber nada más de ese crimen.

—¿Y por qué me ha preguntado si Daniel iba a ayudarme?

—Usted me ha dado pie a ello. Y admito que sentía cierta curiosidad.

—Ah.

Solo esa vocal. Y ella miró de nuevo hacia la galería.

Ricardo observó la hierática figura mientras apuraba el café. La señora Lledó parecía preocupada. Y no le había dado ni las gracias por ceder a su petición de silencio.

De pronto, el cuerpo esbelto de la mujer se giró hacia él.

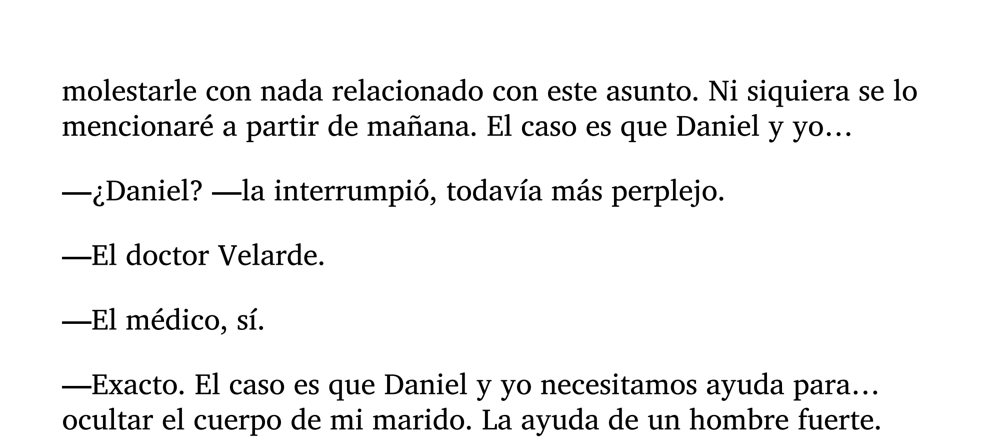
—Disculpe mi atrevimiento, señor Arbona, pero ya que ha aceptado mi propuesta, necesito que me haga un favor.

—¿Qué clase de favor? —inquirió él, suspicaz.

—Necesito un hombre esta noche. Uno fuerte, como usted.

Ricardo se quedó pasmado. ¿La viuda le pedía sexo? Una imagen fugaz de Blanca Lledó desnuda, en la cama, atravesó su mente mientras ella continuaba hablando.

—Le prometo que será lo último que le pida. No volveré a



molestarle con nada relacionado con este asunto. Ni siquiera se lo mencionaré a partir de mañana. El caso es que Daniel y yo…

—¿Daniel? —la interrumpió, todavía más perplejo.

—El doctor Velarde.

—El médico, sí.

—Exacto. El caso es que Daniel y yo necesitamos ayuda para… ocultar el cuerpo de mi marido. La ayuda de un hombre fuerte.

El alivio de Ricardo al descartar un ménage à trois con un desconocido se tradujo en una carcajada. También se reía de sí mismo por haber malinterpretado a la viuda. Y por ese disparatado favor que le pedía con una serenidad asombrosa.

—¿Pretende que me implique de lleno en una ilegalidad?

—Nuestro pacto tampoco es muy legal, ¿no le parece?

—No hay ningún pacto, señora Lledó, porque no aceptaré su dinero a cambio de mi silencio.

—Pero usted ha dicho que…

—Sí —se apresuró en confirmar, al percibir que ella se tensaba—, y cumpliré mi palabra, no se preocupe. Pero una cosa es callarme lo que he visto y la otra… —Se pasó la mano por el pelo, un tanto agobiado, aunque la curiosidad lo venció—. Dígame, ¿para qué necesitan mi ayuda exactamente?

—Para trasladar el cuerpo al depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina —soltó ella de corrido—. Ha sido idea de Daniel, que colabora en la Cátedra de Anatomía, y me ha parecido mejor que la mía. Por lo menos, Xavier será útil a los estudiantes. Lo registraremos como «desconocido» y nadie hará más preguntas. Según él, más de uno entra allí con esa misma etiqueta.

—Y el doctor tendrá a la víctima controlada, de modo que tampoco nadie buscará al asesino —concluyó Ricardo—. Una gran idea, sí, sobre todo si…

—Si ha sido él quien lo ha matado —completó la mujer, sorprendiéndolo con su acertada deducción—. Lo sé, ya lo he pensado. Y, aunque me cueste creer que lo haya hecho él, también me tranquiliza. Significa que los demás estamos a salvo, que no nos hará daño a mi hija o a mí, ni a ninguno de mis huéspedes. Si lo único que pretendía era que yo siguiera viuda…

—Eso es cierto.

—¿Y sabe lo que más me preocupa ahora, señor Arbona?

—¿Deshacerse del cuerpo?

—También, por supuesto, y espero que me ayude. Pero lo que me preocupa aún más es… saber a quién enterré hace tres años. Aquel hombre debía de tener familia, amigos… Quizá lo estén buscando todavía. Y esa pobre gente ni siquiera se imagina que…

Inspiró hondo y se encaminó hacia el sillón. Ricardo la siguió con la mirada y, por primera vez desde que entrara en la casa, percibió auténtica conmoción su rostro, aunque ella trató de ocultarla: mantuvo la espalda erguida cuando se sentó en el borde del desgastado asiento, con las manos unidas de nuevo en el regazo, y fijó la vista en el mosaico geométrico del suelo.

El deseo de acercarse a Blanca Lledó y reconfortarla de algún modo se vio frenado por la voz de la mujer, en tono quedo.

—Estuve dos días enteros velando a… un completo desconocido. Y yo creí que…

Cerró los ojos, pero nada más en ella se movió.

Ricardo tampoco avanzó los pasos que deseaba, pero intentó confortarla con palabras.

—Si lo habían cubierto totalmente con un sudario, es normal que no se diera cuenta de que no era su marido.

—Solo le cubrieron el cuerpo, pero no me permitieron verle el rostro en ningún momento. Ni siquiera antes de abrir el velatorio.

—¿Quién no se lo permitió? ¿Los de la funeraria?

—Ramón. Y Daniel. —La mujer alzó la vista, los ojos muy abiertos, las pupilas clavadas en él—. Ay, Dios… Daniel tampoco me lo permitió. Los dos dijeron que estaba irreconocible. A Xavier le dispararon en la cara —le aclaró—. El enterrador intentó reconstruirla a partir de una fotografía que yo le di, pero no pudo hacer mucho y decidieron cubrirle el rostro con su sombrero favorito: un borsalino gris. Solo la barbilla quedaba al descubierto. Fue lo único que llegué a ver, al igual que sus hermanos, mi suegra y todos los que asistieron al velatorio y al funeral.

El interés de Ricardo aumentaba por segundos.

—Y ese tal Ramón… ¿quién es?

—Era el mejor amigo de mi esposo. Se conocían desde niños y llevaban años trabajando juntos. Él me comunicó la muerte de Xavier. —La dama se levantó de golpe—. Tengo que hablar con Ramón. Ahora no, estará trabajando. Y antes quiero llamar a mi suegra para descartar que mi marido tuviera un hermano gemelo. Aunque eso es una posibilidad muy remota. —Volvió a sentarse—. Perdone, sé que no desea inmiscuirse en esto y yo estoy aquí, importunándolo. Deme un minuto más y me marcharé. En este momento estoy un poco alterada. ¿Me ayudará? A trasladar el cuerpo. Esta noche.

Ricardo se compadeció de la señora Lledó. Atrapado en la mirada expectante de ella, le preguntó cuál era el plan.

—Tengo un baúl de viaje de mi abuela en el trastero. Es bastante grande, creo que Xavier cabrá dentro. El doctor Velarde vendrá a las once y media con su coche. Cargaremos el baúl y lo llevaremos al Hospital Clínico. Es donde está la Facultad de Medicina —acotó—. El recorrido desde la entrada hasta el depósito es largo, y Daniel necesita la ayuda de otro hombre para trasladar el baúl hasta allí.

El espíritu aventurero que anidaba en el periodista se alió con el interés del escritor y la compasión del hombre, que se mezclaba con ese extraño pellizco de atracción que sentía por la mujer, y Ricardo cedió.

—De acuerdo, la ayudaré. A las once y media estaré preparado.

—Gracias.

La sonrisa comedida y de auténtico alivio de Blanca Lledó lo convenció de que valía la pena participar en esa locura, aunque fuese un delito. Se quedó mirándola, preguntándose si debería mencionarle la viruta de lápiz. Como ella no se movía, a pesar de que ese minuto solicitado había transcurrido ya, le comentó que había conocido al músico.

—Espero que hayan congeniado, señor Arbona. A veces, el señor Santoni resulta un poco cargante con tanto hablar de sí mismo, pero es una compañía amena.

—¿Conocía él a su marido?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

Y Ricardo se lo contó. Le expuso la coincidencia entre la viruta que había en el lugar del crimen y el lápiz de Piero Santoni. Ella volvió a sonreír, esta vez con una chispa de burla en las pupilas.

—Creía que no quería saber nada del asesinato de Xavier.

—Y así es.

—Sin embargo, se fija en un minúsculo detalle que podría ser una pista. Da la impresión de que ha empezado a investigar.

—Me intriga lo ocurrido, no lo niego, pero no tengo tiempo para meterme a fondo en un asunto tan delicado ni contamos con los medios adecuados. Además, hemos alterado ya toda la escena del crimen, como usted ha señalado antes. Si había huellas dactilares en la habitación, por ejemplo, habrán desaparecido con la limpieza de su criada.

—¿Y cómo las habríamos localizado, estudiado y comparado con las de los sospechosos? ¿Es usted experto en huellas?

—Dactiloscopia. Así llaman a esa especialidad —quiso alardear el escritor antes de admitir que su experiencia en ese campo era

mínima—. Y no, no lo soy.

—Sin contar con que a los demás residentes les extrañaría mucho que yo les pidiera sus huellas. Y no digamos ya a Ramón y a Daniel.

—En eso le doy la razón.

—Entonces, ¿a qué otros medios se refiere? ¿A una autopsia? No la necesito para saber que Xavier ha sido apuñalado.

—Cierto. Y justo en el pecho. No he visto el lugar exacto de la herida, pero apostaría un brazo a que está en la zona del pulmón, donde el asesino sabía que causaría una muerte inmediata.

Dejó que la señora Lledó dedujera lo obvio.

—Y un médico como Daniel lo sabría.

—Exacto. Y en cuanto a la puerta del balcón… —continuó Ricardo—. Esta mañana he pensado que el culpable había entrado y salido por allí, aun a riesgo de que lo vieran desde la calle, pero ahora…

—Aparte de ese riesgo, tendría que ser alguien muy ágil para saltar desde ese balcón hasta el de la biblioteca. La distancia es considerable —le indicó la mujer—. No. Quien haya sido, ha utilizado la llave de la habitación y ha vuelto a dejarla en el cajón de la consola del vestíbulo.

—Supongo que todos los residentes sabemos que ese es el lugar donde se guardan las llaves. ¿Lo sabe también el doctor Velarde?

—No es un secreto para nadie que frecuente la casa. El único que no podía saberlo es mi marido. Compré ese mueble cuando él ya había fallecido. Cuando creíamos que había fallecido —rectificó, y su mirada se perdió en la pregunta que se hizo a sí misma—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Ricardo guardó silencio. No conocía a Xavier Riera ni quería hacer conjeturas sobre su misteriosa desaparición enmascarada con otro crimen, así que optó por cambiar de tema radicalmente.

—Señora Lledó, ¿dónde puedo encontrar otro plano de la ciudad

más detallado que este?

Ella se puso en pie y miró el que le mostraba.

—Ah, ha cogido el que patrocina la Sociedad de Atracción de Forasteros. Está muy bien para los turistas, que es a lo que se dedica esa entidad, a promocionar el turismo, pero a usted no le servirá de mucho. Le prestaré la guía oficial de la Guardia Urbana. Y miraré si tengo el plano que editan los grandes almacenes El Siglo. Si no, allí se lo darán. Están al principio de las Ramblas. ¿Le apetece otro café?

—No, no, gracias. Voy a salir dentro de nada.

—Le pido disculpas otra vez por haberle entretenido. Y le agradezco que me haya contado lo de la viruta de lápiz. De todos modos, cuando se instale en su habitación y abra el cajón del escritorio, verá un Staedtler Mars y una estilográfica. Los dejo en todas las habitaciones junto con unas hojas de papel de carta.

—Vaya. Entonces no es una pista útil para sospechar del músico.

—Creo que no, señor Arbona. Pero tampoco para descartar a Daniel. Aunque nunca le he visto con un lápiz así, sé que ha visitado al huésped enfermo. Es ilustrador, y es probable que haya utilizado ese lápiz.

Ricardo conjeturó en voz alta.

—Quizá al doctor Velarde se le enganchó la viruta en la ropa y la trasladó sin darse cuenta a la escena del crimen.

—Es una posibilidad. —Otra sonrisa con intención de burla iluminó el rostro de la señora Lledó—. Para no querer investigar qué ha ocurrido, está pensando mucho en ello, ¿no cree, señor Arbona?

—Touché. —Sonrió él a su vez—. Pero aquí lo dejo. La veré a las once y media, y después de ayudarla esta noche, ya no me implicaré más en este asunto.

—Yo no estoy tan segura de eso.

Y él tampoco. Pero decir en voz alta que no se implicaría era una manera de convencerse de que no debía hacerlo. Y lo diría un millón de veces, si hacía falta. Necesitaba silenciar el constante susurro de su mente que lo instaba a desentrañar el misterio con el que se había topado. Un susurro que también insistía en recordarle su firme convicción de que las casualidades no existen y, por lo tanto, tenía que haber un motivo para que el asesinato de Xavier Riera hubiese coincidido con su llegada a Barcelona.

Resultaba obvio cuál era.

Sin embargo, Ricardo se empeñaba en aferrarse a otro igual de lógico y manifiesto para él: poner a prueba su abandonada disciplina como escritor. Y ya de paso, su fuerza de voluntad para centrarse en el trabajo y dejar de meterse en líos. ¿No había adelantado su viaje precisamente para eludir uno?

5

¡Qué largas se le iban a hacer las horas de espera hasta la noche!, se lamentó Blanca al entrar en su dormitorio después de llevarle al escritor la guía de Barcelona. Tenía cosas que hacer, sí, pero no le ocuparían más de treinta o cuarenta minutos. Había tiempo de sobra antes de que su hija volviera del instituto.

Inquieta, se paseó por la habitación, pensando en cómo distraerse y apartar de su mente durante un rato la sucesión de preguntas que la habían asaltado tras constatar que el hombre apuñalado era su marido. No tenía respuesta para ninguna.

De pronto, sintió una punzada de vergüenza por cómo había abordado a su nuevo huésped. Con el pretexto del café, se había metido en aquella habitación que tan bien conocía y lo había presionado hasta conseguir lo que necesitaba de él.

Tal vez si no hubiera estado en el dormitorio de Xavi…

No. La realidad era que no tenía a nadie a quien pudiera pedirle la clase de ayuda que precisaba esa noche, por lo que no le había quedado más remedio que armarse de valor y acudir al escritor. Simular entereza cuando estaba al borde de la desesperación no le resultó fácil, sobre todo porque él parecía tan seguro de sí mismo, tan honesto y razonable, que ella temía una rotunda negativa por su parte. Sin embargo, el hombre había sido amable, mucho más de lo que esperaba —también un poco sarcástico, pero dentro de lo tolerable—, y eso había abierto una grieta en su muro de rectitud. Hebras de vulnerabilidad se colaron por esa grieta, alentándola a revelarle lo que más le preocupaba. Hasta se había sentado en ese viejo sillón y…

Y le acabó confesando que estaba alterada.

A un desconocido.

¿Qué debía pensar de ella el señor Arbona?

Otra pregunta sin respuesta. Pero esta, a diferencia de las demás, prefería no saberla.

Más inquieta todavía, detuvo el repetitivo paseo por el dormitorio y echó un vistazo a su alrededor en busca de una distracción. ¿Reordenar el armario? ¿Los cajones del tocador? ¿Los del chifonier? La foto de la boda sobre ese mueble reactivaba aquella serie de preguntas, por lo que continuó hacia su rincón de lectura junto al balcón.

Las revistas de moda.

Sí, eso serviría.

Buscó Les Élégances Parisiennes entre la media docena de revistas apiladas en la mesilla redonda al lado del sillón y allí se acomodó. Leer en francés le exigiría una mayor concentración, y aún no había leído con detenimiento algunas de las secciones del último número. Había estado muy ocupada con la residencia desde que Ramón le trajo esa revista a principios de octubre, al regresar de su último viaje a Francia.

Siempre le traía las publicaciones más recientes sobre moda cuando iba allí cada dos o tres meses por trabajo, y Blanca agradecía ese detalle que había heredado de Xavier. En vida de su esposo, era él quien se las compraba, pues solía viajar al extranjero para encargarse de las exportaciones del negocio de las familias de ambos. Como Xavier tenía la deferencia de comprarlas por duplicado, a fin de que la mujer de su amigo y socio también las tuviera, Ramón continuó con aquella costumbre.

Entre tafetanes y crepés de seda, el tiempo se le pasó más rápido de lo que esperaba. Cuando vio que eran ya las seis, dejó la revista y se apresuró en ir al trastero para vaciar el baúl que iba a necesitar.

Ropa de los niños de cuando eran pequeños, algunas prendas que quiso conservar de su marido al morir la primera vez…

¡Dios! ¿Cómo era posible algo así?

Las preguntas regresaban y, antes de dejarse atrapar en una inútil búsqueda de respuestas coherentes, hizo una pausa en la tarea de

vaciado para telefonear a su suegra. Necesitaba confirmar que Xavier no tenía un hermano gemelo secreto.

No sabía cómo enfocar la cuestión sin ofender a la anciana ni darle la impresión de que sufría de algún tipo de demencia. Habría preferido hablar con ella en persona, sacar el tema sutilmente, observar su reacción… Pero Celia de Riera vivía en la provincia de Gerona, en la masía que los Riera tenían en la comarca del Ampurdán, y desplazarse hasta allí era inviable para Blanca, dadas las circunstancias. Su relación con ella, además, siempre había sido algo tensa, por lo que era mejor una llamada que todo un día en aquel caserón. Así pues, mientras le daba a la telefonista el número de la masía, aguardaba a oír la voz seca de su suegra y procedía al intercambio de preguntas de cortesía con la anciana, inventó un argumento creíble que expuso sin más preámbulos: le dijo que a Xavi le preocupaba su futura descendencia.

A Celia de Riera le contrarió que su nieto estuviera pensando ya en casarse y formar una familia —aún no había cumplido los veinte—, pero a Blanca le dio igual. Le contó que el chico había conocido a una muchacha en Madrid con la que quería comprometerse y que a la joven le encantaban los niños, y que le haría mucha ilusión tener gemelos. ¿Había alguno entre los Riera que ella no supiera?

No.

¿Ni siquiera alguno al que hubieran dado por desaparecido y olvidado? ¿Uno del que la familia hubiera renegado y jamás se hablara de él?

¡Por supuesto que no!

¿Un gemelo de Xavier, por ejemplo?

Llegado ese punto, la suegra se indignó de verdad y le echó la bronca a Blanca por hacer caso a un jovencito con la cabeza llena de pájaros, por ceder al capricho del niño de irse a estudiar a esa escuela de telegrafía de Madrid que poco le serviría para trabajar en el negocio familiar —una fábrica de tapones de corcho—, por animar a Eulalia a que fuera a la universidad en lugar de formarla para el matrimonio, bla, bla, bla… La madre de Xavier era

tradicional y estricta con todo lo que concernía a la familia. Blanca aguantó el chaparrón, se disculpó por haberla molestado y resopló cuando pudo, por fin, colgar el teléfono.

Aún disponía de diez minutos para acabar de vaciar el baúl. No quería que su hija la viera trasteando en ese cuartito en el que solo entraba la criada a limpiar o a dejar cosas que ella se resistía a tirar, bien porque le recordaban buenos momentos, bien por si algún día podían ser de utilidad. El baúl de la abuela se inscribía en una tercera categoría: la de almacenar y proteger lo que ya no se usaba.

Esa noche, sin embargo, entraría en la segunda. Iba a ser muy útil. No lo que contendría, claro, sino el propio baúl. Después lo donaría a beneficencia y compraría cajas que lo sustituyeran en su función. Sería incapaz de conservarlo y volver a meter las prendas en el espacio que iba a ocupar con el cadáver de su marido.

—¿Mamá? ¿Qué estás haciendo ahí?

—¡Eulalia! —Blanca se incorporó al instante—. Qué susto me has dado. Y qué pronto has llegado, ¿no?

—Son las seis y media. Siempre llego a esta hora, ya lo sabes. Menos los martes y los jueves, porque me quedo a estudiar en el instituto. Pero hoy es miércoles. ¿Por qué vacías ese baúl?

—Ah… Pues, porque…

Juanita acudió en su auxilio.

—Tiene carcoma. Lo he descubierto esta mañana y su madre ha decidido tirarlo cuanto antes, señorita. Pero creía que ya estaría vacío cuando llegáramos, doña Blanca.

—Se me ha ido el santo al cielo. Entre una cosa y otra… —Se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse un repentino acceso de sudor—. Hay un huésped enfermo, Eulalia. Otro que se ha presentado antes de lo previsto… Por cierto, lo he instalado en la habitación de Xavi por esta noche.

—Lo sé, Juanita me ha contado que se han fundido las bombillas de la 2.

Ese era el pretexto que se le había ocurrido a Blanca, y acordado con la criada, para justificar ante su hija aquel traslado temporal. Forzando una sonrisa despreocupada, confirmó:

—Sí, nada importante.

—Qué raro que se fundan las tres a la vez —observó Eulalia, pero no insistió en la extraña coincidencia—. Bueno, mientras ese huésped no ronque… Yo duermo en la habitación de al lado.

—Por eso te lo he comentado. No porque sepa que ronca, no tengo ni idea de si ronca o no, sino para que no te asustes si oyes algún ruido. Bueno, ahora no está, ha salido a dar un paseo, pero esta noche, si oyeras algo…

—Cálmate, mamá. ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien, muy bien. —Pero se le debía de notar que no, por la cara que ponía su hija, así que admitió—: Solo estoy un poco nerviosa por el día que llevo, nada más. Ve a quitarte el uniforme, cariño. Supongo que tendrás que estudiar un rato.

Eulalia asintió con una mueca de desagrado y se despidió hasta la hora de cenar.

En cuanto criada y señora la vieron cerrar la puerta de su cuarto, esta le preguntó en voz baja a Juanita cómo iba con el avío del difunto.

—En un par de horitas estará listo. Descuide, doña Blanca, que antes de marcharme esta noche, se lo dejo bien guapo. Tieso, eso sí. Me parece a mí que lo de meterlo en ese baúl les va a costar un poco.

* * *

—Blanca, me dijiste que el baúl era grande —expresó, contrariado, Daniel Velarde al ver aquella reliquia familiar.

—Seis palmos de largo y casi cuatro de ancho —indicó ella—. Y es bastante profundo.

Hablaban en susurros bajo la tenue luz de la lámpara de la mesilla de noche mientras Ricardo Arbona miraba el pulcro cadáver, tendido sobre una manta en el suelo de la habitación número 2. Todo un detalle que no lo hubieran colocado sobre la cama que él ocuparía a partir del día siguiente. La criada había vestido al difunto con un traje elegante y parecía simplemente dormido. Observó también aquel centenario baúl de viaje, y su opinión coincidió con la del doctor Velarde.

—¿Cómo se le ocurrió que podría caber ahí, señora Lledó?

—Cabrá —afirmó Blanca—. El Gran Houdini cabe en uno más pequeño y es más corpulento que mi marido.

—¿Era esa su idea? ¿Y también iba a atarlo con cadenas, como hacen con el mago? ¿Por si revivía y trataba de escapar?

—No es momento para bromas, señor Arbona.

—Es verdad. Me disculpo por mi falta de tacto. ¿Y qué pensaba hacer con el baúl? Guardarlo en el trastero otra vez, supongo que no.

—Iba a echarlo al mar. En el puerto. Pero Daniel me dijo que lo acabarían encontrando. Que si quería echarlo al mar era mejor el cuerpo solo, sin el baúl, como si Xavier se hubiera suicidado.

—Pues era una buena opción —opinó Ricardo, que empezaba a arrepentirse de haber aceptado ayudar a trasladar aquel cadáver a la morgue.

—Prefiero que sirva a la ciencia que de alimento a los peces, señor Arbona. No podría volver a comer pescado en toda mi vida.

El doctor Velarde calibraba la movilidad de las articulaciones de la víctima, que era prácticamente nula, y concluyó:

—Está en una fase avanzada de rigor mortis. No podremos meterlo en el baúl a menos que le rompamos algún hueso. Si no fuera tu marido,

Blanca, lo haría sin reparos, pero…

—Hazlo, Daniel. Esperaré fuera. Eso sí que no quiero verlo.

El escritor tampoco, pero se quedó en la habitación. Desconfiaba de aquel médico.

Cuando la señora Lledó se lo presentó, unos minutos antes, la tirantez de Daniel Velarde fue palpable. Sus ojos, de un azul grisáceo y un tanto hundidos en las pequeñas cuencas, se clavaron en él como si le advirtieran de algo. Su postura y su mirada le recordaron a un felino calibrando a su presa. Era de estatura similar a la de Ricardo, olía a tabaco de pipa y llevaba el abundante cabello, de tono claro sin llegar a ser rubio, repeinado y encerado. Ni un pelo se le movió de su sitio durante el proceso de rotura de huesos y de encajado de la víctima en el baúl, a pesar de requerir un esfuerzo considerable. Al escritor se le encogía el estómago con cada crujido que oía y, de vez en cuando, miraba de soslayo un instante al eficiente médico.

Ya listos para partir, un imprevisto los obligó a esperar unos minutos a salir de la habitación. El ilustrador, que seguía indispuesto, había ido al excusado a todo correr. La señora Lledó lo vio mientras vigilaba junto a la puerta, por lo que debían aguardar a que el enfermo regresara a su cuarto. La mujer merodeó por el pasillo, simulando preocupación por la salud de su huésped —que, en parte, era cierto— hasta que le dio las buenas noches y el camino quedó despejado. La única que podía oírlos si seguía despierta era Yvette Faure, pero como ya estaba al corriente del crimen…

Bajaron por la escalera procurando no hacer ruido, cargaron el baúl en el robusto automóvil del médico —un Hispano Suiza de color negro— y se dirigieron al hospital. Durante el corto trayecto de tres calles, el silencio en el interior del vehículo fue sepulcral.

En la entrada del Hospital Clínico, un vigilante saludó al doctor Velarde, que alegó llevar material para los estudiantes de Anatomía. Más cierto imposible. Si le extrañó ver a una mujer en el asiento de atrás, no lo manifestó de ningún modo.

Unos pocos automóviles se hallaban estacionados en aquella calle del interior del recinto, pero no había nadie a la vista y pudieron descargar el baúl sin más testigos que la señora Lledó. Ella permaneció en el coche mientras ambos accedían al hospital por una entrada destinada al personal y a la entrega de suministros.

Tras una sucesión de lúgubres pasadizos, llegaron a la puerta de la morgue. El médico la abrió y le dijo a Ricardo que ya no lo necesitaba más. Él lo agradeció, pues el olor a formol asaltó sus fosas nasales y lo dejó un instante sin respiración. Tampoco le atraía adentrarse en aquella sala oscura, así que volvió sobre sus pasos guiándose por su memoria y por las escuetas indicaciones que Velarde le había dado al despedirse.

Encontró a Blanca Lledó al volante del Hispano Suiza. En cuanto él ocupó el asiento del copiloto, ella arrancó y le preguntó cómo había ido.

—Bien. No nos hemos cruzado con nadie, si es eso lo que le interesa saber.

Ella asintió con la cabeza en un discreto gesto de aprobación.

—Muchas gracias por su ayuda. No sé qué habríamos hecho sin usted.

Él tampoco, pero prefería olvidar su delictivo paseo por las entrañas de aquel hospital y, con ese fin, comentó:

—No la imaginaba conduciendo.

—Xavier me enseñó. Le encantaban los coches. Se acababa de comprar uno cuando le dispararon. Es decir, cuando… desapareció —rectificó la mujer, a media voz, como si no estuviera segura de haber elegido la palabra adecuada. Calló unos segundos y recuperó el volumen—. Un Fiat 501 Torpedo. Rojo. Demasiado llamativo para utilizarlo esta noche.

—Cierto. Y creo que su criada no anda muy equivocada respecto a los sentimientos del doctor Velarde hacia usted. Un hombre no le dejaría su coche a cualquiera.

—Y menos a una mujer, ¿no? —lo retó ella—. Venga, dígalo, no me ofenderé.

Ricardo amagó una sonrisa.

—He conocido a muy buenas conductoras, algunas bastante temerarias. —El Hispano Suiza avanzaba despacio por las calles solitarias—. Pero no es su caso.

—Tal vez sí me ofenda, después de todo. ¿Insinúa que conduzco mal?

—En absoluto —se apresuró él en responder—. Me refería a que temeraria no es, desde luego. A la velocidad que vamos…

—Es de noche y no quiero llamar la atención. De todos modos, sí, soy prudente. En todo. No me gusta el riesgo.

—Pues ocultar un crimen y un cadáver es bastante arriesgado, ¿no le parece?

La señora Lledó no replicó. Él deseó haberse mordido la lengua, no era necesario recordarle que estaba incurriendo en un delito.

«Estaban», se corrigió.

Iba a disculparse por el comentario inoportuno cuando ella habló de nuevo.

—Juanita ha visto otra herida en el cuerpo de Xavier al cambiarlo de ropa. En el hombro izquierdo. Más pequeña que la del pecho, que fue la que debió de acabar con su vida.

—¿Una herida reciente?

—Según ella, sí. Daniel examinará el cuerpo esta noche, y mañana lo sabremos con seguridad. Cuando pase a recoger el coche, me contará lo que haya detectado, quizá descubra algo que aclare lo ocurrido. De paso, visitará otra vez al ilustrador.

—Si lo ha matado el doctor Velarde, puede inventar cualquier detalle que inculpe a otra persona.

La señora Lledó se limitó a alzar un hombro, como dando a entender que asumía esa posibilidad porque no había más remedio, y no volvió a hablar hasta que se apearon del automóvil. Unas pocas farolas rompían la negrura de la noche.

—Mire, aunque le suene extraño, lo que más me interesa aclarar es lo que ocurrió hace tres años. ¿A quién dispararon? ¿Por qué confundieron a aquel hombre con mi marido? ¿Y qué le sucedió a él para desaparecer como lo hizo? Por más que busco una explicación, no encuentro ninguna que tenga sentido.

Ricardo comprendió el desasosiego de la mujer y quiso ayudarla a hallar esa explicación.

—¿Quién identificó a la víctima entonces?

—Supongo que Ramón. Esa noche salieron con unos clientes para llevarlos a cenar y a un espectáculo de varietés —le contó mientras subían por la escalera, débilmente iluminada—. Al día siguiente, acababa de despertarme cuando vino a decirme que Xavier había muerto. Me quedé tan bloqueada que no hice demasiadas preguntas.

—Pues tendrá que preguntarle ahora.

—Es lo que pienso hacer mañana. Bueno, hoy. Ya es la una de la madrugada —señaló, dirigiéndose hacia la entrada privada de la casa—. Venga por aquí. La habitación de Xavi queda más cerca de esta puerta que de la otra.

Siguió a la propietaria y cerró con sigilo. En la silenciosa penumbra del recibidor, donde una lamparilla de mesa permanecía encendida sobre la consola, ella susurró un «gracias» y «le debo un favor». Él lo negó, no le debía nada. Un favor era un favor, algo que se hace desinteresadamente, sin esperar nada a cambio.

La señora Lledó emitió un sonido similar al de una risa triste y burlona a la vez, y afirmó:

—Tiene razón. Pero, en el fondo, todos esperamos que nos devuelvan los favores que hacemos.

Ricardo no iba a cuestionar eso. Y aunque hubiera querido, no habría podido. El pasillo se iluminó de repente, sobresaltándolos a ambos, y una muchacha en camisón apareció a pocos metros de ellos, con los brazos cruzados y expresión enojada.

—Ya veo por qué te preocupaba tanto que oyera ruidos esta noche, mamá.

La madre se envaró.

—Eulalia, ¿qué haces despierta?

—Esperarte. He ido a tu habitación hace un rato y no estabas. Me ha extrañado mucho, tú nunca sales de noche sin decírmelo. Pero ya entiendo por qué no me lo has dicho. Tenías una cita. —Fulminó a Ricardo con la mirada—. Y por lo visto, has decidido traértela a casa.

—Te equivocas. El señor Arbona es el huésped que ha llegado hoy.

—¿Y has salido a enseñarle la ciudad a estas horas? —inquirió la hija con un retintín hiriente.

—No tengo por qué darte explicaciones de todo lo que hago, Eulalia.

—Muy bien, pues no os molesto más. Qué idiota soy, preocupándome por ti —masculló, y dio media vuelta para volver a su cuarto.

El portazo al cerrar dejaba patente su enfado.

La señora Lledó seguía rígida como una tabla y Ricardo quiso tranquilizarla.

—Se le pasará. Tengo dos hermanas menores y he vivido su adolescencia. Es una edad difícil. Usted y yo también hemos pasado por esa etapa.

—Yo jamás le hablé así a mi madre con diecisiete años.

—Bueno, usted es una persona prudente —le recordó él, con una

sonrisa—. Está claro que su hija no.

Los hombros erguidos de la mujer se relajaron un poco.

—Desde que Xavi se marchó a estudiar a Madrid se ha vuelto muy respondona. Comprendo que eche de menos a su hermano, también a mí me ha costado acostumbrarme a su ausencia, pero no entiendo que siempre pague conmigo su mal humor. En fin, no le entretengo más, señor Arbona. Siento que haya tenido que presenciar esto.

Ricardo contuvo una carcajada.

—Señora Lledó, firmaría por presenciar mil discusiones como esta con su hija a ver otro cadáver metido en un baúl.

* * *

La discusión que Blanca tuvo a la mañana siguiente en la cocina no fue con su hija ni contó con testigos. Solo ella y Daniel Velarde, que le interrumpió el desayuno y la lectura del periódico con su llegada.

Después de confirmarle que Xavier había recibido una puñalada en el omóplato izquierdo, poco profunda e infligida con el mismo abrecartas que le perforó el pulmón, le dijo que dejara el asunto en sus manos, que él se encargaría de interrogar a los huéspedes con el pretexto de realizarles una revisión médica gratuita.

—Ni hablar —le prohibió ella—. Ni se te ocurra molestar a mis artistas con preguntas insidiosas.

—¿No quieres saber quién mató a Xavier?

—Por supuesto que sí. Lo que no quiero es tu ayuda.

—Pues ayer sí la quisiste —le echó en cara Daniel.

—Porque la necesitaba.

—Y aún me necesitas, Blanca. ¿Cómo vas a averiguar tú sola lo que pasó?

—No lo sé, ya me espabilaré.

—¿No te das cuenta de que puede ser peligroso?

—Tanto como lo sería para ti, Daniel.

—Pero yo soy un hombre, y…

—¡Oh, no me vengas con esas! —saltó Blanca, pero recuperó la compostura en seguida—. Tengo ojos y oídos, igual que tú. Una boca para hablar y un cerebro que funciona la mar de bien. Puedo moverme sin problemas y dispongo de más tiempo libre que tú.

—¿Y si el culpable intenta atacarte? No sabemos a quién nos enfrentamos ni a qué.

—Conseguiré un arma. No debe de ser tan complicado cuando tanta gente va con pistola por la calle.

—¡Santo cielo! ¿Has perdido la cabeza?

—Al contrario, estoy muy lúcida.

Y por eso se abstendría de hacerse con una pistola. No sabría manejarla ni se atrevería a empuñarla contra nadie. Solo lo había dicho para que Daniel se callara, pero no lo logró. Su buen amigo insistió y persistió hasta que ella, harta de escucharlo, le expuso la verdadera razón por la que rechazaba su ayuda: él podría ser el asesino.

—¿Crees que yo…? —Tan impactado se quedó el médico, que el resto de la pregunta se redujo a unos cuantos balbuceos.

—Estabas aquí, Daniel, y no había nadie más que mis huéspedes.

—Eso no puedes saberlo. Quizá tu marido vino con alguien. O incluso alguno de esos artistas que alojas…

—Ninguno conocía a Xavier —lo cortó ella—, ¿por qué iban a

matarlo? Y en una habitación a la que no tienen acceso.

—Pe-pero… las llaves…

Volvía a balbucear, y aunque a Blanca le dolía ver al hombre tan trastornado y seguía dudando de que él fuese capaz de quitarle la vida a alguien, se mantuvo firme.

—No, Daniel. Agradezco tu ayuda de anoche, pero no necesito nada más. Y me gustaría saber a qué hora te marchaste por la mañana, después de visitar al ilustrador.

—Pues… no lo recuerdo con exactitud. Serían… las doce o doce y cuarto, no lo sé, no me fijé en la hora.

—¿Te encontraste con Ramón al salir?

—No. ¿Por qué?

—Él siempre se va a las doce. Si no te lo cruzaste, debiste de marcharte más tarde que él —dedujo Blanca—. No antes, de eso estoy segura. Sé por Juanita a qué hora llegaste, y tu visita médica no pudo durar diez minutos. Eres muy concienzudo en tu trabajo y sueles pasar más tiempo con tus pacientes. De todos modos, le preguntaré al ilustrador cuando se encuentre mejor.

—Puede que tampoco se acuerde. Le di un calmante para los dolores abdominales.

—Pues mala suerte.

—Blanca, por el amor de Dios, ¿cómo puedes pensar que yo…?

—Me gustaría no pensarlo, pero debo considerar sospechoso a cualquiera que estuviese aquí ayer entre las doce y las doce y media, que es la hora estimada de la muerte de Xavier, según tú.

—Eso incluye a tus huéspedes, ¿no? —indicó Daniel Velarde en tono punzante—. Sin embargo, ya los has descartado.

A pesar de que a Blanca no le gustó la atinada observación del médico, debía reconocer que ella misma la había propiciado al

justificar por qué sospechaba de él. Y supo que debía darle la razón. Tal vez así, el hombre se calmaría un poco y ella podría seguir indagando.

—De acuerdo, puede que me haya precipitado. Aun así…

—No vas a descartarme a mí —concluyó él, ofendido—. Muy bien, lo comprendo, pero te juro que no tengo nada que ver con esa atrocidad.

—Entonces, debo preguntarte si oíste algo durante la visita al ilustrador. O al marcharte. Voces, algún ruido…

—No —respondió Daniel con sequedad. Sus ojos felinos echaban chispas de indignación—. Salí de la habitación de ese hombre, fui al baño a lavarme las manos y me marché por esa puerta. —Señaló con el índice la entrada privada—. Es la que utilizo siempre. Ni me acerqué a esa maldita habitación en la que apareció muerto tu marido. Y mientras sigas sospechando que yo lo maté, prefiero no hablar contigo. —Resentido y dispuesto a marcharse, tomó su maletín, pero se detuvo en el umbral para añadir—: Y verte lo menos posible, así que tendrás que llamar a otro médico cuando alguien caiga enfermo, porque yo no pienso acudir.

—Daniel, espera.

El médico suspiró, conteniendo su furia. De espaldas a ella, pronunció un adusto «qué» y Blanca le preguntó por el baúl. Arisco, él respondió que lo había desinfectado y guardado en su consulta, y que se lo dejaría en la portería a mediodía.

—No hay nadie. Los porteros me pidieron unos días de vacaciones para ir a su pueblo en Todos los Santos, y se los di. —Lamentó haberlo hecho, ya que el matrimonio que vivía en la portería hubiera sabido quién había entrado y salido del edificio la mañana anterior—. Pero puedes dejarlo aquí, Juanita te atenderá. Si vienes a partir de la una no correrás el riesgo de verme, porque no estaré —le informó con una dureza equiparable a la que él le estaba mostrando—. Tengo intención de comer con Ramón.

—Ah, ¿sí? Pues quizá deberías incluirlo entre tus sospechosos,

Blanca, porque puede que ayer no fuera tan puntual como siempre al marcharse, y por eso no me lo encontré al salir.

6

A las dos en punto, tal y como habían quedado por teléfono, Ramón Sureda se sentaba frente a Blanca en el Café Royal de la Rambla de los Estudios. Famoso por sus tés de la tarde y su exquisita pastelería, siempre estaba lleno, por lo que ella se había adelantado para conseguir una de las mesas que le gustaban: arrimada a la pared y junto a uno de los grandes espejos ovales que decoraban el local.

—Me ha sorprendido que quisieras comer conmigo, Blanca. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar en estas fechas cuando has perdido a un ser querido hace poco. Haber ido al cementerio anteayer, la misa de difuntos de ayer… No dejo de pensar en Xavier.

—Lo comprendo. También yo lo echo de menos.

El rostro alargado de Ramón pareció alargarse todavía más por la tristeza que expresaba. El espejo a la izquierda del hombre reflejó su perfil abatido, la cabeza inclinada; la barbilla pulcramente rasurada rozaba el nudo de la corbata y su nariz recta y prominente apuntaba al plato vacío.

Un camarero se les acercó y ambos pidieron la comida. Una vez solos, Blanca continuó.

—Y me he dado cuenta de que no sé qué pasó aquella noche. Solo tengo recuerdos muy vagos del día siguiente, cuando viniste a darme la terrible noticia. Supongo que me contaste lo que sucedió, pero yo estaba tan conmocionada que no te presté atención. Me gustaría que volvieras a contármelo.

—¿Ahora?

—Es el momento perfecto. Hoy hace exactamente dos años y diez

meses que nos despedíamos de Xavier en su funeral, y quiero saber con todo detalle lo que ocurrió.

Ramón inspiró hondo, se ajustó el nudo de la corbata y aguardó a que otro camarero les sirviera el vino en las copas.

—Está bien, volveré a contarte lo que vi. Es todo lo que sé, aparte de lo que concluyó la policía.

—Será suficiente. Empieza por el local adonde llevasteis a aquellos clientes. ¿Cuál era?

—El Edén Concert, en la calle Conde del Asalto. Habíamos bebido bastante, y cuando acabó uno de los números de baile, Xavier me preguntó si me importaba que se fuera a casa. No se encontraba bien. Yo le dije que se marchara, claro, y eso hizo. Me quedé un poco preocupado, porque vi que caminaba despacio y algo inseguro, pero supuse que tomaría un taxi en la Rambla. Habíamos ido en mi coche.

—Lo imagino. El Fiat nuevo seguía aparcado en la calle Muntaner por la mañana.

Blanca recordaba haberlo visto desde la puerta del balcón de su dormitorio, donde se refugió después de que Ramón se marchara aquella mañana. Estuvo un buen rato mirando la calle tras el cristal mientras asimilaba la impactante noticia y trataba de discernir si era una desgracia para ella o una bendición. No pensó en nada más. No quiso saber nada más.

En cambio, ahora, necesitaba saber absolutamente todos los detalles de lo que sucedió aquella noche.

Les sirvieron la comida. Ella esperó a que el camarero se alejara de la mesa para formular otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que Xavier salió del Edén Concert hasta que le dispararon?

—Lo que dura un cuplé. La cantante lo había empezado cuando él se marchaba y, al terminar la canción, durante los aplausos del público, noté que los camareros miraban hacia la puerta y hablaban

entre sí en voz baja. No le di mucha importancia. Conozco esas calles, hay peleas y enfrentamientos a menudo, y pensé que se trataba de eso, que había alguna trifulca frente al local. Pero cuando acabó el siguiente número del espectáculo, oí algo sobre un disparo y pregunté, por curiosidad, al chico que atendía nuestra mesa.

—Empieza a comer o se te enfriará —le dijo ella al ver que ni siquiera había tocado los cubiertos.

—Se me ha quitado el hambre, Blanca. Rememorar esto…

—Lo sé. Fue muy duro para ti. Pero también para mí y para mis hijos, y quiero poder contarles con precisión todo lo que ocurrió si algún día empiezan a hacer preguntas —improvisó para justificar tanto interés por aquella noche, y lo ayudó a continuar el relato—. Le preguntaste al camarero y él te respondió que habían disparado a un hombre en la calle, ¿no? Eso sí lo recuerdo.

—Cerca de allí, sí. A uno que le parecía haber visto entre el público. Se había fijado en él porque llevaba un borsalino gris con mucha elegancia. Ya puedes imaginar cómo salí del Edén. Corrí hacia la puerta, ni me despedí de los clientes. A unos metros de mí, vi un grupo de gente y me faltó tiempo para llegar ahí. Me abrí paso a empujones entre los mirones hasta que un guardia me frenó. Pero yo ya veía medio cuerpo de la víctima: los pantalones, los zapatos, parte del gabán… Supe que era él. Xavier. —El nombre se ahogó en un angustioso susurro.

—¿Solo por la ropa? Xavier la compraba en la sastrería Modelo. Otros hombres podían vestir igual que él.

—Ya, pero… No sé, lo supe, Blanca. Y fue…

Como no hallaba la palabra y ella quería centrarse en los hechos, no le concedió tiempo a Ramón para buscarla.

—El guardia te frenó y ¿qué hiciste tú?

—Le dije que conocía al hombre, pero ni me escuchó. Me pidió que me apartara y que les dejara hacer su trabajo. Entonces vi que otro

guardia tenía en las manos la cartera de Xavier y buscaba en ella algo que lo identificara. Yo insistí en que lo conocía, dije que era Xavier Riera y les supliqué que me dejaran acercarme a él. Debí de hablar muy alto, porque el que registraba la cartera vino hacia mí y me pidió que repitiera el nombre. Lo hice, y recuerdo que me miró de arriba abajo, como si me cacheara con los ojos. —Los de Ramón también se movieron para ilustrar la explicación. Luego, sus pupilas se perdieron en algún punto del prístino mantel y su voz se debilitó —. Yo estaba temblando, angustiado, y supongo que el guardia lo notó, porque me advirtió que no sería agradable de ver, que le habían disparado en la cabeza y tenía la cara destrozada. No me importó. Necesitaba verlo. Todavía tenía la esperanza de que no fuera él. Aun después de haber visto el carné de socio del Barcelona con su nombre que el policía sacó de la cartera, recé para que no fuera Xavier.

—¿Lo identificasteis por el carné de un club de fútbol?

Ramón regresó de aquel momento del pasado y alzó la mirada hacia ella.

—Es tan válido como el de un sindicato. Además, el traje era el que él llevaba esa noche. Y el sombrero, los zapatos… ¿A qué viene esa pregunta?

Blanca tuvo que pensar a toda velocidad cómo podía justificarla, ya que no tenía mucho sentido para alguien que desconocía el reciente asesinato.

—No lo sé, de pronto se me ha ocurrido que Xavier podría haberle prestado el carné a alguien y…

—Él nunca prestaba su carné —la interrumpió, entre perplejo y enojado—. Y en caso de que lo hubiera hecho, no habría prestado también su cartera, con el resto de su documentación, la foto de Xavi…

Extrañada, Blanca paró de comer.

—Vaya… No sabía que llevara una foto de Xavi en la cartera.

A Ramón, por el contrario, le entró un hambre repentina. Su mirada se centró en la comida y murmuró una disculpa que a ella le resultó todavía más extraña, así que ignoró aquel compungido «lo siento» y señaló:

—Yo no vi ninguna foto cuando revisé la cartera que me trajiste aquella mañana junto con la ropa manchada de sangre que ni me atreví a tocar.

El hombre ingirió dos bocados más. Sin alzar la vista, acabó confesando:

—La tiré.

—¿La tiraste? ¿Por qué? —Blanca no pudo evitar añadir—: ¿Y tiraste algo más?

—No, solo esa foto.

—Eso significa que no llevaba ninguna mía ni de Eulalia —dedujo ella, pero le intrigaba que Ramón no hubiera respondido a la primera pregunta, así que la repitió—. ¿Por qué la tiraste?

Otro bocado. El silencio resultaba perturbador y Blanca presionó al hombre que sabía más de su difunto marido que cualquier otra persona.

—Ramón, ¿qué me estás ocultando?

Él inspiró hondo y, con exasperante lentitud, dejó los cubiertos cruzados sobre el plato medio lleno. Luego, por fin la miró a ella de nuevo.

—Lo siento, Blanca, no quería decirte lo de la foto para que no me preguntaras precisamente lo que me has preguntado. Pero se me ha escapado, y… —Volvió a llenar de aire los pulmones y lo soltó despacio—. Mira, no sé por qué no llevaba una fotografía tuya en la cartera, pero sí creo saber la razón por la que tampoco llevaba ninguna de Eulalia, y no te va a gustar.

En la mente de esposa y madre se impuso la lógica, y Blanca se ofendió.

—¿Acaso dudaba de que fuera hija suya?

—¡Por supuesto que no! Xavier jamás dudó de tu fidelidad.

—Entonces, ¿por qué? Cuéntamelo, por favor.

Sonó más a orden que a petición, y Ramón, apesadumbrado, obedeció.

—Tu marido veía en Eulalia a su hermana fallecida.

—¿La que murió de pulmonía a los doce años? —quiso confirmar ella.

—Sí. Tú no la conociste, pero es verdad que se parecía mucho a vuestra hija. Xavier adoraba a su hermana, y creo que nunca superó su muerte. Sufría constantemente por Eulalia, temiendo perderla, y más de una vez me había dicho que hasta mirarla le dolía.

Una avalancha de recuerdos adquirió sentido en ese momento para Blanca Lledó. La reticencia de su marido a coger en brazos a la niña, ya de bebé, cuando había acunado a Xavi sin aprensión alguna; el escaso interés por Eulalia durante su crecimiento, el mal humor que mostraba ante un simple resfriado de su hija, el distanciamiento cada vez mayor a medida que aumentaba su atención por el primogénito… Xavier se llevaba al niño a los partidos de fútbol, a las excursiones del Real Automóvil Club de Cataluña —del que era socio—, al parque de atracciones de la Ciudadela… Blanca achacaba aquel trato tan desigual a la diferencia de género entre sus hijos y procuraba no indignarse por ello, aunque le molestara cada día más.

Ahora, tras la revelación de Ramón, lamentaba no haber comprendido lo que escondía aquella actitud. Sin embargo, la pena que sintió por Xavier y aquel dolor no superado quedó ensordecida por la incomprensión: ¿por qué nunca se lo confió?, ¿por qué no permitió que conociera su sufrimiento? Tal vez habría podido ayudarlo. O no. Pero, al menos, ella no hubiera pasado tantos años pensando que Eulalia le importaba un comino a su padre.

—Blanca, perdóname, no tendría que haber mencionado aquella

foto. Te he estropeado la comida. Aunque, francamente, tampoco está siendo muy agradable. Y no me refiero a la compañía. Estoy muy a gusto contigo, pero esto de remover el pasado…

—Claro. Perdóname tú a mí, entonces. Solo una cosa más —le pidió, retirando también ella su plato—. ¿Sabes si Xavier tenía algún problema que me ocultara? ¿Enemigos que pudieran desear su muerte?

—Muchos industriales tenemos enemigos. Sabes que la CNT querría acabar con todos nosotros.

—Sí, y el gobierno querría acabar con la CNT y con todos los revolucionarios. No, Ramón, no hablo de un problema general, me refiero a algo más específico. Personal, incluso.

—No, no sé de ninguno. Y estoy seguro de que él me lo habría confiado, si lo hubiera tenido. Escucha, Blanca, aquella noche lo eligieron a él como podrían haberme elegido a mí. Tuvo la mala suerte de marcharse solo. Era un blanco fácil para el pistolero.

Sí, pero no fue quien recibió la bala mortal, se dijo ella.

¿Y a dónde se marchó Xavier? ¿De qué huía? O de quién. La opción del secuestro la había descartado, pues nadie pidió un rescate por él.

Como no podía decirle nada de eso a Ramón, se centró en el asesino.

—Eso de que era un blanco fácil… Había más gente en la calle, ¿no? El pistolero pudo haber disparado contra cualquiera.

—Supongo que sí. Fue una cuestión de mala suerte, Blanca. Sabes lo conflictivas que eran las calles en aquel momento. Me imagino que lo eligieron porque iba bien vestido, buen reloj… Debieron de identificarlo como un miembro de la patronal y… Mira, no sé qué se le pasó por la cabeza a quien lo hizo, pero está claro que sabía cómo manejar un arma.

—Ya. Y también supo escabullirse lo bastante rápido como para que nadie pudiera identificarlo. Interrogaron a los pocos testigos que

hubo, ¿verdad?

—A todos. También a mí, que no vi nada, pero no me quejo. Comparado con lo que te hicieron pasar a ti…

—No me hables de eso, Ramón. Todavía trato de olvidarlo. Convencer a la policía de que yo no había pagado a un sicario para librarme de mi marido me costó cien pesetas. Es el doble de lo que cobro por el alquiler de uno de mis pisos.

—Lo sé. Y podemos dar gracias por que nos tocara un inspector dispuesto a aceptar un soborno. ¿Cómo se te ocurrió ofrecérselo? Corriste un gran riesgo. Si ese hombre hubiera sido un policía honesto…

—No me paré a pensarlo. —Y era cierto, al igual que no se había parado a pensar en sobornar al señor Arbona—. Pero no nos desviemos del tema, por favor. Ese hombre, el que disparó… Recuerdo que los testigos dijeron que llevaba la cara tapada por una bufanda o algo así.

—Y que una gorra le ocultaba los ojos, sí. Todos coincidieron en que vestía de gris y en que echó a correr enseguida. Parece que se metió por algún callejón. Nadie se atrevió a perseguirlo, claro. Tal y como estaban las cosas entonces… Por desgracia, no han cambiado mucho.

Cierto. Blanca sabía que cualquier testigo de uno de aquellos frecuentes atentados se alejaba lo más rápido posible del lugar de los hechos. Puro instinto de supervivencia.

—Así que no te planteas otra opción distinta a la que eligió la Policía después de que yo sobornara al inspector: un atentado anarquista contra un industrial. La identidad del hombre que le quitó la vida no tiene importancia.

—Ya no. Para mí, al menos, ya no la tiene. Para ti, ¿sí? —se extrañó Ramón.

—No lo sé. Supongo que no, pero…

—Blanca, da igual quién disparara a Xavier, ¿no crees?

—Sí. —«Hasta ayer», omitió decir ella, e insistió en lo extraño del supuesto atentado—. Perdona, es que tengo la sensación de que la Policía tomó la vía fácil. Por lo que me has contado, la muerte de Xavier no parece obra de los anarquistas. Siempre atentan a plena luz del día y en espacios abiertos. Piensa en el asesinato de Canalejas, el atentado contra Alfonso XIII o el último, el que puso fin a la vida del presidente Eduardo Dato el día que yo inauguraba la residencia de artistas.

—Blanca, por el amor de Dios, estás hablando de personas muy importantes. Xavier no era más que un industrial entre muchos, su muerte no iba a llenar columnas de periódicos ni a conmover a más de la mitad del país. ¿Qué diferencia había entre dispararle de día o de noche?

—Poca, es verdad —tuvo que admitir ella.

Un camarero les retiró los platos y les recitó las delicias que podían ofrecerles de postre. Blanca habría querido probarlas todas, pero prefirió no alargar el mal trago que le estaba haciendo pasar a Ramón y se sumó al café que él pidió. Tampoco ella había disfrutado de la comida, lógicamente, por lo que decidió cerrar el tema de la fatídica noche y le preguntó por su mujer.

—¿Cómo está Montse? Hace días que no nos vemos.

—Bien. Ocupada con los niños, como puedes imaginar.

—Sí —sonrió ella—. Tres en pleno crecimiento dan mucho que hacer.

—Trece años ha cumplido ya la mayor. Ocho la pequeña…

—Sí, Ramón —lo interrumpió Blanca, y completó—: Y el niño cumplirá once dentro de un mes. He estado en todas las fiestas de cumpleaños que habéis celebrado.

—Es verdad, perdona. Es que, a veces, me cuesta creer que el tiempo pase tan rápido.

Unos minutos más de conversación distendida sobre los hijos de ambos y se despidieron en la puerta del Café Royal con dos besos

amistosos en las mejillas. Blanca rehusó el ofrecimiento de Ramón de acompañarla a casa.

—Gracias, pero he venido en coche. Y, antes de volver a casa, quiero ir a comprar unas cosas que me hacen falta.

Las cajas para guardar la ropa que había sacado del baúl.

Se encaminó hacia los grandes almacenes El Siglo recopilando la información que Ramón le había dado. ¿Qué podía hacer con ella? Deseó tener a alguien con quien compartirla, alguien en quien pudiera confiar plenamente.

Solo se le ocurrió Juanita.

Pensó también en el escritor, pero lo descartó en seguida.

No lo había visto en toda la mañana y prefería no verlo. Después de que Eulalia los descubriera entrando furtivamente en la casa, Blanca se había acostado intranquila y con la sensación de que estaba abusando de la benevolencia de su huésped. Y se había prometido no pedirle nada más y no volver a hablarle del crimen ni del atentado. A menos que él preguntara, ella lo mantendría al margen de sus indagaciones. Era parte del trato que había hecho con el señor Arbona, y debía cumplirlo.

Aunque la capacidad del escritor para imaginarse crímenes pudiera ser muy útil para resolver el de Xavier y su desaparición.

Aunque ella ya lo hubiera hecho partícipe de sus preocupaciones.

Aunque él pareciera interesado en desentrañar el misterio de lo ocurrido.

No, nada de eso convencía a Blanca de acudir de nuevo a Ricardo Arbona como si necesitara su ayuda. No la necesitaba.

Terminadas las compras, un empleado de los grandes almacenes la ayudó a cargarlas en el coche, y mientras conducía hacia la calle Muntaner, valoró la posibilidad de ir al Edén Concert. Seguramente recordarían el atentado contra uno de sus clientes y, tal vez, pudieran contarle algo que arrojara un poco de luz sobre el asunto

de la desaparición de Xavier.

* * *

—¿Va a ir usted sola, doña Blanca? ¿De noche, por esas calles y a un local como ese?

—El Edén Concert tiene prestigio, Juanita. No es un café-cantante cualquiera —adujo Blanca Lledó mientras supervisaba la labor de su criada, que colocaba la ropa del baúl en las cajas nuevas—. Es un sitio elegante y ofrece espectáculos selectos. Además, no pretendo ir de noche a ver el que hay ahora en cartel, que ni siquiera sé cuál es, sino antes de que el local abra al público, en algún momento que no interrumpa el trabajo de los empleados, para poder hablar con ellos tranquilamente.

—¿Y cómo va a entrar, si no está abierto?

—Como entran las bailarinas que actúan allí. Deben de llegar con tiempo para cambiarse de ropa, maquillarse, peinarse…

—Claro que sí, pero a ellas las conocen. A usted no la dejarán entrar por su cara bonita, se lo digo yo. Y será igualmente de noche, que a las siete ya oscurece, y no le recomiendo que merodee sola por esa calle. Hay unos cuantos burdeles y uno de esos meublés donde alquilan habitaciones por horas para fornicar.

—Juanita, por Dios, esa palabra… —la regañó Blanca.

—Perdone, señora, la finura no es lo mío.

—Y que lo digas. En fin, no importa. ¿Cómo sabes lo que hay en esa calle?

La criada le explicó que, al llegar a Barcelona dos años atrás, había limpiado por horas en algunos bares y tiendas de la zona, ya que vivía en una pensión del barrio del Raval y fue allí donde le dieron sus primeros trabajos en la ciudad. Muy digna ella, especificó que

ninguno de aquellos locales que dejaba como los chorros del oro era un burdel o un meublé. Luego, con plena confianza, le aconsejó que se buscara un hombre para ir al Edén, que disfrutara de la cena y del espectáculo, que sonriera mucho al camarero de su mesa y después…

—… podrá preguntarle lo que quiera. Espere a que el local se vacíe y empiecen a recoger. Si le ha caído en gracia al camarero, no la echará de allí.

—El problema, Juanita, es que el único hombre al que podría pedirle que me acompañara es Daniel, y ya te he contado lo ofendido que se ha marchado esta mañana.

—Quien se pica, ajos come, señora. Ojito con ese doctor —le advirtió la criada, llevándose un índice al párpado inferior de uno de los suyos—. A ver, que igual no tiene nada que ver con el crimen y solo le ha dado una rabieta de enamorado, oiga. Pero es verdad que no se lo puede pedir a él. Táchelo de la lista.

—¿Qué lista? Si no hay más nombres.

—¿Cómo que no? Yo le doy uno: Ricardo Arbona.

—Uy, no. No quiero deberle otro favor. Ni él me lo haría, estoy convencida.

No de buena gana, al menos. Y un favor que se hacía bajo presión, ya no era un favor. Además, generaba una deuda moral en quien lo recibía que tarde o temprano tenía que saldarse, y Blanca no quería aumentar la suya. Aunque el señor Arbona le dijera anoche que no le debía ningún favor, ella creía que sí.

—Por probar no pierde nada, doña Blanca. Ya lo he instalado en la 2, justo después de comer. Muy majo, el chico. Hasta ha bromeado con que esperaba no necesitar el abrecartas, porque no había ninguno.

Blanca recordó entonces que había olvidado comprar otro. Tenía el arma del crimen bien guardada en un cajón del chifonier de su dormitorio. No sabía para qué la guardaba, solo sabía que no iba a

volverla a dejar en el escritorio que el señor Arbona usaría durante dos semanas.

El señor Arbona. Pedirle que la acompañara a una cena-espectáculo en uno de los locales más distinguidos de Barcelona. Y con más historia, pues tenía casi tantos años como él; aunque el Edén Concert no siempre había sido un lugar elegante frecuentado por gente bien, por lo que tenía entendido.

Tal vez al periodista le interesara ver un music hall como aquel.

Tal vez al escritor le fuera útil para su novela, ya que se hallaba en el barrio donde iba a ambientarla.

Y tal vez… No, seguro. Segurísimo que al hombre le apetecía contemplar a todas esas bailarinas de cuerpos estupendos contoneando las caderas sobre un escenario y luciendo sus atributos femeninos apenas cubiertos por minúsculos trajes brillantes.

Visto así, si lo planteaba desde esa perspectiva, no daba la impresión de estar pidiéndole un favor, pensó Blanca, sino de ofrecer a su huésped una desinteresada colaboración en su trabajo y, a la vez, algo de entretenimiento.

Por probar, no perdía nada, desde luego.

Así pues, al día siguiente, cuando Blanca vio que los cuatro artistas terminaban el desayuno y se retiraban a sus respectivas habitaciones, interrumpió el suyo para ir a hablar con Ricardo Arbona. Dado que había otro motivo por el que habría llamado igualmente a la puerta de la habitación 2, fue el que expuso tras los saludos iniciales.

—Por fin ha podido compartir mesa con todos los demás residentes, señor Arbona. Me alegra que el ilustrador ya se haya recuperado de su indisposición. ¿Qué le ha parecido?

—¿El desayuno en general o Emilio Ramírez? —Sonrió el escritor—. O «Milo», como le gusta que lo llamen.

—Milo es el seudónimo con el que firma sus obras.

—Eso ha comentado Santoni, que no ha dejado hablar mucho a los demás.

—Lo imagino. Entre Yvette y él nunca hay dos segundos de silencio en la mesa.

—Pues ella estaba bastante apagada esta mañana —comentó el hombre—. Y respondiendo a su pregunta sobre qué me ha parecido Milo… —Se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Un tipo huraño y algo disperso. Parecía estar en otro mundo mientras desayunábamos. Aunque puede que sea porque aún no se encuentre bien del todo.

—El señor Ramírez no es muy sociable, la verdad. Lleva aquí dos semanas y apenas sé nada de él. Cuando me intereso por su trabajo, solo dice: «Va bien, va bien» —lo imitó, agravando la voz y frunciendo el ceño, lo que provocó una breve risa en su interlocutor—. Sé que se aloja aquí porque le encargaron una serie de ilustraciones de Barcelona con fines publicitarios, para una compañía transatlántica, y en su casa le costaba concentrarse.

—Por sus cinco hijos un tanto revoltosos —indicó Ricardo Arbona. Y después, apuntó su fuente de información—: Santoni lo ha comentado durante el desayuno.

El músico tampoco sabía mucho de Emilio Ramírez, pero le contó a Ricardo lo que le había ido sonsacando en anteriores ágapes compartidos: que había vivido en el barrio de Gracia, en Barcelona, hasta que se casó y se mudó a una población a pocos kilómetros de la capital catalana; que la esposa trabajaba en una fábrica textil y él se ganaba el sueldo dibujando para quien le pagara; que pintaba al óleo en su tiempo libre y exponía en galerías de arte de vez en cuando, pero que su obra se vendía poco y se cotizaba a la baja. Santoni le había susurrado al oído, para no ofender a su compañero de mesa, que Milo tenía toda la pinta de ser un artista frustrado. Ricardo, tras observar al ilustrador, concluyó que probablemente llevara razón. Su expresión hosca, su aspecto abatido, su andar lento, como si arrastrara bolas de hierro sujetas con grilletes a los tobillos… En su rostro destacaban un poblado y canoso mostacho de puntas curvadas hacia arriba y una pronunciada nariz aguileña. El escritor no pudo evitar imaginárselo empuñando el abrecartas

para hundirlo en el pecho de Xavier Riera.

—Y hablando de trabajo… —continuó la señora Lledó—. ¿Cómo va su novela? ¿Ha empezado ya a escribirla?

—Todavía no. Tengo la idea y la trama, más o menos, pero antes de ponerme a escribir quiero empaparme del ambiente del Raval.

—Ah, claro. Pues…. —Blanca pensó que era el momento perfecto para probar—. ¿Sabe lo que le vendría muy bien? Ver un espectáculo en el Edén Concert. Es un lugar emblemático de la ciudad y está en esa zona, en la calle Conde del Asalto.

—Creo que ayer por la tarde pasé por delante de ese local.

Ricardo también recordó que le pareció ver a Eulalia salir de un portal de esa calle cuando la recorrió de inicio a fin, desde la Rambla hasta una amplia avenida que parecía concentrar los teatros y cabarés de la ciudad, así que le preguntó a la señora Lledó:

—¿Tiene usted familia que viva en esa calle? En la que está el Edén Concert, pero al otro extremo, cerca de la avenida del Marqués del Duero.

—¿Del Paralelo? Aquí todos llamamos así a esa avenida: el Paralelo. Se lo digo por si mencionara la calle en su novela. Y no, toda mi familia vive en San Feliu de Llobregat, donde nací yo.

—¿Alguna amiga de su hija, quizás?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué? —inquirió, extrañada.

—Por nada, por nada. —Tal vez se hubiera confundido y aquella joven que había visto con otra no era Eulalia Riera. Aparcó la duda y curioseó—. ¿Por qué llaman «el Paralelo» a esa calle?

—Porque su trazado coincide con uno de los paralelos terrestres —resumió ella, e insistió—: Y bien, ¿qué me dice del Edén Concert? ¿Le gustaría ir?

—Es una buena idea, la tendré en cuenta. Gracias.

—Esta noche sería perfecto. Pero seguramente no le apetecerá ir solo, claro. Si usted quiere, yo podría acompañarlo. No he estado nunca y me gustaría ver a qué viene tanta fama.

El ofrecimiento de la señora Lledó sorprendió a Ricardo. Su ego masculino se infló al interpretarlo como una atrevida proposición. No era la primera que recibía de una mujer.

Sacó las manos de los bolsillos, se cruzó de brazos y apoyó un hombro en el marco de la puerta, adoptando una postura relajada y un tanto seductora. Añadió una sonrisa provocativa, una mirada pícara y un tono acaramelado para preguntar:

—¿Me está pidiendo una cita, señora Lledó?

—¡No! No, qué va, no. —Ella se ruborizó—. Madre mía… Lo ha parecido, ¿verdad? Lo siento, no era mi intención. Tendría que haberle dicho la verdad desde el primer momento, pero pensé que… —Tras un carraspeo apenas audible, la mujer bajó la voz—. Disculpe, ¿podría entrar un minuto en su habitación? No quiero hablar de esto en el pasillo.

Él intuyó a qué se refería con aquel pronombre demostrativo, y a pesar de su reticencia a implicarse más en el asesinato de Xavier Riera, se apartó del umbral de la puerta.

—Adelante.

—Gracias.

En cuando Ricardo cerró, ella le resumió su conversación con el tal Ramón Sureda y repitió varias veces que no pretendía que la ayudara en sus pesquisas. Lo único que necesitaba era un acompañante para esa noche.

A Ricardo Arbona, aficionado a las salidas nocturnas —y aún más si incluían una mujer—, le sobraban la mitad de las palabras que la señora Lledó encadenaba casi sin respirar, pues había decidido acompañarla incluso antes de quedarse a solas con ella en la habitación. La atracción física que sentía hacia aquella dama burguesa le impedía rechazar la tentadora invitación, aunque

supiera que cualquier flirteo estaría fuera de lugar. Se contentaría con la cena y con conocerla un poco más.

El problema surgió después de que Blanca Lledó se despidiera de él hasta la noche. La mitad sobrante de palabras que Ricardo había escuchado por educación y curiosidad se afincó en su cabeza y comenzó a interesarle más de lo que debería. Y supo que, muy a su pesar, acabaría ayudando a la viuda a averiguar la verdad de aquella doble muerte de su marido. Porque nadie podía morir dos veces.

7

Todavía avergonzada por lo mal que había llevado la conversación con el escritor antes de pedirle entrar en la habitación, Blanca Lledó terminó el desayuno interrumpido y la lectura del periódico. Luego, se dirigió hacia la zona de huéspedes, dispuesta a hablar con ellos a fin de iniciar su indagación. A lo mejor habían oído o visto algo que pudiera darle una pista sobre lo ocurrido en la número 2. Pese a haber admitido ante Daniel que quizá se precipitó al descartarlos a todos como sospechosos del crimen, seguía convencida de que ninguno había empuñado aquel abrecartas para hundirlo dos veces en el cuerpo de Xavier.

Llamó a la puerta de la habitación 3, ocupada por el ilustrador, y no obtuvo respuesta. Recordó que Milo solía marcharse cada mañana y regresaba al mediodía; excepto un par de mañanas lluviosas y cuando estuvo indispuesto, eso había hecho a diario desde que se instalara allí dos semanas atrás. Por la tarde estaría en la residencia, así que lo abordaría entonces, se dijo Blanca, y probó en la número 4. A diferencia de Emilio Ramírez, el señor Santos Nieto salía poco.

El músico le abrió enseguida. Ella le pidió disculpas por interrumpir su trabajo e inventó que un vecino se había quejado de ruidos extraños procedentes de la residencia la mañana del miércoles. ¿Había oído él algo fuera de lo normal entre las doce y las doce y media?

—Oh, sí. Los quejidos de Milo —respondió Santoni en tono de fastidio y poniendo los ojos en blanco.

—¿Quejidos? —Tal vez no fueran del huésped, pensó Blanca, sino de Xavier, herido y moribundo—. ¿Qué clase de quejidos?

—Pues los típicos de cuando a uno le duele algo. No podía concentrarme, oyendo sufrir al pobre hombre.

—¿Está seguro de que eran del ilustrador?

—¿De quién sino? Venían de ahí —concretó, señalando con el lápiz que llevaba en la mano la pared que separaba la habitación 3 de la 4—. Y casi toda la mañana. Aunque no se quejaba tan alto como para molestar a los vecinos, creo yo. A mí, sí, porque tengo el oído muy fino.

—Claro. Y lamento que no pudiera concentrarse en su trabajo. —También lamentó que el músico no le estuviera dando ninguna pista, e insistió—: Así que no oyó nada más.

—A Juanita, aporreando la puerta de la 3 y diciendo que había llegado el médico. ¡Menos mal!, pensé. Aun así, me marché.

—¿Se marchó en cuanto llegó el doctor Velarde?

Eso fue a las doce menos cuarto. Si Santoni no se hallaba en la residencia a partir del mediodía, no le servía como posible testigo auditivo.

—Sí. Me había encallado en una canción de los protagonistas de la zarzuela que estoy componiendo y salí a airearme, a ver si me despejaba y me venía la inspiración. Y maldita la hora en que salí, ¿sabe? Porque fue peor.

—Vaya. Entonces, ¿no estaba aquí a las doce? —quiso asegurarse Blanca.

—No lo sé, no miré el reloj cuando me fui. Puede que no.

—¿Y se cruzó con alguien al salir, por casualidad?

Piero Santoni se colocó el lápiz sobre una oreja y meditó unos segundos la respuesta.

—Pues… no, pero sí me crucé con un tipo al volver a la residencia. En el portal. No me pregunte qué hora era, porque tampoco lo recuerdo, solo que el hombre parecía llevar prisa.

Blanca se puso en alerta. Aquel tipo podría ser el asesino.

Por desgracia, el músico no se había fijado en su aspecto físico.

—¡Con lo agobiado que estaba yo! Acababa de ver un atropello, delante de mis narices. Por eso le decía que fue peor, porque volví impactado por la imagen del tranvía embistiendo a aquel señor mayor, los gritos de la gente que le advirtieron: «¡Cuidado! ¡Apártese!». Pero nada, no hubo tiempo. Fue horrible. ¿Ha visto alguna vez un atropello, señora Lledó?

Sí, dos. El tranvía en Barcelona había arrollado a más de un transeúnte, le informó ella. Por no mencionar el tren de Sarriá, que circulaba por la calle Balmes, cercana a Muntaner. Y comprendió a Santoni, pues resultaba impactante presenciar el momento exacto en que se producía el choque entre la máquina y el peatón. Blanca se quedó paralizada en aquellas dos ocasiones, le contó al músico, y admiraba a las personas que eran capaces de reaccionar al instante, de acudir en ayuda del afectado o incluso de insultar al conductor imprudente.

—Pues coincidimos en eso, señora Lledó. Y, si no le importa, preferiría no hablar más de accidentes de tráfico. No son muy inspiradores para una zarzuela alegre.

—Cierto. Y le pido disculpas una vez más por la interrupción.

—Bah, unos minutos de distracción nunca vienen mal. —Sonrió el hombre—. Y siento mucho no poder ayudarla con ese problema de los ruidos.

—No se preocupe. Lástima que no se fijara en el hombre del portal, el que iba con prisas. ¿Seguro que no recuerda nada de él? —probó Blanca de nuevo, antes de desistir de obtener alguna pista sobre el posible asesino de Xavier—. El color de la ropa, si llevaba sombrero o gorra…

—Me parece que sombrero. Y la ropa era oscura, pero el color… —Santoni negó despacio con la cabeza—. No sabría decirle. ¡Ah! Puede que llevara un maletín, una bolsa o algo así.

—¿Un maletín? —Ese detalle sí era una pista—. ¿De médico, por ejemplo?

—Podría ser, supongo. No sé, solo lo vi de refilón. ¿Está pensando

que quizá ese tipo era el doctor que visitó a Milo? Como yo no lo conozco…

—Es posible que fuese el doctor Velarde, sí. Bueno, no le molesto más, señor Santos.

Entristecida e incapaz de imaginar a Daniel matando a alguien, Blanca decidió indagar entre sus vecinos. Tal vez alguno hubiera salido el miércoles a mediodía con un maletín o una bolsa.

Buscó un guante de piel en la habitación de Xavi para justificar la pregunta que les haría: ¿Alguien de su casa lo perdió anteayer en el portal, antes de las doce y media? Lo encontraron a esa hora. ¿O podría ser de una visita que hubieran recibido? Esperaba que no fuera la de un médico. ¿Estaban todos bien de salud? Esto último lo preguntaría más que nada por cortesía.

Le ocupó buena parte del día eliminar la posibilidad de que el tipo de las prisas fuera un vecino, ya que solo la mitad le abrieron la puerta por la mañana. Blanca estuvo atenta al sonido del ascensor hasta que pudo hablar con los tres inquilinos restantes cuando volvieron de su jornada laboral.

Nadie había perdido ese guante; ninguno estaba enfermo y la mayoría había salido de casa, pero temprano, para ir a trabajar.

Cuando terminó la indagación pasaban ya de las seis de la tarde. Eulalia no tardaría en llegar. La niña seguía enfadada con ella, y Blanca necesitaba una rápida reconciliación. Temía que su enfado se agravara cuando le dijera que cenaría fuera esa noche y con quién. Ocultarle que iba a salir con el huésped escritor sería contraproducente, pues reafirmaría la primera impresión que tuvo su hija al verlos llegar juntos el miércoles a la una de la madrugada: que eran amantes.

Una imagen difusa de Ricardo Arbona inclinándose hacia ella para besarla apareció en su mente. Y no se detuvo ahí. Sorprendida, Blanca dejaba que los labios masculinos rozaran los suyos en una muda pregunta que ella respondía con una clara invitación: enlazaba los brazos en el cuello del hombre y abría la boca para atrapar la de él. Un beso profundo y seductor calentaba el cuerpo

de ambos, se fundía en otro más apasionado y los alentaba a seguir, a seguir, a seguir…

¡Dios! Blanca sacudió la cabeza para librarse de aquella imagen turbadora, inoportuna y fantasiosa que cruzaba el límite de lo comprensible. ¿De dónde había salido esa locura de besar a uno de sus huéspedes? ¿Y cómo podía Eulalia pensar que ella tenía un amante? O una aventura, siquiera.

Pero era indudable que había llegado a esa conclusión la noche anterior. Una idea absurda que se afincaría en la inmadura cabeza de su hija cuando supiera que ella volvía a salir hoy, de noche, con el señor Arbona.

O sea que, tanto si le ocultaba esa salida nocturna como si no, obtendría el mismo resultado. Por lo tanto, era mejor decírselo, así intentaría convencerla de que se trataba de una cena amistosa.

Maldito Ramón. No le habría preocupado tanto lo que pensara Eulalia de no ser por aquella revelación sobre Xavier. Desde entonces, Blanca sentía que debía compensar a la niña por la falta de cariño de su padre. ¿Le gustaría un vestido nuevo? Uno que pudiera lucir el domingo en la fiesta a la que estaban invitadas. Concluyó que sí.

A los diez minutos, Eulalia llegó a casa, acompañada de Juanita y de Yvette Faure, con la que se habían encontrado al bajar del tranvía que cogían a diario para ir y volver de la Institución Teresiana. Blanca, convencida de que su idea agradaría a la adolescente, la expuso sin demora.

Pronto comprobó que la reconciliación le exigiría más de lo que estaba dispuesta a ceder.

—No quiero otro vestidito de niña de esos que tú me compras —rechazó Eulalia con desdén—. Quiero uno como los que lleva Yvette. —Y sonrió a la huésped francesa.

Blanca parpadeó. Fue el único gesto que se permitió, a pesar de que semejante petición la había escandalizado. Tampoco su voz se alzó en consonancia, solo sonó tajante.

—Ni hablar. Son demasiado descarados para tu edad.

—Pues me pondré cualquiera de los que tengo, no necesito otro que no me guste.

—Eulalia, cariño…

Pero Eulalia enfilaba ya el pasillo en dirección a su cuarto.

Yvette Faure miró a Blanca con expresión de culpabilidad y trató de mediar.

—Oh, belle fille, vuelve aquí. Seguro que encontramos un vestido que os guste a las dos.

—¿Encontramos? —repitió Blanca, inquisitiva, al tiempo que su hija se detenía.

—Oui. Me encantará ir de compras con vosotras.

—¡Ohhh! —exclamó Eulalia, ilusionada—. ¿Puede venir Yvette, mamá? Por favor.

A Blanca no le entusiasmó la idea. Aquella huésped que se definía a sí misma como una flapper podía ser una mala influencia para una adolescente como Eulalia. Era la primera vez que la niña conocía en persona a una de esas mujeres que buscaban disfrutar de la vida sin importarles las reglas sociales, que rechazaban el matrimonio y vestían de forma un tanto descarada. Eulalia las había visto en las revistas de cine, ya que fue precisamente una película norteamericana del año anterior, The Flapper, la que definió ese término, y le habían llamado la atención. También a ella, pero solo como algo demasiado peculiar. Y aunque la guionista le asegurara que había ya unas cuantas adeptas a ese estilo de vida en Nueva York, Londres y París, a Blanca le costaba creerlo. Y tenía muy claro que haría todo lo posible por evitar que su hija se convirtiera en una flapper. Mientras aquella película no se estrenara en España, Eulalia no tendría un modelo a seguir.

Salvo la huésped parisina.

Sin embargo, tras valorar con rapidez lo que más le convenía para lograr la reconciliación que necesitaba, Blanca accedió a que Yvette

las acompañara. Era primordial que su hija adolescente, siempre lista para desafiarla, estuviera contenta y creyera que se había salido con la suya.

Y la satisfacción de sus artistas también era importante, sobre todo cuando esa artista en cuestión estaba al corriente del crimen perpetrado en la residencia.

Así que Blanca cedió. Cedió mucho esa tarde. Cedió en ir al centro en el coche de Yvette Faure, un Citroën tipo A color crema que la francesa conducía a toda velocidad, esquivando carros, ciclistas y otros vehículos y tocando el claxon cada dos por tres para que los peatones se apartaran de su camino. En una ciudad que todavía se estaba adaptando al automóvil, la gente andaba por la calzada sin ningún reparo.

También cedió en ocupar el asiento de atrás para que Eulalia disfrutara de ir de copiloto. Las risas y el parloteo de las jóvenes contrastaban con el agarrotamiento de Blanca, que se aferraba, asustada, a la tapicería de piel con una mano y al asidero de la puerta con la otra. Y porque no tenía más manos, que si no…

Cedió en comprarle a la niña unos zapatos Mary Jane de dos colores con más tacón del que jamás le había permitido, un sombrero cloché —a saber dónde iba a meter su hija la melena bajo ese sombrero— y un largo collar de cuentas a juego con unos llamativos pendientes de bisutería.

Pero no cedió en el vestido. Eso sí que no. Solo permitió que fuera de corte recto con una banda en la cadera y de crepé de seda en lugar de sarga. Nada de lentejuelas ni brillos atrevidos. Yvette la apoyó en ese detalle, lo que Blanca agradeció, pues le ahorró una nueva discusión con su hija. También le habría gustado ahorrarse parte de lo que desembolsó por tanto capricho, pensó cuando salieron de los almacenes El Siglo, pero el gasto merecía la pena solo por ver la alegría de Eulalia.

Blanca tardó un buen rato en sacar el tema peliagudo. La guionista había hecho buenas migas con su pequeña y no se despegó de ella al regresar a casa. Incluso entró en su dormitorio después de animarla a probarse todo lo que se había comprado.

Su hija, por su parte, miraba a aquella flapper con verdadera admiración.

A Blanca no le hacía ni pizca de gracia. Hasta sintió cierta envidia de Yvette Faure. No obstante, poner freno a aquella especie de amistad que empezaba a gestarse entre las dos provocaría más rebeldía adolescente, intuyó mientras veía a la francesa salir del dormitorio de la niña. Era la primera huésped que Eulalia acogía con agrado, y tal vez sirviera para que dejara de ver a todos los residentes como unos invasores de su hogar. Así se lo había dicho en un par de ocasiones. Tal cual: invasores.

Y quizá también ayudara a que no interpretara erróneamente sus salidas con Ricardo Arbona.

Una esperanza vana, a juzgar por la risotada que soltó cuando Blanca le comentó, como de pasada, que, esa misma noche, cenaría fuera con él.

—Ay, mamá… Y decías que me equivocaba.

—Solo es una cena, Eulalia. El señor Arbona no conoce a nadie en Barcelona, y no le apetece ir solo a un restaurante. Me ha sabido mal negarme cuando me lo ha pedido.

—Ya. No disimules —replicó su hija, con una sonrisa sardónica—. Nunca has salido con un huésped hasta ahora. Ni con ningún hombre desde que murió papá.

—No me interesa volver a casarme.

—¿Quién ha hablado de casarse? Tampoco yo quiero otro padre, si va a ser como el que ya he tenido.

Un toque de amargura asomó en la expresión de Eulalia y tiñó su tono de voz. Blanca estaba a punto de explicarle el motivo del comportamiento de Xavier, ahora que lo sabía con certeza, cuando ella le sonrió con cierta afabilidad.

—No me importa que tengas una aventura con un huésped.

—No tengo…

—Mamá, que me da igual, en serio. Aunque se me hace un poco raro, a tu edad. Ah, y a mí tampoco me apetece cenar sola. ¿Puedo cenar con Yvette? Y con los otros residentes, claro. Te prometo que no les molestaré ni pondré mala cara.

¿Cenar con los invasores? A Blanca le sorprendió tanto que no atinaba a decir ni sí ni no. Por lo visto, el efecto de la flapper sobre Eulalia era inmediato.

—Por favor, mamá…

—E-está bien —balbució ella—. Avisaré a Juanita de que seréis igualmente cuatro en la mesa.

—¡Gracias! —Y Eulalia le dio un beso en la mejilla, algo que hacía en contadas ocasiones—. Bueno, pasadlo bien en la cena. Y ponte guapa para el señor Arbona.

Blanca no le aclaró que su objetivo esa noche era otro hombre. ¿Qué se ponía una para caerle en gracia a un camarero?

* * *

Ricardo aguardaba, abrigo en mano, junto a la entrada privada de la casa cuando la señora Lledó salió de su dormitorio con un elegante vestido negro de seda y gasa, largo hasta los tobillos y de generoso escote que él no pudo evitar admirar. Estaba realmente atractiva, pensó, recorriendo con la mirada la silueta tubular que avanzaba con paso firme por aquel tramo corto de pasillo. Lamentó que la cena de esa noche no fuese una cita de las que acaban con una buena sesión de cama, porque notó un tirón en la entrepierna muy revelador. A fin de ignorarlo, se centró en el rostro de la mujer, pero poco lo ayudó ver que aquellos ojos almendrados habían perdido toda severidad; el maquillaje, algo más acentuado que el que llevaba de día, los transformaba en cautivadores y resaltaba unos labios muy apetecibles que amagaban una sonrisa.

La mujer se detuvo a dos pasos de él y le agradeció una vez más que

la acompañara a ese local.

—Lo hago con mucho gusto, señora Lledó. Y creo que más de uno me envidiará esta noche.

—¿Por qué?

—Está usted preciosa.

El amago de sonrisa dejó de ser un amago.

—No exagere, señor Arbona.

—No lo hago —repuso él al tiempo que ella le daba la espalda para coger un abrigo del perchero que había junto a la puerta.

Ricardo avanzó un paso y extendió un brazo hacia la prenda.

—¿Me permite?

La dama irguió los hombros, volvió despacio la cabeza y, tras una cautelosa mirada, le entregó el abrigo.

Él la ayudó a ponérselo con galantería. Notó que ella estaba tensa y quiso posar las manos sobre aquellos rígidos hombros, masajearlos e inclinarse hacia el estilizado cuello para rozarlo con su boca y musitarle al oído que se relajara. Un impulso que le fue fácil contener, porque la mujer abrió la puerta en cuanto tuvo el abrigo puesto y salió de casa con rapidez.

Ricardo la siguió por la escalera mientras se mentalizaba de que iba a una cena de trabajo. Periodístico y literario. Colaborar en la investigación personal que la propietaria de la residencia emprendía esa noche le sería útil para la novela y, quizás, para algún artículo de fondo en una revista.

Ya en el vestíbulo del edificio, y a fin de iniciar un acercamiento amistoso, se colocó al lado de ella y le preguntó si había hecho las paces con su hija.

—Creo que sí. Al menos, por unos días.

—Acabo de verla entrar en el comedor con Yvette. ¿Y sabe qué me ha dicho?

La adelantó para abrir la pesada puerta de hierro y cristal, y cederle el paso.

—Espero que nada por lo que deba disculparme, señor Arbona.

—Al contrario, señora Lledó. Más bien es un halago.

—Ah, ¿sí? Tengo el coche allí —le indicó ella, al salir a la calle.

Ricardo vio el Fiat rojo que la mujer le había mencionado dos noches atrás, al regresar de aquel hospital. Aparcado a pocos metros, destacaba, solitario, bajo la luz de una farola. No había más que tres automóviles estacionados a ese lado de la calle y ninguno era tan llamativo como el reluciente descapotable de asientos de cuero negro y faros dorados.

—Pues sí. Eulalia me ha dicho que me parezco a uno de sus actores de cine favoritos: Ramón Novarro.

La mujer lo miró durante unos segundos antes de subir al coche, como si estuviera valorando el juicio de su hija. Luego, se acomodó en el asiento del conductor. Su silencio acicateó la curiosidad de Ricardo. El mexicano Ramón Novarro no alcanzaba la fama de Rodolfo Valentino, pero era uno de los actores más deseados por el público femenino.

—¿Opina usted lo mismo, señora Lledó?

—Tiene un aire, sí.

—¿También es uno de sus favoritos? —la tanteó él.

Aunque no hubiera perspectivas de sexo con su acompañante, quizá podría robarle un beso al terminar la noche. Uno solo.

—Prefiero a Douglas Fairbanks.

Vaya. Su ilusión de convertirse en ladrón se evaporaba.

Observó de nuevo a la mujer a su lado. Parecía tensa otra vez. Supuso que por la tarea que la esperaba después del espectáculo, no por conducir, y trató de aliviarle la tensión con un tema ajeno a su misión nocturna.

—Me impresionó el portal del edificio el día que llegué. Auténtico modernismo catalán.

—Era lo que estaba de moda hace veinte años.

—¿Lleva tiempo viviendo ahí?

Las comisuras de los labios femeninos se elevaron ligeramente.

—Veinte años.

—Ah, entonces lo estrenó usted. Con su marido, deduzco. Es muy raro que una mujer de su clase se independice tan joven.

—¿Me está preguntando, de forma indirecta, qué edad tengo?

—No, por Dios. —Rio Ricardo—. Solo ha sido un comentario. ¿Por qué iba a interesarme cuántos años tiene?

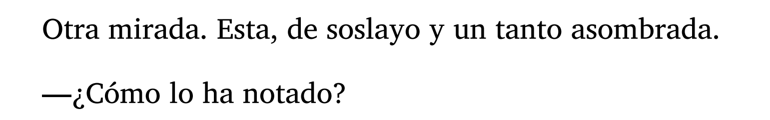
—He pensado que tal vez le incomode salir a cenar con una mujer mayor que usted.

—No me incomodaría ni aunque esta salida nocturna fuese una cita, señora Lledó. Con todo lo que conlleva una cita —puntualizó él, en tono insinuante.

Una mirada fugaz de aquellos ojos color café le reveló que a ella sí la incomodaba. Y se lo confirmó lo que dijo a continuación:

—El problema es que lo parece, señor Arbona. A mi hija se lo parece. Y cualquiera que nos vea esta noche pensará lo mismo. Espero no encontrarme con nadie que me conozca cuando bajemos del coche. Aquí, con la capota bajada, es más difícil que alguien piense que llevo a un hombre a una cita. Como pareja.

—¿Por eso está tan tensa desde que ha pisado el recibidor de su casa? —se sorprendió Ricardo.



Otra mirada. Esta, de soslayo y un tanto asombrada.

—¿Cómo lo ha notado?

—Experiencia, supongo.

—Ya. Imagino que, en su trabajo de periodista, trata con mucha gente.

Él se refería a su experiencia con las mujeres, pero se abstuvo de corregirla.

—Con mucha, sí. Y de todo tipo.

Ella emitió un suspiro quedo.

—Pues ya que lo ha notado… Sí, estoy un poco nerviosa, aunque dé la impresión de que nada me afecta. Y el motivo por el que vamos al Edén Concert me inquieta tanto como ir con usted.

Ricardo se preguntó si esa inquietud se debía a que la atracción física era recíproca, y no solo a lo que pudieran pensar quienes los vieran juntos. Había pocas posibilidades de que ella se sintiera atraída por él, ya que era obvio que prefería a los hombres de ojos claros: su difunto esposo, Douglas Fairbanks… Pero quizá sonaba la flauta y podía robarle ese beso que el cuerpo le pedía.

No, mejor olvidarlo, se dijo de inmediato. Las circunstancias no eran propicias. Solo iban a investigar.

—No se preocupe por si nos encontramos a algún conocido suyo, señora Lledó. Soy uno de sus huéspedes, un escritor que ha pedido su colaboración esta noche con el fin de documentarse para una novela.

—Eso le he dicho a mi hija y no me ha creído. Está convencida de que tenemos una aventura.

Lo soltó sin tapujos ni vacilación alguna, aunque luego murmuró un: «Por el amor de Dios» que incitó a Ricardo a preguntar:

—¿Tan grave sería si la tuviéramos?

—Si yo tuviera una aventura, señor Arbona, guardaría la máxima discreción —respondió ella con altivez—. Y nunca la tendría con uno de mis huéspedes, a riesgo de que los demás se enteraran y corriera la voz. Quiero que mi negocio adquiera prestigio entre los artistas, no la fama de que la viuda que lo regenta está disponible para todo.

Definitivamente, hoy no se llevaría un beso a la cama, lamentó Ricardo. Ni ningún otro día, mientras se alojara en la residencia de la señora Lledó.

—Lo comprendo.

—Creo que me he equivocado.

—¿Al pedirme que la acompañara esta noche?

—No, de calle. Me he distraído y no he girado por donde debía. Será mejor que dejemos este tema. Me preguntaba usted por la casa, ¿verdad? Sí, me mudé allí después de casarme, como ha deducido. Fue el regalo de boda de mis padres. El resto del edificio que tanto le ha impresionado lo heredé de mi madre.

Ricardo disfrazó su asombro con pura curiosidad, como solía hacer en su trabajo cuando un entrevistado le contaba algo impactante.

—¿El resto? ¿Todo el edificio es suyo?

—Desde que ella nos dejó, hace tres años. Unos meses antes de que lo hiciera Xavier. La epidemia de gripe española se la llevó. ¿Viven sus padres, señor Arbona?

—Sí. Mi madre incluso sigue en activo. Es maestra, igual que una de mis hermanas.

—¿La otra también trabaja?

—Sin parar. Es enfermera en un hospital.

—¿Y su padre?

Él rio, divertido.

—¿Está practicando para hacer interrogatorios, señora Lledó?

—Perdone, es que prefiero escuchar mientras conduzco. Así no volveré a distraerme. Pero no me conteste, si no quiere.

A pesar de que Ricardo estaba más acostumbrando a preguntar que a responder, no tenía inconveniente en hablar de su familia o de sí mismo. Así pues, le contó que su padre también había sido maestro, pero no de primaria en una escuela pública como la madre y la hermana; él formaba a alumnos en la Institución Libre de Enseñanza, donde el propio Ricardo había estudiado desde pequeño. A los de su promoción se les conocía como los «nietos» de Francisco Giner de los Ríos, uno de los creadores y directores de aquella escuela privada, laica e innovadora cuyo programa se basaba en las ideas pedagógicas más modernas y se mantenía al margen de cualquier directriz política.

—Es usted un privilegiado, señor Arbona. He oído hablar de esa institución —comentó la señora Lledó, mientras aparcaba en el Paseo de Colón. Tras bajar del coche, agregó—: Mi hermana mayor, que vive en Madrid, intentó matricular a su hija en esa escuela un par de veces, pero no tuvo suerte y desistió. Dice que hay muy pocas plazas disponibles. ¿Es verdad que a las niñas les enseñan lo mismo que a los niños?

Enfilaron la Rambla, tan concurrida a esa hora como Ricardo había visto en pleno día. Quiso ofrecerle el brazo a la dama en un gesto cortés y protector, pero intuyó que ella lo rechazaría por ese miedo a encontrarse con alguien que la conociera.

—Es verdad. No hacen ninguna distinción. Lengua, matemáticas, historia, filosofía, ciencias, arte… Todos estudiamos lo mismo.

—En lugar de cocina, costura, economía doméstica, moralidad…

—¿Es eso lo que estudió usted?

—Entre otras cosas. Tuve la suerte de que mi madre quisiera algo más para sus tres hijas y contratara a una maestra particular que nos daba clases de cultura general. Nociones básicas de literatura y arte, sobre todo. Ah, la próxima calle ya es Conde del Asalto, creo.

La esquina donde está ese bar.

—El Trink-Halle —leyó Ricardo en el volante del toldo, recogido a esas horas—. Sí, lo recuerdo de mi exploración por la zona.

—Hay más mujeres de lo que imaginaba —observó ella tras echar un vistazo por las mesas de la terraza del bar, todas llenas.

Él vio que la dama se fijaba en una de aquellas mujeres exuberantes y en el hombre que se le acercaba, atraído por la sonrisa provocativa de la desconocida y por una mirada reveladora. La señora Lledó bajó la voz y redujo la distancia que los separaba.

—Pero no están simplemente tomando una copa, ¿verdad?

—Yo diría que no —le confirmó Ricardo, al mismo volumen e inclinándose hacia ella.

El simple roce con el cuerpo femenino lo caldeó y el deseo de tocarla se alió con el instinto masculino de protección. Ignorando aquel miedo absurdo de su acompañante, le enlazó el brazo.

La mirada de advertencia que ella le lanzó lo obligó a justificarse:

—A pesar de mis humildes orígenes, soy un caballero.

—Un caballero no se arrimaría tanto a mí para caminar.

—Por una calle como esta, sí.

—¿Acaso piensa que alguien podría confundirme con una de esas busconas?

No parecía ofendida, solo extrañada.

—¡En absoluto! Eso sería imposible, señora Lledó. Pero nunca desaprovecho la oportunidad de arrimarme a una chica bonita.

Aquellos labios tentadores que no podría besar se curvaron en una sonrisa burlona.

—Para ser usted periodista y escritor no utiliza las palabras con

demasiada precisión, señor Arbona. Mis tiempos de chica quedaron atrás hace años, como bien se ocupa mi hija de recordarme, y nunca he sido bonita.

—Permítame que lo ponga en duda. Ambas cosas.

—Ah, ya veo que Juanita no se equivocaba al calificarlo de adulador.

—Admito que lo soy a menudo, pero no lo he sido con usted.

La expresión de ella le indicó que no le creía, lo que aumentó el deseo de Ricardo de besar aquella boca prohibida que tenía tan cerca. Y supo que no se marcharía de Barcelona sin haber logrado que Blanca Lledó levantara esa prohibición.

8

La banderola luminosa que anunciaba el Edén Concert con grandes letras destacaba entre las demás de la estrecha calle, que resplandecía por las luces de los bares y de algunos comercios todavía abiertos. Blanca apresuró el paso para llegar cuanto antes a aquel local nocturno y alejarse del contacto del hombre que la inquietaba.

¿Cómo había notado él que estaba más tensa que las cintas de un corsé bien apretado? Por lo visto, el periodista-escritor era capaz de percibir lo que ella no se permitía mostrar. Por una parte, la aliviaba, pues así podía hablar con franqueza con él. Por otra, en cambio…

Tendría que andarse con cuidado para que no percibiera que le gustaba.

Sí, Ricardo Arbona le gustaba. Tenía un aire de bribón que hacía pensar en noches cálidas, mañanas alegres y tardes refrescantes. Transmitía vitalidad, a la vez que sosiego, y parecía sincero, a pesar de su tendencia a la adulación. Era observador, como todo buen artista, y debía de tener ese punto de sensibilidad propia de cualquier persona creativa, lo que a Blanca le resultaba muy atrayente. Y aquella voz grave y limpia, su dicción correcta…

También su aspecto físico contribuía a esa atracción, por supuesto: estatura por encima de la media, cuerpo bien formado y un rostro bendecido por los dioses. Aunque no guardaba ninguna similitud con el de Douglas Fairbanks, ella podría pasarse horas mirándolo. Nariz discreta, orejas pequeñas, labios finos en una boca generosa con tendencia a sonreír y unos ojos negros de mirada sagaz que se volvía melosa un instante y seductora al siguiente. Una tez tostada por el sol indicaba que el periodista pasaba mucho tiempo al aire libre y combinaba a la perfección con su cabello negro, abundante y ondulado que esa noche había intentado dominar con vaselina. Sin demasiado éxito, por cierto. A Blanca le hormigueaban los dedos

por las ganas de recolocar los dos mechones que caían sobre la ancha frente de Ricardo Arbona como dos cuernecillos de diablo arrepentido.

También le hormigueaban otras partes del cuerpo mientras caminaba del brazo masculino, algo que no le ocurría desde hacía años. Muchos años. ¿Por qué tenía que ocurrirle precisamente ahora? Era el peor momento para sentir deseo sexual. El peor hasta para fijarse en un hombre, pues debía centrarse en buscar respuestas al sinfín de preguntas que había generado la segunda muerte de Xavier.

Blanca soltó aquel fuerte brazo en cuanto entraron en el Edén Concert y se obligó a silenciar su libido. El ansia por saber si allí descubriría algo sobre aquella lejana noche se llevó aquel insólito e inapropiado hormigueo.

El maître los acompañó hasta una mesa a la derecha del escenario y frente a una pista central rectangular que parecía destinada a acoger bailarines. ¿Habría baile después del espectáculo?, se preguntó ella al fijarse en los músicos sobre el escenario. Esperaba que no, o la noche se alargaría demasiado. Además, también llevaba muchos años sin bailar con un hombre que le gustara y prefería no tener la tentación de hacerlo con su atractivo huésped.

Sin dirigirle una sola mirada al periodista, Blanca se acomodó en la silla que el maître le retiró con la tradicional cortesía y trató de ignorar el calor que desprendía el señor Arbona, justo a su lado. Por suerte, las dos sillas —situadas la una junto a la otra a fin de que sus respectivos ocupantes gozaran de una perfecta visibilidad del espectáculo— guardaban la distancia precisa para que cada cual mantuviera su propio espacio.

Durante unos minutos, Blanca se dejó envolver por la suave melodía que la orquesta tocaba y por el murmullo procedente de las otras mesas, que se iban llenando de forma paulatina. Mientras, observó el local preguntándose cuál habrían ocupado Xavier, Ramón y aquellos clientes la noche del atentado.

Del supuesto atentado, se corrigió.



La voz del escritor interrumpió su observación.

—Me gusta.

Ella contuvo un respingo.

—¿Quién?

—Este sitio —sonrió él, con picardía.

Blanca quiso fundirse por haber malinterpretado la afirmación del hombre, pero halló con rapidez una réplica adecuada.

—¿Ha memorizado los detalles para poder describirlo? Por si lo acababa incluyendo en su novela.

—Más o menos. No suelo extenderme en descripciones cuando escribo, salvo si son fundamentales para la trama. Y en los artículos periodísticos no dispongo de mucho espacio, así que me centro en los hechos y en mi opinión.

Un camarero les sirvió un vermú y, al poco, el mismo joven les trajo el primer plato del menú. La orquesta continuaba amenizando la velada con piezas musicales que invitaban a la calma, pero con cierto ritmo. Ninguna hacía pensar en intimidades románticas ni destilaba tristeza. O, al menos, eso le pareció a Blanca, más pendiente de sus propios pensamientos y preocupaciones que del ambiente a su alrededor o de lo que le contaba el periodista. Sin reparo alguno y con la mente fijada en su objetivo, lo interrumpía cada vez que aquel camarero acudía a su mesa. Decidida a caerle en gracia, como le sugirió Juanita, sonreía al joven empleado, halagaba su atento servicio, preguntaba sobre los artistas que iban a actuar y hasta le preguntó por él, cuando se le acabaron las ideas. Blanca había detectado un suave acento andaluz en su dicción y aprovechó para simular interés por su persona.

—¿Es usted de Córdoba?

—Sí, señora, ¿cómo lo ha adivinado?

Carambola. Pura chiripa. Pero le dijo que era por su porte de señorito, sus ojos oscuros de mirada intensa y su gran simpatía.

Supo entonces que se lo había ganado, que podría interrogarlo más tarde sobre aquella noche del 31 de enero de 1919.

A partir de ese momento y entre las idas y venidas del camarero, Blanca comenzó a escuchar al escritor, que parecía estar disfrutando de lo lindo y hablaba sin necesidad de que le preguntara mucho.

—El espectáculo promete: una pareja de cómicos, una tanguista, un mago, las vedettes de la casa y la cupletista Salud Ruiz como estrella principal. Supongo que cantará su gran éxito Mi hombre. ¿Conoce la canción, señora Lledó?

—Así, por el título…

—Es la versión castellana de la francesa Mon homme. Salud Ruiz la ha popularizado en España. Se oye mucho en Madrid, hasta en las corralas la cantan las mujeres. Compré el disco este verano cuando salió a la venta. Y a ella la vi actuar hace un par de años en el cine Fuencarral, después del pase de una película de la Bella Otero.

—Nuestra famosa artista internacional —comentó ella, recordando la idolatría que su hermana Isabel le profesaba—. Lleva años retirada, pero esa mujer pasará a la historia. Bailarina, cantante, actriz… Y amante de príncipes, emperadores y hasta de nuestro rey, Alfonso XIII.

—¿Desaprueba esa faceta de la Bella Otero?

—En absoluto. No hay muchas oportunidades para una mujer que desea triunfar y ser famosa, señor Arbona. Aunque su talento sea indiscutible. Y todos sabemos que un… acercamiento adecuado a personas influyentes es de gran ayuda. —Menudo eufemismo acababa de soltar, pensó Blanca, pero no iba a pronunciar ciertas palabras delante de un hombre que le gustaba—. Si ella optó por ese camino para alcanzar sus objetivos, me parece bien.

—¿Lo haría usted, señora Lledó? ¿Seduciría a un hombre para conseguir algo que quisiera?

Blanca irguió la espalda, la rigidez de sus hombros se igualó a la del respaldo de la silla de madera. No esperaba que él fuera tan directo.

Y, aunque ella le había asegurado que nunca tendría una aventura con uno de sus huéspedes, temió que aquella pregunta fuera, en realidad, una indirecta.

—Espero que no piense que es eso lo que intento hacer para que guarde usted silencio sobre el asesinato de mi marido. O para tentarlo a que me ayude a investigar.

—No, por supuesto que no —rio el escritor, y mantuvo la sonrisa al añadir—: Ya me lo ha dejado muy claro en el coche. Y, para serle sincero, le diré que lo lamento, porque no me importaría que lo hiciera. Seducirme, me refiero.

Blanca carraspeó con discreción, bajó la vista a su plato y puso fin a ese tema que comenzaba a ser peligroso. Volvía a sentir el aguijonazo de la excitación y aún quedaba mucha noche por delante. Noche que tenía que dedicar al camarero cordobés, no a un periodista de Madrid cuatro años más joven que ella y que parecía divertirse a su costa. Era evidente que a Ricardo Arbona, con su aspecto y su labia, no le faltaban las mujeres. ¿Cómo iba a fijarse en ella un hombre así? Y esas negras pupilas que chispeaban indicaban que, para él, se trataba de un juego que dominaba a la perfección. Ella no, por lo que rebobinó la conversación.

—Decía usted que vio actuar a Salud Ruiz en un cine.

—Así es. ¿También aquí hay espectáculo de variedades después de una proyección?

—Depende del cine. En el Palace o en el Salón Cataluña, que son a los que solemos ir mi hija y yo, no.

—¿Es allí donde se regala la vista con Douglas Fairbanks?

¡Por Dios! ¿Por qué no paraba de bromear con esa clase de alusiones? Blanca compuso su bien estudiada sonrisa y respondió:

—No voy al cine para regalarme la vista con ningún actor, señor Arbona, sino porque me gusta y a Eulalia le apasiona. Y por si veo en la pantalla a mi hermana pequeña, la que tiene la misma edad que usted —recalcó—. Es actriz.

—¿En serio? ¿Cómo se llama?

—Isabel. Bueno, no, su nombre artístico es… Lizzie Rivers —pronunció como si fuera importante, pero no lo era—. Seguro que ni le suena. Nunca ha protagonizado un filme y últimamente no ha salido en ninguno que yo haya visto.

—Lizzie Rivers… —murmuró él, buscando en su memoria—. No, no me suena.

—Es normal. Isabel suele hacer papeles muy secundarios. Sus sueños de ser una gran estrella del cine americano se esfumaron hace tiempo.

—¿Vive en Los Ángeles?

—Desde que los estudios cinematográficos se trasladaron allí, sí. Antes, en Nueva York. —Y, con tal de evitar más preguntas comprometedoras disfrazadas de simple curioseo, le contó más sobre su hermana—. Se marchó de aquí un mes después de casarse con un actor que también aspiraba a la fama. Con veintitrés años recién cumplidos. Por las cartas que me escribe, les va bien a los dos, pero yo tengo mis dudas. Creo que Isabel se dedica más a cantar y a bailar en clubes nocturnos que a rodar películas.

Ricardo Arbona estudió la expresión de Blanca Lledó durante unos segundos. Parecía menos tensa que al entrar en el local. Aun así, era difícil discernir si lo que creía que hacía la hermana en Nueva York le resultaba censurable, preocupante o simplemente le daba lástima. En cualquier caso, supo que una réplica alentadora sería la más adecuada.

—Es una buena opción para una actriz. Sobre todo, si actúa en sitios como este.

—Tengo la sensación de que trabaja en locales con menos prestigio.

Preocupante. El tono de voz así lo indicaba, por lo que él no ahondó en esa cuestión.

—¿Ha ido a visitarla alguna vez?

—No, y me gustaría. Hace trece años que no la veo y no logro acostumbrarme. La echo de menos. —Una sombra de tristeza empañó la mirada de la mujer, pero se volatilizó enseguida—. Cuénteme algo de usted, señor Arbona. De su novela. ¿Tiene ya editor?

Sí, lo tenía. La editorial Prensa Gráfica, que publicaba varias revistas ilustradas —La esfera entre ellas—, le había ofrecido colaborar en la colección que había sacado al mercado ese verano: «La novela semanal». Se sumaba así a otras colecciones de novelas cortas que se vendían en los quioscos a precio muy asequible y que tenían buena acogida entre los lectores, escasos en un país en que el analfabetismo abarcaba más de la mitad de la población. Ricardo esperaba que su nueva ficción tuviera una difusión mayor que las dos que había publicado en la década anterior y que pasaron sin pena ni gloria. Quizá porque las sacó en momentos malos —una, tras el hundimiento del Titanic; y la otra, al comienzo de la Gran Guerra— o porque eran voluminosas y caras. La posibilidad de que carecieran de calidad también la contempló, aunque le doliera en su vanidad, y la mezcla de todo ello lo frustró literariamente, por lo que se centró más en su profesión de periodista que en inventar historias. El gusanillo de la creatividad, sin embargo, se le había vuelto a despertar con aquel encargo.

—…y estoy ilusionado. Puede que tampoco funcione, pero ya me he preparado mentalmente para eso.

—Seguro que se venderá —lo animó ella, como haría cualquier mecenas—. Esa colección que ha mencionado… ¿No es en la que publicó Carmen de Burgos el mes pasado?

—El artículo 438, cierto. Una crítica estupenda de ese artículo del código penal y una denuncia de la situación social de la mujer. ¿Ha leído la novela?

—Por supuesto. La compré en cuanto salió publicada. Leo casi todo lo que ella escribe. Mi hermana mayor, María, la que vive en Madrid, me la dio a conocer hace años. Recortaba la columna que escribía Carmen de Burgos en un periódico de la capital bajo el seudónimo de Colombine y me las enviaba por correo cada dos semanas.

—Ha escrito para varios periódicos —puntualizó él.

—Supongo. Yo solo recibía el artículo y no me fijaba a cuál pertenecía —se excusó ella—. María la tiene en un pedestal. Incluso se ha unido a la Cruzada de Mujeres Españolas que preside Carmen de Burgos, y que se manifestó en mayo en Madrid para reivindicar la igualdad para la mujer y el derecho a voto —dijo con orgullo—. ¿Sabe a qué manifestación me refiero?

—Sí, pero me la perdí. Estaba en Washington, de corresponsal del periódico para el que trabajo. Regresé en junio.

—Washington, ¡caramba! Cuando me dijo que viajaba a menudo no imaginé que fuese tan lejos.

—Mi profesión me ha llevado también a Londres, París, Nueva York… Pero, dígame, ¿es usted sufragista como su hermana?

—Simpatizo con la causa. ¿Le molesta?

—Al contrario.

El camarero cordobés les sirvió dos copas de champán al tiempo que les informaba de que el espectáculo estaba a punto de comenzar. El volumen de la orquesta se elevó por encima del tintineo de los platos que los empleados recogían con una coreografiada rapidez.

Las luces de la sala se apagaron. Quedaron solo las de las lamparillas de las mesas y los focos del escenario, la intensidad de los cuales aumentó hasta un punto súbitamente cegador para los que se hallaban cerca de la tarima, como ellos. Blanca parpadeó varias veces antes de que sus pupilas se adaptaran a la deslumbrante luz. La penumbra en la que quedó su acompañante alteró de nuevo sus hormonas y aumentó la sensibilidad de su piel. Por un instante deseó ser otra mujer, una más joven y atrevida, sin responsabilidades ni preocupaciones, libre de volverse hacia él con una sonrisa provocadora y posar una mano en el muslo masculino en un gesto aún más provocador. Una caricia osada y vulgar que rozaría la entrepierna del hombre por debajo de la mesa y lo excitaría…

—Se nota que le apetece mucho.

Ella volvió la cabeza hacia él, pero sin sonrisa alguna. Solo espanto y rubor.

—¿El qué?

—Ver el espectáculo. Su expresión era… ilusionada.

—Ah, sí. —Se relajó y agradeció que la escasa luz ocultara aquel súbito sonrojo—. Me apetece mucho.

Se abstuvo de aclararle que no estaba pensado en lo que iba a ver, por supuesto, y desterró de su mente aquella fantasiosa locura de transformarse en una seductora. ¡Qué tontería, por Dios! Clavó la vista en el escenario y recuperó la compostura de inmediato.

Durante más de una hora, Blanca Lledó, que nunca había asistido a un espectáculo de music hall como aquel, olvidó por completo el motivo por el que estaba allí y buena parte de su arraigado hábito de mostrarse impasible. Rio con el dúo cómico, se emocionó con la tanguista, quedó fascinada con el mago y tuvo ganas de salir a bailar con aquellas chicas semidesnudas, que seducían al público varón con sus maravillosos cuerpos y sus espléndidas sonrisas.

Le gustó Salud Ruiz, su voz, su vestuario, sobre todo el de estilo de apache parisina que lució para cantar Mi hombre. Sin embargo, el famoso cuplé le pareció triste y denigrante para la mujer, especialmente una frase.

—¿«Si me pega, me da igual»? —susurró, indignada, a su compañero de mesa cuando la canción terminó.

—Bueno, hay que entenderlo en su contexto —adujo él.

Ella fue incapaz de contener su enojo.

—No hay ningún contexto en que sea justificable que un hombre pegue a una mujer, señor Arbona.

—Estoy de acuerdo con usted, pero debe interpretar esa frase como una metáfora de que el amor es capaz de consentirlo todo, hasta lo

más duro.

—Lo siento, pero no. Hay ciertas cosas que una mujer no debería consentir jamás, por muy enamorada que esté.

—Solo es una canción, señora Lledó —le sonrió el periodista, tratando de restarle importancia—, no se sulfure.

—Una canción muy popular, por lo visto. —Los aplausos aún atronaban en la sala—. Y usted se ha comprado el disco, lo que significa que…

Una mano cálida y serena a la vez se posó sobre la de Blanca, cerrada en un puño de crispación, al tiempo que la voz envolvente del escritor alegaba:

—Que me gusta escuchar la canción, nada más. Nunca pegaría a una mujer. Y le doy la razón en que el amor no debería tolerar ciertas cosas, pero, por desgracia, eso ocurre.

—Cierto —admitió ella, con pesar—. En El artículo 438 queda muy claro que el maltrato es más habitual de lo que muchas creemos. Hasta que la educación de la mujer no cambie en este país… Y la del hombre, desde luego. Cambiar solo la ley, no sería suficiente.

El siguiente cuplé comenzó y Blanca intentó calmarse. El pulgar del escritor le acariciaba distraídamente los nudillos, provocándole de nuevo aquella excitación que la incomodaba. Para no volver a fantasear, apartó la mano de aquella fuente de calor inesperada y se centró en la tarea que le quedaba: cómo abordar al camarero cuando terminara el espectáculo.

Sin embargo, la impaciencia por lo que pudiera averiguar y la inquietud causada por el atrevimiento de su acompañante al acariciarla de ese modo la ofuscaron. Cuando llegó el momento que llevaba horas esperando, aún no había ideado una forma sutil de interrogar al cordobés. El joven se hallaba en la barra del local, ocupado en vaciar las bandejas repletas de copas y vasos mientras la gente desfilaba hacia la salida. Voces y risas verbeneras resonaban en la bloqueada mente de Blanca, que no veía más opción que olvidarse de sutilezas y lanzarse al abordaje directo.

Así pues, aguardó a que la sala se despejara de público, se acercó a la barra con el escritor a la zaga y le preguntó sin rodeos al camarero por el atentado de aquella noche lejana.

* * *

—¿Hace tres años, dice?

—Aún no. Hará tres el próximo enero —puntualizó Blanca. Y, para justificar su tardío interés, arguyó—: El mes pasado me enteré de que la víctima fue un conocido mío. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero seguro que lo recuerda. Es difícil olvidar algo así.

—Lo siento mucho, señora, pero no sé nada de ese atentado. Solo llevo un año trabajando aquí —informó el camarero, y agregó—: Varios compañeros me han hablado del asesinato de la Teresita, una bailarina y cantante del local a la que le asestaron seis puñaladas por querer robarle el novio a su hermana, que era cupletista, pero eso ocurrió hace años y dentro del Edén Concert. Dicen que fue…

Blanca estuvo a punto de interrumpir al joven y preguntarle por qué le contaba aquel suceso, si no coincidía en nada con el que a ella le interesaba: ni fecha, ni lugar, ni sexo de la víctima, ni arma del crimen. Ni motivo del mismo, era de suponer. Su marido no andaría robando novias a nadie, ¿no? Intuía que de vez en cuando echaba una cana al aire, pero con discreción o pagando. No obstante, dejó hablar al cordobés para seguir cayéndole en gracia.

Y acertó. El simpático camarero acabó redirigiéndola a otro que sí trabajaba allí en 1919, uno que lavaba copas tras la barra.

Hubo más suerte con él, que sí recordaba el atentado en la calle. Que la víctima fuese un cliente y llevara un borsalino gris, ya no.

—Aquella noche era viernes y esto estaba lleno a rebosar, señora. No sabría decirle si la víctima estuvo en una de las mesas.

Una mujer junto a la barra en la que Blanca no se había fijado

intervino en la conversación:

—Apostaría a que no.

El cordobés se la presentó. Era una de las bailarinas y pareja actual del barman. Si se había quitado el maquillaje de escena, no lo parecía. El traje sí se lo había cambiado, naturalmente, aunque el que vestía ahora también brillaba y dejaba bastante piel a la vista. La joven dio una calada al pitillo que se consumía en el extremo de una larga boquilla negra y dorada y exhaló una bocanada de humo hacia el rostro de Blanca. Ella contuvo una tos y parpadeó ante la súbita niebla gris que amenazaba con invadir sus ojos. Oyó que el escritor preguntaba a la chica por qué estaba tan segura de que la víctima no había cenado allí.

—Hablan de la noche del 31 de enero, ¿verdad? Porque no ha habido más atentados a diez pasos de esa puerta —afirmó la bailarina, señalando con el pitillo la salida del Edén Concert—. Un solo disparo. En toda la cara.

—De esa noche, sí —corroboró Blanca, un tanto ansiosa—. ¿Lo vio usted?

—No, señora, yo estaba aquí. No justo aquí, sino en los camerinos, esperando mi número de baile. Pero me lo contaron, y durante aquella semana, fue el tema principal en toda la calle. Que si el muerto era un industrial, que si lo mató un anarquista, que cómo pudo huir tan rápido el pistolero… Corrieron mil historias sobre el tal Riera que a mí me importaban un pepino. —La siguiente calada la exhaló hacia el techo—. Hasta que una de las busconas francesas que pululan por el Trink-Halle, y con la que yo me llevaba bien, me dijo que allí había algo raro porque ella estaba convencida de que el muerto era Paquito.

—¿Paquito? —repitió Ricardo Arbona.

—Un tipo esmirriado de ojos verdes que venía de Murcia. Y yo también creo que la poli se equivocó. Bueno, no es que se equivocara, es que encontraron un carnet de socio del Barcelona en el abrigo de Paquito con el nombre de Xavier Riera, y dicen que apareció un hombre trajeado que confirmó que era él. Pero Paquito

se esfumó esa misma noche, ¿saben? Y la francesa y yo pensamos que se la jugaron.

—¿Qué quiere decir? —la instó Blanca a explicarse.

—Mire, el pobre llevaba un par de semanas en Barcelona buscando curro y, de repente, alguien en la calle le ofrece uno, le da pasta por adelantado y le compra un traje para que esté presentable. Yo le dije que eso atufaba, que a ver si se iba a meter en algo de drogas. Corren mucho por aquí. Por el barrio —especificó, eximiendo al Edén Concert—. Pero él no quiso escucharme, y ya ve… Oigan, ¿por qué preguntan ahora por ese atentado? Porque no tiene usted pinta de haber conocido a Paquito, señora, aunque haya dicho que sí. —Repasó de arriba abajo a Blanca y luego se dirigió al señor Arbona —. No será usted uno de esos polis de incógnito, ¿no?

—No, señorita, soy escritor.

—Ah, caray. ¿Y va a escribir un libro sobre esto? —inquirió con cierto temor—. Espero que no salga mi nombre, que no quiero líos con la bofia. Por algo me he callado lo de Paquito tanto tiempo.

El periodista ahuyentó el miedo de la bailarina, diciéndole que su interés por aquel crimen no estaba enfocado hacia la novela, y le pidió más datos sobre la víctima.

—No sé mucho, solo que se vino de algún pueblo de Murcia con cuatro perras y que vivía prácticamente en la calle. Puede que el dueño de Can Piltra sepa más. Es donde pasaba las noches. Una casa de dormir que hay cerca de aquí. Un cuchitril, la verdad.

—¿Y el apellido? —preguntó Blanca—. ¿Lo sabe?

—No, no tengo ni idea. Cuando me acuesto con un hombre al que me da igual volver a ver, no me hace falta saber el apellido.

Blanca miró al camarero de la barra, alarmada por si esa información que su pareja acababa de dar como si nada provocaba un enfrentamiento entre ambos. El barman, que seguía lavando copas, se encogió de hombros, sonrió y le dijo que a él sí le había preguntado el apellido.

El camarero cordobés soltó una risotada y, acto seguido, se ofreció a indagar en los garitos a los que iba a veces a echar unas partidas de cartas, por si alguien recordaba al tal Paquito y aquel asesinato.

Ricardo Arbona se apresuró en rechazar el ofrecimiento. Mejor que no corriera la voz de que una pareja andaba haciendo preguntas sobre un crimen del pasado. El joven insistió, ¡si no le costaba nada!, y los emplazó a volver cualquier otra noche a cenar por si se enteraba de algo.

De camino al coche, el silencio de la señora Lledó inquietó a Ricardo. Era fácil adivinar que la mujer andaba pensando en el tal Paquito, el hombre al que probablemente enterró en el ataúd que compró para su marido. Y tal vez, en si ese alguien que le ofreció trabajo al murciano podía ser su marido. Incluso si había sido él quien efectuó el disparo. Debía de resultarle muy duro asimilar tal posibilidad, por lo que respetó su mutismo hasta que llegaron al automóvil.

—Una noche provechosa. La felicito por el temple con que ha llevado el interrogatorio. Diría que ha obtenido más información de la que esperaba.

—He tenido suerte de que aquella bailarina estuviera allí, en la barra del local.

—¿Y qué va a hacer ahora con la información que le ha facilitado?

Ricardo sabía la respuesta, pues estaba seguro de que Blanca Lledó iba a remover cielo y tierra hasta descubrir el por qué y el cómo de todo aquel asunto, y que lo primero que haría sería ir a Can Piltra. Ella se lo corroboró en cuanto arrancó el Fiat.

El instinto protector masculino y el de ladrón de besos lo impulsaron a decir:

—No me vendría mal ver cómo es uno de esos sitios que llaman «casas de dormir». ¿Me permitirá acompañarla?

Ella le lanzó una mirada fugaz.

—¿Ha decidido ayudarme a investigar, señor Arbona?

—No, mi interés se centra en la documentación para mi novela —alegó él, sin tener que mentir.

—En ese caso, iré sola. No necesito un guardaespaldas. Y usted puede documentarse en otra casa de dormir.

—Tiene razón.

En lo segundo, omitió Ricardo especificar. Respecto a lo primero… O la mujer pecaba de ingenua o de exceso de orgullo. Por lo que él había observado en su primera exploración del casco antiguo, no le parecía un lugar muy seguro. Sobre todo, algunas calles. Una dama burguesa como la señora Lledó llamaría demasiado la atención, si se aventuraba en ellas sin una compañía adecuada y haciendo preguntas. De todos modos, advertirla de ello no serviría para que cambiara su decisión de ir sola, intuyó, y buscó otro modo de lograrlo.

Pronto concluyó cuál sería el más efectivo: admitir que sí quería ayudarla a investigar. Tampoco tendría que mentir, pues la desaparición y muerte de Xavier Riera se habían instalado ya en su cabeza, y supo que no podría escribir una sola línea de la novela hasta que las sacara de allí. Y tenía un plazo de entrega poco flexible. Así que, tras apearse del coche, no se lo pensó más.

—¿A qué hora saldrá mañana, señora Lledó?

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Ha cambiado ya de opinión?

—Todavía no. —Se resistía a ello, a pesar de todo—. Pero puede que lo haga esta noche.

Ella no dijo más hasta que entraron en la casa.

—Mi hija tiene clase los sábados, esperaré a que se marche. Así evitaré preguntas —arguyó mientras se quitaba el abrigo con rapidez y lo colgaba del perchero de la entrada—. Calculo que saldré a las diez de la mañana. Buenas noches, señor Arbona.

Sin dirigirle más que una breve mirada, la señora Lledó enfiló el pasillo hacia su dormitorio. Ricardo permaneció junto a la puerta, contemplando aquella espalda erguida y el andar elegante de la

mujer a la que le gustaría desnudar y…

¿Desnudar?

Vaya. Había pasado de querer robarle un beso a desear quitarle toda la ropa.

Sonrió para sí ante aquel pensamiento que derivaba en otro más carnal y se obligó a borrarlo de su mente. No le apetecía tener que usar su mano para aliviarse, y esa sería la única forma de poder conciliar el sueño si comenzaba a imaginar desnuda a Blanca Lledó.

Se encaminó con sigilo hacia su habitación para no despertar a nadie. El recorrido era largo —todo aquel pasillo en forma de U—, ya que la número 2 quedaba justo al otro extremo. La próxima vez, se dijo, se despediría de la propietaria en el rellano y utilizaría la entrada de la residencia en lugar de la privada. No solo por ahorrarse pasos o tiempo, sino para evitar la tentación y otra inoportuna erección.

* * *

La tentación de Blanca al cerrar la puerta de su dormitorio fue irresistible. Se desprendió del vestido, las medias, los zapatos, la ropa interior y colocó boca abajo el marco de plata con la foto de su boda. Aunque no quedaba justo ante sus ojos cuando se acostaba, prefería no sentir que los de Xavier, fijados en el papel fotográfico, la observaban mientras se daba placer.

Lo necesitaba.

La cercanía de Ricardo Arbona en el automóvil, callado y pensativo durante casi todo el trayecto de regreso, le había vuelto a provocar un hormigueo que escapaba a su control. Ni siquiera eludir su contacto y procurar no mirarle lo mitigaba. Por eso se había apresurado en despedirse, pero alejarse de él tampoco la calmó.

Extendió una toalla sobre el cobertor a fin de no mancharlo con el

fluido del orgasmo y se tumbó despacio, cerrando los ojos para concentrarse solamente en las sensaciones.

La imagen del hombre que la excitaba invadió la negrura tras los párpados y Blanca los abrió al instante. No quería que nadie interfiriera en su momento íntimo, y menos alguien a quien vería a menudo los próximos días.

Tal vez mañana.

Esperaba que no, pero tenía la impresión de que se equivocaba. Y si el escritor la acompañaba a ese sitio, debía librarse ya del deseo que crecía en ella y mentalizarse de que no podía permitirse volver a sentirlo. Una parte de la lujuria obedecía a los pensamientos, por lo que bastaría con encerrarlos bajo candado o expulsarlos de su mente en caso de que lograran escapar.

Clavó la vista en el techo y se acarició los pezones, ya erectos. El efecto del leve roce se transmitió al instante a su sexo, como si ambos puntos estuvieran unidos por un hilo invisible. Deslizó una mano hasta su lugar más íntimo, cubriéndolo al tiempo que ejercía una ligera presión. Los muslos se le tensaron y se le cerraron los párpados.

El rostro de Ricardo Arbona surgió de nuevo en la oscuridad.

Se quedó quieta unos segundos, pero solo consiguió que aquella fantasía del beso que había frenado por la mañana regresara para continuar. También la que la había asaltado en el Edén Concert, que se fundió con la primera y minó su resistencia. Los labios se le separaron, saboreó aquel beso anhelado y se rindió a la evidencia de que gozaría más si dejaba que el hombre permaneciera con ella, si imaginaba que eran las manos del escritor las que la tocaban. El pulso se le había acelerado y comenzaba a palpitarle la cueva oculta en el monte de Venus.

Reanudó las caricias y movió los dedos con la experiencia que le daba la práctica. Siempre había hallado más placer en solitario que con su marido, incluso en los primeros años de matrimonio, y sabía cómo prolongar el disfrute para que el orgasmo fuese más intenso. Sin embargo, poco pudo demorarse esa noche. La presencia ilusoria

del señor Arbona sobre ella, penetrándola con pasión, la elevó pronto hasta la cumbre.

Al rato, ya entre las sábanas y con el camisón puesto, tuvo que hacer acopio de voluntad para echar de su cama al atractivo huésped. Debía prepararse por si se lo encontraba al día siguiente junto a la puerta de la casa, dispuesto a ayudarla en su búsqueda de respuestas.

Y preparada estaba cuando salió de su dormitorio a las diez de la mañana, pero no había nadie en el recibidor. Le extrañó a la vez que sentía una pequeña decepción. Por mucho que dijera que no necesitaba ayuda, sabía que le vendría muy bien la del periodista-escritor. Y no pudo evitar sonreír al abrir la puerta principal y ver a Ricardo Arbona cerrando la de la residencia de artistas.

—¿Es pura coincidencia o ha decidido colaborar en mi investigación de aficionada?

—Si usted no tiene inconveniente, señora Lledó… Mi consulta con la almohada me ha abierto los ojos.

La referencia a la cama estuvo a punto de arrancar aquel candado que Blanca había puesto en sus pensamientos, pero su firme determinación lo mantuvo en el cerrojo.

Y, por si acaso, añadió otro más.

9

Con la ingenuidad del turista que desconoce el lugar, Ricardo Arbona se había adentrado el día anterior en la zona del Raval más próxima al puerto. En una de aquellas calles se ubicaba Can Piltra y, por lo tanto, sabía más o menos con lo que se iba a encontrar esa mañana, a diferencia de la señora Lledó. Y aunque ella creyera que no necesitaba un guardaespaldas, él creía que sí. Además, ¡qué caray!, le apetecía investigar un crimen real. Dos, mejor dicho. Y probablemente tenía tantas ganas de descubrir la verdad sobre la desaparición de Xavier Riera como su viuda, y así lo admitió ante ella mientras bajaban por la escalera.

También admitió, aunque solo para sí, que ella había tenido el buen tino de elegir un sencillo vestido marrón de lana para esa visita, sin más adornos que un gorro de punto. A simple vista, no parecía una burguesa adinerada. Sin embargo, su porte y sus ademanes la delataban, así como su tez de porcelana. ¿Sería tan suave al tacto como él imaginaba?

Y aquella boca que le había sonreído al verlo… ¿Se amoldaría a la suya cuando la besara?

Como era improbable que eso sucediera hoy, Ricardo no se hizo más preguntas que pudieran estimular su entrepierna. Caminar empalmado resultaba bastante incómodo.

Ya en el portal, la señora Lledó se desvió hacia aquella puerta de madera y cristal situada junto al ascensor.

—Queda muy poca gasolina en el coche.

—¿Tiene ahí algún bidón?

Era evidente que sí, o ella no estaría metiendo una llave en la cerradura de esa puerta.

—Varios. En un cuartito que los porteros usan para guardar los

útiles de limpieza. Espere aquí, no hace falta que entre.

Él aguardó a que la mujer saliera con el bidón y se ofreció a cargarlo.

—Puedo llevarlo yo, señor Arbona. —Ni se detuvo para darle opción a que insistiera—. ¿Acaso cree que no sé llenar el depósito de mi Fiat?

—Solo intentaba ser amable.

—Me gusta más cuando es razonable.

Ricardo alzó las cejas, gratamente sorprendido.

—¿Más? ¿Significa eso que le gusto?

—No me malinterprete. Lo que quería decir es… —Calló mientras procedía al llenado—. Me refería a que me siento más a gusto cuando no trata de ser galante o adulador, cuando me habla como a una persona a la que respeta como tal, y no como a una mujer que necesita ayuda y protección.

—Lo tendré en cuenta.

—Eso espero. Procuro no depender de nadie, señor Arbona. Si he accedido a que me acompañe hoy y a que colabore conmigo en este… delicado asunto que me preocupa es solo por una cuestión práctica. Me urge resolverlo, y dos cabezas piensan mejor que una.

La de él, en ese momento, no pensaba en otra cosa que en la hermosa boca que se movía ante sus ojos. El deseo de catarla aumentaba con cada sílaba que pronunciaba, por lo que no atinó a replicar. Por suerte, el «hm-hm» que emitió satisfizo a la viuda.

—Suba al coche, vuelvo enseguida.

Ella fue a dejar el bidón vacío en la portería y, cuando regresó, Ricardo ya se había acomodado en el asiento del copiloto. Por entablar conversación, le preguntó si había dormido bien.

—Sí.

Como no le devolvió la pregunta, él comentó que hacía buen tiempo para ser noviembre.

—Sí.

Las dos afirmaciones simples indicaban que la señora Lledó no tenía ganas de conversar, así que desistió de hacer un tercer intento y fijó la vista en el parabrisas mientras ella conducía hacia aquel barrio que, en otra época, fue tierra de huertos y conventos.

A Ricardo le gustaba conocer, a grandes rasgos, el pasado de los lugares en los que sus personajes se moverían, por lo que había recopilado información sobre el Raval. Casi siempre hallaba datos que le daban ideas puntuales para definir las pistas que conducirían a la resolución del caso que se inventaba. Y, a fin de no volver a pensar en besos prohibidos, recuperó su fichero mental y trató de imaginar la transformación de aquella especie de centro espiritual de la ciudad, donde antaño abundaban las iglesias y otros edificios religiosos. Allí se habían ido instalando, dos siglos atrás, pequeñas fábricas de hilaturas y, con ellas, se alzaron viviendas para albergar a los trabajadores, la mayoría inmigrantes. El sonido de las campanas convivió con el de los telares durante décadas, hasta que comenzaron las expropiaciones de los bienes de la iglesia. Su principal finalidad: reducir la deuda pública y contribuir al enriquecimiento de la burguesía industrial que empezaba a consolidarse en el país.

La burguesía a la que quizá pertenecía la señora Lledó, conjeturó.

Las pupilas se le desplazaron hasta el rabillo del ojo y recorrieron el perfil femenino como si lo dibujara con un lápiz: la línea oblicua de la nariz, los pequeños montículos de los labios, la suave curva del mentón… Al llegar al estilizado cuello volvió a sentir un ramalazo de deseo. Toda aquella superficie de piel fina y sensible sería un delicioso aperitivo para su boca.

«Basta, Ricardo. Piensa en la historia».

Sí, mejor. ¿Dónde se había quedado? ¡Ah, sí! En las expropiaciones que beneficiaron a los nuevos burgueses. A su disposición quedaron algunos de los recintos conventuales desamortizados, y los

derruyeron para levantar más fábricas; otros se convirtieron en plazas o vieron elevarse en su lugar ostentosos edificios como el Gran Teatro del Liceo. Ricardo había visto la fachada y tenía intención de conseguir una entrada para alguna obra y así, poder contemplar el interior. Y se le ocurrió…

—¿Le gustaría ir una noche al Liceo?

La señora Lledó parpadeó.

—¿Con usted? No.

—Ah. Vaya.

—¿Ha olvidado lo que le dije anoche? Allí sí me encontraría con muchos conocidos, y no quiero dar pie a habladurías. Además, no estoy de humor para óperas.

—Lo entiendo. —Y ya que la mujer parecía un poco más locuaz, se lanzó a ese tercer intento de conversación—. Menos mal que hoy no corremos ese riesgo. Dudo que la gente de su clase se pasee por la calle del Mediodía, que es donde está Can Piltra. Ayer no vi a nadie con pinta de burgués cuando estuve por la zona. Le advierto que no va a ser agradable para usted.

—¿Y para usted sí?

—No, desde luego, pero me interesa para mi novela. Quiero que mi asesino actúe por allí, cerca del puerto. Creo que la atmósfera del sur del Raval es muy propicia para crear misterio.

Un entramado de calles estrechas, oscuras incluso de día, en las que la miseria y la violencia se disputaban el podio. Según la información que Ricardo había reunido, también había pobreza y conflictos violentos más al norte del barrio, pero en menor medida, y quedaban enmascarados por aquellos locales más cuidados, algunos incluso elegantes como el Edén Concert, que la burguesía catalana frecuentaba en sus horas de ocio o para satisfacer sus vicios.

Aunque ahora que estaba metido en el misterio de Xavier Riera, tal vez trasladara su escenario a la calle Conde del Asalto, se planteó

mientras ella decía:

—Pues yo espero aclarar el de mi marido esta mañana.

—¿En una sola mañana?

Un deje de mofa tiñó la pregunta de Ricardo. La mujer volvió la cabeza hacia él un instante.

—Por supuesto que no. No todo. Sería una ilusa si pensara eso. Me refería a mi mayor preocupación, a quién enterré aquel día. —Lo miró una vez más—. Si fue… ¡Ay!

Un ciclista apareció de repente delante del Fiat y la señora Lledó frenó en seco. El ciclista alzó una mano a modo de disculpa y continuó su camino. Ella soltó un sonoro suspiro y arrancó de nuevo.

Él la halagó:

—Tiene buenos reflejos.

—Gracias a Dios, porque me está usted distrayendo, señor Arbona.

—Perdone, ya me callo.

Durante el poco trayecto que quedaba, Ricardo discurrió acerca de aquella prioridad de la viuda en cuanto a preocupaciones. ¿Se trataba solo de compasión por un desconocido inocente o había algo más? Quizá la relación con su esposo no fue buena y por eso se había mostrado tan fría ante el cuerpo apuñalado. O quizá su aprecio por el doctor Velarde, el principal sospechoso del crimen, la llevaba a preferir centrarse en lo que sucedió en el pasado en lugar de en el auténtico asesinato de su esposo en su propia casa.

Fuera lo que fuese, lo intrigaba, pero estaban a punto de llegar a su destino y no le dio más vueltas.

* * *

Si a Blanca Lledó la había descolocado ver a las fulanas francesas rondando el Trink-Halle, pisar la calle del Mediodía le causó tal impacto que solo pudo murmurar un: «Mare de Déu Senyor». La expresión en catalán le salió del alma. El periodista no necesitaba traducción. La parálisis momentánea de la mujer y su mirada de asombro, espanto y tristeza era suficiente.

Ella venía diciendo que no parecía tan mal barrio, pues habían estacionado de nuevo cerca del monumento a Cristóbal Colón para acceder al Raval desde el Portal de Santa Madrona, una amplia avenida delimitada a la izquierda por el muro de un cuartel militar; no se había fijado mucho en los viejos edificios a la derecha, ya que le había llamado la atención la serie de casetas de madera que ocupaba un tramo de la acera y que se anunciaba como «Mercado de libros de ocasión». Ricardo Arbona omitió comentarle que, mientras ella se entretenía mirando los títulos a la venta, a él le habían ofrecido, en un par de tenderetes y en tono confidencial, fotografías pornográficas.

La parálisis de la dama burguesa duró los pocos segundos que tardaron los primeros pedigüeños en acercarse a ellos. La viuda hizo amago de abrir su pequeño bolso, pero el escritor se lo impidió y le susurró que lo agarrara fuerte o le volaría antes de haber avanzado media la calle.

Apenas veían la piedra gris de la calzada. En las aceras se desplegaba una especie de mercado ambulante. Alimentos de aspecto poco apetecible se exponían en cestos de mimbre en el suelo junto a mendigos, lisiados e improvisadas mesas de trileros. Varios niños que parecían desnutridos merodeaban entre los adultos cuya higiene dejaba mucho que desear.

La mezcla de olores que impregnaba el aire afectó al estómago de Blanca, que procuraba respirar lo justo para seguir caminando mientras buscaba, impaciente, el letrero que indicara la entrada a Can Piltra. Vio otras casas de dormir, varias tabernas, carteles escritos en alemán… Había oído comentar que la guerra y la posterior crisis en Alemania empujaron a algunos a huir de su país, pero no imaginaba que su destino —y los alemanes probablemente

tampoco— fuera terminar malviviendo allí, en esa especie de colmena sin reina ni organización aparente.

Además del desagradable olor que trataba de ignorar, Blanca tuvo que sobreponerse al bullicio aturdidor de la abarrotada calle: el voceo de los vendedores se fundía con las conversaciones a elevado volumen del resto de aquella fauna humana entre la que se abría paso como buenamente podía. De pronto, se le ocurrió pensar en la variedad de insectos y roedores que debían de convivir con toda aquella gente y optó por no mirar al suelo, por si acaso. Bastante tenía con esquivar las moscas que revoloteaban a su alrededor. Por miedo a tragarse una al hablar, mantuvo la boca cerrada.

Tampoco Ricardo pronunciaba palabra salvo para desembarazarse de los mendigos, golfillos y estafadores que les salían al paso. Rodeaba la cintura de la señora Lledó con un brazo, arrimándola a él y marcándola así como suya. Ella no trató de apartarse en ningún momento, ni siquiera cuando localizaron Can Piltra y entraron en aquel portal destartalado y sucio. El dueño, en cambio, iba bastante aseado. Su cuerpo rollizo indicaba que el negocio funcionaba y que él se alimentaba de algo más y de mejor calidad que lo que se vendía en el mercado ambulante de la calle del Mediodía.

Entrar tan arrimados indujo a confusión al hombre rollizo. Antes de que pudieran siquiera presentarse, les dijo que no alquilaba camas a parejas y les indicó un par de sitios donde encontrar una habitación barata para lo que ellos buscaban. Blanca quiso que se la tragara la tierra y Ricardo le aclaró al hombre que solo buscaban información, que eran amigos de Paquito. ¿Se acordaba del murciano que durmió allí hacía algo menos de tres años?

No hubo respuesta, solo miradas suspicaces.

Ella repitió la somera descripción que había hecho la bailarina y que coincidía con el aspecto físico de su difunto esposo.

Más silencio.

Entonces, el periodista se sacó del bolsillo una peseta y jugueteó con la moneda de plata mientras le insinuaba que tal vez un incentivo lo ayudara a recordar. Era el doble de lo que costaba

alquilar una cama allí, según anunciaba en grandes mayúsculas pintadas a mano el rudimentario cartel de la puerta.

Las pupilas del dueño se clavaron en la moneda.

—Yo no pregunto a los que vienen a dormir aquí, pero ¿qué quieren saber?

—El apellido. —Fue lo primero que pidió Blanca. Quizá podría encontrar a la familia del tal Paquito y decirles que, como mínimo, había tenido un buen funeral—. Debe de llevar un registro de sus huéspedes.

—No, señora. El que quiere una cama me paga por adelantado, yo le doy un ticket y sanseacabó. Además, si son amigos de aquel murciano tendrían que saber su apellido, ¿no?

El recelo volvió a la mirada del hombre, y ella resolvió como pudo su metedura de pata.

—Claro, lo sabemos. Solo queremos comprobar si se trata del mismo Paquito, el que desapareció por esas fechas.

—Ya. Pues no puedo ayudarles, pero… por esa peseta, a lo mejor me acuerdo de algo que les sirva.

Ricardo hizo amago de dársela, pero exigió la información antes de soltarla. A la que ya les había proporcionado la bailarina, el dueño de Can Piltra añadió que Paquito venía de Mazarrón, que le pagaba un extra por guardarle de día el hatillo, que traía del pueblo con una muda y cosillas personales, y que en un bolsillo del traje que le dieron había una cartera que pensaba devolverle al tipo con el que quedó aquella noche para cerrar el trato laboral.

—Espere —lo interrumpió Blanca—. Tengo entendido que el traje se lo compraron. Seguramente en la sastrería Modelo.

—No, no, se lo dio el hombre que le ofreció el trabajo. Aunque pareciera nuevo, no lo era. Alguien lo había usado ya varias veces. Se notaba porque no tenía el apresto de un traje nuevo. Y los zapatos tampoco tenían la suela reluciente. Me olí que se estaba metiendo en algo turbio, pero a mí me importa un rábano lo que

hagan fuera de aquí los que duermen aquí. Mientras apoquinen… —Y extendió la mano, reclamando la peseta ofrecida.

—¿Aún conserva ese hatillo?

—¿Cree que iba a guardárselo gratis, señora? —rio el hombre, mientras se metía la moneda en un bolsillo del pantalón—. Lo vendí todo. A los tres días de que el murciano dejara de aparecer por aquí. Supongo que lo pelaron en cuanto dejó de servirles para lo que fuera que lo reclutaran.

—Una última pregunta —solicitó ella—: ¿Mencionó por casualidad si ese tipo tan generoso que lo reclutó se parecía a él físicamente?

—No, que yo recuerde. Solo dijo que era elegante, aunque eso ya se intuía por la ropa que le dio. Y no sé más del murciano, pero por otra peseta podría preguntar por el barrio. Si quieren volver mañana…

Ricardo rechazó el ofrecimiento una vez más, y no solo por la razón que le llevó a no aceptar la del camarero cordobés. Sospechaba que aquel hombre inventaría cualquier cosa por dinero, alegó cuando Blanca, tras salir de Can Piltra, mostró su desacuerdo con aquel rechazo.

—Parece que le interesa más el tal Paquito que su marido —comentó él, recuperando la intriga que le generaban las prioridades de la viuda.

—Mire, que Xavier está muerto, ya lo sé. Todos lo sabemos y no se puede hacer nada por él. En cambio, la familia de ese hombre de Mazarrón debe de esperar cada día noticias suyas desde hace más de dos años, y no las tendrán a menos que yo se las dé.

—¿Y qué hará? ¿Buscar también a esas personas antes de intentar averiguar quién mató a su marido? ¿Y cómo las va a encontrar?

—Ya pensaré en un modo de localizarlas. Y puedo hacer varias cosas a la vez, señor Arbona. Además, el hombre que apuñaló a mi esposo podría ser el mismo que disparó al murciano. ¡Ojalá! —expresó después de inspirar profundamente al llegar al espacio

abierto del Portal de Santa Madrona, sin olores nauseabundos—. Pensar que quizá fue Xavier quien apretó el gatillo de una pistola para matar a alguien me pone la piel de gallina.

—Lo comprendo. Es muy posible que los dos crímenes estén estrechamente relacionados. Lo que está claro, por la información que tenemos, es que al pobre murciano le tendieron una trampa mortal. Ese hombre elegante…

—Que podría ser mi marido, aunque Paquito no mencionara el parecido físico con él.

—O un cómplice. El doctor Velarde, por ejemplo.

—Cierto —murmuró ella.

Ricardo expuso lo que le parecía una conclusión inequívoca:

—Uno de los dos engatusó a Paquito con un trabajo fabuloso a fin de cargárselo y que su cuerpo fuera identificado como el de Xavier Riera. ¿Por qué, sino, le daría un traje con su cartera, su carnet, la foto de su hijo…?

—Xavier quería desaparecer y simuló su muerte, de acuerdo —aceptó Blanca—. Buscó a un hombre con un físico similar al suyo y al que nadie de Barcelona pudiera echar en falta.

—Y en este barrio lo tuvo fácil. La mayoría está en los huesos y muchos son inmigrantes. Cada semana deben de llegar decenas. Entre la cantidad de pensiones que hay y las casas de dormir… En Can Piltra he podido ver parte de la sala donde están los catres. Por lo menos había medio centenar.

Se acercaban al automóvil y Ricardo, notando que la señora Lledó parecía ausente y sumergida en sus cavilaciones, pensó que le vendría bien una distracción. Y a él no le apetecía volver ya a la residencia, donde tendría que prescindir de su estimulante compañía. Y aunque ciertos estímulos le provocaran incomodidad física bajo la bragueta, otros más juiciosos los compensarían. Quería conocer a fondo a aquella mujer. Quería que le confiara sus elucubraciones. Quería adentrarse en aquel ensimismamiento que

volvía a empañar su mirada con un velo de desazón.

Ya junto al Fiat estacionado, Ricardo recordó un anuncio que le había llamado la atención al estudiar la guía de la ciudad.

—He leído que se puede ver el puerto desde unos barcos llamados Golondrinas. ¿De dónde zarpan? ¿Estamos cerca?

—Sí. ¿Ve ese cartel de Martini Rosso sobre unos postes? Se accede por allí. —Lo señalaba con los ojos y el mentón. Una sonrisa nostálgica suavizó sus líneas de expresión—. Madre mía, no he subido a una desde… Uf, ya ni me acuerdo.

—Entonces, vamos —decidió él.

—¿Ahora?

A Ricardo se le ocurrió enseguida un motivo distinto a todos los que tenía para proponer aquel paseo, uno que convencería a la señora Lledó.

—Así, si Eulalia le pregunta qué ha hecho esta mañana no tendrá que mentirle. Dígale que le he pedido que me acompañara a navegar en uno de esos barcos turísticos.

La sonrisa regresó al rostro femenino, ya sin nostalgia, y echaron a andar hacia el visible cartel que anunciaba el popular vermú italiano. Él, en su afán por atraer los pensamientos de la viuda hacia temas que no la preocuparan, le preguntó:

—¿Por qué los llaman Golondrinas? La golondrina no es un ave de mar, como la gaviota, por ejemplo.

—Según me contó mi padre, porque el propietario de las primeras que hubo, y que eran una especie de ómnibus que llevaba a la gente a los Baños de San Sebastián en la Barceloneta, era cubano, y allí en el trópico sí hay un ave que se llama golondrina de mar. —Compraron los tiques y se situaron en la cola para embarcar—. Estas las inauguraron para la Exposición Universal de 1888. Yo tenía siete años, y mi padre nos trajo a verla. ¡Todo un fin de semana en la ciudad! —expresó con el entusiasmo del recuerdo—. Fue emocionante. Nos alojamos en la Gran Fonda de Oriente, en las Ramblas, y mi madre me dijo que en ese hotel

había pasado unos días el escritor de un cuento que a mí me encantaba: El patito feo. Se llama…

—Hans Christian Andersen —completó Ricardo—. Conozco el cuento. No me diga que se identificaba con el patito.

—Un poco. Yo era muy alta para mi edad. Y desgarbada. En cambio, María e Isabel eran preciosas.

—Pero el pato se convirtió en cisne —lisonjeó él, que recibió de nuevo esa mirada traducible como: «No me dé coba, que no soy tonta»—. Venga, señora Lledó, no soy el único que opina eso. Tiene al doctor Velarde comiendo de su mano, y seguro que su marido también la consideraba guapa.

—Supongo. —Fue todo lo que ella dijo.

La cola comenzó a avanzar y, al poco, ya acomodados en uno de los bancos de madera de aquella embarcación a vapor en la que debían de caber unas sesenta personas, Ricardo se fijó en que la mujer fruncía el ceño ligeramente. Lamentó haber mencionado al médico. Seguro que ella lo había enlazado con el escabroso asunto de los crímenes. La propia viuda se lo confirmó:

—¿Por qué alguien necesita desaparecer? Y de un modo tan… drástico y cruel. Xavier no era un hombre cruel. Era introvertido, desconfiado y bastante celoso, pero nunca vi en él indicios de violencia. Solo verbal, y no muy a menudo.

—Quizá se metió en algún problema grave y quiso huir, esconderse hasta que el problema se solucionara —apuntó Ricardo, resignado a retomar ese tema—. Que apareciera en su casa después de casi tres años indica que ya no necesitaba permanecer oculto.

—Eso mismo pensaba yo, pero… ¿qué clase de problema?

—Puede que estuviera endeudado hasta las cejas. El dinero suele llevar a la gente a cometer locuras, ya sea por su falta o por la codicia de poseer mucho más.

—Si mi esposo hubiera tenido tantas deudas, yo me habría enterado. Los acreedores habrían llamado a mi puerta en cuanto

terminó el funeral —exageró la mujer—. Y Ramón también lo sabría. No, debe de ser otra cosa, algo que Xavier no se atreviera a contarle a su mejor amigo.

—¿Problemas legales, quizá? ¿Algún secreto del pasado que fuera a descubrirse y pudiera perjudicarle gravemente?

—Lo único que se me ocurre es que tuviera miedo de que lo mataran, que hubiera sabido, de algún modo, que su nombre figuraba en la lista de objetivos de los anarquistas y simulara su muerte para poder seguir vivo.

—¿No le confiaría eso a su mejor amigo, el tal Ramón? ¿O a usted?

—A mí, seguro que no. Me habría negado a que huyera como un cobarde. Le habría dicho que acudiera a la policía y que se procurara protección. O incluso que abriera una oficina de exportaciones fuera de Cataluña y nos mudáramos allí hasta que la situación se calmara. También sería una huida, pero sin engaños. En cuanto a Ramón… —Se lo pensó unos segundos—. Sí, creo que a él sí se lo diría.

—Entonces, quizá su amigo esté encubriendo su falsa muerte —apuntó Ricardo—. De todos modos, el argumento del miedo no encaja con su regreso. El riesgo de atentados en Barcelona aún persiste. ¿Por qué volver ahora?

Ella clavó sus pupilas en las de él como si allí pudiera encontrar la respuesta. Esa mirada escrutadora lo obnubiló y le aceleró el pulso. Cuando los labios femeninos se movieron, amoldándose a las palabras que su dueña pronunciaba, el deseo de detenerlos con un beso ensordeció a Ricardo.

—¿Señor Arbona? ¿Se encuentra bien?

La extrañeza en la expresión del rostro que contemplaba le devolvió la audición.

—Disculpe, ¿qué me decía?

—No se estará mareando, ¿no?

Sí, pero no era el ligero vaivén del barco lo que afectaba a su cuerpo.

—¡Qué va! Es que me he despistado un momento con… —¿Con qué? ¿Qué podía alegar? Y lo primero que se le ocurrió fue—: el sonido del mar. Cómo rompe en el casco de la embarcación. Es… hipnótico, ¿no le parece?

Lo que a Blanca le parecía hipnótico era el magnetismo que el escritor desprendía. La caldeaba por dentro y por fuera, y tenía que esforzarse en evitar el roce del brazo del hombre, muy cerca del suyo. Así pues, omitió darle su parecer.

—Le decía que Xavier no volvía para quedarse. No llevaba equipaje.

—Desplumaron a su marido, señora Lledó. Lo más probable es que el asesino también se apropiara de su maleta.

Ella recordó entonces el sutil interrogatorio al músico.

—Un momento. Santoni me dijo que el hombre con el que se cruzó llevaba un maletín o una bolsa. Yo pensé que podía ser el maletín de Daniel, pero tal vez fuese una maleta pequeña o la bolsa de viaje que llevara mi marido. Si venía tan solo por un par de días, el tiempo justo para hacerme saber que seguía vivo, contarme su problema y poder volver a su escondite sin que lo descubrieran, no necesitaría mucho equipaje.

—No, pero… ¿después de más de dos años?

—Bueno, a Xavier le costaba tomar decisiones —justificó Blanca, y añadió más razones para tanta tardanza—. Y tenía mucho orgullo. Admitir que se arrepentía de lo que hizo debió de resultarle muy difícil. O quizá, simplemente no pudo venir antes.

—Quizá. Aunque me sigue pareciendo demasiado tiempo. Pero supongamos que así fue, que su esposo regresó arrepentido y que el hombre del maletín que se cruzó con Santoni fue quien lo apuñaló. Eso significa que podemos descartar a Milo como sospechoso, ya que el músico lo habría reconocido.

—Solo quedarían Daniel y Ramón.

—Pero ninguno de los dos es anarquista ni tiene contactos con los anarquistas, ¿no?

—No, que yo sepa.

—Y según usted…

—No siga —lo cortó Blanca—. Ya lo he captado. Mi teoría de que Xavier desapareció por miedo a que lo mataran no se sostiene. Implicaría que alguien de la rama violenta del Sindicato Único reconoció a Xavier en la calle, lo siguió hasta casa, entró… no sé cómo y… —Demasiadas casualidades, demasiada complicación—. No, imposible.

—Eso creo yo. Además, el modus operandi de los anarcosindicalistas es distinto. Disparan a bocajarro en lugares públicos, no apuñalan a sus víctimas en su domicilio.

—Y un desconocido no habría sabido dónde guardamos las llaves de las habitaciones. Tampoco Xavier, así que el asesino estaba en la casa.

—Coincido con usted. Y diría que la causa de la muerte de su marido, y de su anterior desaparición, debemos buscarla en algo personal.

—Muy bien, pero ¿el qué?

—Mire, los motivos más comunes por los que la gente de a pie comete un crimen son el dinero, la venganza y el amor. Dado que, para librarse de una amante o eludir a un posible novio o marido cornudo hay maneras mucho menos complejas que hacerse pasar por muerto, me inclino por uno de los dos primeros. Quizá el doctor Velarde le guardaba algún rencor a su esposo, y él se sintió amenazado. O quizá lo chantajeaba con desvelar un secreto suyo. Respecto a Ramón, puede que su amistad se torciera en algún momento. ¿Tal vez a causa de la empresa? Si no rentaba lo suficiente…

Blanca negó con la cabeza y rebatió esa opción:

—Precisamente las perspectivas eran buenas cuando Xavier

desapareció. Es cierto que la guerra estuvo a punto de llevarla a la ruina y que fueron años muy duros para él, pero…

—Pudo endeudarse entonces —sugirió Ricardo, al ver que ella no continuaba.

—No, vivíamos de mi dinero.

Blanca dudó en extender su explicación. La economía familiar era un asunto privado que no debería revelarle a un periodista al que apenas conocía, pero pensó que la ayuda de Ricardo Arbona en la investigación sería más eficaz cuanto más supiera de Xavier y de ella. Así pues, le contó que su padre, que había fallecido un año antes de que estallara la Gran Guerra, les dejó acciones de la fábrica de hilaturas de algodón a las tres hermanas. Si la industria textil ya llevaba tiempo dando beneficios, estos habían aumentado considerablemente durante la contienda con la demanda de uniformes para los soldados.

—Así que pertenece usted a una familia de industriales —la interrumpió el escritor, corroborando sus conjeturas.

—Mis abuelos maternos comenzaron con un taller de indianas, pero lo transformaron en fábrica de hilaturas. Gracias a ella se conocieron mis padres. Él era el abogado de la fábrica, y después de la boda, lo hicieron socio.

—Deduzco que la empresa de su marido y de Ramón no está relacionada con el textil, si la guerra casi la arruinó.

—Los Riera fabrican tapones de corcho desde hace casi dos siglos. Los Sureda entraron más tarde en el sector, pero crecieron rápido. Mi cuñado, para evitar competencia, se asoció con ellos poco después de heredar la fábrica. Eulalia era todavía un bebé.

—Desconozco por completo ese sector. ¿Por qué se vio perjudicado por la guerra?

—Por una parte, no se podían exportar tapones a Francia, donde tienen los mejores clientes. Y por otra, los viticultores españoles no podían importar sulfatos para proteger las cosechas, lo que suponía

una menor producción de vino y menos cantidad de botellas que tapar —le explicó ella, y retomó la historia personal—. La fábrica entró en crisis y Xavier se volvió distante y extraño. Un cambio comprensible en un hombre orgulloso como él, al que le inculcaron que el cabeza de familia debe mantenerla con sus ingresos. Ver que no podía cumplir con su deber, que dependía económicamente de su esposa, debió de resultarle muy difícil de llevar.

La Golondrina, ya frente a la playa de la Barceloneta, viraba para regresar al punto de partida. Blanca le señaló al escritor el edificio de los Baños de San Sebastián, donde se hallaba la sede del Club Natación Barcelona, el primer club de esa disciplina deportiva que se había fundado en el país, y añadió:

—Y acaban de construir una piscina. El agua procede del mar. Filtrada, por supuesto. Supongo que el próximo verano se llenará tanto como la playa. —En ese momento, solo unas pocas personas paseaban por la arena, y un hombre en traje de baño, seguramente un nadador consumado, desafiaba al frío y se adentraba en el mar en calma—. También hay unos baños orientales, decorados al estilo árabe. Yo había ido varias veces, pero desde que abrieron un centro de hidroterapia cerca de mi casa, ya no he vuelto.

Tras el breve paréntesis de cicerone, Blanca Lledó disfrutó unos minutos de las vistas de la costa y del horizonte, de la paz que se respiraba, mecida por los murmullos del resto de viajeros y por el sonido del barco de vapor deslizándose en el agua.

Sin embargo, aquella paz también hizo que percibiera de nuevo la cercanía del hombre. Un intenso cosquilleo bajo la piel, los latidos del corazón resonando en todo su cuerpo, un calorcillo que aumentaba hacia el sofoco… Tenía que acallar esas sensaciones. Ya divisaba la zona de desembarco, pero aún tardarían en alcanzarla. Miró de soslayo a su huésped y lo descubrió observándola. ¿No debería mirar el paisaje en lugar de a ella? Tal vez solo esperaba que siguiera hablándole de la ciudad. O de Xavier y la economía familiar.

Sí, debía de ser eso, así que regresó al tema interrumpido.

—El fin de la guerra relajó las fronteras, y los vinicultores pudieron

volver a producir. En cambio, fue un duro golpe para la fábrica de mi familia. Habían invertido en nuevos telares y comprado una gran cantidad de algodón en vistas a la previsión de ventas y, de repente, la demanda cayó en picado. Afortunadamente, la empresa de Xavier y Ramón comenzó a tener pedidos otra vez. De hecho, él volvió de Francia entusiasmado aquel enero. Tanto, que se compró el Fiat. No se habría comprado un coche si no hubiera sabido que podía pagarlo con su dinero. Ni si tenía planeado desaparecer y no iba a poder disfrutarlo —agregó Blanca, enlazando con aquel posible problema de deudas que el escritor había apuntado—. Por lo tanto, fuera cual fuese el motivo que lo indujo a fingir su muerte, debió de ser algo que surgió después de concederse ese capricho.

—O que se complicó entonces —sugirió el huésped.

—Sí. Creo que tendré que volver a hablar con Ramón. Aunque no sé qué pretexto inventar para preguntarle por aquellas semanas de enero. Ahora que solo nos quedan Daniel y él como sospechosos…

Sin embargo, tras despedirse del escritor al llegar a casa y sentarse a la mesa de la cocina para comer con su hija, Blanca vio que se había precipitado en descartar a todos los huéspedes como posibles asesinos de su marido. La información que Eulalia acababa de darle, aparentemente anecdótica, la dejó perpleja.

La adolescente, contenta con su descubrimiento durante la cena de la noche anterior, repitió:

—Qué casualidad, ¿no, mamá?, que Milo estudiara en los escolapios de Sarriá, como papá y Ramón. No iban al mismo curso, él es un año más pequeño que ellos —precisó, y siguió dándole datos interesantes—, pero también estuvo interno. Y dice que los dos eran de cuidado, que habían hecho más de una gamberrada y siempre se libraban de los castigos. —La alegría de Eulalia mudó de súbito en compasión y tristeza—. Casi lo expulsaron por culpa de ellos una vez. Creo que los odiaba.

10

Urgía interrogar a Milo. A Blanca no le hacían falta pretextos para llamar a la puerta de la habitación 3 ese mismo sábado por la tarde, ya que podía preguntarle por su estado de salud. Una buena hospedera se preocupaba siempre por sus huéspedes. Aun así, le llevó un café azucarado y una copita de coñac. Del mejor que tenía, no del que Juanita le servía después de comer.

—¿A qué viene esto? —gruñó al abrir.

Emilio Ramírez jamás ganaría un premio a la simpatía.

—Es para compensar el interrogatorio al que debió de someterlo mi hija anoche, durante la cena. —Y al que iba a someterlo ella ahora, omitió decir—. Me ha comentado que conocía usted a mi marido.

—No tengo ganas de volver a hablar del colegio.

—Ni yo querría incomodarlo con eso, señor Ramírez. ¿Me permite?

El ilustrador se hizo a un lado y Blanca fue a dejar la bandeja sobre el escritorio, pero no había medio palmo vacío. Varias láminas inacabadas se repartían por la superficie junto a tubos de acuarelas, un vaso con pinceles y una caja metálica que contenía carboncillos y lápices de distintos tamaños y marcas. Un Staedtler Mars en la mitad de su vida útil hizo que ella recordara aquella viruta que el escritor había recogido en la escena del crimen.

—Señora, deje el café y la copa en la mesita de noche, no vaya a mancharme los dibujos —refunfuñó el señor Ramírez.

—Son buenos, si quiere mi opinión.

—Ya sé que son buenos.

«Ese hombre no tiene abuela», pensó Blanca. Y mientras colocaba la taza y el coñac en los huecos de la también más que desordenada

mesilla, inició su interrogatorio sutil.

—¿Volvió a ver a mi marido alguna vez, después de terminar los estudios?

—No los terminé.

—Oh. Espero que no fuera por culpa de Xavier o de Ramón Sureda.

—Esos dos eran culo y mierda en los escolapios.

La burda expresión hizo parpadear a Blanca.

—Y siguieron siéndolo hasta que mi esposo murió. —O por lo menos, hasta su falsa muerte—. ¿No lo sabía? De hecho, Ramón es un buen amigo mío. Y me lleva la contabilidad de la residencia. Viene cada miércoles de once a doce. Lo digo por si quisiera verle.

—Ah, sí, me gustaría mucho. —La ironía en su tono quedó patente en lo que añadió—: Pero en su funeral.

—Vaya. —O Milo era inocente o se le había escapado su intención oculta, porque un asesino no revelaría tan a la ligera su próximo crimen—. Lamento que lo tenga en tan poca estima.

El hombre tomó un sorbo del coñac y lo paladeó.

—Este no es de garrafa.

—Me alegra que le guste.

Otro gruñido y una clara indirecta:

—¿Se le ofrece algo más, señora Lledó? Porque tengo que seguir trabajando.

—Disculpe, no pretendía molestarlo. Es solo que me sorprendió lo que le contó a mi hija y me extrañó que no me lo hubiera dicho antes a mí. Claro que, si no sabía que yo era la esposa de Xavier Riera…

—No estuve seguro hasta que la vi. No ha cambiado mucho en doce

años.

Blanca parpadeó de nuevo, esta vez tan desconcertada como halagada.

Emilio Ramírez le aclaró que la recordaba de sus tiempos de soltero, cuando aún vivía en el barrio de Gracia y asistía a las misas de festividades especiales en la iglesia de Pompeya. La religión y él no se llevaban bien, pero claudicaba ante su madre unas pocas veces al año y hacía acto de presencia en la casa de Dios a condición de situarse en la última fila de bancos. Desde allí, observaba a la gente o dormitaba, dependiendo del día, y la había visto a ella con su marido y sus hijos cada vez que había pisado aquella iglesia.

—Fue mi mujer la que me buscó un sitio en Barcelona para poder trabajar tranquilo. La casa de mis padres la vendimos cuando murieron y no podía quedarme en la de mi hermano, también está llena de niños. —Echó en la taza de café el coñac que le quedaba y continuó—: Al ver el nombre de la residencia pensamos que podría ser suya, pero como el Riera ya la había palmado… Le aseguro que no me habría alojado aquí, si él estuviera vivo.

Era la mayor cantidad de palabras seguidas que Blanca le oía pronunciar, por lo que trató de sonsacarle más mientras él se tomaba el carajillo.

—¿Tanto lo odiaba?

—Psche.

Solo un sonido. Y feo. Ella hizo un nuevo intento cambiando de tema. Quizá averiguara algo si se centraba en el presente y no en el pasado.

—Veo que está totalmente recuperado de su indisposición. El miércoles se encontraba muy mal.

—Fatal.

—Espero que no le molestaran mucho los ruidos en la casa.

—¿Qué ruidos?

—Voces, puertas… Creo que hubo movimiento mientras Juanita y yo estábamos en la misa de difuntos.

—Ah, eso. —Milo pareció aliviado—. Entonces, no deliraba.

—¿Qué quiere decir?

—Que oí voces en la 2 cuando tuve que ir corriendo al váter. Pensé que igual había otro huésped enfermo y que el médico había ido a visitarlo después de verme a mí, pero luego me acordé de que esa habitación estaba vacía y supuse que la fiebre me hacía tener alucinaciones. Así que el escritor ya había llegado, ¿no? Era él quien hablaba con alguien.

Blanca calibró la respuesta. Había un detalle que no le cuadraba y optó por mentir: sí, el señor Arbona había llegado ya, pero…

—¿Cómo pudo oírle al ir al excusado, si lo tiene justo al lado de su habitación?

—Ya, claro. No, le oí al salir. Fui a la biblioteca un momento y entonces me pareció oír ruidos y la voz de un hombre.

Milo añadió que no había entendido nada de lo que decía ese hombre, porque hablaba bajito. Y que los ruidos eran como si alguien se hubiera dado un golpe contra un mueble. También había oído una especie de tos. Todo eso a las 12:10 h. Lo recordaba porque había mirado el reloj al entrar en su cuarto.

«Coincidía con la hora estimada del crimen», se dijo Blanca.

Debía informar de aquello a Ricardo Arbona.

Se despidió del ilustrador y fue en busca de su huésped confidente.

Lo encontró en la biblioteca, acomodado en el sillón orejero y acompañado de Yvette Faure y de Eulalia. Sentadas en el sofá, sostenían entre las dos La Vanguardia del día abierta por la página dedicada a los espectáculos en la ciudad.

—Ah, mamá, llegas justo a tiempo. Estamos decidiendo qué películas ver esta noche.

—Buenas tardes, señora Lledó —la saludó el escritor al tiempo que se levantaba y le señalaba el asiento que acababa de desocupar.

—Señor Arbona…

«Un asiento que conservaría su calor», pensó ella. Pero Eulalia y la flapper se habían adueñado del sofá y no tendría sentido que les pidiera que le hicieran un hueco a su lado. Sacar de la biblioteca al huésped, alegando que necesitaba hablar a solas con él, daría pábulo a aquella idea de su hija de que tenían una relación íntima. La única opción era quedarse y unirse a la pequeña reunión. Dado que el escritor se había desplazado hasta el mueble de estanterías repletas de libros, lo tendría a una distancia tranquilizadora.

«Si no lo miraba mucho», puntualizó. Enmarcado en literatura, su atractivo era aún mayor. Y esa voz como de barítono…

—Su hija nos ha invitado a Yvette y a mí a ir al cine con ustedes.

—No te importa, ¿verdad, mamá?

—Pues… no, por supuesto que no —se sorprendió Blanca. Por lo visto, el periodista ya no entraba en la categoría de invasores del hogar, al igual que la guionista francesa.

Todos los fines de semana desde que Xavier pasó a mejor vida —supuestamente—, Eulalia y ella dedicaban la noche del sábado y la tarde del domingo al séptimo arte. Si algo se lo impedía, cambiaban la sesión por una matinal, justo lo que harían al día siguiente debido a la fiesta a la que estaban invitadas. Siempre escogían juntas durante la comida las películas que querían ver, pero ese mediodía se había despistado por completo con el tema de Milo. Por lo visto, Eulalia no. Y tenía muy clara su elección.

—En el Palace dan el tercer capítulo de La novia número 13, que me muero por ver. Y mañana podemos ir a la matinal del Salón Cataluña. Proyectan un par de comedias cortas. ¡Ah! Y esta tarde es el último pase de La niña milagrosa, que me encantó cuando la vimos. ¿Te acuerdas, mamá? La protagonista es Mary Pickford.

En ese momento, Blanca no podía recordar nada, pues el escritor

había dejado atrás la literatura y se acercaba al sillón. Yvette Faure la libró de tener que responder.

—No me extraña que te encantara. El guion de esa película lo escribió una mujer.

Pero no la libró de que él se detuviera junto a ella y apoyara un codo en el respaldo del sillón. La mano masculina colgaba, relajada, a un palmo de la oreja de ella. Blanca se quedó quieta y simuló un gran interés por lo que auguraba Yvette con ilusión y unas gotas de vanidad.

—Algún día, mis guiones llegarán a Hollywood. Y, con suerte, me nombrarán jefa de guionistas en una productora. No sería la primera, la Metro tiene a una mujer en ese cargo.

—Sí —confirmó Blanca, tratando de ignorar aquella mano y el resto del cuerpo que podría tocar, si extendía un poco el brazo—. Mi hermana Isabel me lo contó en una de sus cartas.

La voz grave de Ricardo Arbona le pasó por encima de la cabeza.

—Hace unos cinco años, cuando estuve de corresponsal en Nueva York, conocí a una escritora y guionista. Me la presentaron en el estreno de una película de Griffith.

Yvette miraba al periodista con los ojos como platos.

—No me diga que conoce a Anita Loos. Trabajaba para Griffith à ce moment-là.

—Bueno, solo hablé con ella esa noche, pero sí. Era Anita Loos.

—¡Oh, la adoro! Es fantástica. Sus comedias son fabulosas. Y fueron varios de sus guiones los que lanzaron a la fama a Douglas Fairbanks.

—Ah, el actor favorito de la señora Lledó. —El hombre se inclinó hacia ella y le sonrió con expresión pícara—. Le gusta incluso más que Ramón Novarro o Valentino. ¿No es así?

—Sin duda alguna —corroboró Blanca sin dedicarle más que una

fugaz mirada por el rabillo del ojo.

—Lástima —le susurró él al oído.

Ella volvió despacio la cabeza al tiempo que se apartaba un poco para evitar un choque de nariz. En las pupilas de su huésped brillaba la diversión. Blanca elevó las cejas, no entendía a qué venía aquel susurro. Entonces, aquellas pupilas se posaron en sus labios. El sofoco interno que le sobrevino la impulsó a levantarse del sillón para alejarse de la abrasadora mirada.

En el sofá, el rostro de su hija y el de la flapper mostraban sendos interrogantes.

Blanca inspiró hondo y, tras situarse junto a sus ordenados libros, rompió el breve silencio retomando el plan para el fin de semana.

—Bien, pues esta noche al Palace. Podemos ir a pie. Está a unos veinte minutos de aquí —informó a los huéspedes—, será un paseo agradable. Y mañana, a la matinal… Ya veremos, Eulalia. Tengo mucho que hacer y…

—Puedo ir con Yvette, mamá.

—*Oui, no hay problema. Y me decía tu hija que le gustaría volver a ver la película de Mary Pickford. Como estás tan ocupada, yo podría acompañarla esta tarde. Si me das tu permiso, bien sûr.*

Eulalia le pidió «por favor, por favor, por favor» que se lo diera, y Blanca, que quería ir a casa de los Sureda para hablar con Ramón, pensó que le vendría de perlas tener a la niña entretenida, de modo que se lo concedió.

Las dos aliadas se levantaron a toda prisa. Si no se iban ya, llegarían tarde a la proyección, alegaron.

Una vez a solas con el escritor, Blanca cerró la puerta y echó la llave.

—Para que no nos molesten mientras le cuento lo que he averiguado.

—Ya imaginaba que no iba a tener tanta suerte —sonrió él de ese modo picarón.

—¿Suerte? ¿De qué?

—De que hubiera cambiado de opinión sobre tener una aventura con un huésped.

Lo dijo sin variar ni un ápice su sonrisa, por lo que ella puso los ojos en blanco y comprendió aquel susurro.

—Deje de bromear conmigo, señor Arbona. Es una pérdida de tiempo. No tendré una aventura con usted ni con nadie —aseveró Blanca—. He interrogado a Emilio Ramírez.

Fue directa al grano. No quería darle pie a otro comentario irónico o a miradas insinuantes.

Tras ponerle al corriente de su conversación con Milo, escuchó su opinión:

—Casi señala como asesino al doctor Velarde. A menos que esté mintiendo para encubrirse a sí mismo, lo que daría más sentido a la viruta de lápiz en la escena del crimen.

—En ese caso, ¿qué hizo Milo con todo lo que le robó a Xavier? —le planteó Blanca—. No salió de la residencia hasta el viernes.

—Pudo esconderlo en el armario de su cuarto. Supongo que Juanita no abre los armarios cuando limpia las habitaciones.

—Por supuesto que no. Sin embargo, ¿cómo encaja la desaparición de mi marido con ese odio que guarda el ilustrador? Aunque lo amenazara de muerte o lo chantajeara, ¿por qué solamente a Xavier? Su rencor incluye a Ramón.

—Tal vez esté esperando la oportunidad de matarlo también a él, y por eso se aloja aquí. Quizás el próximo miércoles…

—No sea agorero, por Dios. —Inquieta, comenzó a deambular por la biblioteca mientras rebatía la conjetura del escritor—: ¿Y por qué no lo intentó el miércoles pasado? ¿O la misma semana de su

llegada? El señor Ramírez lleva tres semanas aquí.

—Puede que haya estado estudiando el terreno. O puede que no mienta y sí oyera esa voz masculina, lo que nos lleva de nuevo al doctor Velarde. Imagino que la del señor Sureda la habría reconocido.

—¿Después de tantos años? No creo. En cambio, Daniel acababa de visitarle. Esa sí la habría reconocido.

—Recuerde que Milo no estaba muy católico esa mañana. Probablemente ni se fijó en la voz del médico que lo atendió. O quizá fue a la víctima a quien oyó. Si usted cree que no reconocería la voz de Ramón, tampoco identificaría la de su esposo.

Ella ralentizó el paseo y meditó un momento.

—Es posible. Pero hay otro detalle que me extraña. —Se detuvo junto a la puerta del balcón y se giró hacia él—. Ramón ve el nombre de mis huéspedes cuando pasa los pagos a los libros de cuentas. ¿Por qué no me dijo que conocía a Emilio Ramírez de sus años en los escolapios? Es una casualidad que cualquiera comentaría, ¿no le parece?

—Sería lo normal, sí. Por lo tanto, ya tiene algo más que preguntarle a su amigo, señora Lledó.

—Aún mejor —pensó ella en voz alta—, ya que ese detalle me sirve de excusa para volver a hablar con Ramón.

—Y enlazarlo con aquellas semanas de enero previas a la desaparición de Xavier.

—Exacto, señor Arbona.

Blanca no quiso seguir elucubrando sin haber obtenido algunas respuestas. Se despidió del escritor hasta la noche y fue a telefonear a los Sureda con el fin de asegurarse que iban a estar en casa y que podía visitarlos esa misma tarde. Tendría que incluir a Montse en la conversación con Ramón, pero no le importaba, era una buena amiga. La única que tenía, en realidad.

Y fue Montse la que frustró sus planes inmediatos. Le dijo que su marido se había ido otra vez de viaje. Esa mañana había partido hacia Francia por un problema urgente con unos clientes y no regresaría hasta mediados de la semana siguiente. La mujer de Ramón se quejó de tanto viajecito más allá de los Pirineos y de que él se negara a contratar a alguien que sustituyera a Xavier.

—Llevo meses pidiéndoselo, Blanca, pero nada. Dice que no hay dinero para pagar a un empleado de ese nivel. Y lo necesita. ¡Vaya si lo necesita! El trabajo lo absorbe día y noche y apenas nos vemos. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Mira, lo bueno de que se haya ido ahora es que podrá traernos las revistas de moda de noviembre. Suelen salir la primera semana de mes. Las tendremos antes que nadie en Barcelona.

—Pues sí. ¡Qué bien! —expresó ella con simulado entusiasmo. Los nuevos diseños en moda parisina le importaban muy poco en ese momento.

—Por cierto, ¿cómo estás? Me dijo Ramón que comiste con él hace un par de días, que le estuviste preguntando por la noche del atentado. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, tonterías mías —mintió Blanca, y cayó en la cuenta de otro detalle coincidente—: Oye, tú que eres del barrio de Gracia… Tengo un huésped que también es de allí, y…

Y le habló de Emilio Ramírez.

Montse recordaba vagamente al chico de veinte años que se había ido a Montmartre a vivir entre los pintores que estaban de moda por aquel entonces, rompiendo esquemas y revolucionando el arte. Fue la comidilla del barrio hasta que volvió con el rabo entre las piernas, sin dinero y sin la fama que había ido a buscar. No había sabido más de él. Y no, tampoco Ramón lo había mencionado nunca.

Conversaron un rato, aunque Blanca lo hizo con el automatismo adquirido de la educación, sin demasiado interés, pues estaba pensando en su siguiente paso.

Cuando colgó el teléfono, puso rumbo a Nuestra Señora de Pompeya. Tal vez el párroco pudiera ayudarla a identificar a la familia de Paquito. Los registros parroquiales de bautismos, comuniones y demás sacramentos que requerían un control por parte de la iglesia debían de estar a disposición de los curas de cualquier localidad, y quizá el de Pompeya podría consultar el registro de Mazarrón a través del párroco de allí. Seguro que había más de un Francisco, pero era una forma de acotar la búsqueda de aquella víctima.

El cura quiso saber por qué buscaba a esa familia y Blanca inventó que, reordenando las pertenencias de su difunto esposo, había encontrado un paquete destinado a un tal Paquito de Mazarrón, sin más datos, y que a ella le gustaría enviárselo. El párroco accedió a hacer todo lo que estuviera en su mano para contribuir a tan considerado fin.

Aquella invención desató un ligero sentimiento de culpabilidad en Blanca Lledó, pues le recordó que nunca había puesto orden en lo que Xavier dejó en la casa al irse repentinamente. No al cielo, como ella y todos creyeron entonces, sino a algún lugar terrenal. Pero el hecho era que se fue, y su inesperada muerte a causa de un disparo la había conmocionado hasta el punto de no atreverse a tocar nada que hubiera pertenecido a él. De modo que, después del funeral, había pedido a las dos criadas que llevaban media vida a su servicio que reunieran las cosas de Xavier, y ella se limitó a señalar lo que debían guardar en el trastero y lo que podían tirar o regalar a quien lo quisiera.

Jamás volvió a abrir aquellas cajas etiquetadas con el nombre de su marido y supo que había llegado la hora de hacerlo. No hallaría ningún paquete para Paquito de Mazarrón, obviamente, pero tal vez hubiera conservado algo que le diera una pista sobre el motivo de su desaparición o del lugar adonde había ido a esconderse durante casi tres años. O una foto de aquella hermana fallecida que tanto se parecía a Eulalia. Desde la comida con Ramón, sentía curiosidad por esa niña. Y le sonaba que había un álbum de fotografías familiares de los Riera.

Disponía de una hora hasta que su hija regresara del cine con Yvette y tuviera que empezar a arreglarse para la sesión de la noche, por lo

que solo pudo revisar dos de las cuatro cajas de Xavier.

La primera que destapó contenía libros de comercio, un par de manuales de mecánica de automóviles, una carpeta con los itinerarios de las salidas que organizaba el RACC para sus socios y varios mapas Michelin de carreteras francesas.

En la segunda encontró el viejo álbum de la familia Riera, debajo de varios diplomas de los escolapios. Blanca lo abrió y se entretuvo en mirar aquellas fotografías que se remontaban a la infancia de su marido y que él le había enseñado cuando se instalaron en Barcelona, recién casados.

Y allí estaba. La niña que era clavada a Eulalia. Si le hubieran dicho que se trataba de una foto de su hija a los diez años no lo habría puesto en duda.

Había tres más, a distintas edades, posando con los hermanos y los padres, y una en la que solo la acompañaba Xavier. La niña, recostada en una cama, parecía dormida, pero ya no despertaría de aquel sueño. Blanca se estremeció al ver cómo un joven Xavier de quince primaveras enlazaba su mano con la de su hermana muerta. Qué idea más macabra, la de fotografiarse con un cuerpo sin vida, pensó mientras al suyo lo sacudía otro escalofrío.

Cerró de inmediato el álbum. No necesitaba más para satisfacer su curiosidad. Ni se sentía con ánimos de seguir buscando nada. Ya continuaría a la mañana siguiente, cuando Eulalia estuviera en la sesión de cine matinal. Y esa noche procuraría distraerse con aquella historia de las trece novias secuestradas por una banda de piratas que se proyectaba por episodios semanales, como si fuera una novela por entregas.

A la distracción cinematográfica se le sumó, de regreso a casa, una nueva desavenencia con su hija. Emulando a Yvette Faure en su augurio sobre su futuro en Hollywood, Eulalia vaticinó el suyo como estrella del cine americano.

Blanca, desconcertada, se opuso rotundamente y la niña la desafió:

—¿Por qué no puedo ser actriz, mamá? La tía Isabel lo es.

—Ella no tuvo las oportunidades que tienes tú. En aquellos tiempos no admitían mujeres en las universidades, salvo en casos muy especiales, pero ahora sí, Eulalia. Y para eso estás en la Institución Teresiana, ¿no? Para poder estudiar una carrera universitaria.

—No quiero ser médico o farmacéutica. Ni estudiar Derecho o Filosofía y Letras. Quiero actuar en el cine —expresó con determinación—. Yvette escribirá papeles para mí en sus guiones.

—¡Válgame Dios! —exclamó Blanca, y se dirigió a su huésped parisina—. ¿Le ha metido usted esa idea en la cabeza?

—No, no, no. C'est à dire… Esta tarde charlábamos sobre eso, pero solo soñábamos. No hablaba en serio, Eulalia —le aclaró a la joven, y volvió a la madre—. De todos modos, no es tan terrible que quiera ser actriz como su tía.

—Entre lo que mi hermana quería y lo que ha conseguido hay un abismo, Yvette. Y mi hija no se da cuenta de eso. Al igual que muchas chicas de su edad, solo se imagina protagonizando películas, rodeada de fama y de galanes como Valentino o Ramón Novarro.

El escritor intervino.

—No se olvide de Douglas Fairbanks.

—¡Oh, cállese! —explotó Blanca, pero fue una explosión controlada.

—De acuerdo, perdone. Solo pretendía aliviar la tensión que…

—No se meta en esto, señor Arbona —lo cortó ella, severa—. Y tú, Eulalia, ya te puedes ir olvidando de ese sueño absurdo.

—¿Absurdo, por qué?

—Para empezar, porque tendrías que irte a vivir a Los Ángeles.

Y la perdería. Como había perdido a su hermana pequeña y casi a la mayor. Aunque Madrid no estuviera tan lejos como Estados Unidos, apenas veía a María. Y tenía el pálpito de que aquella distancia también la separaría de su hijo.

—Con la tía Isabel, sí, ya lo había pensado. Si Xavi se ha ido a Madrid con la tía María, ¿qué problema hay en que me marche yo? Aquí no me necesitas. Tienes tu residencia, tus huéspedes… Yo solo soy un estorbo.

—¿Qué? —Atónita, Blanca se detuvo en seco. Se hallaban a pocos pasos del portal de su edificio—. Pero ¿cómo se te ocurre pensar que…?

—Y ahora parece que también tienes al señor Arbona —añadió la hija—, así que…

Un sonoro carraspeo frenó la réplica de la madre.

—Disculpe, señora Lledó, pero, por alusiones, voy a meterme en esto. Eulalia, yo solamente estaré en Barcelona hasta mediados de mes. Y aunque pueda seguir manteniendo una relación a distancia con tu madre, no es la que tú imaginas. Aparte de eso, creo que estás rozando la falta de respeto hacia ella y, como ha sido una noche muy agradable, sugiero que no la estropees y dejes el tema de tu futuro para otro momento.

—*Je suis d'accord.*

Yvette enlazó amistosamente el brazo de la joven y reemprendió la marcha. Blanca las siguió, con el escritor a su lado, y aguzó el oído para escuchar lo que la flapper le decía a Eulalia.

—Es muy importante estudiar, cheri. En este mundo de hombres es una de las mejores armas que tenemos las mujeres para que se reconozca nuestra valía. Yo estudié Letras en la universidad, ¿sabes? En la Sorbonne. No terminé la carrera por, eh… ciertas circunstancias, pero allí descubrí que quería ser guionista.

—Yo ya sé lo que quiero ser.

—¡Y dale! —soltó Blanca, reprimiendo un suspiro de hartazgo.

Una mano masculina le envolvió la suya. Ella fulminó al hombre con la mirada y se zafó del contacto a la vez que vocalizaba: «¿Qué hace?». Él se limitó a sonreírle y luego, se dirigió a la huésped francesa.

—Déjelo por hoy, Yvette. Puede seguir mañana con la historia de su vida. Va a ir a una matinal con Eulalia, ¿no?

—Sí. ¿Quieres unirte a nosotras? —lo invitó la guionista, ya entrando en el edificio.

—Gracias, pero no. Tengo previsto volver al Raval a comprobar unas localizaciones para mi novela. Hay una que me interesa especialmente. —Miró a la adolescente—. Un portal de la calle Conde del Asalto, cerca del Paralelo.

A Blanca le pareció que su hija se sonrojaba, pero todo aquello de ser actriz las había alterado a ambas y quizá se confundía. La tenue iluminación del vestíbulo tampoco permitía ver con claridad, así que no le dio importancia al posible rubor. A fin de evitar que el ruido del ascensor pudiera molestar a algún vecino a esa hora tardía, enfiló las escaleras detrás de la niña y de Yvette procurando no pensar en el hombre que subía a su lado. En su mano persistía el calor de la de él.

Ya en el rellano, sintió la necesidad de advertir al escritor. Como la huésped había abierto la puerta de la residencia y Eulalia estaba entrando por allí, no se lo pensó dos veces.

—Señor Arbona, espere un momento.

—¿Qué ocurre?

Blanca aguardó a que el sonido de los pasos se alejara hacia el interior de la vivienda y bajó la voz.

—No vuelva a cogerme de la mano delante de mi hija. Ya sabe usted por qué.

—De acuerdo, no lo haré. Y… —redujo la distancia que los separaba y musitó—: ¿cuando estemos a solas?

Una leve caricia de los dedos de él en los suyos la paralizó. El pulso se le disparó y una señal de peligro destelló en su cerebro. ¡Qué fácil sería caer en la trampa de ese hombre! Un seductor nato que volvía a jugar con ella. Y ella comenzaba a hartarse de ese juego.

—Cuando estemos a solas, señor Arbona, le sugiero que utilice su boca y su lengua.

Las pupilas de él titilaron de contento.

—Será un auténtico placer.

Blanca sonrió con lentitud y especificó:

—Para hablar, por supuesto. Buenas noches.

Satisfecha, dio media vuelta, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Tenía un misterio que resolver y un asesinato. Necesitaba mantener la mente bien despejada, y no pendiente de un joven escritor experto en conquistas.

Por mucho que le gustara ese joven.

Los candados tenían que continuar bien cerrados.

11

La siguiente caja que Blanca abrió el domingo al volver de misa contenía corbatas, lazos, tirantes, cinturones, una camiseta azulgrana del F.C. Barcelona, utensilios para el aseo personal y otra más pequeña en la que sí se topó con algo útil a su investigación: las llaves del despacho alquilado. Ramón estaba de viaje, ella podría entrar y rebuscar entre los documentos de los últimos años. Una tarea tediosa que aborrecía, pero tenía que llevarla a cabo. Si su buen amigo mentía y había sido cómplice de la desaparición de Xavier, allí podía haber constancia de ello.

Se guardó las llaves y abrió la última caja. Todo lo que las criadas sacaron del escritorio de su marido estaba ahí. Aquel buró de líneas modernistas era uno de los pocos muebles de Xavier que ella había conservado. Lo compraron justo después de que él trasladara su lugar de trabajo en la casa —mobiliario incluido— a aquel despacho que alquilaron en el centro de la ciudad cuando los Riera se asociaron con los Sureda, y poco uso se le había dado mientras estuvo en lo que ahora era la biblioteca. Durante la guerra europea, que obligó a Xavier a reducir sus viajes a Francia casi a cero por la dificultad de cruzar la frontera y los riesgos de desplazarse por un país en conflicto bélico, él quiso colocar el buró en su dormitorio. Pasaba más noches en casa y prefería tener sus papeles personales a mano cuando llegaba del despacho. Y allí seguía el mueble, en la habitación número 2.

No le había dicho a Ricardo Arbona que el armario y la cómoda donde guardaba su ropa habían contenido la de Xavier. ¿Qué más daba? Sus huéspedes no tenían por qué saber nada de su relación matrimonial. Y la cama era nueva, eso sí. No había querido que ningún residente durmiera en la de un hombre asesinado. Tal vez si hubiera sabido que únicamente se ocultaba en otro lugar…

Agendas. De los cuatro años anteriores a la desaparición de Xavier. Tendría que revisarlas con minuciosidad. Devolvió el resto de objetos a la caja y se llevó aquellos dietarios a su cuarto junto con

las llaves del despacho.

Comenzó por la más reciente. Reuniones familiares, recordatorios de cumpleaños varios, anotaciones de las salidas con el RACC, resultados de partidos de fútbol… El 11 de noviembre estaba marcado con un gran círculo alrededor del dígito y las palabras: «¡POR FIN!» ocupaban todo el día. Blanca constató cuánto había ansiado su marido que terminara la Gran Guerra.

La agenda de 1917 no parecía más interesante que la ya revisada, y siguió con la del año anterior.

Más de lo mismo.

Semana tras semana.

Mes tras…

No. Allí había algo. Al llegar a junio, varias de las hojas siguientes se desplazaron unos milímetros del resto, creando un pequeño escalón en el canto del dietario como si hubiera un punto de libro entre las páginas. Blanca fue directa a ese escalón.

El dorso de una fotografía tapaba parte de la pauta del 12 de julio. No había anotaciones en ese día ni en el siguiente, pero ella memorizó la fecha, por si acaso, aunque no tuviera nada que ver con la escrita por Xavier —sin duda era su letra— en el papel fotográfico: «Noviembre, 1911»

La foto se resistía a mostrarse. Se había adherido a la hoja después de tanto tiempo prensada en aquel dietario, y Blanca trató de despegarla con cuidado mientras se preguntaba quién saldría en aquella imagen. En ese proceso estaba cuando oyó la escandalosa risa de Yvette Faure y la más comedida de Eulalia. Cerró la agenda al instante, las guardó todas en un cajón del chifonier y fue a recibir a las recién llegadas como si la discusión de la noche anterior no hubiera tenido lugar. Tampoco había sacado el tema durante el desayuno con su hija, que le había estado contando a Juanita las películas que vieron en el Palace mientras ella leía el periódico.

Compuso una sonrisa amable, casi alegre, al enfilar el pasillo hacia

el recibidor privado. Ese punto de envidia que la guionista le despertaba por hacer reír a Eulalia se manifestó en el saludo.

—Qué contentas venís. No recuerdo que la película de Mary Pickford fuera una comedia.

—¡Salut, Blanca! ¿Todo bien?

Tampoco su hija le contó por qué se reían. La asaltó con una propuesta en la que su opinión apenas importaba y que a ella la descolocó por completo.

—¡Hola, mamá! Puede venir Yvette a la fiesta de esta tarde, ¿verdad? Irán algunas de mis amigas y me gustaría que la conocieran. Y tú podrías invitar al señor Arbona. Seguro que a los Miralles no les importa que lleves a un escritor.

«Seguro que no, pero aun así…», barruntó Blanca.

Toda una tarde con su atractivo huésped, en una fiesta llena de conocidos suyos, no le parecía buena idea. En absoluto. Pero quiso evitar una nueva discusión con la adolescente.

—No lo sé, Eulalia, tendría que preguntar a la señora Miralles.

—Por favor, mamá, ¿la llamarás?

No podía negarse a eso. Y si iba la guionista, nadie tenía por qué sospechar que hubiera una relación especial entre el escritor y ella. También la presencia de su hija la protegería de las malas lenguas y las mentes calenturientas. Además, podía ser una tarde provechosa para el periodista, lo que compensaría un poco el apoyo que le estaba prestando con la investigación.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer.

Al rato, con el sí de la anfitriona, Blanca simulaba estar ocupada en la recepción con el fin de abordar a Ricardo Arbona cuando se dirigiera al comedor. Tenía que pasar por allí, tanto si venía de la habitación como de la calle.

En cuanto oyó abrirse la puerta de la 2, se asomó al pasillo.

—Ah, señor Arbona, le estaba buscando.

—No he salido en toda la mañana, ¿por qué no ha llamado a mi puerta?

—Por si interrumpía su momento de inspiración literaria. Ya le estoy quitando bastante tiempo con mis problemas.

—Yo se lo cedo con gusto. ¿Qué hombre no se lo cedería a una mujer tan preciosa como usted? —Sonrió él, con una mirada traviesa.

Blanca alzó los ojos al cielo y optó por no repetirle que guardara sus falsos piropos para aquellas que los apreciaran. No serviría de nada, pues era obvio que llevaba un donjuán en las venas. Menos mal que ya se había mentalizado para que no la afectara aquel juego de conquistador.

—Venía a preguntarle si le apetecería acompañarnos a una fiesta esta tarde. Creo que le interesará. Habrá editores, escritores y otros artistas, además de la flor y nata de la burguesía catalana y algún aristócrata. La organizan los Miralles en su finca de Sarriá.

El escritor adoptó un tono confidencial.

—¿Alguno de los invitados podría estar relacionado con el caso que investigamos?

—No, no. Bueno —rectificó ella—, seguro que Daniel está invitado, igual que los Sureda, pero no sé si irá. Ramón no, porque está de viaje, y Montse tenía entradas para un concierto, así que tampoco. Si he dicho que le interesará, es por su profesión. Como escritor y periodista le conviene relacionarse con editores y conocer a gente influyente.

—Por supuesto. Miralles… —Rebuscó en su memoria—. ¿Son familia del prestigioso encuadernador?

—Sí. Su mujer organiza la fiesta. Entonces, ¿conoce a Hermenegildo Miralles?

—No personalmente, pero he oído hablar de él. Hace

encuadernación de lujo, ¿no?

—Aparte de la industrial y de otras cosas. Sus talleres son enormes. Trabaja sobre todo para la editorial Montaner y Simón, que está especializada en grandes obras ilustradas, pero también para marcas comerciales. Diseña e imprime carteles publicitarios, postales, etiquetas para productos alimenticios… Incluso colecciones de cromos. En fin, por algo lo llaman «el Señor de las Artes Gráficas». Ah, y si le atrae Gaudí, la entrada a la finca y el muro que la rodea son obra suya. Tiene que verlas.

Él volvió a sonreír.

—No necesita tantos argumentos para convencerme, señora Lledó. Será un placer y un honor asistir a esa fiesta con usted. ¿Ya no teme que nos tomen por amantes?

—Iremos con Eulalia e Yvette. De hecho, ha sido idea de mi hija que la guionista y usted nos acompañaran —le hizo saber, no fuera a pensar que había un interés personal por su parte.

—Le daré las gracias en cuanto la vea. Entre el cine de anoche y la fiesta de hoy, parece que Eulalia acepta de buen grado que tengamos una aventura.

La reacción de Blanca fue inmediata: un gesto de chitón y una reprimenda susurrada.

—Baje la voz, por el amor de Dios. Estamos en medio del pasillo.

—No hay nadie más que nosotros.

—Ahora no, pero…

—Relájese, señora Lledó.

Ella estuvo a punto de estrangularlo. ¿Cómo quería que se relajara si no paraba de provocarla? Alzó el mentón y se acercó más a él para que no se perdiera ni una palabra, porque no quería elevar el volumen.

—Estoy relajada. Y la única aventura que tenemos y tendremos —

recalcó, vocalizando— es investigar.

—Solo he mencionado lo que su hija cree.

—Pues procure que no lo crean también todos mis huéspedes.

La boca masculina, a pocos centímetros de la suya, volvió a curvarse en una sonrisa.

—Quizá no sería culpa mía, porque si alguno nos viera en este momento, susurrando en el pasillo y tan juntos que podríamos besarnos…

Blanca se apartó de golpe. Si ya tenía el corazón acelerado por la indignación, el latido atronó en todo su cuerpo al pensar una vez más en Ricardo Arbona besándola con pasión. Se enojó consigo misma por haberle servido en bandeja de plata aquella atinada réplica, pero mantuvo la compostura y admitió su descuido.

—Tiene razón. Y no le entretengo más. Ya llega tarde a la comida.

Y se metió en la recepción. Detrás del mostrador. ¿Dónde estaban los candados de la jaula del deseo? ¿Iba a necesitar más de dos para reprimir el que sentía por su huésped?

Por lo visto, sí, ya que su fuego interno los había derretido como si fuesen de cera.

Tenía que apagarlo ya. Tal vez, si se concedía el capricho de un beso…

No. Corría el riesgo de avivarlo, de desear mucho más que un beso, y sería humillante cuando él la rechazara. Lo haría con simpatía, eso seguro. Un donjuán nunca hería a sus conquistas; pero ella quedaría en ridículo, suplicando sexo como una viuda hambrienta y ansiosa de atención masculina.

Sí, ese era un buen candado: orgullo y prudencia. Unido a la necesidad imperiosa de descubrir la verdad sobre las muertes de Xavier, bastaría para doblegar su alborotada libido.

* * *

Poco antes de las cinco de la tarde, el Fiat 501 de Blanca Lledó, con sus cuatro ocupantes, se unía a la fila de automóviles y carruajes que circulaban hacia la finca Miralles por la carretera de Güell, llamada así por el propietario de la mayor parte de los terrenos de esa zona: el conde de Güell. El lento avance le permitió a Ricardo observar el ondulante muro gaudiniano coronado por un ancho perfil blanco formado por fragmentos cerámicos irregulares; sobre él, una reja, cuyo entramado recordaba a las escamas de un pez, constituía un elemento disuasorio para quien tuviera la tentación de saltarlo, pues una hilera de pinchos remataba el borde superior. El portal de acceso parecía una continuación del muro. Un arco lobulado invitaba a entrar a los vehículos, y una abertura semejante a una gran campana, a los viandantes. Sobre ambas, un voladizo de tejas con la forma de un caparazón de tortuga era el único elemento de líneas rectas del conjunto. La sensación de que el muro era un elemento vivo surgido de la tierra resultaba innegable.

Ya en la casa, construida al estilo de una barraca valenciana, la señora Lledó comenzó la ronda de presentaciones: los anfitriones y sus hijos, dos editores, un coleccionista de arte, un par de bibliófilos, varios artistas… Ricardo habló un rato con cada uno de ellos y se entretuvo más con Josep Llimona, el premiado escultor que presidía la Junta de Museos de Barcelona, que les contó el arduo trabajo en el que se habían embarcado: trasladar los frescos de las ermitas románicas de los Pirineos al Museo de Arte y Arqueología de la ciudad. Por lo visto, se habían enterado de que un grupo de anticuarios extranjeros había comprado parte de aquellas pinturas murales y las estaban trasladando a Estados Unidos para exponerlas allí, por lo que la Junta había decidido impedir que se las llevaran todas. Luego, el escultor tuvo la amabilidad de presentarle al nuevo director de La Vanguardia, con quien Ricardo mantuvo una interesante conversación sobre periodismo.

Durante la charla con el director, perdió a Blanca Lledó —Eulalia e Yvette se habían separado de ellos al llegar a la fiesta—, por lo que se paseó entre la multitud de invitados de todas las edades hasta que la localizó. Frente a ella estaba Daniel Velarde, muy serio. La expresión del médico se tornó arisca cuando Ricardo interrumpió su

conversación.

—Encantado de volver a verle, doctor.

—Señor Arbona… Su novela no debe de avanzar mucho, entre salidas y fiestas.

—Nunca hablo de mis novelas cuando las estoy escribiendo —zanjó Ricardo.

La señora Lledó lo apoyó informándole de qué hablaba con el médico: le resumía sus averiguaciones en el Edén Concert y le decía que le había hecho caso respecto a Ramón y que lo había incluido en la lista de sospechosos.

No hubo tiempo para más. La flapper se unió a ellos tres con su descaro habitual.

—Blanca, ¿no vas a presentarme a este hombre tan atractivo? Enchanté, monsieur. Me llamo Yvette.

El médico inclinó la cabeza a modo de saludo mientras Blanca Lledó atendía la petición de su huésped.

A la joven francesa se le antojó que Daniel Velarde la había saludado con demasiada cortesía y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla. Tres veces.

—En París lo hacemos así, Daniel, ¿no es mejor? —Sonrió, coqueta —. Llevo un rato observándote y pareces enfadado. ¿O aburrido, quizás? La verdad es que esta fiesta no es muy animada. ¿No habrá baile? —le preguntó a Blanca.

—No suele haberlo en esta clase de recepciones.

—Pues a mí me apetece bailar. ¿Y a ti, Daniel? —Enlazó el brazo del médico y se pegó a él—. ¿Por qué no me llevas a otro sitio? Seguro que conoces alguno donde podamos divertirnos.

Mientras el doctor Velarde valoraba la propuesta y a la mujer que se le insinuaba claramente, la señora Lledó le recordó a su atrevida residente que estaba allí por invitación expresa de su hija y que

sería poco educado marcharse con otra persona.

—Ah, Eulalia lo está pasando muy bien con sus amigas en el jardín, no me echará de menos. Y el doctor y yo nos despediremos de ella, ¿n'est-ce pas, Daniel?

—Naturalmente. La verdad es que no me siento a gusto entre ciertos invitados. —La mirada felina señaló cuáles antes de mencionarlos—: Señor Arbona, Blanca… Espero noticias tuyas. Ya sabes a qué me refiero.

Y la pareja se abrió paso entre la concurrencia, dejando perpleja a la señora Lledó.

Ricardo comentó:

—Veo que sigue muy ofendido.

—¿Cómo se ha dejado convencer tan rápido?

—Bueno, es indudable lo que Yvette le ofrecía. Y el buen doctor es un hombre soltero y sin compromiso.

—Es mucho mayor que ella. ¡Y se acaban de conocer!

—Le obsesiona un poco la edad, ¿no? —observó él—. La otra noche también sacó a relucir que yo soy más joven que usted.

—Porque lo es.

—Solo cuatro años.

—¿«Solo»? Eso es casi un lustro, señor Arbona.

—Cierto, pero ponerle nombre a un período de tiempo no lo hace más largo. Entre usted y yo no hay tanta diferencia de edad.

—Eso depende de cómo se mire. Y el hecho es que la hay.

Ricardo exhaló una risa mansa. No podía rebatir ese hecho, solo restarle importancia.

—¿Y qué más da si congeniamos y nos lo pasamos bien cuando

estamos juntos?

La mujer parpadeó, el estupor danzaba en su rostro.

—¿Cree que lo estoy pasando bien haciendo de detective aficionada?

—Podría haber recurrido a uno profesional.

—Al que tendría que pagar y contarle parte de mi vida. No, ni siquiera me lo planteo.

—Me halaga que prefiera contármela a mí —sonrió Ricardo, satisfecho con ese indicio de confianza.

Ella inspiró hondo, pero con disimulo.

—De acuerdo, admito que no me está disgustando intentar resolver este rompecabezas que ha desbaratado parte de mi mundo. Tampoco que usted colabore conmigo, a pesar de sus constantes insinuaciones. Ya me voy acostumbrando a ellas. —Miró hacia la puerta que daba a los jardines, por donde salían el médico y la guionista—. A lo mejor solo van a cenar y a algún salón de baile. No he visto a Daniel con una mujer desde que su prometida falleció hace ocho años. De una pulmonía. Quedó muy afectado al no poder salvarla.

—Que no se haya vuelto a comprometer podría corroborar que está enamorado de usted —apuntó Ricardo.

—Podría, sí. Quizá por eso le molesta tanto que sospeche de él.

—También le habrá molestado saber quién la acompañó al Edén.

—Mucho. ¿Cree que se ha ido con Yvette por despecho?

—Es posible. En cualquier caso ¿qué importa el motivo? No me diga que tiene usted celos de su huésped.

—En absoluto. Es solo que me ha sorprendido ver esa faceta de Daniel. Siempre tan serio y correcto, tan sensato y cabal… No lo imagino divirtiéndose con una chica como Yvette.

—Tampoco lo imagina apuñalando a alguien, y sin embargo…

—Es verdad. Olvídelo. Supongo que me molesta que ella haya dejado sola a mi hija. Aunque, pensándolo bien, puede que me convenga. Eulalia está encandilada con esa flapper, lo que me irrita todavía más. Quizá el plantón le quite la venda de los ojos. Voy a buscarla, se está haciendo tarde y mañana tiene que madrugar.

Ricardo la acompañó hasta el jardín y trató de aplacar la tensión que parecía dominar a la señora Lledó preguntándole cómo había conocido a los anfitriones.

—Fue en la boda de Ramón y Montse. El padre de Montse, que en paz descanse, era arquitecto y bibliófilo, y tenía muy buena relación con el señor Miralles.

—Por sus encuadernaciones artísticas, claro —dedujo el escritor.

—Y porque Hermenegildo Miralles patentó hace años unos azulejos de cartón piedra que imitan a los de cerámica en sus diseños y acabados, al estilo de los que se hacen en Valencia o Sevilla. Varios arquitectos modernistas como el padre de Montse, y también Gaudí —recalcó a sabiendas de que el periodista admiraba al genio catalán—, los utilizaban para decorar sus edificios. Al parecer, son más resistentes y económicos. ¡Ah! Allí está Eulalia.

Ricardo observó al grupo de jóvenes entre los que se hallaba la hija de Blanca Lledó. Un rostro aniñado llamó de inmediato su atención. Era el que había visto salir de aquel portal cercano al Paralelo junto al de Eulalia Riera. Si le quedaba alguna duda respecto a la identidad de la muchacha que vio aquella tarde, ese rostro la despejaba.

La adolescente lamentó tener que marcharse tan pronto. El grupo estaba organizando una salida al parque de atracciones del Turó Park para el próximo sábado y las habían incluido a ella y a su amiga. La señora Lledó compuso aquella sonrisa estudiada tan suya para dirigirse a los chicos que le preguntaron si su hija podría ir, y les respondió que ya vería. Cuidarían bien de ella, le aseguró el más guapetón. Mejor que una dama de compañía, añadió el otro, tercer hijo de un aristócrata. Su tono de mofa amplió la sonrisa falsa de la

madre y provocó alguna risita en el grupo. El guapetón carraspeó y le dio un disimulado codazo al privilegiado de título.

Tras una interminable despedida, subieron al automóvil. Durante el trayecto de regreso, aquella tensión que Ricardo había logrado paliar se multiplicó a causa de una nueva disputa maternofilial. Blanca le negaba el permiso para ir al Turó Park con una gente que le llevaba dos o tres años, concretamente los chicos.

«Desde luego, la obsesión de la señora Lledó por las edades era innegable», pensó él, que optó por callar y escuchar.

—Solo vamos a montar en las atracciones, mamá. La montaña rusa, los coches eléctricos, el carrusel…

—A mí me parece que las intenciones de algunos de ese grupo van más allá.

—Bueno, ¿y qué tendría de malo?

—Ah, me estás dando la razón. Tú también esperas algo más de esa salida que subirte a un coche eléctrico.

—No es verdad, pero si lo fuera…

—Basta, Eulalia. He dicho que no irás y se acabó. Eres demasiado joven para ciertas cosas.

—Imagino a cuáles te refieres y me parece que exageras. La señora Miralles se casó con diecisiete años, que son los que tengo yo.

—Sí, y yo con veinte. Y rezo cada día para que tú tardes algunos más en atarte a un hombre de por vida. Puede ser muy bonito al principio, pero luego…

—¿Qué quieres decir? ¿No querías a papá?

—¡Claro que sí! —respondió de inmediato y tan alto que a Ricardo le escamó—. Es solo que… Ah, ya estamos llegando.

—¿Qué, mamá?

La madre no respondió hasta que se apearon del vehículo, y no le aclaró nada a la hija.

—No es momento para hablar de esto, Eulalia. Además, tengo mucho que hacer en casa. Disculpe, señor Arbona, lamento que haya tenido que presenciar otra discusión familiar.

—No se preocupe. Ya le dije una vez que firmaría por presenciar mil discusiones entre ustedes a ver… —«un cadáver metido en un baúl». Pero no podía repetir aquellas palabras, así que…— determinadas escenas realmente inquietantes.

—Ah, sí, lo recuerdo —captó ella, y cambió de tercio al entrar en la casa—. Me pregunto si Yvette habrá vuelto ya.

—Mamá, se ha ido a bailar con el doctor Velarde. No va a volver hasta medianoche, como muy pronto. —Había una pizca de desdén y una buena dosis de enfado en el tono de Eulalia—. Solo son las diez.

—¿Ya? —se sorprendió la madre—. ¡Qué tarde es! Ve a acostarte, cariño.

—Oh, sí. Ya os dejo solos.

El retintín de la adolescente hizo sonreír a Ricardo. También el boqueo de la mujer, al que le siguió un suspiro de resignación, como si hubiera comprendido que era inútil gastar saliva para quitarle a su hija de la cabeza la idea de que tenía una aventura con él.

Una idea que a él lo tentaba cada día más.

Sobre todo, cuando veía a la dama tan tensa y la tristeza asomaba a su rostro. El deseo de arrebatársela con besos y caricias íntimas aumentaba, mientras ella, quieta a su lado, miraba a Eulalia dirigirse hacia su cuarto.

El portazo que dio la niña sacudió el cuerpo de la madre.

Ricardo le puso una mano en el hombro.

—Tranquila. No es tan tarde como para que haya despertado a alguien.

Ella se apartó, zafándose del inocente contacto que solo pretendía reconfortarla.

—Lo sé, pero no era necesario demostrar de ese modo que vuelve a estar enojada conmigo. ¿No se da cuenta de que solo intento protegerla?

—¿De un par de besos que alguno de aquellos chicos pueda robarle? Tampoco yo veo nada de malo en eso, al igual que su hija —opinó él, incapaz de evitar que sus pupilas tocaran los labios que anhelaba catar.

—Hay besos que te hacen perder el mundo de vista, creerte enamorada y pensar que siempre será así. No quiero que Eulalia sufra ese engaño tan pronto. Que espere, por lo menos, hasta su puesta de largo el año que viene.

—¿Y qué diferencia habrá entonces, aparte de unos meses más? —le planteó él, que conocía muy bien esa sensación de creerse enamorado. Aunque llevara un lustro sin experimentarla, no la había olvidado.

—Tengo la esperanza de que madure un poco. Aunque al paso que vamos… —añadió para sí—. Bueno, no le entretengo más, señor Arbona. Siento que no hayamos llegado a la hora de la cena. Juanita se ha marchado ya, pero seguro que ha sobrado algo de lo que haya preparado. Si tiene hambre, se lo caliento.

El hambre que tenía Ricardo no procedía de su estómago, sino de más abajo. Y un plato de comida no podría saciarlo.

—No hace falta que me caliente nada. Con los canapés de la fiesta doy por bien alimentado mi aparato digestivo.

La intencionada concreción agitó los párpados de la señora Lledó, una reacción habitual en ella cuando algo la sorprendía o descolocaba, y él quiso provocarle más agitación. Y no solo en aquellas membranas rematadas por largas pestañas. Ansiaba librar a

la dama de su constante tirantez, despojarla de la capa de rancio decoro y borrarle de su activa mente todo pensamiento ajeno al sexo. Así que siguió concretando, por si la diosa Fortuna le sonreía.

—Verá, hablar de besos ha abierto el apetito de otra parte de mi cuerpo, pero sé lo que opina usted sobre tener una aventura con un huésped, así que… —Se acercó a la mujer y musitó, seductor—: A menos que haya cambiado de opinión….

Ella no se alejó y Ricardo creyó que lo había conseguido. Aquellos ojazos se clavaron en los suyos y pudo sentir el ardor que desprendían, el deseo que brillaba en las dilatadas pupilas y que avivó el de él hasta un punto irracional, casi irresistible. En cambio, de la boca femenina salió un firme y claro: «Buenas noches, señor Arbona».

Confundido y excitado, vio cómo la mujer se marchaba con paso rápido hacia su dormitorio.

Tanta prisa le dio esperanzas. Ella no podría huir siempre del deseo. Y no había pronunciado un «no» antes de despedirse, lo que resultaba igual de esperanzador.

Quizá, en la próxima oportunidad que surgiera, lograría conquistar a Blanca Lledó.

No. Seducirla. Le bastaba con eso. Ya había dejado un corazón roto en Madrid y no quería repetir la agobiante experiencia.

* * *

La prisa que Blanca tenía no se debía solo a la necesidad de escapar de la tentación de su huésped conquistador. Se había pasado media fiesta deseando llegar a casa para retomar la búsqueda de posibles pistas, interrumpida por Eulalia al regresar del cine con la flapper. Y sobre todo, estaba impaciente por ver si conseguía despegar aquella foto sin estropear la imagen. Debía de ser importante para Xavier, si la había guardado allí durante tanto tiempo.

Ni se descalzó tras cerrar la puerta de su habitación. Cogió la agenda de 1917 y, con cuidado, fue separando el papel fotográfico de la hoja de julio hasta que solo quedó un punto de adhesión.

Un pequeño tirón, y listo.

Cuatro figuras sonrientes en un interior elegante donde había más gente. El fotógrafo las había encuadrado cortándoles las piernas, lo que no era habitual. No debía de ser un profesional de la imagen.

Lo primero que Blanca distinguió fue el rostro de su marido, feliz como hacía años que no lo veía. Muchos años. Luego, se fijó en sus acompañantes: Ramón y dos mujeres. Ellas, de estatura media, quedaban encajadas entre los hombres. Todos muy juntos, a pesar de la amplitud del ala de los sombreros femeninos. «Tal vez por el frío, —pensó—, aunque en una estancia cerrada…».

Su instinto le sugirió otra razón para esa cercanía y, escamada, centró la mirada en la joven a la que Xavier parecía rodear con un brazo.

Se quedó de piedra.

La imagen no tenía una gran definición, pero los rasgos de aquella rubia se le antojaron muy, muy similares a los de cierta parisina. Una que ella conocía desde hacía una semana: Yvette Faure.

12

Eran las dos de la madrugada cuando Blanca, apostada en la biblioteca, oyó la puerta de la residencia y los tacones de la flapper. Cerró la revista Les Élégances Parisiennes que había estado leyendo a fin de entretenerse con algo mientras aguardaba la llegada de Yvette y cogió la fotografía, la prueba de una relación sobre la que quería pedirle explicaciones a la joven francesa. Mucho más joven en aquella imagen, claro, pero cada vez que la miraba, menos dudas tenía de que se trataba de ella. Y la había escrutado con mucha atención, interrumpiendo la lectura, y la había analizado centímetro a centímetro hasta identificar el lugar: el museo del Louvre.

Varios detalles la habían llevado a tal deducción, sobre todo el hecho de que las personas que aparecían tras las cuatro figuras en primer plano daban la espalda a la cámara y parecían observar un espacio vacío en la pared del fondo. Un espacio delimitado por dos cuadros con marcos de aspecto barroco. El de la derecha le sonaba, y Blanca consultó los libros ilustrados que tenía en su biblioteca hasta dar con él. Era un óleo de Correggio que se exponía en el famoso museo de París. Ella estuvo allí después de que su hermana Isabel se mudara a Nueva York. La separación fraternal la había entristecido, y Xavier quiso animarla con un viaje a la capital de la moda, el arte y la cultura.

Recordó que había deseado volver tres años después, cuando el Louvre fue noticia durante semanas debido al robo de una de las obras que se exponían en la sala dedicada al Renacimiento italiano: La Gioconda, de Leonardo da Vinci. Xavier le dijo que era una tontería recorrer mil kilómetros con el único fin de ver el hueco que había dejado la obra robada —el que miraba la gente de la instantánea que ahora tenía en la mano—, y que ya le traería él una fotografía, si tanta ilusión le hacía ver una pared vacía. Discutieron. Y nunca llegó a traérsela al regresar de ninguno de los frecuentes y prolongados viajes a Francia que hizo durante los dos años que aquella pintura estuvo desaparecida. Viajaba por trabajo, le decía Xavier, y no podía perder el tiempo en museos ni pasaba siempre por París.

Sin embargo, pasó. Y posó. En el Louvre. Frente al hueco que él desdeñaba. Al menos una vez, en noviembre de 1911: la fecha anotada al dorso de la imagen. Dos meses después de que se produjera el robo que catapultó a la fama a aquella pintura del genio italiano. Y por la cara de felicidad de Xavier, no parecía sentir que perdiera el tiempo. Blanca estaba segura de que su marido y Ramón lo habían pasado en grande con esas dos señoritas.

No le dolió. Siempre había sido consciente de que Xavier necesitaría desahogo sexual cuando pasaba semanas lejos de casa, o en las épocas en que la distancia entre ellos no la ponían las carreteras, sino la falta de comunicación verbal y de interés del uno por el otro. Lo que le dolía era el engaño de Yvette Faure. Y la enojaba. ¿Por qué no le había dicho que conocía a Xavier? Por mucho tiempo que hubiera transcurrido, debería acordarse, ¿no?

Sorprendió a la huésped cuando abría la puerta de la habitación 1.

—¡Ah, Blanca! ¿Qué haces aún levantada? —le preguntó alegremente.

—No alce la voz, por favor, despertará al señor Arbona —susurró ella.

—Uy, pardon —se disculpó, riendo y a un volumen más bajo.

—Si no está demasiado ebria, Yvette, ¿podría hablar un momento con usted?

—¿Ebrrg…? —La «r» se le trabó en la garganta, provocándole más risa.

—Borracha. Bebida —precisó Blanca.

—Ah, no. —Rio de nuevo.

—Pues lo parece.

Siguió a la guionista sin esperar invitación expresa cuando entró en la habitación y prendió la luz. La huésped dejó el pequeño bolso sobre el escritorio, junto a la máquina de escribir que pidió al instalarse allí y, mientras se quitaba el abrigo y la boa negra que le

envolvía el cuello, se justificó.

—He bebido, pero no tanto como para estar borracha. Solo muy contenta. He cenado, bailado… Ha sido una noche fantástica. Daniel es un encanto. Quieres hablar de él, supongo.

—No. De esto.

Blanca le tendió la fotografía.

Yvette miró la imagen una fracción de segundo y luego, sin dejar de sonreír, la miró a ella.

—¿Una foto?

—Suya, si no me equivoco. Esta joven es usted —afirmó Blanca, señalando con el índice a la chica en blanco y negro. La de carne y hueso alzó las cejas y volvió a fijar la vista en la imagen—. Y está con mi marido.

—No soy yo —aseguró la huésped con una súbita seriedad que duró lo mismo que los tres monosílabos—. ¿Y con tu marido? Imposible. Me he llevado a la cama a algunos hombres casados, pero no a tu marido. Ni al otro de la foto. —Y fue a sentarse en la cama para descalzarse.

—Tal vez no le dijo que estaba casado.

—Ah, qué pillín. ¿Lo hacía? ¿Xavier iba con otras mujeres, teniendo la suya?

—La única que me interesa ahora es la rubia que sale aquí y que es idéntica a usted, Yvette. O me está mintiendo o tiene una doble en París. O una hermana que se le parece mucho. ¿Tiene hermanas?

Toda la alegría de la flapper se esfumó al responder que no. Terminó de descalzarse y Blanca aguardó, extrañada por aquel súbito cambio, a que continuara. Cuando lo hizo, ella comprendió la tristeza de Yvette Faure: solo le quedaba un hermano pequeño, los otros dos habían muerto en la guerra.

—Lo siento mucho. —Conmovida, y sintiéndose fatal por haber

despertado tan malos recuerdos en la joven, Blanca se sentó a su lado—. Perdóneme, no quería…

—Lo sé. Ne t'inquiète pas.

—No alcanzo a imaginar el dolor que…

—No —la cortó—. No puedes. Aunque supongo que es parecido al de perder a un marido al que se ama. ¿Amabas a Xavier?

—Me casé enamorada, sí. Luego, con los años… —¿Cómo explicar lo que ni ella misma comprendía? ¿Cómo resumir casi dos décadas de un matrimonio lleno de altibajos que fue derivando en una fría convivencia?—. En fin, es tarde y no quiero molestarla más. Si usted dice que no es la joven de la fotografía, tendré que creerla.

—Pero no estás convencida —adivinó la huésped—. ¿Puedo verla otra vez?

Blanca se la entregó y observó a la guionista. ¿Era nostalgia lo que expresaba su rostro? Tal vez aún estuviera pensando en sus hermanos fallecidos en el campo de batalla, aunque no descartaba la posibilidad de que el motivo de su expresión fuese un recuerdo específico relacionado con aquella fotografía.

Yvette admitió el gran parecido que guardaba con la chica de la imagen. Y reconoció el lugar, lo que le llevó a deducir que la instantánea tenía ya un tiempo.

Blanca le mostró la fecha al dorso.

—¡Ah, oui! Poco después del robo de La Gioconda, sí. Todo el mundo iba al Louvre a ver ese hueco. Yo también fui, y varias veces. Entonces tenía dieciocho años, acababa de entrar en la Sorbonne. —Señaló a Ramón—. ¿Quién es? ¿Un amigo de tu marido?

—Y de la familia. Las de ambos unieron sus respectivas empresas. Xavier y él trabajaban juntos. Llevaban la parte comercial desde Barcelona. Mi marido se encargaba de las exportaciones y Ramón del mercado nacional, pero alguna vez viajaron los dos juntos a Francia.

—Creo que Daniel me ha hablado de este hombre. ¿Es el que está en tu lista de sospechosos?

—Lo he incluido recientemente, sí.

—Para Daniel, es el primero de esa lista. Merde. Ojalá no me hubiera dormido esa mañana y… ¡Oh! No me digas que también me has incluido a mí. Por esta fotografía. Has visto a la chica, has pensado que era yo y que tenía una aventura con tu marido, que él me abandonó en París y que yo lo seguí hasta aquí para vengarme y asesinarlo.

«Un buen resumen», pensó Blanca, que le había estado dando vueltas a aquella opción mientras aguardaba en la biblioteca. La coartada de su huésped francesa era frágil, nadie podía corroborarla.

Yvette Faure llegó de improviso a la residencia el lunes anterior, solicitando alojamiento. Blanca se lo negó amablemente. Solo aceptaba a artistas que hubieran hecho una petición de reserva con antelación y después de haber estudiado su currículo y el motivo de su estancia. Esa era la norma que se impuso con el fin de ir forjando un prestigio para su negocio y de evitar a los caraduras. Cobraba barato por lo que ofrecía —habitaciones amplias, un cuarto de baño completo compartido pero con agua caliente, muy buena ubicación en la ciudad, tres comidas al día y atención personalizada—, lo que era un reclamo para cualquier espabilado que no tuviera reparos en presentarse como artista sin serlo.

Sin embargo, aquella joven que acababa de llegar de París después de un largo viaje en su automóvil, la convenció de saltarse la norma. Su insistencia y que fuera mujer y guionista de cine llevaron a Blanca a hacer una excepción. Nunca había tenido a una mujer como residente ni a ningún guionista. Tampoco a ningún extranjero, y pensó que la señorita Faure podría hacerle propaganda más allá de la frontera y, tal vez, otros artistas franceses desearan alojarse en un futuro en la Residencia de Artistas Lledó.

Descubrir aquella fotografía en la agenda de Xavier le había hecho plantearse si la imprevista llegada de Yvette se debía a un motivo muy distinto al que la joven alegó: escribir un guion para un

documental que la cinematográfica Gaumont rodaría en suelo barcelonés. ¿Trabajaba realmente su huésped para aquella compañía pionera en producción y distribución de películas? Blanca no había comprobado ni un solo dato del formulario que rellenó la guionista. El insólito suceso del miércoles había acaparado todo su tiempo y anulado cualquier interés en comprobaciones que no tuvieran relación con el asesinato de su marido o con su desaparición.

Iba a tener que hacerlo lo antes posible. Tal vez aquella flapper no fuera quien decía ser.

Blanca no le confirmó a su huésped que había acertado en su deducción sobre la amante vengativa. Tampoco la negó. Optó por alzar un hombro con indiferencia, a la espera de la siguiente reacción de Yvette. ¿Proclamaría, indignada, su inocencia como hizo Daniel? ¿Argumentaría una defensa? ¿Se echaría a reír, tachando de absurda la idea a fin de seguir ocultando la verdad?

Pero Yvette Faure no hizo nada de eso. Fue a por su bolso y, mientras lo abría, dijo en tono confidencial y con expresión pizpireta:

—Te enseñaré una cosa.

En cuanto Blanca vio la pistola en la mano de su huésped se levantó de un salto.

—Tranquila, no está cargada.

—¿De dónde ha sacado eso? —inquirió mientras se reponía del susto y recordando que había descartado conseguir una. «Quizá le convendría, viendo el percal», dedujo.

—La compré durante la guerra. Quería ser espía. Algunas mujeres lo fueron, ¿sabes? No solo Mata-Hari. Pero mis padres me disuadieron. Ya habían enterrado a un hijo y comprendí su miedo a perder a otro. Cuando detuvieron a la espía holandesa en un hotel de París, me alegré infinitamente de no haberme lanzado a esa locura, porque quizá habrían acabado perdiendo a tres. Pero me quedé el arma y la llevo siempre conmigo, por si acaso.

—Sin balas no sirve de mucho, ¿no?

—Ah, no te creas. La he usado varias veces para espantar a hombres que se ponen un poco pesados después de unos cuantos besos. No me acuesto con cualquiera, solo con los que besan lo bastante bien como para que se me mojen las bragas.

Blanca parpadeó ante aquella ordinariez, aunque comprendía muy bien su significado.

—Bueno, eso es importante, sí —convino, y trató de recordar cuándo le había sucedido a ella tal cosa por última vez. Su memoria retrocedió, retrocedió, retrocedió…

La flapper soltó una carcajada.

—Chérie, no te preocupes. Imagino que te estás preguntando si Daniel ha visto mi pistola o mis culottes.

—Ah, no, no era eso lo que…

—La respuesta es ninguna de las dos. Besa bien, pero se me ha resistido. —Guardó la pistola en el bolso y se colocó frente al espejo situado sobre una cómoda que hacía las veces de tocador. De espaldas a Blanca y mientras se quitaba el turbante y se atusaba el cabello, volvió al crimen de Xavier—. Te he enseñado el arma para que veas que no necesitaba un abrecartas para matar a tu marido. Dispararle me habría sido más fácil.

—¿Con una pistola descargada? —ironizó ella.

—Tengo munición en el armario, una caja con seis balas. ¿Quieres verla?

Blanca asintió. Nunca había visto una bala.

No se atrevió a tocarlas, aunque la chica la animó a ello como lo haría una modista al mostrarle telas para un vestido. Satisfecha su curiosidad, Yvette guardó la caja y comenzó a despojarse de las medias.

—Puedo cargar la pistola cuando quiera pero, tranquila, dudo que

sienta la necesidad de hacerlo mientras esté aquí. Blanca, créeme, yo no maté a Xavier ni fui su amante. ¿El tal Ramón ha visto esa fotografía?

—Todavía no. Está de viaje y no regresará hasta mediados de semana.

Incómoda con su huésped desnudándose ante ella sin ningún pudor, Blanca dio por terminada su indagación de esa noche. No obstante, se resistió a eliminar a Yvette Faure como sospechosa. Al día siguiente telefonearía a la compañía Gaumont para comprobar si trabajaba allí una mujer con ese nombre y le pediría a Juanita que registrara su habitación cuando la limpiara.

Y lo segundo fue lo primero que hizo al entrar en la cocina la mañana del lunes. Luego, desayunó con rapidez, cogió las llaves de aquel despacho alquilado y hacia allí se dirigió.

Una vez dentro, comenzó a registrarlo. Hurgó en los cajones de los dos escritorios y en las bandejas a la vista. Abrió el archivador metálico en el que se alineaban carpetas clasificadas por clientes y revisó el contenido de un par de ellas escogidas al azar.

Todo aquel papelamen no le decía nada y le resultaba abrumador.

Se desmoralizó.

Aquella era una tarea hercúlea para ella. Estaba segura de que se le escaparía algo importante, si seguía buscando con tan poco ánimo y de modo errático, así que se tomó un descanso para poner orden en su mente y calcular el tiempo que tardaría en registrar a fondo el despacho.

Una semana como mínimo.

No disponía de tantos días, solo de dos. Ramón podría regresar el miércoles y encontrarla allí, lo que le extrañaría mucho, y a Blanca no se le ocurría ningún motivo razonable para justificar aquella inspección personal. Tenía que espabilar y cruzar los dedos, se dijo mientras observaba la ordenada oficina sin saber por dónde continuar la búsqueda.

Finalmente, y mirando los lomos de unos clasificadores de cartón pulcramente alineados por años, decidió centrarse en ellos. Se remontaban a 1911, y la fecha de la fotografía destelló en su cerebro. ¿Constarían los gastos de aquel viaje a París en noviembre? Sería más rápido consultarlo en los libros de cuentas, pero no estaban allí. De la contabilidad de la empresa se encargaba el hermano pequeño de Xavier desde la fábrica del Ampurdán; en el despacho guardaban solo copias de las facturas, recibos y demás documentos oficiales.

Sacó del estante aquel clasificador y comenzó a pasar hojas, fijándose en los membretes y las fechas.

Copia de la factura del hotel. Bien.

Una relación de gastos en comidas y extras. Bien. El total era bastante elevado y Blanca se preguntó si se debía a que incluía invitaciones y obsequios a clientes o… a las dos chicas del Louvre.

Aquello le dio un punto de partida. Dado que Xavier viajaba a Francia tres o cuatro veces al año, como mínimo, podría comparar los gastos de noviembre de 1911 con los generados en viajes posteriores. Eso no le daría pistas para descubrir al asesino, solo para elucubrar sobre los destinatarios de aquellos gastos extra que ahora la intrigaban, pero sería mejor que rebuscar a lo loco entre tanto papel sin saber realmente qué pretendía encontrar.

Cuando cerró el clasificador de 1920 eran ya las cinco de la tarde. Con la mosca detrás de la oreja volvió a mirar las facturas de aquellos hoteles de París que le habían llamado la atención, y tras colocarlo todo en su sitio, cerró el despacho y se marchó a casa. ¿Sería demasiado tarde para telefonear a la Gaumont?

No lo sabría si no lo probaba.

Después de cerciorarse de que la huésped francesa no rondaba por la residencia, probó. Pidió a la telefonista una conferencia con la compañía cinematográfica y, tras una larga espera, la atendió una voz femenina. Blanca solicitó hablar con Yvette Faure, la guionista. No estaba, le respondió la lejana voz, y no iba a estar en varios días. Se había tomado unas semanas de vacaciones, logró ella entender a

pesar de los ruidos de estática que interferían en la comunicación.

Le bastó con ese dato. Confirmaba que Yvette no había mentido respecto a su empleo. Sin embargo, en lo referente a la fotografía… Necesitaba otra opinión y, dado que debía informar de sus averiguaciones al señor Arbona, se dirigió a la habitación 2.

El escritor no le abrió, solo un débil «¿sí?» sonó a través de la puerta, y Blanca se preguntó si lo había despertado de una siesta. Aunque a esa hora…

—Disculpe, si es mal momento. Volveré más tarde.

—No, no. Entre.

Una invitación perezosa y sin demasiado convencimiento que ella aceptó. Abrió despacio la puerta y tampoco se apresuró a entrar en el cuarto, pues quería darle tiempo a que se levantara de la cama; o del sillón situado junto a la ventana, si había echado una cabezada allí.

—¿Está seguro? —insistió, antes de rebasar el recodo. Tres cuadernos se apilaban en un extremo del buró y dos libros en el otro, junto con la guía de Barcelona, observó—. No querría molestarle.

—No me molesta, señora Lledó. Pase, por favor.

La voz del periodista seguía sonando débil, pero amable, y Blanca se adentró en la habitación hasta que vio a su huésped tumbado en la cama, con un paño sobre la frente y sujetándose otro contra una mejilla. Bajo la camisa desabotonada, un vendaje le envolvía medio torso a la altura de las costillas.

—¡Santo Cielo! ¿Qué le ha ocurrido?

—Al parecer, alguien no quiere que sigamos investigando el asesinato de su marido, señora Lledó.

13

Ricardo trataba de sonreír a su inesperada visita, pero le dolía el pómulo izquierdo. La cabeza ya no. La notaba algo embotada, nada más. Y la presencia de la mujer que tanto lo atraía se la despejaría enseguida.

Había deseado ver a Blanca Lledó desde que se despertó esa mañana, con una erección matutina más firme de lo habitual, y por fin la tenía frente a él. Aunque no como le habría gustado. La mujer se había quedado paralizada, boquiabierta y ojiplática. Ricardo lamentó no sentirse con fuerzas para levantarse de la cama, abrazar el impresionado —e impresionante— cuerpo femenino y cubrir aquella incitante boca con la suya.

—No se alarme, señora Lledó, solo han sido unos cuantos golpes. Y Juanita me ha atendido como la mejor enfermera.

—Pero ¿qué…? ¿Cómo…? —Ella dio un paso hacia los pies de la cama, dejando atrás parte del susto—. ¿No le ha visto un médico? ¿Por qué no ha ido al hospital? ¿Quién le ha hecho esto? ¿Cuándo ha sucedido?

—Caray, solo le falta el dónde —bromeó él, encantado con la preocupación de la dama y admirando, una vez más, la facilidad y rapidez con que era capaz de ocultarla—. Acerque la silla del escritorio y siéntese, por favor. Contestaré a sus preguntas una a una.

El rostro de la mujer se le antojó más hermoso que nunca cuando ella se situó a su lado y lo observó con aquellos grandes ojos castaños, a la espera de las respuestas.

—Tanto su criada como yo creemos que no necesito un médico. No hay huesos rotos ni lesiones graves.

—¿Y cómo pueden estar seguros? Juanita entiende de cadáveres, no de hombres heridos.

—Pues se ha manejado muy bien. Estoy mucho mejor que cuando he llegado hace un par de horas, que casi no podía respirar por el dolor en las costillas. Por eso me las ha vendado. Deben de estar inflamadas por el par de puños que se han encrastado aquí. —Se señaló el estómago con un índice y, como ya se había saltado el orden de las preguntas, continuó—: Otro ha ido a mi cara y me ha sangrado la nariz, pero a eso estoy acostumbrado. A que me sangre la nariz, quiero decir. De pequeño me pasaba a menudo y aprendí a cortar la hemorragia.

—¿Y el paño húmedo en la frente? ¿También le han golpeado en la cabeza?

—Una vez, en la sien, y no demasiado fuerte. Juanita me lo ha puesto porque he notado un principio de jaqueca mientras ella me hacía las curas. Y me ha dado un analgésico. La verdad es que me encuentro bastante bien, solo un poco adormilado.

—Pues tiene muy mal aspecto.

Ricardo logró elevar una comisura de la boca.

—Vaya, entre esto y que no me parezco a Douglas Fairbanks, ya puedo olvidarme de besarla.

Las cejas de la propietaria se arrugaron al fruncir el ceño.

—Definitivamente, usted no está bien. —Se puso en pie—. Voy a llamar a Daniel. Aunque me dijera que no atendería a…

—No —la frenó él, apartándose el paño de la mejilla. El hielo que la tela envolvía le congelaba el rostro—. Intuyo que el doctor Velarde se alegrará de verme así. No lo ponga en un compromiso.

—¿Por qué iba a alegrarse?

—Por la amenaza. Los dos tipos que han practicado boxeo conmigo me han dicho que nos olvidáramos del asunto de Xavier Riera o acabaríamos como él. Piense: ¿quién más sabe que estamos investigando su asesinato, aparte de Yvette y de Juanita?

La señora Lledó volvió a sentarse al tiempo que pronunciaba el

nombre del médico a media voz, estupefacta y un tanto abatida al comprender que el facultativo era el único que podía haber encargado esa amenaza, con paliza incluida, contratando a unos malhechores.

La obvia deducción de Ricardo, sin embargo, quedó en suspenso cuando ella mencionó la posibilidad de que fuese la guionista la responsable de la agresión y le reveló su hallazgo de una vieja fotografía. Luego, le resumió su conversación de madrugada con la huésped y concluyó:

—Aunque Yvette diga que la chica de la foto no es ella, puede que sí lo sea. Se le parece tanto que…

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. —La mujer ya se levantaba—. Voy a buscarla. No se mueva.

—Le aseguro que no iré a ninguna parte —dijo él, con aquella sonrisa asimétrica que era la única que su hinchada y helada mejilla le permitía.

—Me refería a que se quede quieto completamente. Y vuelva a ponerse el hielo en ese pómulo.

Ricardo hizo caso omiso de las dos órdenes. Aprovechó la ausencia de la señora Lledó para incorporarse con cuidado y recostarse contra el cabecero de la cama. Su orgullo masculino se resentía al verse postrado como un enfermo ante una mujer hermosa. Y sus neuronas funcionarían mejor si sus ojos quedaban a la altura de los de ella en lugar de tener una visión directa de los pechos femeninos. Aunque el vestido que llevaba la dama esa tarde era holgado y no los realzaba, el escote cruzado tenía el vértice bastante bajo y dejaba ver el canalillo. ¡Qué tentador! Ricardo temía que, si seguía tumbado, acabara necesitando el hielo que le había congelado el pómulo en otra parte de su cuerpo. Lo dejó, junto con el paño que lo envolvía, en la mesita de noche, y puso encima el que le cubría la frente. El principio de jaqueca había desaparecido gracias al analgésico y a la deseada compañía.

Al poco, dicha compañía regresaba, le entregaba la fotografía y trasladaba ambos paños al suelo con una justificación:

—El hielo se está derritiendo y prefiero que se mojen las baldosas de cemento que el mueble de madera. Supongo que por eso se lo ha quitado, para no mojarse usted. ¿Quiere que le traiga más?

La pregunta pasó de largo por los oídos de Ricardo, embobado con aquel escote que se había desbocado cuando la mujer se agachó. Ni el calmante ni las magulladuras impidieron que su pene se pusiera contento al ver el borde del sujetador que cubría los redondeados senos. La imagen quedó impresa en sus retinas y se olvidó de la que tenía entre los dedos.

—Señor Arbona, le he preguntado si quiere más hielo.

¿Hielo? ¡Sí, por favor!

—Ah… No. No, gracias.

—¿No va a mirar la foto?

—La foto —repitió alelado mientras intentaba borrar de su mente los pechos que ansiaba tocar. La dueña de aquellas delicias, ya sentada de nuevo en la silla, señaló con el mentón y las pupilas hacia el regazo de él. Joder. ¿Se había dado cuenta de que…? ¡Ah, no! Ahí apoyaba la mano con…—. ¡La foto! Sí, perdone, estaba…

—No, perdóneme usted. No se encuentra bien y yo lo estoy atosigando. —Volvió a ponerse en pie—. Será mejor que me marche y lo deje descansar.

—Quédese, se lo ruego. Aún no he respondido a todas sus preguntas. Además, me conviene reactivar el cerebro, y este nuevo misterio es perfecto para eso.

Aguardó a que ella se acomodara otra vez y observó la fotografía.

Sí, la joven de la imagen podría ser la guionista francesa.

Antes de que pudiera verbalizarlo, la señora Lledó le daba su opinión.

—Creo que Yvette me ha mentido. Su primera reacción, afirmar categóricamente y con tanta seriedad que no era ella, no me ha parecido normal. Si de verdad no fuera ella, habría sido más lógico sorprenderse del parecido físico.

—Bueno, si se ha sentido acusada de ser la amante de su marido y no lo fue, puede que simplemente se haya ofendido. De ahí su seriedad repentina.

—Es posible, pero hay más detalles que me hacen sospechar. Aparte de su interés por saber si Xavier iba con otras mujeres o si yo lo amaba… ¿Qué le importa a Yvette lo que yo sintiera por mi marido o lo que él hiciera fuera de casa? —expresó con recelo—. No caí cuando me lo preguntó, pero hace un rato, mientras se lo contaba a usted, me he dado cuenta de que ese interés tampoco es normal. A menos que ella tuviera alguno por Xavier, claro está.

—¿Curiosidad femenina sin más? —sugirió él. La suya se lanzó—: ¿Amaba usted a su marido, señora Lledó?

—Señor Arbona, su interés también está fuera de lugar. Centrémonos en Yvette Faure, por favor.

Ricardo aceptó la reprimenda, ya que era pertinente. Tampoco a él debería importarle si la viuda amó a su esposo, pues su único propósito era acostarse con ella y pasar un buen rato compartiendo placeres físicos. Sin embargo, le importaba. Y mucho. ¡A saber por qué!

Arrinconó esa desmedida curiosidad, asintió con una leve inclinación de cabeza y la instó a continuar. Ella le mencionó que la flapper le había reconocido que no tenía ningún reparo en llevarse a la cama a hombres casados, pero que no se había acostado con Xavier ni con el otro de la foto. Es decir, con Ramón. «¿Cómo sabía que Ramón Sureda estaba casado?», le planteó entonces, la muy perspicaz.

—Buena observación. Aunque el pronombre «otro» en esa frase bien puede referirse solamente al sustantivo «hombre», sin incluir su estado civil —justificó Ricardo—. Además, la guionista le ha preguntado luego quién era, ¿no?

—Para reforzar su mentira. Y para no contarme nada más de sí misma en aquella época, que era lo que estaba haciendo. Supongo que temió delatarse en un descuido, no lo sé, la cuestión es que fue una maniobra excelente para esquivar la fotografía y centrar la conversación en el asesinato de Xavier. Y aprovechó la pregunta para señalar como sospechoso al amigo de mi marido. No directamente, claro, sería muy osado por su parte. Se escudó en la opinión de Daniel.

—Opinión que debió de darle anoche el doctor cuando le habló del señor Sureda. Sí, me lo ha contado antes. ¿Eso también formaría parte de la mentira de Yvette?

—No, creo que eso sí es cierto, que hablaron del crimen y de Ramón. Es lógico, ambos están al corriente de lo sucedido y ella debió de tantear a Daniel para asegurarse de que no la considerábamos sospechosa.

A Ricardo le resultó fácil imaginar a una amante despechada apuñalando a su amado y tejiendo una red de mentiras para ocultar su grave delito. Aunque Yvette Faure le había parecido realmente impactada al ver el cadáver de Xavier Riera el miércoles anterior, podría tratarse de una actuación. Y la flapper había aceptado de inmediato guardar silencio. Tal predisposición, unida a la constante cercanía con Eulalia, que implicaba andar siempre en el entorno de la mujer que investigaba el crimen, tendría sentido si ella era la asesina. Sin embargo, tendría aún más sentido que se hubiera montado en su Citroën y puesto rumbo a París, y así se lo comentó a su interlocutora.

—Mire, señor Arbona, no sé por qué motivo Yvette no se ha marchado ya del país, ni puedo afirmar con seguridad que matara a Xavier, pero sí tengo la certeza de que miente respecto a la fotografía y de que algo tuvo que ver con la desaparición de mi marido. Otro de los detalles que la delatan es… —se inclinó hacia Ricardo para señalar con la punta del índice a la otra figura femenina de la imagen— esta mujer.

—¿La conoce? ¿Quién es?

—¡Exacto! Usted acaba de preguntar por ella, es lo más lógico. En cambio, Yvette no lo hizo. En ningún momento. Lo que me lleva a

pensar que sabe perfectamente quién es. Y lo sabe porque la rubia que está a su lado sí es ella, es Yvette Faure.

—Quizá no preguntó porque solo se fija en los hombres.

—¡Oh, deje ya de rebatir todas mis deducciones! —se exasperó la dama.

Ricardo sonrió sin sentir dolor. O lo ignoró ante la agradable sorpresa de ver a Blanca Lledó perder la compostura por una vez, y arguyó:

—Mi cometido es ayudarla en su investigación, señora. Darle otro punto de vista de los hechos también es una ayuda.

—Pues permítame que le dé el mío para rebatir el suyo: las mujeres también nos fijamos en las mujeres. Y, sin duda, mi huésped francesa no es una excepción. Y aún hay más. No tiene relación con mi conversación con ella ni es nada que la implique en el crimen, aunque podría. Es sobre unas facturas de hoteles que he encontrado en el despacho de Xavier y Ramón.

—Caray, cuántas novedades. —Le alegraba que las hubiera. Así, gozaría más rato de la deseada compañía—. Cuénteme.

Lo que a la viuda le había extrañado era el número de noches abonadas por su marido desde 1912 hasta el inicio de la guerra, en julio de 1914. Era muy inferior al de las que el esposo estuvo ausente en aquel período durante sus viajes.

—Desde que la empresa comenzó a exportar a Francia tapones de corcho, los viajes de Xavier solían durar unas dos semanas. Seis años después, la duración se alargó a un mes. Sin embargo, en las facturas no constan esas noches de más. Todas siguen una pauta en cuanto a fechas. Y los hoteles son los mismos en cada ciudad: Montpellier, Narbona, Lyon, Burdeos, Auxerre… Y París. Todos los viajes de ese período incluyen cuatro noches en París. Absolutamente todos.

—¿Cree que se tomaba unos días de descanso y diversión en la Ciudad de la Luz? Cuatro en un mes no está nada mal —ironizó

Ricardo. Le parecía una proporción un tanto exagerada. Y lo más raro—: Pero ¿siempre?

—También eso me ha extrañado. Por lo que sé, Xavier se reunía allí con los clientes de la región de Champagne. Y seguro que, de paso, disfrutaba de los entretenimientos que ofrece París. No lo censuro, es comprensible. Lo que me extraña es que no encaja con lo que me dijo una vez y que recuerdo perfectamente, porque me sentó muy mal y me hizo pensar mucho en el futuro que me esperaba.

—¿No le gustó ese futuro? —inquirió él, aunque intuía que la respuesta sería negativa.

—Eso no es relevante para el caso que nos ocupa. Además, lo que yo imaginaba entonces incluía a mi esposo y por lo tanto, ya no ocurrirá. ¿Quiere saber o no lo que no encaja?

—Por supuesto. Continúe.

—Fue unos meses después del robo de La Gioconda. Medio mundo hablaba de ello y yo le pedí a Xavier que me llevara con él a París, aprovechando alguno de sus viajes, para ver ese hueco en la pared del museo que la gente admiraba. El que sale en la fotografía que he encontrado —precisó innecesariamente—. Y se negó. Me dijo que no siempre pasaba por la capital francesa. Está claro que me mintió, ya que se contradice con lo que indican las facturas. Si a eso le sumamos que no hay ninguna que corresponda a las fechas en las que yo sé que mi marido estaba de viaje, no puedo evitar preguntarme dónde durmió todas aquellas noches.

—Puede que no guardara copia de esas facturas —aventuró él—. Creo que, antes de sacar conclusiones, debería comprobar si las tiene el contable de la empresa.

—Ya he pensado en eso, y mañana llamaré a mi cuñado con cualquier excusa para preguntárselo. Con suerte, tendré una respuesta en un par de días. Pero también he pensado en otra posibilidad, una que ni se me habría ocurrido de no ser por la fotografía que encontré ayer: que Xavier tuviera una amante en París y se alojara en su casa.

A Ricardo le sorprendió la calma con que la señora Lledó expuso aquella opción. Al parecer, esa posible infidelidad no le afectaba. Tal vez, convertirse en ladrón de besos, y por qué no algo más, no fuese una utopía, se dijo mientras deducía qué nombre tenía ella en mente para esa amante.

—¿Se refiere a Yvette Faure?

—Sí, señor Arbona. Y en esto, aceptaré con gusto su… punto de vista.

—Ah, bien. ¿Se lo expongo suavemente o con toda sinceridad?

—No suavice nada.

—Estupendo. Pues creo que su marido era un idiota, si prefería acostarse con Yvette que con usted —afirmó, satisfecho con su piropo.

Pero a la dama no le gustó. Resopló con elegancia y replicó:

—No le pedía esa clase de opinión masculina y superficial, señor Arbona. Lo que quiero saber es si cree que me he precipitado al sacar esa conclusión. Suponiendo que no aparezcan las facturas que faltan, ¿qué otros motivos puede haber?

Ricardo le dio varios: que se hubieran extraviado, que el marido se alojara a cargo de los clientes en sus chateaux entre viñedos o en la vivienda de algún conocido, que decidiera hacer turismo y se lo costeara él…

—¿Siempre? ¿En los trece viajes que hizo en ese período? —cuestionó ella—. Me parece mucha casualidad que las dos últimas semanas de cada uno no generaran gastos o que se hayan perdido precisamente todas las facturas.

—Lo es, desde luego. Y el que debe de saber qué hacía su marido esas semanas es su socio.

—Seguramente. Aunque si Xavier tenía una amante, Ramón no me lo dirá. De todos modos, le enseñaré la fotografía cuando regrese, a ver cómo la justifica. Y tendré el primer pago de Yvette, por lo que

verá su nombre cuando contabilice el ingreso.

—Y verá también a la otra mujer de la foto, que podría ser su amante. La de Ramón, me refiero —concretó él, y trató de reacomodarse. El cabecero de madera se le clavaba en la espalda.

—¡Ay, Dios! Es verdad, no había caído en eso. Ni en que usted debe de estar incómodo. Le traeré unos cojines de la biblioteca.

—No hace falta…

Pero ella ya desaparecía tras el recodo.

Tardó menos de un minuto en regresar. La incomodidad de Ricardo mutó en embeleso cuando la mujer se inclinó sobre él para colocar dos cojines entre su espalda y el cabecero de la cama. Aspiró el aroma dulzón del perfume de Blanca Lledó, envolvente y embriagador, y fantaseó unos segundos con catar aquella piel que se alejó demasiado pronto para su gusto.

—¿Mejor así? —le preguntó ella.

—Sí, gracias. —Aunque estaría mucho mejor si la tuviera a su lado, pegada a su cuerpo y dejándose besar apasionadamente.

—He sido una egoísta hablando solo de mi problema, señor Arbona. Discúlpeme. Y cuénteme qué le ha ocurrido exactamente.

Ricardo le relató que paseaba sin rumbo por el Raval, concentrado en unas escenas de la novela que rondaban por su mente y dejando que el ambiente a su alrededor las impregnara de realismo, cuando dos tipos se le acercaron. Con uno a cada lado ofreciéndole de todo —apuestas clandestinas, timbas ilegales, prostitutas, cocaína y mercancía a buen precio que él supuso que sería robada— se había dejado guiar por ellos; cualquier vivencia al margen de la ley podría dotar de verosimilitud a la historia en la que estaba trabajando. No se percató de que aquello era una encerrona hasta que lo metieron en un portal oscuro y vio el brillo de una navaja en la mano de uno de aquellos tipos. El otro, más alto y fornido, le asestó el primer puñetazo. El impacto en el estómago lo dejó doblado y sin aire por unos segundos. El siguiente le dio en la mandíbula y el tercero en la

mejilla. Sin comprender a qué venía tanto golpe, si no era con la intención de robarle, él les había dicho que no llevaba nada de valor, pero que le quitaran todo lo que quisieran. Hasta la ropa, si hacía falta. Mientras no lo dejaran desnudo del todo…

La señora Lledó alzó las cejas en ese momento del relato y él esbozó una sonrisa traviesa. ¿Se lo imaginaba ella desnudo? En otras circunstancias, claro, no a causa de un asalto callejero. Como sería inoportuno preguntárselo y le dolía la mejilla al sonreír, se centró en continuar la crónica de lo sucedido.

Otro puño le había caído en la sien y otro más en el plexo solar. El último se había encastado en su nariz, que comenzó a sangrar. El de la navaja le dijo al otro que parara, que la sangre no entraba en el precio, y el fornido paró. El respiro que le dieron, sin embargo, fue muy breve. El maleante que iba armado lo agarró del cuello con una mano y le dejó sentir el filo de la navaja en la mejilla mientras profería la amenaza sobre acabar como Xavier Riera si no se olvidaban de su asesinato.

—«Tú y la señora», especificó ese tipo, lo que señala directamente al buen doctor —concluyó Ricardo—. Dudo que Yvette Faure, recién llegada de París, sepa dónde encontrar a esta clase de gente que se dedica a trabajillos sucios y otros delitos peores.

—Tampoco imagino a Daniel moviéndose por los bajos fondos y relacionándose con asesinos a sueldo, señor Arbona. En cambio, a esa flapper… Lleva una pistola en el bolso, ha recorrido mil kilómetros completamente sola en su coche para venir a Barcelona, y ha salido varias noches desde que está aquí. También sola. A saber en qué locales se ha metido y con quién se ha relacionado. No voy a descartar la posibilidad de que ella contratara a esos tipos.

—¿Y si lo hicieron anoche entre los dos? —se le ocurrió al escritor—. Ella y el doctor Velarde.

—Pero si no se conocían. ¿No recuerda que ayer, en la fiesta…?

—A eso iba —la cortó él—. Ayer, Yvette nos interrumpió para que usted se lo presentara. Dos horas después de que llegáramos todos. ¿Por qué esperó tanto?

—Pues… no lo sé. No debió de fijarse en Daniel hasta ese momento.

Ricardo aceptó aquel sencillo argumento, pero le dio otro: que ya se conocieran y lo hubieran ocultado, que el interés repentino de la guionista por el médico hubiera sido una farsa con el fin de apartar a su cómplice de ellos dos por temor a que revelara algo. Y ese algo podría ser que ella no estaba tan profundamente dormida la mañana del crimen.

Le expuso la hipotética situación de que Yvette Faure, tras apuñalar a Xavier Riera en un arrebato de celos, necesitara lavarse la sangre que habría manchado sus manos y se topara con Daniel Velarde en la puerta del baño cuando él salía y ella se disponía a entrar. El médico, por lógica e instinto profesional, se habría preocupado por aquella sangre, y la guionista no habría podido evitar que entrara en la habitación del crimen, todavía abierta; no iba a cerrar con llave con las manos ensangrentadas. Al verse descubierta, pudo convencerlo de algún modo —punto en que la hipótesis cojeaba porque a Ricardo no se le ocurría ninguno lógico— de que guardara el secreto de aquel impulsivo crimen. Eso también explicaría que el doctor hubiera accedido sin reparos a ocultar el cadáver, así como la rapidez con que se había marchado de la fiesta con Yvette.

La expresión de la viuda mientras él exponía su teoría pasó de la suspicacia a la seriedad y culminó en una enigmática sonrisa similar a la de la Mona Lisa. Ricardo no supo si Blanca Lledó aprobaba o rechazaba aquel escenario posible y ella no le dio tiempo a preguntárselo. Se levantó con ímpetu y le comunicó su siguiente paso: interrogar sutilmente al ofendido y sospechoso doctor.

14

—No hay nada en la habitación de la francesa, doña Blanca —le informó Juanita en cuanto la señora Lledó entró en la cocina para comunicarle que se iba a ver al doctor Velarde—. Pero nada de nada, y eso es lo raro. ¿No venía a Barcelona para escribir un guion? Pues no sé dónde lo escribe, porque solo he visto un cuaderno pequeño y está casi todo en blanco. —La criada se secó las manos en el delantal—. Venga, le enseñaré dónde lo guarda y lee usted lo que pone, que yo, lo de leer…

—Ahora no tengo tiempo. Ya lo miraré esta noche, si la veo marcharse. Y quizás encuentre otro, el que debe de utilizar habitualmente y llevar en el bolso cuando sale de día. Guionista sí es, lo he comprobado. Que esté de vacaciones no significa que no pueda aprovecharlas para escribir el guion de un documental.

La criada arrugó la nariz.

—No sé yo. A mí me huele mal. ¿Cuántas horas ha pasado esa chica en su cuarto desde que llegó? Sin contar las que duerme, muy pocas, se lo digo yo. Y la máquina de escribir que le pidió… ¿Para qué? Nunca la oigo teclear y no he encontrado ni una hoja escrita a máquina. ¿También se las lleva a sus paseos o cuando va de compras? Ah, y luego está eso de que se ha pegado a Eulalia como una lapa. Hoy, cuando he llegado a las teresianas para recogerla, la señorita Faure estaba allí, en la puerta.

—¿Qué? ¿Y qué hacía allí?

—Según ella, ha ido para ver cómo era el colegio de la niña y animarla a seguir centrándose en sus estudios. Como metió la pata el sábado con lo de que podría ser actriz…

—Por lo menos, intenta rectificar su error —opinó Blanca, mirando la hora en su reloj de pulsera. Si se entretenía mucho, Daniel se habría ido ya del hospital cuando ella llegara, y no quería tener que llamar a la puerta de su casa.

—Sí, ya. Pues aún estoy esperando esos ánimos, señora. Porque todo el camino, que, por cierto, hemos hecho en el coche de la francesa —acotó, se santiguó y exclamó—: ¡Santa Madre de Dios! No hemos sufrido un accidente de milagro. Y por poco atropellamos a dos señoras. ¡Cómo conduce esa mujer! Bueno, a lo que iba. Que todo el camino han estado hablando de Xavi y de la familia de usted.

Desde luego, resultaba un tanto extraño aquel interés de la huésped por los Riera Lledó, pensó Blanca. Un interés justificable en caso de que Yvette Faure hubiera tenido una relación íntima con Xavier.

Íntima y larga. Aquella fotografía tenía diez años.

—Para mí, que esa flapper tiene mucho que ver con el asesinato de su marido, doña Blanca. Y con la paliza que le han dado al escritor, también. Pobrecillo… Menos mal que la sangre no entraba en lo que iban a cobrar esos malnacidos, porque podría haber salido peor parado. No, ¡si aún tendremos que darle las gracias a la franchuta!

—Juanita, el despectivo no hacía falta —la regañó Blanca, que sentía predilección por el país vecino y sus habitantes—. Y no sabemos con seguridad si ella está detrás de la agresión al señor Arbona.

—No, claro. También puede ser culpa del doctor, pero entonces, ¿por qué se ha ido la señorita con tantas prisas al llegar del instituto? Ha dicho que tenía que cambiarse para volver a salir y ha mandado a Eulalia a estudiar a su cuarto. Yo he cogido el plumero y me he puesto a limpiar cerquita de la puerta de la residencia, esperándola, por si podía enterarme de adónde iba. ¿Y sabe qué?

—¿Qué, Juanita? Abrevia, por favor, yo también tengo prisa.

—Pues que no me he enterado. Pero por las pintas que me llevaba… Mire, ha salido que parecía un muchacho: pantalones, suéter, zapatos de hombre y gorra. Patitiesa me he quedado, señora. ¡Qué cambio! Ella se ha reído de la cara que he puesto y ha dicho algo como que era la ropa apropiada para lo que iba a hacer. ¿Y para qué se viste de muchacho una chica como ella?

—No lo sé —respondió Blanca, impaciente. Por lo visto, la criada no había entendido lo de abreviar—. ¿Para qué?

—Pues para no llamar la atención si va a un sitio plagado de hombres. Ah, y los pantalones tenían manchas, no sé de qué. ¡Hay que ver! Con lo pulida que va ella siempre. ¿Sabe qué creo? Que la francesa se iba a uno de esos antros donde se reúnen los hampones. Para pagar a la gentuza que ha atacado al escritor —concluyó la albaceteña.

—Tiene sentido. Se lo comentaré al señor Arbona en cuanto pueda. Ahora tengo que irme.

Blanca emprendió el camino hacia el Hospital Clínico temiendo que Daniel se hubiera marchado ya. Y valorando la deducción de Juanita.

Era buena, desde luego.

Sin embargo, al llegar a la entrada principal del recinto hospitalario vio el Hispano Suiza del médico a pocos metros, con el capó abierto y, justo al lado, a una irreconocible Yvette Faure.

Pues no era tan buena.

La huésped agitó una mano en el aire al tiempo que llamaba a Blanca alegremente. Ella se acercó. El rostro de Daniel carecía por completo de alegría cuando le preguntó qué hacía allí.

—Venía a hablar contigo —respondió Blanca, y le hizo la misma pregunta a Yvette.

—Estaba reparando el motor del coche de Daniel. Anoche empezó a hacer un ruidito raro cuando volvíamos del baile y me ofrecí a revisarlo. —La joven rio—. No sé qué habrá pensado Juanita al verme salir así, pero se ha quedado… epoustouflée.

«De pasta de boniato, vamos», tradujo Blanca. Igual que ella.

Omitió aclararle lo que había deducido la criada, aunque tuviera sentido. ¿Cómo iba a imaginar que aquel atuendo masculino y algo sucio era para hacer de mecánico de automóviles?

—También yo me sorprendí ayer —confesó Daniel, tras exhalar el humo de una calada de pipa—, pero Yvette me contó que había trabajado en la Hispano Suiza de París y que sabía mucho de motores.

—C'est vrai. Tres años estuve en la fábrica. Durante la guerra. A la mayoría de los empleados los reclutaron para combatir o los destinaron a la planta donde fabricaban granadas y motores para los aviones del ejército. Mi padre, que trabajaba allí, me propuso ocupar uno de los puestos vacantes. Dejé el mío de dependienta en las Galerías Lafayette, que entonces tenían menos clientes y yo me aburría, y me puse a fabricar coches. No era tan fascinante como ser espía, pero sí más seguro. Bueno, Daniel, ya está arreglado —le dijo, limpiándose la grasa negra de las manos con un trapo—. Dame una hora y nos vamos a cenar. Te dejo con Blanca, para que habléis tranquilamente.

Guardó las herramientas en un pequeño maletín de cuero y se despidió con una sonrisa coqueta.

Blanca, que aún no había digerido aquella imagen descuidada y masculina de la siempre acicalada flapper, interpeló a Daniel.

—¿Vas a cenar otra vez con mi huésped?

—¿Acaso te molesta?

—Me extraña. Y me preocupa —agregó ella a fin de iniciar su interrogatorio sutil. Necesitaba al Daniel amable y solícito que conocía, no al ofendido. Y, sin rodeos, expuso el motivo de su preocupación—: Podría ser una asesina.

La mirada felina del hombre se suavizó.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Cuando te he visto llegar, he supuesto que venías a pedirme que visitara a algún otro residente enfermo, a pesar de que te dije que no lo haría. Veo que me equivocaba. ¿Ya no me consideras sospechoso?

Blanca eludió responder a eso comentando que ya sería mala suerte que otro de sus artistas hubiera enfermado. «No, todos estaban bien

de salud, aunque uno de ellos había sufrido un pequeño percance que lo había dejado un tanto magullado», mencionó intencionadamente. Nada importante, no requería atención médica.

—¿Seguro? Puedo visitarlo, si quieres.

—No, no. No es necesario, de verdad —reiteró ella, y aguardó las preguntas lógicas, a su modo de ver, que cualquiera haría: qué había sucedido y a quién.

Sin embargo, Daniel hizo una muy distinta.

—¿Por qué crees que Yvette podría ser una asesina?

«Bueno, esa también era lógica», admitió Blanca, y soltó a bocajarro.

—Porque sospecho que fue amante de Xavier.

Los ojos del médico se cerraron durante un lento y discreto suspiro. Luego, sus pupilas escrutaron el rostro de ella, que se mantuvo impasible. Experta en ocultar sus emociones, enmascaró la mezcla de ira y decepción que trepaba por su interior al comprender lo que podía significar que Daniel no hubiera preguntado por el huésped magullado: ya sabía la respuesta. Él había encargado esa paliza al escritor.

—Lo lamento, Blanca. Y me lo temía. Desde anoche —concretó ante la mirada perpleja de ella. Dio una lenta calada a la pipa y procedió a explicarse—: Verás, tu huésped se interesó mucho por tu marido mientras cenábamos. Con la excusa de que le intrigaba quién lo había apuñalado y qué ocurrió hace tres años para que lo diéramos por muerto, me estuvo preguntando por él, por su pasado. Hubo un momento en que la noté tan ansiosa por saber absolutamente todo sobre vosotros que le dije, bromeando, que parecía haberse enamorado de Xavier. Ella se echó a reír y se fue el baño. Cuando volvió, al cabo de un buen rato, los ojos le brillaban como si hubiera llorado y no dijo ni una palabra más sobre él. Sospeché que, tal vez, mi broma había dado de lleno con una verdad. Aunque no comprendía cómo.

Y allí, de pie junto al coche y bajo la luz de las farolas recién encendidas, Blanca le reveló el descubrimiento de la vieja fotografía. Daniel le prometió intentar sonsacarle algún detalle esclarecedor durante la cena de esa noche y se ofreció a acompañarla a casa.

—¿Ya no estás enojado conmigo?

—Después de lo que me has contado, es evidente que vuelves a confiar en mí.

Blanca se limitó a sonreírle mientras agradecía en silencio la nula sagacidad del médico. A diferencia del escritor, no veía en ella nada más que lo que ella quería mostrar, puesto que lo había convencido de que ya no lo imaginaba empuñando aquel abrecartas. Iluso. Era precisamente ahora cuando empezaba a imaginar a Daniel cometiendo aquel crimen. También a Yvette Faure, por supuesto. Cualquiera de los dos podría ser el asesino de Xavier.

Pero no del de Paquito.

Si su marido tuvo un cómplice en el plan de urdir su falsa muerte, tenía que ser un hombre. El dueño de Can Piltra lo había dejado claro, así como el testimonio de aquellos que fueron interrogados en su día por la policía y que se declararon incapaces de describir al autor del disparo mortal. Nadie confundiría a Yvette Faure con un hombre, aunque se vistiera como tal.

En cuanto a Daniel… Si bien el amor —o el desamor— podían impulsarlo a matar en un arrebato de desesperación, jamás se implicaría en un homicidio premeditado; por mucho que le despejara el camino para conquistar a su amada. Por lo tanto, pensar en cualquiera de los dos apuñalando a Xavier, significaba para Blanca que su marido había disparado al murciano. O el cómplice, si lo había, pero dicho cómplice no podía ser el hombre que la acompañaba a casa esa oscura tarde de noviembre.

Su convicción de que todo confluía en un solo culpable comenzó a tambalearse. Y continuó en la cuerda floja cuando pudo leer las anotaciones de la guionista en aquel cuaderno que Juanita le había indicado dónde encontrar: apuntes sobre Eulalia y Xavi. Fecha de

nacimiento, estudios, rasgos de carácter…

¿Por qué Yvette Faure recopilaba datos sobre sus hijos?

Sobre los hijos de Xavier.

* * *

La señora Lledó lo estaba tratando a cuerpo de rey, se dijo Ricardo el martes por la mañana, complacido y regodeándose la vista con el ligero vaivén del trasero de la mujer. Le acababa de traer el desayuno a la habitación; un servicio que solo hacía en casos excepcionales y del que se encargaba Juanita, le informó, pero quería ponerlo al día de las novedades en su investigación.

Inquietantes.

Las notas de la huésped parisina resultaban tan extrañas como lo estaba siendo la estancia en Barcelona de Ricardo. En la zona oscura de su mente, la que pergeñaba crímenes para sus novelas, la actividad se había disparado y, en ese momento, ya a solas, visualizaba a una perturbada Yvette Faure planeando el asesinato de Blanca Lledó.

Objetivo final: apropiarse de los hijos del amante que la abandonó.

El móvil: la obsesión. Una insana obsesión por Xavier Riera que la había trastornado hasta el punto de ansiar poseer las vidas de los seres que él engendró.

Era una locura, sí, pero un corazón profundamente herido podía causar estragos en la mente más razonable. Y tal vez la de Yvette nunca había sido razonable.

¿Debía advertir a la señora Lledó del posible peligro que la acechaba?

Se levantó, se vistió y ojeó su cuaderno de notas para la novela.

Tenía que empezar a escribirla ya o no la terminaría en el plazo acordado.

Despejó la superficie del escritorio, colocando los libros y la guía de Barcelona en los huecos de aquel elegante buró modernista y tomó el cuaderno en blanco que le quedaba. Se había traído dos, pero uno lo había estrenado ya con la información sobre Santoni y con las pistas del caso Riera. Lo metió en otro hueco, empujándolo hasta el fondo para no verlo.

Después de llenar cuatro páginas, la presión de la venda de las costillas comenzó a agobiarle. El dolor al respirar persistía. No le convenía quitársela. Tampoco estar sentado mucho rato ante un escritorio, así que se puso en pie y, en un impulso, salió de la habitación y llamó a la de enfrente. Quería comprobar algo.

La guionista le abrió, ataviada para salir.

—Ah, Ricardo, ¿cómo estás? Nos ha extrañado que no desayunaras con nosotros, y Juanita nos ha contado lo que te pasó.

—Pues habrá omitido una parte. Milo y Santoni no saben nada del crimen.

—¿Y qué tiene que ver eso con que te agredieran?

Ricardo citó la amenaza de sus agresores, que apenas inmutó a Yvette. Lo lamentó sin mucha convicción y le aconsejó que fueran más discretos cuando preguntaran por ahí sobre asesinatos del pasado. Acto seguido, se despidió de él y se marchó, dejándolo con la duda de si no quería saber nada del caso o si, por el contrario, sabía demasiado.

Su intento de comprobación había fallado.

Iba a volver a su habitación cuando vio a la criada avanzar por el pasillo con un cargamento de revistas.

—¡Ah, señor Arbona! Esto es para usted. La señora me ha pedido que se las traiga para que no tenga que ir hasta el salón a buscarlas, si quiere leer alguna mientras reposa. ¿Se las dejo en la biblioteca? Como ya se ha levantado, puede quedarse un rato allí, y así yo le

limpio el cuarto. Incluso puede tumbarse en el sofá para estar más cómodo. Pero quítese los zapatos, ¿eh? Que si no, la tapicería queda hecha un asco.

—Me quitaré los zapatos —sonrió él, contento al notar que el pómulo apenas le dolía con ese gesto—. Y no toque nada del escritorio cuando limpie. Estaba escribiendo y…

—Descuide, caballero, se lo dejaré tal cual.

Ya en la biblioteca, y antes de acomodarse, echó un vistazo a los libros de los estantes. Algunos de gran formato y cuidada encuadernación en piel y dorados lo trasladaron a la fiesta en la casa de Hermenegildo Miralles y a la posterior discusión de Blanca con su hija. Le seguía intrigando qué hacía Eulalia en aquel edificio tan cercano a la avenida del Paralelo cuando se suponía que estaba en el instituto. Se propuso intentar hablar con la adolescente en cuanto surgiera la ocasión.

Varios coleccionables de novelas de quiosco, entre las que distinguió cuatro de Carmen de Burgos, ocupaban un par de estantes. En los contiguos se alineaba el misterio: Arthur Conan Doyle, G. K. Chesterton, Gaston Leroux… Desistió de sumergirse en una historia larga que le restaría tiempo de escritura y, ya que tenía allí las revistas de actualidad…

Recordó la novela de Vicente Blasco Ibáñez que Blanco y negro estaba publicando por entregas y que él seguía: El paraíso de las mujeres. La semana anterior, con el viaje y el caos provocado por el inesperado cadáver en su habitación, no había leído la cuarta entrega. Buscó el número correspondiente entre la variedad de revistas que la criada había dejado en la mesa de centro y vio que también estaba el último. Estupendo. Se tumbó en el sofá, de espaldas al balcón para aprovechar la poca luz natural de aquella nublada mañana, y echó primero un vistazo a los titulares de las secciones que precedían al relato.

Las fotografías de la guerra de Marruecos le revolvieron el estómago. Tierra yerma sembrada de cadáveres. En otra página, ocho rostros cuyas familias no volverían a ver jamás. Fallecidos en combate o desaparecidos. Ricardo cerró los ojos y la revista un momento, tentado a rezar por las almas de aquellos desconocidos,

pero no lo hizo. No era muy dado a rezos ni a creer con fe ciega en un ser supremo y omnipotente, así que solo le preguntó a Dios por qué permitía que miles de soldados continuaran batallando y muriendo por un pedazo de tierra.

«Un pedazo con minas de hierro en las que han invertido algunas de las grandes fortunas del país».

No fue una voz divina la que le respondió, sino la suya de reportero de guerra. Pronto aprendió que detrás de un conflicto bélico, siempre había intereses económicos.

Cuando alzó los párpados, una imagen de colores cálidos y suaves que transmitía vida plena sustituyó a los grises de aquellas que hablaban de muerte. Ricardo se quedó absorto en el óleo que decoraba la pared frente a él: una pareja acaramelada. Sus rostros estaban tan juntos que apenas se distinguían unos pocos rasgos. Dos jóvenes burgueses, probablemente, por el salón en que se hallaban: espacioso e iluminado gracias a la claridad que atravesaba la amplia cristalera del fondo y con una gran chimenea de la que solo se veía un extremo. El hombre trajeado parecía susurrar al oído de la joven virginal mientras le sostenía una mano. La escena, aparentemente formal, destilaba tal sensualidad que Ricardo vio en aquel susurro un beso excitante y, en las inocentes manos unidas, una provocativa caricia a escondidas.

Y pensó en Blanca Lledó.

Como si su pensamiento la hubiera invocado, ella entró en la biblioteca.

—Juanita me ha dicho que estaba usted aquí, señor Arbona. Me alegra ver que se va recuperando.

—Y a mí me alegra verla a usted. Está preciosa esta mañana.

O eso le parecía a él.

Ella cerró la puerta haciendo caso omiso del cumplido.

—Acabo de hablar con mi cuñado por teléfono. Le he pedido una relación de los viajes de Xavier en los dos años anteriores a la Gran

Guerra, con fechas y lugares donde se alojó. Me he inventado que era para un proyecto secreto, no se me ocurría nada más.

Ricardo se incorporó para dejarle espacio en el sofá. La dama, con su erguida postura habitual, se sentó en un extremo.

Demasiado lejos para su gusto.

Demasiado cerca para su libido.

—¿Y cuándo tendrá esa relación?

Otro significado de aquel sustantivo le remitió al óleo de la pareja. La mirada de Ricardo vagaba entre la pintura y la mujer con la que anhelaba reproducir esa escena íntima y sensual.

—Por desgracia, mi cuñado anda muy ocupado y no podrá hacerla hasta el fin de semana. Me la enviará el lunes por correo. ¿Le gusta? El cuadro, me refiero.

—Mucho.

—El original es aún mejor: Frasquita festejant. Flirteando o galanteando —le tradujo—. Frasquita es una de las hermanas de la autora del original, Luisa Vidal, y en realidad se llama Francisca. Es violoncelista. Ha enviudado este verano.

—Vaya. ¿Del hombre del cuadro?

—No lo sé. Es posible. No se nos permiten muchos flirteos a las mujeres, salvo con nuestro prometido.

—¿Tampoco a las viudas? —inquirió él, insinuante.

—¿Me está tanteando, señor Arbona?

—Tal vez.

Ella le regaló una sonrisa prometedora, la primera que le dedicaba con ese aire sugerente, y regresó al óleo.

—Me lo regaló Montse. Es una copia que ella pintó en la academia

de arte de Luisa Vidal, la única mujer pintora modernista reconocida. También la única que se ganaba la vida con sus obras y que tenía el privilegio de exponerlas junto a las de pintores de renombre. Un orgullo para nuestro género —sonrió, ufana.

—Desde luego —convino él—. Pues no me suena.

—Supongo que se habló poco de ella en el país. Y ya casi todos la han olvidado. Desde que falleció, de gripe española, como mi madre, solo la Sala Parés se acordó de rendirle homenaje en el primer aniversario de su muerte. Luisa Vidal exponía siempre en la Parés —le aclaró—. Seguro que aún se hablaría de ella, si hubiera sido un hombre.

—O si nuestra sociedad fuera un matriarcado como el que inventa Blasco Ibáñez en El paraíso de las mujeres —refirió el escritor, mientras pasaba las páginas de la revista hasta la que contenía la entrega semanal de la novela—. ¿La está leyendo, por casualidad?

Ella se desplazó en el sofá, acercándose a él.

Bien.

Mal. Ese perfume dulzón, la facilidad con que podría enlazar la cintura femenina y arrimar el cuerpo de la dama al suyo, besar la boca que respondía…

—Por supuesto. Es fascinante. Una curiosa secuela de Los viajes de Gulliver. Ya tengo ganas de que salga el próximo número para saber cómo continúa. Una república gobernada por mujeres. ¿Se lo imagina? Y los hombres relegados a lo que ahora estamos nosotras: la casa y los hijos. Es el mundo al revés.

Ricardo le reveló el rumor que corría acerca de esa nueva novela del autor valenciano: que su destino final sería el cine. Al parecer, el reciente éxito de la película Los cuatro jinetes del Apocalipsis, basada en una de las obras de Blasco Ibáñez y que ya superaba en recaudación de taquilla a The Kid, de Charles Chaplin, había llevado a su productor norteamericano a pedirle otro texto que pudiera guionizar y que fuera muy distinto a todo lo que se había filmado hasta entonces. Al prolífico escritor se le ocurrió crear aquella fantasía que estaba publicando la

revista Blanco y negro y que se inspiraba en la exitosa sátira del irlandés Jonathan Swift. El paraíso de las mujeres también iba camino de ser una sátira, comentó Blanca, por la crítica que contenía de la sociedad, aunque ella opinaba que aquel matriarcado ficticio no dejaba a las mujeres en muy buen lugar.

—Reproduce unos esquemas masculinos que nosotras difícilmente adoptaríamos, si llegáramos a gobernar. Se nota que lo ha escrito un hombre.

—Mírelo desde el punto de vista de que el autor está censurando esos esquemas —sugirió Ricardo.

Ella ladeó la cabeza y la mirada, como si meditara esa opción, lo que a él le permitió fantasear unos segundos con recorrer aquel estilizado cuello con los labios y la lengua. Alcanzaría el lóbulo de la oreja, adornado con un brillante engarzado en oro del que pendía una perla, y mordisquearía la tierna carne, esquivando la joya.

No le dio tiempo a recrearse en la imaginaria seducción. La esfera de nácar se balanceó al tiempo que su dueña le informaba de que Ramón Sureda volvía de Francia esa noche. Al día siguiente, como cada miércoles, se presentaría puntualmente en la casa.

—Me ha llamado Montse para decírmelo. Este ha sido un viaje relámpago. Menos de una semana fuera —señaló la mujer, y dedujo —: Habrá ido a la región del Languedoc, como muy lejos.

Ricardo se centró en lo que implicaba el regreso de aquel hombre al que aún no conocía.

—Así que mañana sabremos algo más de esa foto.

—Y de Yvette Faure, espero.

—Podríamos urdir un encuentro casual. Enfrentar a su amigo con la posible amante de su marido.

—Todavía no. Antes quiero hablar a solas con él. Y sería… examante —puntualizó la señora Lledó—, o no tendría sentido matarlo.

—Cierto. Una amante abandonada después de diez años de relación. Los tres últimos de convivencia, casi seguro —afirmó él, y expuso una hipótesis que explicaría el misterio del difunto—. Su marido simula su muerte para poder fugarse con la mujer que ama, pero al cabo de un tiempo de estar con ella a diario empiezan a surgir los problemas habituales de pareja. Aquello no funciona como había esperado, como funcionaba cuando solo se veían unos meses al año y de forma clandestina. Se ha perdido la emoción del reencuentro, la pasión acumulada durante la ausencia del otro…

—Y ha llegado la tediosa rutina.

—Una rutina que ya tenía con usted y en mejores condiciones, puesto que no le faltaba el dinero y era socio de una empresa. ¿Me equivoco en algo?

La pregunta no buscaba solo la simple constatación de su teoría, sino también lo que comenzaba a sospechar.

—En nada.

Y la respuesta lo confirmó: el matrimonio de Blanca Lledó se convirtió en rutinario hacía ya más de una década.

Una extraña e incomprensible satisfacción se expandió por el pecho de Ricardo, pero no halló más espacio que el que le permitía aquel vendaje. Agradeció no habérselo quitado aún, pues no debería alegrarse de que la mujer por quien se sentía tan atraído hubiera estado tanto tiempo atrapada en una relación de pareja marcada por el desencanto.

¿Y sin amor?

Desechó al instante esa cuestión, no era de su incumbencia, y retomó la del marido infiel.

—No sé cómo se ganaría la vida el nuevo Xavier Riera, pero es obvio que Yvette no pertenece a una familia de la burguesía acomodada, como los Lledó. Y el salario de guionista en París no debe de ser alto.

—Todo eso ya tenía que saberlo Xavier cuando tomó la decisión de

desaparecer. No era bobo ni un iluso, señor Arbona.

—A veces, el amor nos convierte en bobos —replicó él, aspirando con disimulo el sensual aroma de la dama—. Al contrario de lo que proclamaba Lope de Vega en sus comedias hace siglos. Y creo que su marido se cegó con Yvette. Una joven rebelde, muy atractiva, sin tabúes sexuales… ¡Y que entiende de mecánica! Con lo que a él le gustaban los coches…

—No había caído en eso —admitió la señora Lledó—. Serían muchos puntos a su favor.

—Exacto. Sin embargo, después de tres años, esos alicientes ya no le importan. Se da cuenta de que ha cometido un error al abandonarlo todo por su amante y decide regresar para intentar recuperar lo que buenamente pueda. En primer lugar —se inclinó hacia ella, vencido por la atracción y el deseo, y le susurró al oído—: a usted.

Ella soltó una risotada que lo dejó perplejo, y le recordó que lo primero que había hecho su fugado esposo era ir a ver un partido de fútbol. Y quizá más cosas, pues no sabían cuántos días llevaba en Barcelona cuando apareció apuñalado en la habitación. Le agradeció su punto de vista y el halago, pero lo tachó de novelesco y precipitado. Y no solo porque hubiera olvidado el detalle del encuentro deportivo. Tampoco se había parado a pensar en el personal, en el instante en que él apareciera ante sus ojos, vivito y coleando. Y precisamente el Día de Difuntos.

—El impacto sería tal que me daría un infarto o me quedaría catatónica. Una buena estrategia, si Xavier pretendía librarse definitivamente de mí, bien enviudando o bien declarándome demente y encerrándome en un manicomio. Pero no para recuperarme.

—Me parece que está exagerando, señora Lledó. O bromeando.

—Quizá. De todos modos, le repito que mi marido no volvía a casa arrepentido. Si hubiera querido regresar con su familia, me habría escrito una carta para preparar el terreno.

—El correo puede extraviarse.

—Sí, pero él no regresaría sin haber recibido mi respuesta. ¿Lo haría usted, si hubiera estado en su lugar?

—No, desde luego. —Y la curiosidad de Ricardo, alentada por aquel anhelo de besos que no remitía, se disparó de nuevo—. ¿Cuál habría sido su respuesta, señora Lledó?

La mirada que la mujer clavó en él era difícil de interpretar. Ricardo no sabía si lo estaba censurando por aquella pregunta tan directa sobre sus sentimientos, si dudaba en revelárselos o si ni ella misma los tenía claros. Iba a retirar la pregunta cuando los labios de la viuda se curvaron para formar esa enigmática sonrisa que tan incitadora le resultaba. Lo que salió por aquella boca lo fue todavía más.

—Mi respuesta habría sido que siguiera muerto y enterrado. ¿Le satisface?

—Más de lo que imagina.

—¿Eso cree? —La sonrisa se amplió y en los ojos castaños brilló una chispa de diversión—. ¿De verdad cree que no percibo lo que está deseando en este momento, señor Arbona?

Ahí tenía una nueva oportunidad, pensó Ricardo, y no iba a desperdiciarla. En tono pícaro y confidencial a la vez, probó.

—¿También lo desea usted?

—Hay un pequeño inconveniente, y es una de las normas de la residencia: ningún habitante de la casa puede intimar en exceso con los huéspedes. Y eso me incluye a mí, por supuesto.

Lo deseaba. Bien. ¡Al fin lo admitía!

Y continuó tanteando.

—Vaya, ¿eso significa que tendré que esperar a tener la maleta en la puerta? ¿Por un simple beso?

Ella seguía sonriéndole, distendida.

—Veo que ha reducido sus expectativas, señor Arbona. Hace dos días se ofrecía a compartir cama conmigo. ¿O era solo un juego para usted?

—En absoluto. Y mis expectativas son las mismas —afirmó él con total sinceridad y sin apartar la mirada de aquellos ojos que lo cautivaban y en los que asomaba el recelo—, pero he comprendido que no debo precipitarme. Y habrá que empezar por algo, ¿no?

—¿Y ese algo es un simple beso?

El recelo se ocultó tras un brillo de burla e incredulidad.

—Podría serlo, si usted se saltara esa norma de la residencia.

—Ya me salté una con Yvette, así que…

La mujer tomó la iniciativa antes de que Ricardo asimilara aquellas palabras. La boca femenina cayó sobre la suya, abierta por la sorpresa, y una atrevida lengua tanteó la de él. Y el beso no tuvo nada de simple. Fue profundo, lento, generoso… Una exploración mutua y deliciosa que lo enardecía a cada segundo que pasaba. Ahuecó una mano en la nuca de la dama y le enlazó la cintura con el brazo libre, anhelando un mayor contacto. Ella lo aceptó, y a él se le aceleró el pulso y se le nubló la mente. Ignoró una punzada en las costillas, así como su dolorido pómulo, pues el deseo acaparaba todos sus sentidos. También debió de borrarle la memoria, porque no recordaba un beso tan excitante como aquel.

Beso al que ella puso fin bruscamente, dejándolo aturdido y sin posibilidad de repetir. La viuda ya no estaba en el sofá. Ricardo la vio dirigirse hacia el ventanal. De espaldas a él y como si ya hubiera olvidado el apasionado interludio, le confesó:

—Mi matrimonio no iba bien desde hacía mucho tiempo. No voy a aburrirle contándole cómo se fue deteriorando, solo le diré que la habitación que usted ocupa era en la que Xavier dormía. Es la que está más lejos de la mía. Esto —abarcó la biblioteca con un gesto ampuloso del brazo— lo utilizaba como despacho cuando estaba en casa, que era muy poco. Ni mis hijos ni yo nos acercábamos a esta zona. También le digo que jamás me planteé solicitar el divorcio.

Aparte de que no era factible ni lo es —recalcó—, yo vivía a mi aire y creía que no necesitaba más de lo que ya tenía. Que no merecía más.

Esto último lo dijo a media voz, como para sí. Ricardo, ya recuperado del aturdimiento, se acercó a ella. Tras el cristal, el escaso movimiento en la calle, entristecida por un cielo gris plomizo, parecía avanzar a cámara lenta.

—¿Por qué cree que no merecía más?

—Muchas lo creemos, pero eso ya no importa. Lo que importa es que me diera cuenta de que estaba equivocada, de que hay una vida más allá del matrimonio para una mujer. La verdad es que Xavier me hizo un favor al morirse. Al desaparecer —rectificó—. Descubrí que lo que me inculcaron desde pequeña, la dependencia de un hombre, el orgullo de ser esposa y madre, la reina de la casa, el pilar que sustenta la familia… Todo eso es, en parte, una falacia destinada a mantenernos en la sombra, a moldear nuestra voluntad, a encadenar nuestro intelecto a lo que ustedes consideran «actividades femeninas».

—No voy a negárselo.

—Más le vale —repuso ella, con media sonrisa y una mirada de advertencia. Al segundo, se alejó del ventanal. De él—. Bueno, le dejo solo para que pueda leer tranquilamente.

Ricardo la siguió y le pidió que se quedara. No le molestaba tener compañía mientras leía. Y aún menos si era la suya, le dijo al alcanzarla en la puerta.

—Hay mucho que hacer en la residencia y en la casa —se excusó la señora Lledó.

—¿Huye de mí para no sentirse tentada a volver a saltarse cierta norma? —la provocó él.

Ella lo miró con una distante formalidad que no casaba con la confesión personal que acababa de hacer. Y mucho menos con aquel beso apasionado.

—No está usted en condiciones físicas de ir más allá de los besos, señor Arbona. Y tenemos un crimen por resolver. Dos, para ser exactos. Dejemos ciertos placeres para más adelante.

Y enfiló el pasillo con su andar elegante y un tanto altivo.

Ricardo sonrió para sí. La dama dejaba la puerta abierta, y no se refería a la de la biblioteca.

Volvió a tumbarse en el sofá, preguntándose si aquel «más adelante» dependía solo de su recuperación física o también de la resolución de los misterios de Xavier Riera. En el primer caso, no tardaría mucho en poder gozar de los placeres prometidos, ya que una costilla magullada no era un impedimento para hacer el amor. Iría al hospital esa misma tarde para que le echaran un vistazo y le recomendaran un tratamiento adecuado que acelerase la curación.

Pero si abarcaba los crímenes, el asunto se alargaría.

O no. Al día siguiente darían un paso más. El tal Ramón Sureda quizá aportara la clave para averiguar la verdad o, como mínimo, una pista a la que agarrarse para seguir investigando.

O, con suerte, desenmascararía a la intrigante Yvette Faure.

15

A las once en punto de la mañana del miércoles sonó el timbre de la entrada privada. Blanca esperaba impaciente ese sonido, y no solo por lo que pudiera revelarle Ramón respecto a aquella fotografía. Necesitaba dejar de pensar en el beso del escritor.

No pudo resistirse a incumplir la norma que ella misma había impuesto. Tanta provocación y tanto juego seductor la empujaron a concederle —y concederse— aquel capricho pensando que, así, las insinuaciones terminarían. Y ahora tenía un problema: había disfrutado mucho besando a su huésped y deseaba más. Él, en cambio, le había pedido que se quedara a hacerle compañía mientras leía. No daba la impresión de querer más. Quizá repetiría como entretenimiento si ella se lo ponía fácil, pero entretener de ese modo a un hombre no iba con su forma de ser. Y corría el riesgo de que ese hombre en concreto le gustara todavía más, así que lo mejor era olvidarse del beso. Al menos, hasta que el riesgo desapareciera.

Inspiró hondo para calmar sus nervios antes de abrirle la puerta a Ramón.

Saludos, dos besos en las mejillas… Las ojeras que traía el marido de Montse concordaban con la respuesta que él le dio cuando ella le preguntó cómo le había ido el viaje.

—Ha sido agotador, pero creo que he solucionado el problema. Más o menos. ¿Cómo estás tú? Montse me dijo que llamaste para hablar conmigo otra vez. ¿Sigues obcecada con la muerte de Xavier?

—Un poco sí, la verdad.

Con una sonrisa cariñosa, Ramón le tendió un sobre grande de papel manila.

—Te he traído las revistas de moda.

Blanca dejó el sobre en la consola del pasillo, junto al teléfono. Su

interés por los nuevos diseños de ropa estaba aparcado temporalmente. Le dio las gracias y enlazó su brazo, dispuesta a acompañarlo hasta el despacho. Allí aguardaba la vieja fotografía, sobre la mesa de aquella estancia ubicada entre la recepción y el excusado para los huéspedes.

El largo corredor le proporcionó el tiempo suficiente para aclararle el motivo de aquella llamada telefónica y comentarle lo preocupada que estaba su esposa por él, concretamente por la cantidad de horas que trabajaba y su negativa a contratar a otro comercial que se ocupara de las exportaciones a Francia. Comenzó por esto último.

—¿Y quién os traería las revistas a Montse y a ti? —bromeó Ramón.

—Bah, qué tontería. Podríamos comprarlas aquí. Tardan un poco en llegar, pero acaban llegando. Respecto a mi llamada del domingo, fue porque me enteré de que tengo un huésped que estudió en las Escuelas Pías de Sarriá y que se acuerda mucho de Xavier y de ti.

—¿Te refieres a Ramírez? —se sorprendió él—. ¿El ilustrador que se hace llamar Milo es el Emilio Ramírez de los escolapios?

—El mismo.

Ramón se echó a reír y admitió haberlo pensado cuando vio su nombre en el primer recibo que contabilizó del artista, pero dedujo que no lo era al pasar el segundo, ya que el tontorrón de Ramírez no se había hecho notar de ninguna forma. Blanca lo regañó por el epíteto despectivo y le sugirió que no se lo tomara tan a risa.

—¿Por qué no? Es gracioso que haya venido aquí. Qué coincidencia, ¿no?

—Eso dice él, pero podría no serlo. Podría estar planeando matarte —le advirtió en base a la hipótesis, casi descartada, de que el ilustrador fuese el asesino.

Otra carcajada de Ramón hizo que ella puntualizara que hablaba en serio, que no estaba exagerando. El hombre se detuvo en seco y la miró como si se hubiera vuelto loca. Como se hallaban ya frente a la puerta del despacho, Blanca la abrió y lo instó a entrar. En

cuanto la cerró, le reveló el odio y el rencor que Emilio Ramírez guardaba hacia los compañeros de internado que le habían amargado sus años de estudiante.

—Vaya, no sabía que le hubiera afectado tanto. Es verdad que fue el blanco de nuestras gamberradas, pero eso no… Espera un momento. —Atónito, balbuceó—: ¿No habrás… no habrás pensado… que él… disparó a…?

—Pudo hacerlo, ¿no crees?

—Madre de Dios… —murmuró, llevándose una mano a la cabeza. La otra aún sostenía el sombrero, que dejó sobre la silla situada frente a la mesa del despacho. Colgó el abrigo del respaldo y vio la fotografía—. ¿Qué… qué es eso?

—Ah, la he puesto ahí para que no se me olvidara enseñártela —sonrió Blanca, fingiendo entusiasmo. Aparcó la amenaza de Milo y se situó junto a Ramón—. La encontré el otro día, ordenando las cosas de Xavier. ¿Recuerdas a las chicas que están con vosotros?

Él tomó despacio la imagen, con una extraña cautela, y ella captó el movimiento de la nuez masculina, que subió y bajó como si su amigo tragara saliva. El primer comentario del hombre destiló añoranza.

—Tiene muchos años.

—Diez, para ser exactos. Qué guapos estabais, ¿verdad? Con esas sonrisas de felicidad… Y ellas también. ¿Las recuerdas? —insistió—. ¿Quiénes son?

—Pues… —La nuez de Ramón volvió a moverse—. Las conocimos una noche en un salón de baile al que alguien nos invitó a ir, ahora no sabría decirte quién. Al día siguiente, nos acompañaron al Louvre. Xavier quería sacar una foto de la pared donde había estado ese cuadro que robaron. Tú se la pediste.

—No. Yo le pedí que me llevara a París y él se limitó a ofrecerme una fotografía que nunca me dio. Viendo a estas chicas, comprendo por qué. Supongo que os entretuvieron lo bastante como para que

Xavier se olvidara de sacar la foto para mí. La rubia que está a su lado, ¿era su amante?

—¡No! No, no, por supuesto que no.

—Me has contestado tan rápido que no sé si creerte.

Ramón la miró a los ojos y se reafirmó en su respuesta. Parecía sincero.

No lo pareció tanto cuando desvió la vista y, soltando la fotografía, le dijo que solo volvieron a ver a aquellas chicas en un par de ocasiones y que ni se acordaba de sus nombres. Blanca quiso refrescarle la memoria y sugirió que la rubia podría llamarse Yvette. Él, que ya rodeaba la mesa con la clara intención de soslayar ese tema y ponerse a trabajar, alzó la mirada de nuevo hacia ella, desconcertado, para posarla luego en la instantánea. Le dio la vuelta al papel fotográfico. El desconcierto aumentó.

—¿He acertado, Ramón? No sabes cuánto me alegro.

—Pero si aquí no pone…

—Nada, salvo una fecha —completó ella.

—¿Y cómo… cómo has sabido…?

—Y decías que no te acordabas —señaló Blanca con suavidad, aunque estuviera deseando agarrarlo de las solapas y gritarle la pregunta que se esforzó en pronunciar en tono calmo y comprensivo —. ¿Por qué me mientes, Ramón?

Esta vez, fueron las dos manos las que el hombre se llevó a la cabeza. Su repeinado cabello quedó aplastado del todo. Y contratacó.

—¿Y tú? Tengo la impresión de que me estás ocultando algo.

Sí, un crimen. A él y a casi todo el mundo. Y el cadáver correspondiente, claro. Pero ocultarle un delito al mundo y las pruebas del mismo era totalmente diferente a mentir a un amigo. Cierto era que la franqueza y la amistad no siempre iban de la

mano, razón por la cual Blanca brindaba la suya a tan pocas personas. Exigía un mínimo de sinceridad en sus amistades, y, en ese momento, se la exigió al socio de su marido.

—Xavier está muerto, Ramón. Si tuvo una amante, dímelo. No me enfadaré ni me pondré a llorar desconsolada.

—Blanca, créeme, esa chica jamás fue importante para tu marido. No pienses más en ella, por favor.

—Me va a resultar un poco difícil, porque está aquí. Y se aloja en la habitación número 1.

El impacto que causó la noticia en Ramón Sureda fue patente. Se dejó caer en la silla del despacho con tal expresión de pánico que a Blanca hasta le dio pena. Para aplacar ese miedo, especificó que no sabía con seguridad si era la misma Yvette, pues la huésped negaba serlo, y que no podría cruzarse con ella esa mañana porque había salido. Lo invitó a pasarse por la residencia antes de cenar, y así también podría saludar a Milo.

—Gracias, pero voy a estar muy ocupado toda la semana —rehusó él, tras aflojarse el nudo de la corbata—. Además, si temes que Ramírez quiera… —carraspeó— matarme, quizá debamos acudir a la Policía. Podemos ir ahora mismo.

—¿Para qué? El caso de Xavier está cerrado y archivado, no van a reabrirlo. Y en cuanto a que tú corras peligro de muerte… —Se encogió de hombros—. Ve con cuidado.

Sin decir más, Blanca salió del despacho y le faltó tiempo para llamar a la puerta de la habitación 2. Halló al escritor ejerciendo su oficio. Así lo indicaban el cuaderno abierto sobre el buró y una elegante pluma Parker negra y dorada, sin el capuchón, que alcanzó a ver desde el umbral; aunque él no la estaba utilizando en ese momento, sí ocupaba la silla del escritorio.

—Disculpe que le interrumpa, señor Arbona, solo será un minuto. ¿Puedo entrar?

—Adelante, cuénteme —la invitó, poniéndose en pie.

—Lo ha confirmado. La rubia de la foto es mi huésped. Ramón se ha puesto muy nervioso.

Y le resumió la conversación en el despacho mientras el escritor cerraba la pluma y guardaba el cuaderno en uno de los dos huecos libres del buró. Sobresalía unos centímetros, lo que despistó a Blanca un par de segundos. Luego, se distrajo otro par con la camisa del hombre y lo bien que se amoldaba a su torso, que no parecía constreñido como en días anteriores.

—¿Se ha quitado el vendaje de las costillas?

—Ayer me lo quitó un médico —respondió él, la mar de contento—. Después de una revisión minuciosa, me dijo que no había esguinces ni nada grave, que solo era una contusión y que la venda no ayudaría a curarla. Me recomendó que me pusiera hielo, que hiciera unos ejercicios de respiración y que tomara analgésicos, si me dolía.

—Así que Juanita no sabe tanto de heridas —comentó ella, lamentando que la albaceteña se hubiera equivocado al tratar las del escritor.

—Se maneja mejor con los muertos, desde luego, pero no lo hizo mal del todo conmigo. Ya me estoy recuperando, no se preocupe por mí. Continúe con lo de Ramón, por favor.

—Ah, sí. Pues está claro que me ha mentido. Al menos, de entrada, cuando ha negado que Yvette fuese amante de mi marido. Después ha sido muy listo y me ha dicho que ella no fue importante para él. Eso sí me lo creo. Las mujeres no eran una prioridad para Xavier.

Su colaborador en la investigación le expuso entonces su teoría de la amante obsesiva y posesiva. Blanca lo escuchaba al tiempo que contenía el impulso de empujar aquel cuaderno hasta el fondo del hueco del buró. No era una maniática del orden y la perfección, pero el caos en su vida esos últimos días parecía demandarle equilibrio y armonía a su alrededor para compensar la agitación de su mente.

Y de su cuerpo. Desde el beso de la mañana anterior, le costaba mirar a su huésped y no pensar en el momento en que tuviera la

maleta en la puerta. Entonces sí podría lanzarse a por más besos y lo que siguiera. El riesgo sería mínimo, ya que él se marcharía después de acostarse con ella (esperaba llegar a eso) y fin de la historia. Una sola vez se la podía permitir, se decía Blanca. Sin opción a repetir, olvidaría pronto al escritor y continuaría con su vida.

Pero aún faltaban diez días para que regresara a Madrid, por lo que procuraba centrar la mirada en cualquier cosa antes que en el donjuán magullado que le resultaba tan magnético. Y aquel cuaderno mal colocado acaparaba su atención visual.

—Su teoría no me convence, señor Arbona. ¿Y qué hay del hombre con el que se cruzó Santoni al volver de su paseo?

Ya no aguantó más. Empujó el cuaderno.

No se movió ni un centímetro.

Volvió a empujarlo al tiempo que murmuraba:

—¿Por qué no entra? Debería…

—¿Qué hace?

Blanca omitió responder. Era evidente lo que hacía. Sacó el cuaderno y se inclinó para escudriñar el hueco.

—Debería caber. Los libros caben en los compartimentos de arriba —observó ella—. Y ese otro cuaderno también.

—Pues ponga este en el que queda libre, si da igual.

—No, no da igual. —Metió la mano y tocó fondo enseguida. Comprobó el otro hueco vacío. Era menos profundo—. Qué raro.

—¿El qué?

—Todos deberían tener la misma profundidad. Yo compré este buró y recuerdo que examiné cada centímetro cuando lo trajeron —le explicó, al tiempo que vaciaba los compartimentos y los iba comprobando uno a uno—. Era una pieza cara, de diseño exclusivo,

y quise asegurarme de que no había sufrido daños con el transporte. ¿Cómo es posible que…?

—¿Me permite? —le pidió Ricardo, y tomó su pluma—. Silencio. Ni siquiera respire.

El escritor dio unos golpecitos con la estilográfica en el fondo del misterioso hueco. Luego golpeó otros tres y repitió en el primero. Sonaba diferente al resto. Blanca comprendió lo que significaba.

—Hay un doble fondo.

—Eso parece.

—Y no lo había.

—Este escritorio pertenecía a su marido, ¿verdad?

Ella lo confirmó con un gesto de cabeza. La conclusión era obvia:

—Xavier se construyó un escondite secreto. ¿Para qué? ¿Qué quiso ocultar con tanto celo?

—¿Dinero? ¿Alguna joya especial? ¿Algo por lo que se vio en la necesidad de simular su muerte?

—Abrámoslo —decidió Blanca sin vacilar—. Puede que ese «algo» siga ahí. O puede que ya no, pero quiero verlo con mis propios ojos.

Y con ellos vio cómo el escritor palpaba en el interior del hueco en busca de algún modo de acceder al compartimento secreto. Acto seguido, el hombre examinó los adyacentes, los cajones y hasta se metió debajo del mueble. Finalmente sugirió el sencillo método de hacer palanca, a riesgo de dañar la madera.

—De acuerdo —accedió ella—. ¿Con qué?

—Un abrecartas serviría, pero aquí no hay ninguno.

—Voy a por uno.

—No me traiga el del crimen, si es posible.

Blanca alzó la mirada al cielo. Sin comentarios.

Se dirigió al despacho. Ramón se sobresaltó al verla entrar con tanto ímpetu.

—¡Blanca! ¿Qué ocurre?

—Necesito el abrecartas.

—Ah.

Ella no le dio tiempo a decir más, ya lo cogía de la mesa.

Estaba a punto de salir cuando cayó en la cuenta de que no le había preguntado nada a Ramón sobre el miércoles anterior, así que se detuvo en el umbral de la puerta.

—Una cosa más. Y perdona que te interrumpa, sé que te molesta cuando estás trabajando, pero…

—Tú nunca molestas, Blanca. Dime.

—La semana pasada, después de que Juanita se marchara, ¿oíste algún ruido extraño en la casa?

—No. ¿Por qué?

—¿Y te fuiste a las doce, como siempre?

—Sí, claro.

—Gracias. Solo era eso.

Blanca volvió con rapidez a la habitación número 2. El escritor se puso manos a la obra. En menos de un minuto había desencajado la pieza rectangular de madera que no venía con el mueble original y le cedió a ella el cometido de comprobar si había algo en aquel escondrijo.

Una simple mirada le bastó para distinguir un sobre en un lateral, como si estuviera pegado ahí. Al ir a sacarlo notó que contenía algo duro al tacto. Y una cierta resistencia: un extremo de la hoja había

quedado incrustado en el ángulo que formaba el lateral del compartimento con la base. Lo extrajo con cuidado de no romperlo y vio el membrete de la corchera impreso en el frente. No había más señas. Impaciente, le dio la vuelta y sacó la solapa encajada en el interior al tiempo que miraba lo que aquel sobre escondía.

—Una carta y ¿una llave?

El objeto de bronce que le había extrañado fue lo primero que sacó.

El escritor expresó lo que ella estaba pensando.

—Parece de un cajón.

—Sí, es pequeña para ser de una casa. Pero aquí no hay ningún cajón con cerradura, ni en el buró ni en el armario.

—¿Podría ser de alguno del despacho?

—Los que estaban cerrados con llave la tenían puesta el día que estuve allí. No recuerdo haber visto nada que no pudiera abrir.

—Quizá la carta nos aclare para qué sirve —indicó él.

—Tiene razón —murmuró Blanca, y dejó la llave sobre el buró para comprobarlo.

En cuanto sacó del sobre la cuartilla doblada, supo que era una carta de amor.

Una carta escrita en francés.

* * *

Las palabras «mon amour» en la segunda línea de la carta impactaron en las retinas de Blanca. El encabezado, «Mon chère Xavier», no dejaba lugar a dudas sobre quién era el afortunado destinatario de ese amor.

Una primera lectura rápida de la breve misiva —ocupaba solo una cara de la cuartilla— hizo que Blanca necesitara sentarse. El escritor debió de percibirlo, pues se apresuró en acercarle la silla que había apartado del escritorio cuando buscaba cómo abrir el doble fondo de aquel compartimento.

—Se ha puesto pálida de repente. ¿Malas noticias?

Ella, sin apartar la vista de la cuidada caligrafía, articuló despacio y a media voz:

—La dejó embarazada.

—¿A Yvette?

—Eh… —Descifró la firma—. No, a Denise.

—¿Conoce a alguien con ese nombre?

Blanca negó con la cabeza mientras releía la carta con calma y en silencio.

La tal Denise parecía feliz con su nuevo estado. No tanto con la distancia que la separaba de su amado. Lo echaba de menos, pero comprendía que él no pudiera mudarse a París de inmediato. En su próximo viaje hablarían del futuro. Había tiempo, solo estaba de tres meses.

Las pupilas de Blanca volaron hacia la fecha de la carta: 16 de diciembre de 1913.

A pesar de su escasa habilidad para los números, calculó que aquella criatura, si había nacido, tendría ahora siete años. Al momento, se percató de que se había precipitado en su conclusión. La situación de Francia en la primera etapa de crecimiento de aquel hijo que Xavier engendró con otra mujer había puesto fin a muchas vidas. ¿Y si la guerra también se llevó la de la inocente criatura?

Absorta en sus pensamientos e incapaz de discernir si sentía pena, furia, dolor o alivio notó una mano cálida y reconfortante en un hombro. La voz de Ricardo Arbona sonó a su espalda, profunda y compasiva.

—Lo siento. Aunque su matrimonio no fuera bien, esto es un golpe difícil de encajar.

—Es… extraño —definió ella y, alentada por el sincero consuelo que le brindaba su huésped, confesó—: Porque me siento engañada, y eso me da rabia. Pero también me alivia saber que con toda probabilidad sí hubo un motivo de peso para que Xavier nos abandonara de la forma en que lo hizo.

—Bueno, la forma fue un poco bestia. Y perdone por la palabra.

La disculpa curvó ligeramente los labios de Blanca, que ya se recuperaba del aturdimiento y de la flojera muscular.

—Es bastante acertada, no me pida perdón. Incluso se queda corta. Fue una atrocidad —precisó con pesar. La mano reconfortante ya no estaba en su hombro, pero el escritor permanecía a su lado, transmitiéndole confianza—. Una atrocidad con la que Xavier se aseguraba de que no le buscaríamos. Si hubiera desaparecido sin más un día cualquiera, su familia habría removido cielo y tierra hasta encontrarlo. Incluso yo. Y le habríamos fastidiado su nueva vida con su amante y… con ese hijo que menciona en la carta. —La dobló de nuevo, la dejó en el escritorio, junto al sobre y la llave, y reordenó su mente enfocándose en los hechos y en lo deducible—. Mantenían correspondencia. La mujer debía de enviarle las cartas al despacho, porque aquí no llegaban. Yo las habría visto. Xavier se deshacía del sobre enseguida, quizá para que Ramón creyera que provenían de un cliente, y se las traía a casa para guardarlas en ese escondrijo que no sé cuándo ni cómo lo hizo. Las criadas tenían orden de no tocar nada del buró al limpiarlo.

—Con el fin de evitar que descubrieran ese doble fondo por accidente —concluyó el hombre. Rodeó la silla y se situó frente a ella—. Creo que acertó usted en lo del alojamiento en París. Probablemente no había facturas de aquellas semanas porque su marido dormía en casa de su amante. Y me pregunto… ¿La tal Denise podría ser Yvette? Quizá usaba un nombre falso en las cartas.

Blanca se levantó y comenzó a deambular por la habitación, mientras reflexionaba, recopilando los datos significativos que

conocía de la guionista: dejó los estudios en la universidad para trabajar en las Galerías Lafayette —¿tal vez porque se quedó embarazada?—; pero luego cambió las galerías por la fábrica de automóviles. Si tuvo a la criatura, podía dejarla al cuidado de la señora Faure mientras ella aprendía mecánica. Sin embargo…

—Yvette vivía con sus padres y hermanos en esa época, y no imagino a Xavier presentándose periódicamente en la casa de su amante para acostarse con ella delante de toda la familia. Y esa locura de querer ser espía… ¿Con un bebé a su cargo?

—Está dando por hecho que la criatura nació, pero puede que…

Ella se detuvo y alzó una mano a modo de escudo al tiempo que cerraba los ojos y negaba con la cabeza; no quería ni pensar en aquella funesta posibilidad. Buscó otra con rapidez.

«Blanca, créeme, esa chica jamás fue importante para tu marido».

La afirmación de Ramón le ofrecía una alternativa. Una que también explicaría por qué Xavier conservaba aquel recuerdo del Louvre.

—Denise podría ser la otra chica que aparecía en la fotografía. La chica por la que Yvette no preguntó.

—Podría ser, sí. En ese caso, el señor Sureda la conoce. Aunque quizá no sepa que mantenían una relación, si su esposo le ocultaba que se carteaban.

—Por la reacción que ha tenido Ramón al ver la foto, yo diría que algo sabe. Pero jamás lo admitirá, ni siquiera si le enseño esa carta. Los hombres suelen ser muy leales a sus amistades, no las traicionan con tanta facilidad como las mujeres. Ramón se llevará a la tumba cualquier confidencia que mi marido le hiciera —sentenció Blanca, y se sentó en el borde de la cama, fijando la mirada en la cuartilla sobre el buró—. Pero sí se la enseñaré a Yvette. Tanto si la chica de la fotografía es Denise como si no, creo que podrá contarme mucho más sobre la amante de mi marido que lo que Ramón debe de saber. ¿Le gustaría estar presente cuando le muestre la carta, señor Arbona?

Ricardo aceptó encantado. Ya que el reciente descubrimiento mandaba al garete su espeluznante teoría de la amante obsesiva y despechada —la anotaría como idea para una futura novela—, necesitaba elaborar otra. Cuanta más información tuviera de primera mano, mucho mejor. La que le aportaba la señora Lledó al relatarle sus conversaciones podía omitir, sin querer, algún detalle importante o quedar tergiversada por el punto de vista de la mujer.

Mujer que, en ese momento, soltaba un largo y profundo suspiro.

Él comentó:

—Parece haberse quitado un gran peso de encima.

—La culpa es una carga muy pesada.

—¿Y esa carta la ha liberado de ella?

—En parte sí. Siempre he creído que yo era la culpable de que mi matrimonio fracasara, que no supe recuperar el amor que desprecié durante un tiempo. Ahora veo que mis esfuerzos caían en saco roto. Xavier ya había encontrado a otra mujer a la que amar.

—En lugar de esforzarse él en recuperarla a usted.

—No puso mucho de su parte, es cierto. Y yo desistí. Me conformé con una relación más o menos cordial. Después de todo, era lo que…

Calló. Ricardo se sentó al lado de ella y, rememorando la mañana anterior en la biblioteca, aventuró:

—¿Lo que merecía?

Más silencio. La viuda volvió la cabeza hacia él y escudriñó en su mirada, que la invitaba a romper ese silencio.

Blanca llevaba una eternidad sin hablar del embarazo que no llegó a buen fin. El tercero y último, porque la dejó tan hundida que no quiso más. Echó a Xavier de su cama durante meses. Fue cuando él se instaló en la habitación en que ahora se encontraba, sentada junto a aquel huésped que la escuchaba. Un extraño. Apenas sabía

nada de Ricardo Arbona, pero a veces era más fácil desahogarse con un desconocido. Y lo hizo. Verbalizó la culpa que la reconcomía y que le había estado susurrando: «No mereces más, no mereces más, no mereces más…» reiteradamente desde que superó la apatía en la que se sumió tras la pérdida del que hubiera sido su tercer hijo. Aquella carta había removido cierta parte de su pasado.

Hubo períodos buenos en su relación con Xavier después de su recuperación anímica, pero nunca volvió a ser como al principio. La delicia de los primeros años de matrimonio se convirtió en un bonito recuerdo como el que deja un viaje maravilloso; aunque intentes repetirlo regresando al mismo lugar, ya nada es igual. Y ella lo intentó. Xavier regresó a su cama una temporada, pero las sensaciones eran distintas. A veces, incluso nulas, dejándole un poso amargo. Y la comunicación flaqueaba día sí, día no. Los días «sí» se multiplicaron cuando su padre falleció.

—No quise dejar sola a mi madre en la casa de San Feliu y me la traje aquí —continuó relatándole a su huésped, que no la interrumpió ni una sola vez—. A mi marido le molestó. Fue unos meses antes de esa carta. Aquella Navidad, la de 1913, la pasamos sin él. Un viaje imprevisto de trabajo, me dijo una semana antes, y que procuraría volver para Fin de Año. No apareció hasta pasado el Día de Reyes. Me enfadé. Le eché en cara haber organizado ese viaje a propósito para estropearnos aún más la primera Navidad sin mi padre. —Se dirigió hacia el buró y cogió la carta—. Está claro que no pensó mucho en nosotros ni en estropearnos nada al marcharse de improviso, sino en Denise y el problema que se le avecinaba.

—Para el que no dio con la solución hasta que terminó la guerra —observó el hombre, de nuevo a su lado.

Blanca no le había oído acercarse, absorta como estaba en todos aquellos recuerdos. Los relegó a un segundo plano y, con la mirada fija en la firma de la misiva, conjeturó:

—Debió de perder la cabeza por esa mujer. El Xavier que yo conocía no… —Las palabras se le trabaron al asimilar una realidad indiscutible. Volvió a dejar la cuartilla sobre el escritorio y cruzó un brazo sobre el otro, laxo y pegado a su cuerpo—: Nunca se conoce

de verdad a una persona, ¿no es cierto? Por muchos años que convivas con ella.

—No es fácil. Todos ocultamos una parte de nosotros mismos.

Blanca alzó la vista hacia su huésped y amagó una sonrisa.

—Miedo me da pensar en la que oculta usted, si le gusta escribir sobre crímenes.

—Quizá sea una manera de expresar mi ira contra el mundo.

—Seguro que es mejor que reprimirla, como hago yo —admitió ella, con una mezcla de enojo y pesar.

— Y, de hecho, lo que más me gusta es resolverlos. Ya que no puedo acabar con la maldad que nos rodea, me doy la satisfacción de hacerlo con mis detectives inventados, supongo. Pero volvamos a su marido —propuso el escritor con interés.

—Un claro ejemplo de esa maldad, ¿no es así?

—No exactamente —concedió él—. Según usted, su esposo no era un hombre cruel ni violento, así que coincido en que debió de perder la cabeza por la tal Denise. Planear la muerte de alguien no es propio de una mente sana. Si, además, el único fin es fugarte con una amante, hay que ser muy retorcido. Y frío de corazón. Dudo que la tranquilidad de saber que la familia no irá en tu busca compense el cargo de conciencia y el sentimiento de culpa.

Blanca opinaba lo mismo. Sin embargo, el carácter retraído y desconfiado de su esposo se había agravado con el paso del tiempo, llegando a rozar a veces una frialdad sobrecogedora que bien podría sustentar una mente retorcida y sin espacio para el remordimiento.

Se estremeció por dentro al pensar que había convivido con alguien tan peligroso sin darse cuenta. Y se rindió a la evidencia.

—Empiezo a asumir que Xavier empuñó el arma que destrozó el rostro de Paquito.

—Lo lamento. No tanto como usted, desde luego —se apresuró en

añadir—, pero creo que debería alegrarse de que su marido eligiera desaparecer en lugar de enviudar. Eliminarla a usted le habría dado la libertad de traerse a su amante a Barcelona y convertirla en su nueva esposa.

Otro estremecimiento recorrió la espalda de Blanca, que cuadró los hombros para dominarlo y señalar:

—La explicación era innecesaria, señor Arbona. Sé lo que significa el verbo enviudar.

—Discúlpeme. Solo pretendía animarla un poco. Veo tristeza en sus ojos, y no me gusta. Podría borrarla de otro modo, pero… —Fijó la mirada en la boca de ella—. No sé si es un buen momento.

Tercera sacudida. Esta, sin embargo, no la causó un pensamiento horrible ni comenzó en la columna vertebral, sino uno muy agradable que le hormigueó en los labios y descendió hasta su vientre. Una agitación interna que reclamaba ese beso ofrecido con cautela verbal y descaro visual. La tentación de aceptarlo era grande, pero el motivo del ofrecimiento sonaba tan patético que…

—No, no es un buen momento. Lo último que necesito ahora es a un donjuán compasivo intentando consolarme. Aparte de que no es tristeza lo que siento exactamente, sino desconcierto —quiso matizar—. Asumir que estuve casada con un asesino no es fácil para mí. Sobre todo, cuando eso no explica qué hacía aquí el miércoles pasado y cómo acabó. Porque si fue Xavier quien disparó a aquel pobre murciano, ¿quién lo apuñaló a él?

La pregunta quedó en el aire debido a la interrupción de la criada, que se asomó por la puerta de la habitación para saber si el escritor comería con los otros huéspedes. «Con los hombres», especificó, pues la francesa no iba a llegar hasta media tarde. Acababa de telefonear para avisar.

—Y el señor Sureda la buscaba hace un rato para despedirse de usted, doña Blanca. Se ha ido a la hora en punto, ¡cómo no! Ah, y le he dejado en su cuarto ese sobre que le ha traído con las revistas.

—Gracias, Juanita. Respecto al señor Arbona…

—Ya estoy en condiciones de sentarme a la mesa. ¿Le gustaría acompañarnos, señora Lledó? Sería un placer.

—No, gracias. Nunca lo hago.

—También puede saltarse esa norma —sugirió él—. Le vendrá bien distraerse un rato.

Y Blanca decidió saltársela. Así, las horas de espera hasta la llegada de Yvette Faure serían más livianas. ¿Por qué puñetas salía tanto esa flapper?

16

En cuanto Yvette Faure regresó al caer la tarde, Blanca, que la esperaba en la recepción para que no se le escapara, la condujo a la biblioteca.

—Uy, qué seria estás. ¿No puedo ni dejar el abrigo en la habitación?

—Ya lo dejarás después de que hablemos.

—Ciel! Qué prisas —rio la guionista—. Ah, bon soir, Ricardo. ¿Cómo estás hoy?

El escritor se levantó del sillón orejero, donde había estado aguardando su llegada.

—Mucho mejor.

Blanca cerró la puerta y echó la llave, dispuesta a acorralarla. Solo le concedió los segundos que la alegre y engañosa joven empleó en quitarse el abrigo y tirarlo despreocupadamente sobre el brazo del sofá.

—Me mintió, Yvette. Ramón Sureda la ha identificado en la fotografía.

La alegría se esfumó de su rostro, que expresó con cierta resignación:

—Tenía la esperanza de que no lo hiciera, pero ya había decidido admitir la verdad, si lo hacía. Bon… —Suspiró—. Pues sí, la rubia de la fotografía soy yo. Y, aunque no me creas, jamás me acosté con tu marido ni con su amigo.

—Sí te creo —la tuteó Blanca, agradecida por aquel rápido cambio de actitud.

Se había preparado para un enfrentamiento que, al parecer, no iba a producirse. La tensión acumulada durante la espera remitió y, a fin de propiciar el diálogo pacífico para obtener más información, le pidió disculpas por haberla acusado de ser la amante de Xavier. Ahora sabía que ese papel le correspondía a una mujer llamada Denise.

Yvette, claramente sorprendida al oír ese nombre, le preguntó si Ramón le había hablado de Denise.

—No, pero el señor Arbona y yo hemos encontrado esto. —Blanca le tendió la misiva—. Y nos gustaría saber la historia que hay detrás, por si ayuda a esclarecer los crímenes que investigamos.

—Dudo que sirva de algo lo que pueda contaros —manifestó la guionista con la mirada en la cuartilla, como si la estuviera leyendo—, o ya habría descubierto yo quién apuñaló a Xavier. También he estado indagando, aunque con más discreción que vosotros. ¿Por qué otro motivo iba a salir tanto con Daniel? Es mi principal fuente de información, aparte de sospechoso. Mon Dieu… —pronunció en tono de lamento—. ¿Cómo se le ocurrió a tu marido conservar esto aquí?

—Lo escondió muy bien. Y creo que había más cartas en el lugar donde hemos encontrado esta, pero Xavier debió de deshacerse de ellas en algún momento.

—No, se las llevó a París. Mi amiga Denise, Denise Duval, me comentó que las traía consigo cuando se instaló en su casa. Ella misma las guardó cuando lo ayudó a deshacer la maleta.

—¿Y eso fue…? —preguntó el escritor.

El primer fin de semana de febrero de 1919. Mientras decenas de personas pasaban por el velatorio de Xavier Riera, él llamaba a la puerta de su amante para anunciarle que se mudaba a París. Un maletín era todo su equipaje. No necesitaba más, le dijo a Denise. Había dejado su empleo de comercial en Barcelona, y a su hijo a cargo de la hermana que lo cuidaba desde que enviudó.

—¿Perdón? —la interrumpió Blanca, confusa—. ¿Has dicho «enviudó»? ¿Quién? ¿Y de qué hermana hablas?

—Todo era una mentira. Una gran mentira. Me di cuenta al llegar aquí, y ahora no sé cómo explicárselo a mi amiga. Ni cómo decirle que Xavier ha muerto. Ella cree que está de viaje por trabajo. Aunque teme que le haya ocurrido algo malo, porque no volvió el día que debería haber vuelto ni ha tenido noticias suyas.

—Aclárame lo de la gran mentira, Yvette, por favor.

—El apellido, para empezar. ¿Podemos sentarnos?

Antes de que a Blanca le diera tiempo a responder, la guionista se acomodaba en el sofá, dejaba la carta sobre la mesa de centro y palmeaba el asiento a su lado, instándola a ocuparlo. La compasión que percibió en los ojos azules que la miraban la frenó. Ella quería datos, no piadosa sensiblería. Detestaba dar lástima, y a punto estuvo de quedarse de pie para demostrar su fortaleza, pero cayó en la cuenta de que no solo se estaba compadeciendo de ella, sino también de su amiga Denise.

Sobre todo, de su amiga, dedujo al recordar cierta pregunta de la flapper, dos noches atrás: aquel sospechoso interés —que ahora comprendía— por saber si amaba a Xavier. La respuesta que Blanca le dio insinuaba que el amor se había ido apagando con los años, así que su huésped no tenía motivo para pensar que había sido la más desafortunada de las dos mujeres de Xavier Riera. Bien. Ya podía sentarse a su lado sin sentirse como una pobre viuda engañada implorando consuelo.

Bueno, engañada sí se sentía, pero solo quería que Yvette le aclarara aquello de la gran mentira. Y la chica comenzó en cuanto el escritor, que permanecía en pie por cortesía, volvió a ocupar el sillón.

—Tu marido se presentó como Xavier Petit, no Riera. Y dijo que era viudo y que tenía un hijo de nueve años.

—Xavi tenía esa edad en 1911, la fecha de la fotografía —calculó ella.

—Lo sé. En eso no mintió. Y tampoco respecto a su familia del Ampurdán, por lo que me ha contado tu hija sobre los Riera: la

abuela Celia, los tíos y primos… Sin embargo, jamás mencionó a Eulalia ni reveló el nombre de su difunta esposa, solo que había fallecido poco después de nacer Xavi. Entonces, su hermana soltera se había hecho cargo del pequeño. Una hermana que no existe.

—Xavier tuvo una, pero murió muy joven y Eulalia no sabe nada de ella.

—Entonces, imagino a quién te refieres. Él le habló de aquella niña enfermiza a Denise cuando tuvieron a Noelle.

—Así que fue una niña —murmuró Blanca, posando la vista en la vieja carta sobre la mesa de centro.

—Non, non. Noelle nació el año pasado, por Navidad.

Una bofetada no le habría sorprendido tanto. Blanca la miró anonadada mientras el escritor preguntaba por el embarazo que se citaba en la carta. La respuesta de Yvette fue concisa:

—Julien tiene ahora siete años.

Enmudecida, Blanca oyó a Ricardo Arbona pedirle a la guionista que comenzara por el principio. ¿Se habían conocido en un salón de baile, tal y como afirmaba Ramón Sureda?

—Yo sí, pero Denise conoció a Xavier unos meses antes. En el restaurante de su padrastro. Ella ayudaba a servir mesas los fines de semana y Xavier comía a veces allí. Se gustaron nada más verse y salieron un par de domingos. Él también le mintió sobre su trabajo. Se presentó como un simple comercial de la fábrica de tapones de corcho en lugar de decirle que su familia era la propietaria de la mitad de la empresa.

El escritor intervino de nuevo.

—Supongo que inventarse una esposa fallecida y un empleo le obligó a inventar también un apellido que no lo relacionara con la empresa.

—Evidentment. Después de aquellas dos citas, la tercera fue en el salón de baile. Ramón te ha contado, en cierto modo, la verdad,

Blanca, ya que él nos conoció a las dos aquella noche. Denise me pidió que la acompañara porque Xavier estaba en París con su jefe, con el que tenía una buena amistad, y no quería dejarlo en el hotel mientras él se iba de fiesta. Acepté encantada. Tenía ganas de conocer al hombre del que mi amiga se había enamorado. Y me cayó bien, aunque hablé poco con él.

La voz masculina volvió a interrumpir el relato.

—Tu misión era entretener al supuesto jefe. En el buen sentido, me refiero.

—Y porque a Denise y a mí nos gusta mucho bailar, y eso hicimos hasta que cerraron el local. Cuando nos despedíamos, Xavier propuso ir al Louvre a la mañana siguiente. Para ver ese espacio que quedó vacío en la pared del museo después del robo de La Gioconda. Por eso nos hicimos la foto allí, como casi todo el mundo. Y acabamos pasando el día juntos. Los cuatro. No volvimos a ver al señor Sureda hasta un año después.

—Así que también sería cierto que él os vio solamente un par de veces —dedujo el escritor.

—A las dos sí, pero ha estado en París cada primavera desde que Xavier se trasladó allí.

Blanca recuperó el habla. La rabia se mezclaba con el desconcierto y con el dolor de la traición al constatar lo que ya sospechaba.

—Ramón lo sabía. Sabía que Xavier estaba vivo. Y sabía que tenía una amante desde el principio, o no le habría seguido el juego de hacerse pasar por su jefe, de ocultar que estaba casado, su apellido real… ¿Petit? —Se levantó y caminó inquieta por la sala, el resentimiento a flor de piel. Hacia los dos hombres que la habían engañado—. ¡Ja! Qué ironía elegir esa palabra como apellido falso.

—Según me contó Denise, fue un momento divertido cuando se lo dijo. Como Xavier era tan…

—Esmirriado —completó el señor Arbona con el calificativo poco halagador que utilizó Juanita ante el cadáver.

Blanca pensó que el apellido Artero habría sido más adecuado para su marido vivo. Ahora que conocía su gran mentira, no se le ocurría otro que lo definiera mejor.

Se plantó frente a Yvette con los brazos cruzados, resistiéndose a asumir su papel de idiota en aquella historia, negándose a aceptar que mereciera tanta mentira y deslealtad. Sin embargo, el dolor persistía e incidía en una parte de su mente donde una voz interior le susurraba que, en un mundo lleno de hipocresía, solo los más farsantes alcanzan sus propósitos. Por lo visto, Xavier había sido un maestro de la farsa.

—Mi marido llevó una doble vida durante años, ¿no es así? Esos largos viajes a Francia… No hay facturas de hoteles porque vivía con Denise en… ¿su casa?

—Unos meses al año, oui.

—Señora Lledó, la felicito por su intuición. Acertó de lleno la tarde que hablamos de aquellas facturas que echaba en falta. —La admiración expresada por el escritor, sin embargo, no se reflejaba en su sonrisa condescendiente—. Pero yo no llamaría a eso «doble vida». Simplemente, su marido pasaba unos días con su amante cuando el trabajo le permitía hacerlo.

—No le defienda, señor Arbona —se indignó Blanca—. Xavier mintió a esa mujer y nos engañó a todos nosotros, a su familia, y acabó organizando su falsa muerte para poder irse con ella y con su hijo.

—Estoy seguro de que no es el primer hombre que abandona a su esposa con el fin de convivir felizmente con su amante.

—Por Dios… —murmuró ella, y se dirigió a la guionista—. Usted me comprende, ¿verdad?

—Los dos tenéis razón. Es cierto que legalmente no se podría acusar a Xavier de llevar una doble vida, pero la realidad es que la ha llevado durante más de dos años. En cuanto le concedieron la carte de résidence, Xavier y Denise se casaron.

Blanca volvió a sentarse. Necesitaba asimilar esa nueva información: bigamia.

El señor Arbona señaló que aquel era un delito castigado con la prisión, y Blanca se preguntó por qué entonces había regresado su marido a Barcelona, arriesgándose a ser descubierto. Mientras, Yvette relataba que era fácil conseguir ese documento de identidad francés al terminar la guerra, la carte de résidence, pues había que reconstruir el país y hacían falta hombres. Xavier Petit tenía un pasaporte con ese nombre, lo que agilizó los trámites. No obstante, Denise propuso esperar hasta el verano para casarse a fin de que la familia Petit pudiera organizar el viaje a París y asistir a la ceremonia civil, pero él le aseguró que no viajarían. Ni siquiera su hijo y la hermana que lo cuidaba. Su familia carecía de medios y él no mantenía una buena relación con ninguno de sus parientes. Salvo con su hijo.

Sin embargo, tras el nacimiento de Noelle, Denise comenzó a dudar de aquella buena relación. No habían recibido ni una sola carta de Xavi, a pesar de que Xavier le escribía periódicamente, según decía él.

—Una mentira más, desde luego —afirmó Blanca, que iba acumulando asombro.

Las intervenciones de su huésped confidente añadían unas gotas de irritación.

—Quizá no. Escribir cartas no implica enviarlas.

—¿Vuelve a defender a mi marido, señor Arbona?

—Solo pretendía señalar la diferencia entre esas dos acciones.

—Que suelen ser correlativas.

—Sí, pero no siempre lo son. Puede que el hombre escribiera esas cartas y luego las rompiera, por ejemplo.

—Oh, sí, claro. —La ironía en el tono de Blanca era patente—. O que se fabricara un escondite en algún mueble de su hogar parisino y las guardara allí como recuerdo. Por ejemplo —repitió con retintín—. Por el amor de Dios… Deje de defender lo indefendible.

—Siento que le haya parecido eso. Mi única intención era demostrarle que domino bastante el vocabulario. Como usted me dijo una vez que, para ser periodista y escritor, no utilizaba las palabras con demasiada precisión…

Ella tardó unos segundos en recordar cuándo le había dicho eso y por qué.

El viernes anterior, de camino al Edén Concert.

«… nunca desaprovecho la oportunidad de arrimarme a una chica bonita».

La sonrisa traviesa con la que él la miraba la descolocó tanto como que sacara a relucir aquel comentario. No entendía a qué venía, y precisamente cuando Yvette estaba contando de forma prolija los detalles que aclaraban la desaparición de Xavier. Y se le desató la lengua.

—¿Quiere palabras precisas? Mi marido fue un cabrón y un desalmado, y usted se comporta como un imbécil.

—¿Por hacer de abogado del diablo?

—No me hace falta ninguno. Y no trate de justificarse cambiando el argumento. Cállese para que Yvette pueda continuar. —Y se dirigió a ella—. Decía que a su amiga le extrañó no recibir cartas de mi hijo. Del de su marido —se corrigió—. Que también es el mío. Bueno, cartas de Xavi.

—Sí. Le preocupaba que la buena relación entre los dos se hubiera estropeado por su culpa y que Xavier no se atreviera a decírselo. Para comprobarlo, lo animó a celebrar las pasadas navidades en Barcelona, con su hijo y la familia que había dejado allí. C'est à dire, aquí. Ella se quedaría en París con Julien y Noelle. Denise sabía que no sería bien recibida por los Riera.

«Una mujer intuitiva», pensó Blanca, y le preguntó a Yvette qué excusa había inventado él para no viajar, ya que no podía aparecer de repente como si hubiera resucitado de entre los muertos. Por muy católicos que fuesen los Riera, no creían en milagros. Exigirían

una explicación razonable que Xavier no podría dar sin desvelar la verdad. Y tampoco podría regresar a París después de Navidad sin provocar un cataclismo familiar.

Le sorprendió la simpleza de la respuesta y que, en parte, fuese cierta. Xavier alegó que su hijo celebraría las navidades en el Ampurdán (era verdad que solían pasar las fiestas en la masía, aunque solo un par de días) y que él allí sería un estorbo. E insistió en que no tenía ninguna importancia que no fuera muy aficionado a escribir cartas, que ya estaba al corriente, gracias a Ramón, de lo que hacía Xavi.

Pero a la amiga de Yvette no le bastó con eso.

—El padre de Denise se esfumó de la noche a la mañana cuando ella era pequeña —prosiguió la flapper—. Sabía lo que siente un niño abandonado y no quería que Xavi sintiera algo parecido por su culpa. La vi tan afectada que me ofrecí a viajar a Barcelona para averiguar qué pasaba realmente entre el padre y el hijo. Yo llevaba tiempo sospechando que algo raro ocurría, ya que Xavier siempre despistaba cuando se le preguntaba por la dirección de su casa. La correspondencia que intercambiaban mi amiga y él desde que se conocieron iba y venía de la casa de Ramón Sureda y a su nombre.

—¿De Ramón? —se extrañó Blanca.

El escritor volvió a meter baza.

—Su deducción de que el despacho era el lugar al que llegaban aquellas cartas era errónea, señora Lledó.

—Y su intervención era innecesaria, señor Arbona, puesto que ya me he dado cuenta de ello. También de que Ramón sabe más de lo que yo creía. Continúe, Yvette, por favor.

—Bon, ya he dicho que me parecía raro que Denise no tuviera las señas de Xavier, pero él decía que en su barrio el correo solía extraviarse y que prefería que ella enviara las cartas a su amigo. Aunque también fuera su jefe. En cuanto me concedieron unos días libres en la Gaumont, vine a Barcelona, directa a la única dirección que tenía.

—Pero Ramón no sabía que tú estabas aquí —señaló Blanca—. ¿Cómo encontraste mi residencia?

—Por la criada de los Sureda. Primero hablé con la concierge del edificio para asegurarme de que Ramón no estuviera en la casa, ya que podía reconocerme y yo no quería que se enterara de que buscaba a Xavi. Tampoco estaba su mujer, así que le conté a la criada lo que me había inventado para conseguir las señas del hijo de Xavier. Le dije que yo era una amiga del chico, que venía desde muy lejos y que quería darle una sorpresa, pero que había perdido su dirección. La sorpresa me la llevé yo cuando ella dijo que Xavi vivía en Madrid con una de sus tías. Entonces, le pedí las señas de alguien de la familia que pudiera darme la de Madrid. Imagínate cómo me quedé al oír que su madre tenía una residencia para artistas en la calle Muntaner. «Su madre» —repitió con énfasis—. La mujer que Denise y yo creíamos muerta desde hacía más de una década.

Ante el silencio de Blanca, que procesaba aquella información, el escritor dejó de estar callado.

—Y decidiste alojarte aquí para averiguar la verdad sobre Xavier Petit.

—Exactement. Tú, Blanca, no me pareciste muy accesible, pero tu hija Eulalia sí. Y jamás te habría contado todo esto de no ser porque Xavier…

—Apareció asesinado en mi habitación —completó Ricardo Arbona, y recuperó el inicio de la confesión de Yvette Faure—. Has dicho que sales con el doctor Velarde para indagar sobre el crimen. ¿Has descubierto algo relevante?

—Que adora a Blanca y que haría cualquier cosa por ella.

—¿Incluso matar?

La flapper encogió un hombro y ladeó la cabeza en un gesto de duda. No quería acusar a nadie. Sin embargo, sí señaló a Daniel como posible responsable de la paliza que le propinaron al periodista. El médico atendía a todo tipo de gente en el hospital, por lo que era probable que algún paciente suyo tuviera contactos entre el hampa barcelonesa. Dado

que Blanca había ignorado sus advertencias sobre el peligro que corría al investigar el crimen de Xavier, habría buscado otra forma de hacerle llegar el mensaje y que le quedara claro. La obsesión por apartarla de la investigación podría ser debida a su deseo de protegerla o… al miedo, señaló Yvette. En caso de que Daniel fuera el asesino, debía de temer que su amada lo averiguara.

La guionista mencionó entonces un detalle que le intrigaba: las puertas del balcón abiertas.

—¿Por qué abrirlas en pleno invierno, si no iba a huir por allí? Solo una razón me parece lógica, además de reveladora: para disipar el olor a tabaco de pipa.

—El que desprende siempre el doctor Velarde —comprendió el escritor, y miró a Blanca, esperando su consenso.

—Yo no lo he notado. Quizá sea porque ya me he acostumbrado a ese olor. —Indiferente a la observación de la guionista, también ella regresó al inicio de la conversación—. Yvette, has dicho que Denise cree que Xavier se marchó de viaje por trabajo. ¿Acaso sigue siendo un comercial?

—No. Es un empleado más en una fábrica de letreros de neón. Y nunca ha viajado por trabajo.

—Bueno, al menos a tu amiga no la está engañando con otra mujer en otra ciudad —comentó ella con sarcasmo—. Y es obvio que Xavier no vino a Barcelona para vender un letrero luminoso.

—Y que no iba a Toulouse, como le dijo a Denise. Salió de París un día después de que me marchara yo.

—Debió de viajar en tren —dedujo el señor Arbona—, o no habría llegado a tiempo para ver el partido de fútbol. Conducir durante mil kilómetros sin parar para dormir es una locura, y solo disponía de veinticuatro horas.

Ese nuevo dato corroboraba lo que Blanca ya imaginaba.

—Así que eso fue realmente lo primero que hizo mi marido al llegar a Barcelona: ir al fútbol. —Oyó el timbre del teléfono, amortiguado

por la lejanía y por la puerta cerrada de la biblioteca, pero no le hizo caso—. Y a la mañana siguiente, entra furtivamente en mi casa por algún motivo, y alguien lo apuñala.

—En cuanto vi su cadáver, le mandé un telegrama a Denise para preguntarle por él. Me costaba creer que fueran la misma persona. Hemos intercambiado un par más desde entonces, por eso sé que esperaba su regreso el jueves pasado.

—Eso indica que Xavier Riera… o Petit —rectificó el escritor— pensaba tomar el tren a París el día en que lo asesinaron.

—Sí, Ricardo. Y puedo confirmarlo, porque me he recorrido pensiones y hoteles durante días hasta que ayer, por fin, di con el lugar donde se alojó la noche del 1 de noviembre. Es un hostal que está cerca de las Ramblas. El dueño me dijo que Xavier se marchó el miércoles a las once de la mañana y que llevaba una pequeña bolsa de viaje. El asesino debió de robársela.

Blanca se levantó de nuevo y se dirigió hacia el ventanal.

—Eso ya lo habíamos deducido, puesto que también le robó la documentación. ¡Como si yo no fuera a reconocer a mi marido! —exclamó al tiempo que alguien trataba de entrar en la biblioteca—. Qué absurdo.

La voz de Eulalia sonó impaciente al otro lado de la puerta.

—¿Mamá? ¿Por qué has cerrado con llave? ¿Qué hacéis ahí dentro?

Ella se apresuró en abrir, pensando en qué responder a su hija.

—¿De… de qué hablabais, mamá?

El titubeo y la cara de espanto de la niña, que miraba a la flapper y al escritor, la alertaron, pero mantuvo la calma.

—De nada importante, cariño. ¿Querías algo?

—Os he oído. El asesino, un robo, el nombre de papá… ¿Qué significa…?

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? —la cortó Blanca, en tono de regañina.

—No lo he hecho a propósito, te lo juro. Venía a decirte que Ramón está al teléfono, pero he oído la voz de Yvette y no quería interrumpirla y…

—¿Ramón? —volvió a cortarla ella.

—Sí, quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

17

Comenzaba a anochecer cuando Blanca salió de su edificio, angustiada por el mal rato que acababa de pasar. Con la ayuda de Yvette y de Ricardo, le había contado a su hija, sin entrar en detalles, la verdad sobre la muerte de su padre. Podría haberle soltado cualquier patraña para justificar lo que la niña había oído tras la puerta, pero estaba cansada de acumular mentiras. Quizá Ramón también lo estaba y por eso le urgía tanto hablar con ella, pensó al verlo junto al portal donde habían quedado por teléfono. Su rostro desencajado auguraba una confesión desagradable. Estuvo en un tris de ahorrársela mencionando a Denise, Julien y Noelle, pero aún sentía la puñalada traicionera de su amigo y no quiso liberarlo de su carga de culpa.

—¿Seguro que no quieres subir a casa, Ramón?

Ninguno de los dos hizo amago de saludarse con los besos de costumbre.

—Prefiero que demos un paseo. Lo que voy a contarte es… —No hallaba la palabra adecuada. Le ofreció el brazo y arrancaron a andar—. Sé que vas a odiarme por esto y te pido perdón por habértelo ocultado durante tanto tiempo. A ti y a todo el mundo, de hecho. Me pareció lo mejor para todos, pero… —contuvo el aliento y lo exhaló de golpe— ya no aguanto más esta situación.

—¿Qué has estado ocultando? —logró preguntar ella con serenidad.

La respuesta de Ramón tardó unos pasos en llegar. Blanca notaba la tensión en el brazo que enlazaba y pudo oír cómo el hombre tragaba saliva antes de anunciar:

—Que Xavier está vivo.

Ella se detuvo en seco. Por un instante, visualizó a su marido reviviendo en el depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina. De inmediato, comprendió que Ramón se refería a la falsa muerte

de Xavier, al crimen orquestado para convertirse definitivamente en Xavier Petit. El momentáneo equívoco de Blanca, sin embargo, había causado la reacción precisa que su amigo esperaba.

—Sé que te cuesta creerlo, Blanca, pero así es. Y voy a contarte la verdad de lo que ocurrió aquella noche cuando se marchó del Edén Concert.

Ramón cambió el discurso del atentado anarquista por el de asesinato a sangre fría. También su papel era otro: de amigo inocente e impactado al identificar a la víctima pasaba a ser cómplice del asesino.

Xavier lo tenía todo calculado. Había escondido la pistola en el coche de Ramón, así como el gabán, la bufanda y la gorra con las que iba a ocultar su rostro cuando efectuara el disparo. Al salir del Edén Concert, fue a por las prendas y el arma y regresó a la calle Conde del Asalto donde habían citado a la víctima. Apretó el gatillo y se escabulló por la primera esquina, despojándose de la vestimenta que lo camuflaba. Tiró las piezas de ropa junto con la pistola en un callejón cercano a la calle del Mediodía. Sabía que desaparecerían de allí en menos de cinco minutos. Luego se dirigió hacia la estación de Francia, donde esperó hasta el día siguiente para tomar el tren a Portbou y enlazar allí con el expreso a París.

—¿Me estás diciendo que Xavier se convirtió en un criminal únicamente para poder vivir con su amante? —La pesadilla de Blanca se hacía realidad—. ¿No se le ocurrió otro modo? O a ti, ya que colaboraste con él.

—Traté de convencerlo de que te abandonara sin más, incluso de que hablara contigo para llegar a un acuerdo privado de separación, pero no quiso escucharme. Dijo que eso te perjudicaría gravemente, y Xavier, a su manera, te sigue queriendo.

—Ah, sí, eso se nota —afirmó ella con sarcasmo. De inmediato se preguntó si esa manera de quererla tenía algo que ver con su repentino regreso sin previo aviso.

—Sé que te cuesta creerlo, Blanca. También a mí, si te soy sincero. Lo que sí comprendí es que una separación provocaría un escándalo

familiar y afectaría a la empresa. Ya iba bastante mal entonces como para añadirle otro problema, así que fui yo quien se dejó convencer de que aquella era la mejor opción para protegernos a todos.

A Blanca le vino a la cabeza la escogida por su marido al presentarse a Denise. Opción que, por suerte, no llevó a cabo en la práctica, pero no pudo reprimirse.

—Menos mal que no decidió matarme a mí y convertirse en un pobre viudo.

—¿Cómo iba a plantearse siquiera algo así, si su intención era protegerte? No, jamás mencionó esa posibilidad.

«Quizá no, pero sí se hizo pasar por viudo, el muy astuto». Blanca se mordió la lengua para seguir aparentando ignorancia respecto a todo aquel asunto y concluyó:

—Y como la ley y la iglesia contemplan solo la disolución del matrimonio si muere uno de los cónyuges, decidió morir él. Es decir, que otro muriera por él. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo pudo ser tan cruel?

Ramón le contó que el plan de buscar un sustituto había surgido una noche de borrachera tras el primer viaje de Xavier a París una vez finalizó la Gran Guerra. La mezcla de alcohol y desesperación plantó la idea en su mente, y ambos la desarrollaron entre copa y copa como si estuvieran esbozando el guion de una película. Incluso se rieron a carcajada limpia de semejante locura. Unos días después, Xavier le comunicó su decisión irrevocable de cometer aquella locura y le pidió ayuda.

—Accedí porque temí que acabara en la cárcel si trataba de hacerlo solo. O metido en serios problemas con el hampa. Conseguir el arma y buscar a la víctima requería introducirse en ciertos ambientes que Xavier desconocía y a los que yo, por mi antigua afición al juego, tenía acceso.

—¿Y a quién escogiste para…? —Aunque Blanca ya sabía el nombre del murciano, era una pregunta lógica y pensó que Ramón podría

decirle el apellido. Seguía empeñada en compensar de algún modo a la familia de Paquito.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Mucha. Ese hombre está en el nicho de los Riera, Ramón.

—Ya, claro, sí, pero… —Se pasó una mano por el pelo, nervioso, y le negó la información al cambiar de tema radicalmente—. ¿Sabes que hubo otro atropello aquí la semana pasada?

Habían enfilado la calle Balmes. Las vías del tren de Sarriá reflejaban la luz de las farolas como vetas de plata incrustadas en carbón.

—Me lo dijo uno de mis huéspedes. ¿Tú lo viste? —inquirió, pensando que una respuesta afirmativa lo descartaría como sospechoso del crimen de Xavier.

—Acababa de ocurrir cuando pasé por aquí al salir de tu casa. Como iba a pie, me paré a ayudar al hombre. —Miró su reloj de bolsillo—. Disculpa, pero se me está haciendo tarde. Montse tiene entradas para ir el teatro esta noche.

Blanca agradeció que el paseo explicativo terminara. La confesión de Ramón confirmaba su temor: que su marido había matado al murciano.

Sentía náuseas y solo quería volver a casa.

Sin embargo, dicha confesión exigía preguntas. La mayoría de respuestas se las había dado ya Yvette Faure, pero el hombre que caminaba junto a ella, cabizbajo y atribulado, no estaba al corriente de ello. Así pues, de vuelta a casa, Blanca sometió a Ramón a un breve interrogatorio que corroboró el relato de la guionista francesa. Él añadió que le había conseguido un pasaporte falso a Xavier, pero se negó a revelarle la nueva identidad de su esposo y el nombre de la amante francesa.

—Si se entera de que le he traicionado al contarte todo esto… Y te creo capaz de ir a París en su busca para enfrentarte a él. Debes comprender que eso acarrearía problemas muy graves.

—¿Te refieres a los legales o a los que tendría con su segunda mujer y sus hijos? —quiso aclarar Blanca al llegar al portal del edificio.

—A todos. Y tú has rehecho tu vida. Se te ve feliz con la residencia de artistas. ¿Para qué estropear lo que ahora funciona? Remover el pasado no tiene sentido, si no es para mejorar el presente y las perspectivas de futuro. Y vuestro matrimonio ya no tiene ningún futuro, Blanca.

—Ninguno en absoluto —convino ella.

Sobre todo, porque Xavier era solamente un cuerpo más en la morgue. Y, por lo visto, Ramón no lo sabía. Ni siquiera sabía que había venido a Barcelona en un viaje relámpago para…

¿Para qué?

«Tal vez nunca lo averigüe», se dijo Blanca mientras se despedía del marido de Montse.

Del traidor arrepentido.

Entró en casa con una mezcla de furia y desolación que mitigaba las náuseas y fue directa a su dormitorio. Ni siquiera saludó a los huéspedes que cenaban en el salón comedor al pasar por delante de la puerta abierta. La voz de Santoni y unas risas masculinas silbaron en sus oídos como una ráfaga de viento que se cuela por las rendijas de una ventana.

Solo masculinas. A la flapper no debía de hacerle gracia lo que contaba el músico. Tampoco a Eulalia, si seguía con su hábito recién adquirido de cenar con los invasores. Esperaba que sí, porque ella no podría sentarse a la mesa de la cocina esa noche con su hija y repetirle que no se preocupara por lo ocurrido con su padre.

Dejó el bolso y el abrigo sobre la cama —ya lo colgaría luego en el perchero de la entrada— y cogió el marco de plata que exponía la foto de la boda. No soportaba verse con un asesino al lado. Desancló la trasera de terciopelo, sacó la imagen y, con rabia, la rompió a lo largo. El resultado superó su intención, ya que el papel fotográfico era grueso y opuso resistencia a ser rasgado en línea

recta. En el fragmento de Xavier quedó también una parte de ella y medio ramo de novia.

Le pareció simbólico.

Al querer romper aquel recuerdo permanente de un día feliz, del inicio de una vida que imaginaba dichosa y no lo había sido tanto, se rompía a sí misma. Y así era. La inmunidad contra el pasado no existía. Desprenderse por completo de él resultaba prácticamente imposible. Pervivía bajo la piel, en los recovecos de la mente y en cada paso adelante que uno daba. Pero lo importante era poder dar ese paso, uno tras otro, sin detenerse en lamentos ni a llorar por lo perdido. Por lo que se había roto. Y ella podía. De hecho, ya lo hacía desde que terminó la pesadilla de la primera muerte de Xavier. Y podía continuar avanzando, aunque el pasado hubiera regresado para intentar frenarla o desviarla del camino que había elegido.

«O tal vez para mostrarme otros caminos», se dijo tras sentarse en la banqueta del tocador y observar el trozo de fotografía que sostenía entre los dedos. Sus propios ojos la miraban desde el papel con ilusión juvenil y le decían que aún conservaba la cabeza, el corazón… Y ese medio ramo de novia que simboliza augurios de felicidad. Quizá las flores continuaban con ella para recordarle que era en sí misma donde debía buscarla, no solo en su negocio y en los artistas que alojaba.

Uno de aquellos artistas irrumpió en su reflexión al llamar a la puerta del dormitorio.

—Señora Lledó, ¿puedo hablar un momento con usted?

Ricardo Arbona.

El impulso de responderle que no lo frenó aquella mirada de la imagen fotográfica —la de sus ojos veinte años atrás— y el súbito aumento de velocidad de su pulso. Algo había sucedido, si el escritor dejaba la cena a medias para hablar con ella.

Soltó sobre el tocador su parte de la fotografía, la de la novia rota, y se apresuró en meter el marco y el resto de la imagen en el cajón

donde guardaba el arma del crimen. Se acercó a la puerta con rapidez y la abrió.

—¿Qué ha ocurrido?

La seriedad en el rostro del huésped y que tardara en responder la inquietaron todavía más.

—¿Se encuentra bien, señora Lledó?

«No».

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—Eso venía a preguntarle yo: cómo le ha ido con el señor Sureda. Y, por la cara que pone, ya veo que…

—¿Ahora? —lo cortó ella, enojada por haberla alarmado sin motivo —. ¿No podía esperar a terminar de cenar?

—Ya hemos terminado. Juanita está recogiendo la mesa.

«¿Tanto rato llevo en la habitación, sumida en mis pensamientos?».

—Ah. ¿Cómo está Eulalia? Tengo que ir a verla. Cuando me he marchado estaba… —Muy afectada por lo que le habían contado—. Ya hablaremos luego, señor Arbona.

Pero el escritor no se movió del umbral de la puerta.

—No se preocupe por su hija. Yvette se la ha llevado al cine para distraerla. No han cenado aquí.

Otro «ah» fue lo único que salió de la boca de Blanca, que no sabía si agradecer a la flapper su buena intención o si temer que le ofreciera a la niña más información de la que necesitaba.

Como si él hubiera intuido su duda, insistió.

—Tranquila. Yvette ha demostrado que sabe guardar secretos. Y a Eulalia le vendrá bien tener una confidente mientras asimila lo ocurrido. Lo que sabe de todo lo ocurrido —especificó—. ¿Ha

podido decirle a Ramón Sureda lo que usted sabe sobre Denise?

—No ha sido necesario. Entre y le explicaré por qué.

—¿En su dormitorio? —se sorprendió el hombre—. ¿Está segura?

—Aquí no tendré que cerrar con llave para impedir que nos interrumpan. —Y lo apremió—. Entre antes de que alguien le vea hacerlo.

* * *

Ricardo Arbona trató de ignorar la cama que tenía a cuatro pasos de él. A tres de la mujer que la ocupaba cada noche y a la que deseaba sin remedio. Incluso mientras ella lo ponía al corriente de la reveladora conversación con el tal Ramón, que debería interesarle por encima de todo, las ganas de acallarla con besos ascendían por su cuerpo como lenguas de fuego.

—Señor Arbona, ¿me está escuchando?

Necesitó un instante para procesar la pregunta.

—Sí. Continúe.

—Ya está. ¿Le parece poco?

—Ah… No, no, es suficiente. —Información y tiempo. No podía seguir allí ni un minuto más. Recopiló lo que había captado y sintetizó—: Misterio de la desaparición resuelto, cómplice identificado… Bien, pues me voy.

Ella frunció el ceño ligeramente.

—¿Le ha sentado mal la cena, señor Arbona?

—No, ¿por qué?

—Porque me extraña que no haya hecho ningún comentario. O

preguntas. ¿No ha encontrado ningún cabo suelto en lo que me ha contado Ramón?

¿Cómo iba a encontrarlo, si solo había escuchado a medias? El deseo lo ofuscaba. Y la necesidad de controlar ese deseo, todavía más. Metió las manos en los bolsillos del pantalón para evitar que se posaran en la cintura de la mujer y la atrajeran hacia él, y respondió:

—Tengo que analizarlo con calma. Quizá mañana… Además, usted aún no ha cenado —cayó en la cuenta, y añadió esa otra razón para marcharse—, y querrá hacerlo. No debo entretenerla más.

—Dudo que me entre algo en el estómago. No voy a cenar. Ni siquiera sé si podré dormir, así que puede entretenerme cuanto quiera.

Ricardo fue incapaz de interpretar ese ofrecimiento en el sentido correcto. Su cuerpo excitado aumentó de temperatura y su pene, de tamaño. Hizo un esfuerzo por quedarse quieto mientras buscaba en su cegada mente una réplica adecuada y educada.

Fue inútil.

Los ojos se le iban hacia la cama, y cuando regresaban a la mujer frente a él, solo veía los carnosos labios que tan bien se habían amoldado a los suyos y el triángulo de suave piel que el vestido de escote cruzado dejaba a la intemperie. Y desistió de buscar excusas.

—El problema, señora Lledó, es que si no salgo ahora mismo de aquí, la tentaré a saltarse otra vez esa norma suya sobre los huéspedes.

Ella retrocedió un paso y parpadeó. Luego, volvió la cabeza y se quedó mirando… ¿el tocador? Ricardo distinguió una fotografía junto a un perfumador. Parecía rota y parecía de ella, de Blanca Lledó, pero a la distancia a la que estaba no podría asegurarlo. Entonces, la voz de la mujer hizo que se olvidara de esa imagen.

—No sería un problema para mí, señor Arbona. ¿Para usted sí?

—Ninguno en absoluto —afirmó él, preguntándose si había oído

bien.

Y vio la respuesta al instante. La vio en los dos pasos que ella avanzó. La vio en la ligera curva de los labios femeninos y en el brillo cálido de aquellos ojos castaños. Y la notó en su cuerpo cuando ella posó las manos en su torso y las deslizó en sentido ascendente hasta enlazarle el cuello con los brazos. Una lenta caricia incitadora que abrió las compuertas de la pasión que Ricardo contenía desde hacía días.

Aún sin podérselo creer, ciñó la cintura de la dama al tiempo que se adueñaba de la boca que fue al encuentro de la suya, y se entregó a un beso ardiente y loco. No quiso retener ni una pizca del anhelo que sentía, por si ella le ponía fin de repente, como hizo en la biblioteca. Exploró cada recoveco de la húmeda cavidad y jugó con la lengua que se enredaba en la de él y atizaba su fuego interior con inusitada rapidez.

Pero necesitaba más. La boca no era suficiente.

Desplazó el beso hacia el cuello, mordisqueando por el camino el afilado mentón y la línea de la mandíbula, y veneró la sensible piel mientras acariciaba con frenesí aquella espalda que, por fin, no estaba rígida. Continuó hasta la zona donde late el pulso. Quería sentirlo en la lengua, acelerarlo con sus labios, pero topó con algo frío y duro. Abrió los ojos y distinguió una flor de plata y brillantes. Esquivó el pendiente y musitó:

—Te deseo tanto…

—Pues ya somos dos.

La confesión susurrada fue un acicate más para Ricardo. Aun así, quiso saber hasta dónde podía llegar.

—¿Sin límites?

—¿Estoy poniendo alguno?

Tras la respuesta, ella deshizo el abrazo y llevó una mano a la entrepierna de él, ahuecándola en su dureza. Como no la abarcaba toda, la acarició desde la base hasta la punta. Dos veces. ¡Dios! El

límite iba a tener que ponerlo él o se correría antes de poder ver a la dama alcanzar esa misma cota de placer. Le pidió que esperara, agarró la tela del vestido por debajo de las caderas y la instó a alzar los brazos para quitárselo. Ella colaboró, pero exigió correspondencia y comenzó a desabotonarle la camisa. Ricardo la dejó hacer mientras se deleitaba con la visión del cuerpo femenino cubierto con una fina combinación de tirantes y unas medias sujetas con unos sencillos ligueros. Sus manos recorrieron la silueta de satén que aún escondía más ropa interior. Deseó verla desnuda, sin el rígido sostén, y se afanó en esa tarea tras desprenderse de la camisa.

Entre besos y caricias impacientes, sus dedos se volvieron torpes, pero también ella ayudó a liberar sus senos. Luego lo condujo hasta la cama sorteando las prendas esparcidas por el suelo, apartó el abrigo, se tumbó a través y alzó los brazos en una clara invitación a cubrirla con su cuerpo.

Ansioso por catar la blanquecina piel de la dama y aquellos dos picos erguidos que apuntaban al cielo, aceptó al instante. Ya se quitaría después los pantalones y lo demás, cuando la hubiera desnudado a ella por completo. Comenzó besando el vientre femenino, aunque allí hubiera todavía delicado algodón blanco, y fue ascendiendo despacio, saboreando el camino hacia el manjar que se le ofrecía generosamente. Breves gemidos le regalaban los oídos, junto con la respiración entrecortada de la mujer que le acariciaba la espalda con lentitud, una y otra vez, como si quisiera memorizarla en sus palmas.

Y alcanzó la meta, los pequeños montículos coronados que se alzaron hacia él al primer contacto con sus labios, reclamando atención. No habría hecho falta, pues ya la acaparaban toda. Mordisqueó la tierna carne procurando no tocar las cumbres, preparándolas para recibir su boca. Ella se arqueó más y enterró los dedos en el cabello de él para indicarle que siguiera, que era allí donde lo necesitaba, en el lugar que evitaba deliberadamente. Y dejó de evitarlo. Lamió una de aquellas puntas oscuras, la apresó entre los dientes y tironeó con suavidad. La pelvis de la dama se elevó en un espasmo de excitación. Ricardo movió la suya, frotando su erección en el sexo femenino, calmando y enardeciendo a la vez,

y se dedicó al otro pecho mientras intentaba contener el ansia de sumergirse en el cuerpo inquieto bajo él. Pero ella lo rodeó con las piernas y empezó a agitarse y a jadear, y supo que no resistiría mucho más. Ninguno de los dos.

Abandonó los senos y retrocedió por el mismo camino que había trazado hacia ellos. Con rapidez, ansioso por quitarle esa prenda de algodón que impedía la unión plena. También ella quiso colaborar, pero, en el preciso momento en que el triángulo de rizos quedaba al descubierto, unos golpes en la puerta los dejaron paralizados a ambos.

—Mamá, ¿estás aquí?

Y mudos. La mirada de espanto de la dama se clavó en la de él, que debía de reflejar disgusto y frustración.

Inmóviles, escucharon lo siguiente que dijo Eulalia.

—Hemos visto luz en tu habitación desde la calle, pero no vemos tu abrigo en el perchero. ¿Estás bien?

—¡Muy bien! —respondió ella.

Y se incorporó a tal velocidad que a Ricardo no le dio tiempo a apartarse. Su cara se vio encrastada entre los pechos de la mujer, lo que mermó su capacidad de reacción. Un segundo después, una rodilla le golpeaba la costilla magullada y unas manos lo empujaban con fuerza. Alelado y dolorido, fue a parar al suelo. Se mordió la lengua para no emitir ningún sonido, pero…

—Mamá, ¿qué ha sido eso? ¿Te has caído?

Ella saltó de la cama y se subió las bragas mientras contestaba con sorprendente calma en la voz.

—¡No, cariño! Es… —Lo miró a él y le susurró—: Escóndase. ¡Es el armario, Eulalia! —respondió a la hija—. ¡La puerta del armario! ¡La he cerrado de golpe!

De hecho, la estaba abriendo. Sacó una bata de lana, se la puso a toda prisa y volvió a dirigirse a él en voz muy baja.

—No dejaré que entre, pero si asoma la cabeza…

Ricardo asintió con la suya mientras se preguntaba dónde narices iba a esconderse en ese dormitorio. Sin más opciones que salir del campo de visión de la puerta, gateó rodeando la cama y allí se quedó, agazapado al otro lado y negándose a meterse debajo. Aunque cabría sin problema, no quiso arriesgarse. Solía acumularse polvo bajo las camas, y si le daba por estornudar… Ya le había ocurrido una vez en la habitación de una mujer casada y prefirió no levantar siquiera los faldones del cobertor para mirar si allí también había pelusas.

Cruzó los dedos para que Eulalia se marchara lo antes posible y admiró de nuevo a Blanca Lledó por la facilidad con que se mantenía indolente e impertérrita ante situaciones que alterarían a cualquiera. Él no estaba muy tranquilo, que digamos. Ni la mitad de lo que ella aparentaba tras abrir la puerta.

—¿Lo has pasado bien, hija?

—Más o menos. Me cuesta dejar de pensar en… el secreto de papá. Y ahora entiendo tus salidas con el señor Arbona. Me alegro de que te esté ayudando.

—Mucho.

—Si puedo hacer algo…

—No, cielo, no te preocupes. O sí. Espera aquí, no te muevas.

Ricardo dejó de respirar. «¿Que esperara ahí? ¿Y si la niña entraba? ¿Dónde estaba la prudencia de Blanca Lledó?». Entonces, volvió a oír su voz.

—¿Podrías colgarme el abrigo en el perchero, por favor? No quiero salir así al pasillo, medio desnuda. Iba a acostarme ya.

«Nunca mejor dicho», pensó él. Eulalia no podría acusar a su madre de mentir si acababa descubriéndole allí, solo de omitir información.

—Claro, ya te lo cuelgo yo. Siento haberte interrumpido mientras te

desvestías.

—No pasa nada. Anda, ve a dormir, que mañana tienes que madrugar.

—Que descanses, mamá.

—Buenas noches, cariño.

La puerta se cerró y Ricardo pudo respirar con tranquilidad. Se incorporó despacio, preguntándose si la dama querría continuar donde lo habían dejado. Y vio la respuesta al instante. En la expresión de ella y en el brazo que extendió hacia él con la palma de la mano alzada a modo de escudo. No era alentadora en absoluto, pero aún le quedaban siete noches de estancia allí.

Siete noches sin límites.

18

A la mañana siguiente, Blanca todavía se preguntaba si había cometido un error. Tal vez no se replantearía nada de haber podido llegar hasta el final con ese hombre que le gustaba tanto —cada día más—, pero la interrupción de Eulalia le hacía cuestionarse la impulsiva decisión de invitarlo a su cama.

Él la había sorprendido con su clara confesión de que la deseaba, y ella, todavía impactada por el simbolismo de su imagen fragmentada en la fotografía del día de su boda, no quiso desaprovechar la ocasión. ¿Por qué retrasar lo inevitable? ¿Qué sentido tenía esperar al último día de estancia de Ricardo Arbona para acostarse con él? ¿Por qué no permitirse ya el placer que su huésped podía proporcionarle? Se había aferrado a la excusa de que debía centrarse en la investigación, pero no era más que miedo.

Miedo a que su corazón se implicara en algo que solo sería sexo para aquel donjuán.

Miedo a que resultara mejor que masturbarse pensando en él.

Miedo a que el experimentado mujeriego se aburriera con ella y no volviera a insinuársele; aunque la incomodara ese juego de seductor impenitente, debía reconocer que, en el fondo, lo disfrutaba. Nunca habían jugado con ella de ese modo y probablemente nunca lo haría nadie en un futuro. O quizá sí, pero no sería un hombre que la atrajera en todos los sentidos como Ricardo.

¿Debería tutearle, ahora que la había visto desnuda? Él lo hizo. Con tres palabras que jamás le habían dicho y que permanecían grabadas muy dentro de ella.

«Te deseo tanto…».

Así que ella podía corresponderle.

Si no fuese porque tenía que ser discreta.

Eulalia ya no pensaba que fuesen amantes. ¡Gracias a Dios! Darle el más mínimo motivo para que volviera a pensarlo sí sería un error. Pasara lo que pasase a partir de hoy, Blanca prefería que su hija no supiera nada de lo que hacía en la intimidad.

Sonrió al recordar el momento en que, tras cerrar la puerta del dormitorio, vio asomar la cabeza de Ricardo por encima del colchón, el alivio impreso en su rostro. Ella no sonrió entonces, no fue divertido. Estaba tan tensa luchando contra los nervios y la frustración que ya no pudo retomar lo que habían dejado a medias. Y lo lamentó. Le pidió que se vistiera y que no abriera la boca para nada. La media hora que lo hizo esperar en silencio y a oscuras —apagar la luz era primordial para fingir que dormía—, sentado en el sillón de lectura mientras ella permanecía junto a la puerta, atenta a cualquier sonido procedente del pasillo, fue un calvario. Sin embargo, ahora, sin el agobio de la situación, le parecía una curiosa peripecia.

Lástima que no pudiera contársela a nadie. Ni siquiera a Montse. O a Juanita, por mucha confianza que tuviera con ella.

Lo que sí podía contarle a la criada, que acababa de entrar en la cocina después de dejar a Eulalia en las teresianas, era la historia que había revelado Yvette. Y eso hizo.

La albaceteña no se abstuvo de censurar a Xavier —y con razón— ni de soltar algún que otro comentario acertado, como por ejemplo…

—¿Y a su amiga Montse no le parecía un poco raro que su marido recibiera cartas de una francesa? Porque a mí me mosquearía mucho, la verdad. A menos, claro está, que don Ramón le contara que hacía de intermediario.

—No creo. Montse me lo habría dicho.

—¡Vaya usted a saber! Si irse de la lengua le costaba una bronca con el marido, ¿para qué iba a darle un disgusto a usted, doña Blanca? Por cierto, ¿ha dormido mal? Porque tiene unas ojeras…

Sí, el espejo también se lo había dicho esa mañana. Por lo visto, el

intento de disimularlas con maquillaje no había dado resultado.

Y es que apenas había pegado ojo en toda la noche. Entre lo que descubrió de su difunto esposo y lo que le quedaba por descubrir de su muy vivo y fogoso huésped, su mente se había resistido a entrar en la fase del sueño profundo. La falta de descanso, unida a aquella duda que la atormentaba, la afectó hasta el punto de que aún no había abierto La Vanguardia del jueves. Seguía intacta sobre la mesa de la cocina, junto a buena parte del desayuno. Tampoco tenía apetito, así que decidió dejarlo a medias y poner fin a la conversación con Juanita para ir a hacerle una visita a su amiga Montse.

Caminó con brío hasta la casa de los Sureda, en la calle Salmerón, a la que los vecinos de aquel barrio, donde también había nacido y crecido Milo, conocían como Mayor de Gracia. Estaba a unos veinte minutos a pie del Ensanche. La mañana era fría y de sol perezoso, pero Blanca andaba concentrada en no pensar en Ricardo Arbona y no se fijó en nada a su alrededor.

Le costó la mitad del trayecto aislar a su apasionado huésped y enfocar sus cavilaciones en el hallazgo que la llevaba a hablar con Montse. Aquella carta…

Y la llave. Casi la había olvidado.

Quizá podría preguntar en una cerrajería si era posible averiguar a qué tipo de cerradura correspondía. Habían deducido que abría un cajón, pero también podría pertenecer a la puerta de un armario pequeño, a un archivador o a una caja de caudales. Incluso a un candado. Si Xavier la guardaba en aquel escondrijo, tenía que ser importante por algún motivo. Alguno relacionado con Denise, o no la habría metido dentro del sobre. Sin embargo, no se la llevó a París. Eso significaba que allí ya no iba a servirle. Tal vez fuese solo un recuerdo muy preciado, una llave ya inútil porque aquello que abría y cerraba había dejado de existir. Un recuerdo de su amante, si lo guardaba con una de sus cartas. Conservarlo para sentirse cerca de ella mientras estaba tan lejos, en Barcelona, dejaba de tener sentido cuando iba a comenzar una nueva vida a su lado.

La probable conclusión coincidió con su llegada a casa de Montse, por lo que descartó la misteriosa llave como posible pista para

resolver ningún crimen y llamó al timbre.

Cuando la criada le abrió la puerta, Blanca estuvo a punto de reprenderla por haberle dado información sobre Xavi y la residencia a una desconocida, además, extranjera. Si hubiera mantenido la boca cerrada, quizá Xavier no habría muerto apuñalado en su antigua habitación. La posibilidad de que Yvette Faure se encontrara con el marido de su amiga y lo matara en un acto vengativo por su gran engaño estaba en el aire, pues el argumento de que le habría sido más fácil dispararle era una defensa tan débil como la coartada de que dormía en el momento del crimen. Pero la sirvienta no le dio tiempo para reprimendas. Nada más verla, la instó a pasar a la sala, voceando su llegada. Montse ya salía a recibirla cuando Blanca avanzaba por el largo corredor.

—¡Qué sorpresa! ¿Por qué no me has avisado de que ibas a venir? Uy, estás muy seria. ¿Ha ocurrido algo grave?

Ella aguardó a que la criada se alejara.

—¿Sabías que Xavier tuvo una amante? —Toda la alegría de su amiga mudó en turbación. El remordimiento en su mirada hablaba por sí solo—. Lo sabías.

—Salgamos a dar un paseo.

Fue todo lo que dijo Montse hasta pisar la calle. Tampoco Blanca pronunció palabra mientras la observaba ponerse el abrigo y un sombrero, coger el bolso e informar a la criada de que tardaría un rato en volver; solo se preguntaba por qué también su única amiga la había traicionado. Ocultó la rabia y el dolor y se obligó a concederle la oportunidad de explicarse.

—En realidad, no lo supe hasta que tu marido murió. Aunque Ramón me lo contó mucho antes, yo no le creí. No podía creerme algo así. Estaba segura de que… —Suspiró—. ¿Cómo te has enterado?

—Ayer encontré una carta escondida en su antiguo escritorio. Y la semana pasada, una fotografía en la que casualmente…

Blanca le habló de Yvette Faure. De Denise Duval y el primer embarazo. De una parte de lo que la guionista había revelado. Calló toda la conversación de la tarde anterior con Ramón. No porque él le hubiera pedido por favor que quedara entre ambos, sino porque la falsa muerte de Xavier tenía poco que ver con lo que ella había ido a buscar: sinceridad. Una muestra de la buena amistad que las unía. Y Montse se la dio.

—Las cartas comenzaron a llegar el último mes de mi tercer embarazo.

—El de la pequeña, que nació en febrero. Eso significa que…

—Que la primera llegó en enero de 1913 —completó su amiga, aunque Blanca ya lo había deducido—. Aquel año llegaron cuatro o cinco, no lo recuerdo. Yo estaba volcada en mi bebé y no les di ninguna importancia, aunque el remitente no me sonara en absoluto: un tal D. Duval, con domicilio en París. No empezaron a intrigarme hasta mucho después, cuando me di cuenta de que Ramón recibía una cada dos meses, más o menos. Francia estaba en guerra y yo no entendía por qué ese hombre le escribía con tanta regularidad. Cuando le pregunté quién era D. Duval me contestó que un cliente de la fábrica. Me extrañó, porque los clientes de Francia los llevaba tu marido. Entonces, me dijo que ese en concreto era un conocido suyo que prefería negociar con él y no con Xavier. Intuí que me mentía. ¿Hacía tratos mi marido a escondidas del tuyo, de su amigo de toda la vida? ¿De su socio? Y si no, ¿por qué ese cliente no enviaba las cartas al despacho? Aproveché un domingo que Ramón estaba de viaje para cogerle las llaves de la oficina y buscar allí algo sobre D. Duval.

—Y no encontraste nada —adivinó Blanca, recordando la mañana que también ella se coló en ese mismo despacho.

—Ni una factura, ni una ficha, nada en absoluto. Lo primero que pensé fue que mi marido se había metido en algún asunto turbio a causa del juego. —Un escalofrío sacudió los hombros de la mujer—. Ya conoces su afición, aunque la ignoremos.

—Sí. —Era un tema por el que siempre pasaban de puntillas cuando surgía en alguna conversación—. Pero si tanto te preocupaban esas

cartas, ¿por qué no me hablaste de ellas?

—En aquella época nos veíamos poco, Blanca, ¿te acuerdas? Mis hijos eran muy pequeños, me ocupaban mucho tiempo, y tú tenías a tu madre en casa y problemas con Xavier. No quise agobiarte con los míos —alegó Montse—. Además, mi miedo a que esas cartas tuvieran relación con el juego o las apuestas no duró mucho. Cuando lo analicé con calma, vi que no podía ser. La fábrica iba mal, apenas teníamos dinero y Ramón pasaba la mayoría de noches en casa. ¿Y qué sentido tenía que un hombre de París le escribiera durante años y con esa regularidad para reclamar deudas o algo por el estilo? Entonces lo vi claro: mi marido debía de tener una amante francesa. Por eso, en el remitente solo ponía la inicial, para que yo no descubriera que aquellas cartas las enviaba una mujer.

—Supongo que esa era la intención.

—Sin duda —corroboró Montse, tras otra tiritona—. Ramón me lo confirmó cuando me encaré con él. No porque me importara que tuviera una amante en París. Poco iba a perjudicarme, viviendo tan lejos y en un país en guerra. Mientras solo se escribieran, a mí me daba igual. Pero quise que supiera que no podía engañarme tan fácilmente, mentirme de ese modo y quedarse tan pancho. Fue entonces cuando me contó que las cartas iban destinadas a Xavier, que él hacía de intermediario para que tú no te enterases de que se había enamorado de otra mujer. No me lo creí, Blanca, te lo juro. Hice ver que me lo creía, pero estaba convencida de que D. Duval… Se negó a decirme el nombre que correspondía a esa inicial —acotó— era la amante de mi marido, no del tuyo.

Siguieron llegando cartas, continuó Montse mientras descendían por el Paseo de Gracia; una amplia avenida que encandilaba a Blanca por los majestuosos edificios que se alzaban a ambos lados de la calzada como centinelas vestidos de gala, preservando la intimidad de las familias aristócratas y de la alta burguesía que los habitaba: el palacete del marqués de Robert, la casa del industrial chocolatero Antoni Amatller, la de los Mulleras que, al igual que la familia de Blanca, se enriquecieron con la industria textil… Ostentosas y extravagantes fachadas que eran auténticas obras de arte convivían con otras de sobria elegancia neoclásica y observaban el paso de los transeúntes más variopintos y de vehículos de todo tipo. Sin

embargo, nada de eso atraía la atención de Blanca esa mañana. Solo la casa del abogado y político Antonio Milá, conocida como La Pedrera, y la del empresario José Batlló —otro del ramo textil— abrieron un paréntesis en su mente mientras escuchaba a Montse. Le preguntaría a Ricardo si las había visto ya, pues ambas eran obra de su admirado arquitecto Gaudí.

—Estuve tentada de leer alguna de aquellas cartas, Blanca, pero no sabía cómo volver a pegar el sobre y que pareciera intacto, así que me contuve. Cada vez que llegaba una, se la entregaba a Ramón diciéndole, con toda tranquilidad: «Carta para Xavier», y él me daba las gracias efusivamente por guardarles el secreto a ambos. Al día siguiente, aparecía con un regalo. Fruslerías de poco valor que yo recibía encantada, aunque reafirmaran mi convencimiento de que D. Duval era su amante. ¿Qué habrías pensado tú?

—Lo mismo que tú, seguramente. Esos regalos…

—Exacto. Poco después de terminar la guerra llegó otra carta. Supuse que Ramón estaría ansioso por ver a su amante y que se iría a París a la primera de cambio. Pero no hizo ninguno de sus habituales viajes de trabajo y deduje que, para él, D. Duval había sido una aventura esporádica como cualquier otra de las que pueda tener. Estoy segura de que alguna surge de vez en cuando —afirmó con una máscara de indiferencia—, igual que lo estabas tú respecto a Xavier y tampoco te importaba. Que ella le escribiera con frecuencia…, a mi marido, quiero decir —puntualizó—, no significaba que él respondiera a sus cartas, ¿no te parece? Y luego, cuando tu marido murió, dejaron de llegar. Solo entonces acepté que, tal vez, Ramón me había dicho la verdad sobre aquella francesa.

—Ahora tienes la certeza de que no te mintió. Pero me duele que siguieras sin confiar en mí lo suficiente como para hablarme de la posible amante de mi marido. ¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Después de que él llevara meses enterrado? ¿De qué habría servido? Tú empezabas a recuperarte del infierno que te hizo pasar aquel inspector que te señalaba como culpable de la muerte de Xavier. Y luego comenzaste a rehacer tu vida, estabas entusiasmada con tu proyecto de la residencia para artistas. Me pareció absurdo

decirte: «Blanca, creo que Xavier tenía una amante desde hacía años». Sé que te habría dolido, a pesar de que vuestro matrimonio no fue un camino de rosas. De todos modos —otro escalofrío—, perdóname, si crees que me equivoqué al ocultártelo.

La mirada entristecida de su amiga y su postura encogida, arrebujándose con el abrigo, tocaron el punto piadoso de Blanca. Inspiró hondo el aire gélido de aquella mañana a fin de insensibilizarse un poco más.

—Está bien. Pero a tu marido no puedo perdonarlo.

—Lo comprendo. Oye, ¿te importa si nos sentamos a tomar algo caliente? Estoy helada.

Blanca se fijó entonces en que el abrigo de Montse estaba algo raído y totalmente pasado de moda. No obstante, y por educación, solo le comentó que no era lo bastante grueso para soportar un frío día invernal como aquel y le preguntó si no tenía otro.

—Sí. El que me pongo para salir de noche abriga más y está en mejor estado, porque salgo poco, pero no es adecuado para un paseo matutino. Y no puedo permitirme comprar otro abrigo.

—Creía que la corchera se había recuperado de la crisis —observó Blanca—. Xavi me dijo que este año habíamos recibido un buen pico del reparto de beneficios anuales.

—Pues en casa no se ha notado nada. Y lo que Ramón me asigna cada principio de mes para comida y ropa es casi lo mismo que durante la guerra. Con tres criaturas en pleno crecimiento no me sobra para abrigos.

—Vaya. Si necesitas…

—No, no —la cortó Montse, un tanto avergonzada—. No te preocupes, ya me apaño con lo que hay. Solo es cuestión de gastar lo mínimo imprescindible.

Giraron por la calle Caspe en dirección al Café Novedades, junto al teatro del mismo nombre. Unos metros más allá, y en el lado opuesto, destacaba la gran marquesina al estilo francés del más

grande de la ciudad después del Liceo: el Tívoli. Blanca no se mordió la lengua.

—Ayer fuisteis al teatro. Y el domingo pasado al Palau de la Música. Yo diría que eso son gastos prescindibles.

—Hay que mantener las apariencias —adujo Montse, entrando en la cafetería—. Afortunadamente, todavía me queda algo de la herencia de mi padre, que es con lo que pago todas esas entradas. Pero no dejo que Ramón toque ni una peseta de mi dinero. No me fío.

Un gran interrogante se dibujó en la expresión de Blanca. Tras pedir un café con leche y un té, su amiga le aclaró el motivo de su desconfianza.

—Temo que haya vuelto a las andadas. Con el juego —concretó—. Casi lo dejó durante los peores años de la fábrica y creí que había abandonado definitivamente ese vicio, pero llevo meses pensando que me equivoqué. Creo que tienes razón en que la corchera está saliendo de la crisis, su familia también lo comentó este verano cuando fuimos a la masía a pasar unos días con ellos, y no paro de preguntarme por qué no entra en casa el dinero que debería entrar. Creo que la respuesta es evidente: Ramón se lo juega en los casinos y en aquellos garitos a los que solía ir. Y lo pierde, eso también es evidente. —Sonrió con resignación, y añadió—: Solo espero que, por lo menos, no esté apostando lo que no tiene.

—¿Crees que puede haberse endeudado?

—No me extrañaría. Últimamente le veo preocupado. Y está de un tacaño… —se quejó, alzando los ojos al cielo—. Ni siquiera coge el coche para no gastar en gasolina.

Blanca pensó que la preocupación de Ramón se debía más a su largo y ya insoportable engaño sobre la falsa muerte de Xavier que a la falta de dinero, pero aquel no era el momento ni el lugar de destapar aquella farsa cruel y delictiva. Así pues, con las tazas ya en la mesa, buscó una réplica poco comprometedora.

—Es verdad que ya no viene a casa en coche. Al menos, el miércoles pasado vino a pie. Lo sé porque comentó que hubo un atropello en

la calle Balmes y él pasó por allí justo después.

—Ah, sí, me lo contó. Y se paró a ayudar a aquel pobre hombre atropellado. Le costó cara la ayuda, pero acabé perdonándolo.

—¿Cara? ¿Por qué?

—Porque se manchó de sangre la americana y tuvo que comprarse otra. Cuando lo vi llegar a casa por la noche con la chaqueta nueva… Uf… Me enfadé muchísimo. Yo, conteniéndome de comprarme un abrigo decente y que abrigue, y él… —Se tomó media taza del café con leche de un trago—. Mmm… lo necesitaba, en serio. Ya estoy entrando en calor. Bueno, pues lo que te decía, que me enfadé mucho. Pero se me pasó en cuanto me explicó por qué se la había comprado. No podía regañarlo por hacer una buena acción, ¿no crees?

Blanca compuso su sonrisa estudiada. Aquella buena acción no compensaba ni de lejos las malas que Ramón había ido acumulando. Montse desconocía la peor: su papel crucial en la desaparición de Xavier. Pero no su adicción al juego ni su tendencia al flirteo. Dado que aún no podía hablarle de que Ramón había sido cómplice de su marido —lo haría pronto, le debía la franqueza que ella le exigía— mencionó el resto. Su amiga se justificó:

—Sí, Blanca, sé que soy muy tolerante con Ramón. Siempre lo he sido. Ya sabía cuáles eran sus debilidades cuando me casé con él, pero yo quería un marido, hijos, una gran familia… Y a mi padre le pareció un buen partido. Después del desengaño amoroso que tuve con el hijo de aquel aristócrata —y que ya le había contado a Blanca, el prolongado cortejo y su posterior abandono para casarse con otra de su clase social—, se me estaba pasando el arroz y no me lo pensé dos veces. Ramón me gustaba y él me ofrecía lo que yo deseaba. Después de todo, muchos matrimonios se basan en el entendimiento mutuo, no en el amor. Ramón y yo nos entendemos, me trata bien, que es más de lo que algunas mujeres pueden decir. ¿Qué importa si de vez en cuando tengo que ceder o cerrar los ojos para no ver ciertas actitudes? También tú los tuviste cerrados durante años, ¿no es cierto?

—Sí, lo admito. —Por lo visto, su amiga también estaba convencida

de que no merecía más, como había creído ella durante tanto tiempo, dedujo con tristeza—. Pero nunca imaginé que Xavier pudiera tener una relación seria con otra mujer. Si lo hubiera sabido…

—¿Qué? ¿Qué habrías hecho? —Montse no esperó una respuesta—. Mira, Blanca, olvida el pasado, olvida a Denise y a esos hijos que tuvo con tu marido. Céntrate en ti, en tu residencia de artistas, en tus propios hijos.

Era innegable que el matrimonio Sureda se entendía. ¿No le había dicho Ramón casi lo mismo la tarde anterior?

Montse terminó su café con leche y añadió:

—Francamente, no sé por qué te afecta tanto que Xavier tuviera una amante.

Porque podría estar relacionada con su muerte definitiva. Con su asesinato. Pero también…

—Porque me he sentido traicionada. Por él, por ti, por tu marido.

—Eso lo comprendo —admitió compungida. Y, de repente, comprendió otra cosa—. ¡Ay, Señor! Has dicho que le enseñaste esa foto a Ramón, ¿verdad?

—Sí. Ayer.

—Ah, por eso estaba tan nervioso anoche. Incluso un poco ido, como con la cabeza en otra parte. Claro que ya lleva semanas así. Mira si anda despistado que hasta nos ha traído las revistas repetidas.

—¿Qué revistas?

—Las de moda francesa, ¿cuáles van a ser? Les Élégances Parisiennes y Art, Goût, Beauté. ¿No te has dado cuenta?

—Aún no las he mirado, no he tenido tiempo.

—Pues no te des prisa, son las de octubre que ya tenemos. Todavía

no se lo he dicho. Me sabe mal. Y, en realidad, es una tontería, ¿no crees?

—Sí. Podemos comprarlas aquí la próxima semana.

—Eso he pensado yo. Así que mejor no se lo decimos, ¿de acuerdo?

Blanca asintió con la cabeza. Unas revistas repetidas eran lo de menos, desde luego. Y no tenía ganas de decirle absolutamente nada a Ramón. La tarde anterior tuvo que contenerse para no soltarle una serie de insultos que jamás osaría pronunciar. Ahora, con lo que Montse acababa de contarle, su inquina contra él aumentaba. Y, como ya había obtenido de su amiga la sinceridad que necesitaba, decidió corresponderla. No allí. No las dos solas. Ramón tenía que estar presente cuando ella le revelara que Xavier no había muerto en 1919. Él le pidió silencio, sí, pero ella no estaba dispuesta a cambiar ahora sus lealtades.

19

Ricardo releyó lo que había escrito esa mañana y se desesperó. Estaba bien, pero ¿dos páginas en cuatro horas? A ese ritmo no acabaría la novela en el plazo que tenía para entregarla. Y su crimen ficticio no era tan interesante como los que investigaba de Xavier Riera. O quizá solo se lo parecía a él porque ya lo sabía todo de su asesino, de la víctima y de los sospechosos. En cambio, de lo sucedido en esa misma habitación, apenas tenía pistas que seguir y eso era lo que ocupaba su mente desde que se había despertado.

No, eso no era del todo cierto. Lo supo en cuanto se percató de que volvía a mirar la puerta del dormitorio. ¿Cuántas veces lo había hecho ya desde que se sentara al buró después de desayunar?

Muchas. Había perdido la cuenta.

Y estaba a punto de perder la esperanza de que Blanca llamara a esa puerta para pedirle hablar con él. Era ella la que ocupaba sus pensamientos, en realidad, no el asesinato del cabrón del marido.

Ella. La mujer por la que temía estar perdiendo la cabeza.

Nunca había sentido un anhelo tan desmesurado por ninguna de sus conquistas y comenzaba a sospechar que se había enamorado. Menuda faena. Porque él regresaría a Madrid el próximo jueves y no volvería a ver a Blanca. Las posibilidades de una relación de pareja, aunque fuese temporal, eran nulas.

Una especie de desolación lo embargó como en la adolescencia, cuando era un muchacho enamoradizo que robaba besos a la más mínima oportunidad y creía haber encontrado el amor de su vida en cada boca que conseguía probar y que le provocaba una erección inmediata. Fueron pocas en aquella etapa de su vida —no había muchas chicas de su edad que se dejaran robar—, pero el número aumentó durante la veintena y él adquirió el título de experto ladrón de besos. Sin embargo, nada cambió. Tras un robo efectivo, pasaba días encandilado con la chica de turno, incluso semanas con

alguna en concreto, pero entonces aparecía otra que le gustaba más y surgía el conflicto, la duda y, finalmente, la aflicción al comprender que se había equivocado. Aquello no era amor, solo euforia física sumada al desafío de cruzar la frontera de las caricias inocentes y los besos a escondidas.

Después de una docena de experiencias similares concluyó que no tenía ni idea de lo que era enamorarse y que tal vez fuese incapaz de hacerlo. Tampoco lo necesitaba. Centrado como estaba en su carrera periodística y en arrancar la literaria, el amor podría ser un inconveniente. Aparte de que exigía tiempo y dedicación, él había comenzado ya a viajar en calidad de corresponsal y solo veía desventajas en las relaciones a distancia. Y, de hecho, con satisfacer el deseo sexual tenía suficiente.

Quizá se trataba solo de eso en el caso de Blanca, quiso pensar. Ese anhelo desmedido podría derivar del deseo frustrado, ya que la prometedora noche sin límites se redujo a unos cuantos minutos de preliminares y a media hora de agónica espera sentado en un sillón, callado y a oscuras, imaginando mil maneras de hacerle el amor. Mientras ella permanecía en el otro extremo de la habitación, totalmente fuera de su alcance, él había fantaseado con despojarla de la bata y tomarla allí mismo, de pie junto a la puerta, para llevarla luego a la cama y reanudar el festín de besos que no había podido terminar. A partir de ahí, y duro como una piedra, había visualizado el cuerpo femenino agitándose bajo el suyo y pidiéndole que lo llenara.

Montándolo a él como una aguerrida amazona.

Tumbado sobre un costado con el trasero de ella pegado a su erección.

Boca abajo, con las caderas elevadas instándolo a poseerla.

Y más, recordó Ricardo, pero rememorar ahora sus fantasías incrementaría el anhelo y la desolación.

No podía permitírselo, tenía que seguir escribiendo. ¿Dónde se había quedado?

Leyó el último párrafo y le pareció una mierda. Lo tachó entero. Un aspa de lado a lado de la página del cuaderno. Resopló, enojado consigo mismo por no lograr concentrarse, y miró su reloj de pulsera. En quince minutos Juanita serviría la comida. Ya no valía la pena intentar reescribir lo que había tachado. Sabía que no lo lograría ni en el doble de tiempo, si no se quitaba de la cabeza a Blanca Lledó.

Se levantó y se apostó en la puerta del balcón, fijando la vista en el Fiat rojo estacionado que indicaba que su dueña se hallaba en la casa.

Y que estaba ignorándolo a él por completo.

A lo mejor había salido a pie, se dijo para animarse. Aunque toda la mañana caminando, con el frío que hacía…

Y entonces la vio. Cruzaba la calle por la esquina. Ricardo salió veloz al balcón para comprobar que sus ojos no lo engañaran.

Era ella, sin duda. Y se dirigía hacia el portal del edificio, que él ya no podía ver ni asomando medio cuerpo por la baranda, pero estaba claro que la mujer regresaba de donde fuese que hubiese ido. Así pues, había una explicación para su silencio.

Y quiso saberla.

Comprendía el de la noche y que ella se negara a continuar después de la breve interrupción de Eulalia. Seguro que fue una decisión basada en la prudencia. Como a la dama no le gustaba correr riesgos —aunque la verdad era que había corrido más de uno esa semana—, debió de optar por contener el deseo ante la remota posibilidad de que volviera a llamar a la puerta. Pero no comprendía que hubiese evitado verle durante la mañana. Después de todo, fue ella quien tomó la iniciativa. Ella lo invitó a su cama. ¿Se arrepentía de haberse saltado sus propias normas?

Necesitaba saberlo.

Salió de la habitación y de la casa para abordar a la propietaria en el rellano, antes de que ella entrara. No habría privacidad en el

recibidor, ya que era una zona de paso hacia el comedor y faltaban escasos minutos para las dos de la tarde.

El ascensor subía.

Ricardo inspiró hondo a fin de aparentar calma.

Cuando el aparato se detuvo, él abrió la puerta de hierro forjado y sonrió a Blanca, que hacía lo propio con las de la cabina de madera y cristal.

—Señor Arbona, ¿qué hace aquí?

—Esperarte. Me tienes en vilo desde anoche. Ya cierro yo —se ofreció para que ella no le diera la espalda.

—Gracias. Lo de anoche fue un error.

Mierda. Se había arrepentido.

A pesar del disgusto y del tratamiento formal, Ricardo mantuvo la sonrisa y el tuteo.

—Vaya. ¿Tan mal lo hice? —Bajó la voz—. Me pareció que disfrutabas.

—Un error de cálculo por mi parte, quería decir.

La aclaración lo descolocó. También que la expresara con una seriedad rayana a la que mostraría una maestra regañando a su alumno.

—¿Significa eso que esta noche…?

—Aquí no —lo atajó ella.

—¿Prefieres que lo hablemos dentro? —inquirió, extrañado pero dispuesto a concederle cualquier deseo a la dama—. No me importa llegar tarde a la comida.

—Me refería a que mi casa no es un buen lugar para… encontrarnos. Ya buscaré otro y se lo haré saber. El sábado. Hoy no

me dará tiempo y mañana organizaré una cena a la que me gustaría que asistiera.

A Ricardo se le antojó una espera demasiado larga.

—Puedo buscarlo yo para esta noche.

—No. Invierta su tiempo en su novela, señor Arbona, no en un capricho pasajero.

—¿Eso soy para ti, Blanca?

Aquel aleteo de párpados tan revelador en ella acompañó a la respuesta.

—¿Qué más iba a ser?

Una punzada de tristeza contrajo el pecho de Ricardo. «No tendría que haberle preguntado tan directamente», se dijo, confuso por ese dolor sordo que indicaba que ella no era solo un capricho para él. Tal vez fuese mejor poner punto y final a la relación carnal con la viuda y evitar así que el enamoramiento creciera.

Como también crecía su pene mientras la oía hablar —le contaba no sé qué de su amiga Montse, a la que había ido a visitar por la mañana—, Ricardo intuyó que sería una tortura contenerse de volver a besarla, a tocarla, de sentir el deseo femenino alentando el suyo. Y sería una lástima desaprovechar las noches que ella le ofreciera. Sin límites. Ya no iban a ser seis, sino cuatro. O quizá menos, pero ¿qué más daba? No iba a rechazar lo que Blanca quisiera darle. Ella se sentiría despreciada, y lo último que él quería era hacerle daño.

Así pues, aceptó la realidad. Y esa realidad era que estaba encandilado con una mujer que lo consideraba un capricho pasajero y que aún tenía que esperar dos días para dar rienda suelta a su pasión por ella.

«Solamente dos días», se corrigió. No era tanto tiempo. Podía ocuparlo en… en…

Escribir.

Tenía que escribir.

—¿Señor Arbona?

—¿Sí?

¡Dios! Apenas había escuchado lo que Blanca le contaba.

—¿Se encuentra bien? Parece que le duela algo. ¿La costilla magullada?

No. Un par de palmos más abajo: el pene empalmado.

Y un poco más arriba: su corazón desbocado.

—Estoy bien, estoy bien. Y el sábado estaré mejor —sonrió él con intención seductora. Prefería que ella no supiera que lo había conquistado más allá de lo físico.

—Entonces, ¿cuento con usted en la cena de mañana?

¿Cena?

¡Ah, sí! La había mencionado al principio de la conversación. Ricardo no sabía a qué venía esa cena, pero no preguntó. Seguramente ella se lo había explicado mientras él estaba en la inopia, pensando en su inoportuno enamoramiento, y no era cuestión de ponerse en evidencia. Así que amplió la sonrisa y respondió:

—Por supuesto. ¿Cómo voy a declinar una invitación tuya?

Fuese cual fuese.

* * *

«Un capricho pasajero. ¡Ojalá!», suspiró Blanca tras despedirse de Ricardo en el rellano. Se apresuró a colgar el abrigo en el perchero y a meterse en la cocina para no cruzarse con él en el pasillo

cuando se dirigiera hacia el comedor.

Le había sorprendido encontrárselo al salir del ascensor, y todavía más que la estuviera esperando. Y le encantó. ¿Para qué engañarse? Menos mal que tenía práctica en ocultar sus emociones, porque aún notaba las rodillas flojas y el corazón acelerado. Verlo impaciente por continuar su aventura nocturna había despejado buena parte de las dudas que la asaltaron al acostarse y al levantarse. Ceder al deseo fue un error, sí, pero estaba harta de hacer lo correcto, de reprimirse. Quería sexo y sentirse amada, y podía obtener ambas cosas con su huésped escritor. Aunque él no se entregara a ella en cuerpo y alma. Le bastaría con el cuerpo, con la pasión, con las habilidades de un experto seductor que sabe fingir amor por la mujer a la que seduce. Mientras ella fuese consciente de que ese amor era falso, no habría mucho problema.

Y era muy consciente de ello.

También lo sería el sábado. Y las noches que siguieran. Ricardo Arbona tenía la reserva hasta el próximo viernes, por lo que alguna más caería, ¿no?

Satisfecha con su resolución, se sentó a la mesa de la cocina y se dispuso a comer mientras le contaba a Juanita la confesión de Montse y el plan para el día siguiente. La criada no la dejó terminar de hablar. Paró un momento de lavar las cacerolas y la miró, extrañada.

—¿Que los Sureda vendrán a cenar mañana? ¡Caramba! Es la primera cena que organiza usted desde que me contrató, doña Blanca. Y me parece estupendo, pero ¿dónde cenarán? ¿Aquí, en la cocina?

—En el comedor, naturalmente. Y voy a invitar también a Daniel.

—Ah, una cena de parejitas, ¿eh? —sonrió Juanita con picardía, pero fue solo un instante—. ¡Ay, no! Que a usted el doctor no le gusta para eso. Pues no lo entiendo. Que lo invite, quiero decir, no que no le guste. Pero si es lo que usted quiere, señora… Bueno, ¿y qué haremos con los huéspedes?

—El señor Arbona y la señorita Faure se sentarán a la mesa con nosotros, ya que están al corriente de todo lo importante. —Blanca le aclaró entonces el motivo de esa reunión y continuó—: A Milo y a Santoni les pagaré la cena-espectáculo del Edén Concert. Esta noche pasaré por allí antes de que abran y haré la reserva.

—¿Y por qué no llama por teléfono? Para algo lo tiene, ¿no?

—Quiero hablar personalmente con aquel camarero cordobés. Nos dijo que solía ir a garitos de juego. Me llevaré una foto de Ramón y se la enseñaré. Tal vez haya coincidido con él en alguno y pueda confirmarme que es un asiduo, como sospecha Montse.

—Pobrecilla. Menudo truhan tiene por marido. Un sopapo bien dado le habría soltado yo por eso de las cartas. Y mejor me callo lo que le habría hecho por lo de reclutar al murciano. —Otra pausa en el lavado—. Oiga, supongo que no irá sola al Edén, ¿verdad? Se llevará al escritor, como la otra vez.

—Iré sola, Juanita. No necesito que ningún hombre me proteja.

—Pues pídale prestada la pistola a la francesa, por lo menos.

Blanca sonrió. No era mala idea. Abrió La Vanguardia que seguía en la mesa desde la mañana y comenzó una lectura rápida. Más noticias de Marruecos, protestas de los vecinos de Sarriá por la inminente anexión del municipio a la ciudad de Barcelona, un sindicalista detenido por mantener correspondencia con uno de los asesinos de Eduardo Dato, dos atropellos de automóviles con una víctima mortal… Ahí se detuvo, recordando el que hubo la mañana del crimen que no lograba resolver. Para el de Paquito ya tenía un culpable: Xavier. Y era obvio que él no se había apuñalado a sí mismo. La confesión de Ramón daba al traste con su idea primigenia de que la mano que empuñó el abrecartas también apretó el gatillo en la calle Conde del Asalto.

Por otra parte, que el marido de Montse ayudara al herido de la calle Balmes dejaba patente que no podía ser el hombre con el que se cruzó Santoni en el portal. Había unos diez minutos de camino entre la casa y el lugar del atropello. Con lo transitada que era la calle Balmes, difícilmente el herido permanecería tendido en el suelo todo ese tiempo sin que nadie que pasara por allí lo ayudara.

Y además de los transeúntes, había algunas tiendas…

Tiendas.

Seguro que los tenderos se acordaban de la hora exacta del accidente. Esa información le diría si Ramón se marchó tan puntual como siempre. Ya que no podía comprobar la coartada de Yvette, y ni Daniel ni Milo tenían otra que no fuera su palabra, decidió comprobar la única que contaba con testigos. Tal vez algún comerciante se acordara de Ramón.

Fue a su habitación a arreglarse y se fijó en el sobre de papel manila que contenía las revistas de moda francesa. Las revistas repetidas, según su amiga. Lo abrió de todos modos.

Sí, ahí estaba Les Élégances Parisiennes de octubre que ya había leído de cabo a rabo. Art, Gout, Beauté ni siquiera la había hojeado; aquella revista que contenía diseños de alta costura de París seguía cerrada sobre la mesilla junto al sillón de lectura. Hojeó la nueva.

En el centro vio un encarte. Una octavilla de propaganda de una librería de Gerona.

¿De Gerona? ¿Cómo se había colado ahí esa hoja de papel? A menos que…

Cogió la otra revista que Ramón le había traído y buscó en su interior.

La misma octavilla.

En una podía ser casualidad que él la hubiera guardado allí y se le hubiera olvidado sacarla, pero ¿en las dos? ¿También estarían en las de Montse?

La llamó por teléfono.

—Ah, pues no lo sé, Blanca. Al ver que eran las mismas revistas que ya tenía, ni las abrí. Espera, voy a mirarlo.

Silencio en la línea. La telefonista le preguntó si deseaba finalizar la llamada y ella respondió que todavía no. Al poco, la voz de Montse

volvió a sonar en el auricular. Una suave risa la acompañaba.

—Qué curioso, sí que está la propaganda. Seguro que Ramón se olvidó de comprar las revistas en Francia, y para no darnos un disgusto, se fue hasta Gerona a buscarlas.

—Tuvo que desviarse mucho, si tomó el tren de Portbou a Barcelona.

—Ay, Blanca, ¿qué más da dónde las comprara? Por cierto, ya le he llamado al despacho para decirle que mañana nos invitas a cenar en tu casa para contarnos algo importante. Y, aunque le ha extrañado, ha dicho que sí, que se organizará para terminar pronto el trabajo.

—Estupendo. Hasta mañana, entonces.

—¡Hasta mañana! Estamos impacientes por saber qué es eso tan importante que nos quieres contar a los dos.

Y Blanca estaba impaciente por realizar otra llamada. Al hotel de Narbona donde se alojaba siempre su difunto marido y donde, con toda seguridad, se alojaría Ramón si iba a aquella ciudad del Languedoc.

Tardó un buen rato en conseguir la conferencia con el hotel. Se hizo pasar por la inexistente secretaria del señor Sureda y preguntó si habían encontrado una carpeta con documentos que su jefe creía haberse dejado por descuido en la habitación que ocupó unos días atrás. Después de varios minutos de espera, le respondieron lo que Blanca intuía: que no constaba registro de que el señor Sureda se hubiera alojado recientemente en el hotel.

¿Por qué Ramón había mentido también sobre ese viaje? ¿Y por qué se marchó de Barcelona con tanta urgencia? Blanca se quedó junto a la consola del teléfono, barajando respuestas: quizá tenía que ver con su afición al juego o con sus esporádicas aventuras amorosas.

O quizá… con el asesinato de Xavier.

Saber la hora del atropello era prioritario.

—¡Señora Lledó! —El músico avanzaba por el corredor—. ¿Ya

averiguó qué eran aquellos ruidos del miércoles pasado? Aparte de los lamentos de Milo, claro. ¿Ha habido más quejas de los vecinos?

—Afortunadamente no. ¿Ha recordado usted algo más de ese día?

—No, pero he pasado esta mañana por el lugar del atropello y se me ha ocurrido preguntar. Como estaba usted tan quisquillosa con las horas…

Y Blanca no tuvo que salir de casa para conocer el dato que necesitaba: las 12:10.

Ramón se había marchado con puntualidad. De nuevo, las sospechas recaían sobre Yvette y Daniel. Entonces, se acordó del detalle mencionado por la flapper.

—Señor Santos, ¿tiene buen olfato? ¿Detectaría el olor a tabaco de pipa si se cruzara con un fumador?

—Bueno, si huele mucho, sí. Pero si no… ¿Por qué lo pregunta?

—Por si notó ese olor en el hombre con el que se cruzó en el portal.

—¿El del maletín?

—Sí, el del maletín —corroboró ella.

Y fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta del detalle que había pasado por alto: «El del maletín».

Un maletín. Uno solo.

Si ese hombre del portal era el asesino, no podía ser Daniel. Él habría llevado dos bultos: su maletín de médico y el equipaje que le robó a Xavier.

* * *

Habían dado por supuesto que el hombre del portal era el asesino,

pero no tenía por qué serlo. Y, en ese caso…

Blanca necesitaba algo para inculpar a Yvette Faure. No sabía qué haría luego, una vez le pusiera la prueba delatora delante de las narices y la guionista se viera obligada a confesar, pues no podía denunciar el asesinato de un muerto. Y aún menos cuando el cuerpo de la víctima llevaba una semana en el depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina etiquetado como «desconocido». Tendría que explicar demasiadas cosas a la policía e implicar a demasiada gente: Juanita, el señor Arbona, Daniel… Y a ella misma, claro. Por lo tanto, el crimen de Xavier quedaría impune y la señorita Faure regresaría a París, a su trabajo y a su vida con el único problema de contarle a su amiga cómo había fallecido su marido. Cualquier mentira le valdría, sin duda.

Era injusto, pero no más injusto que lo que le ocurrió al pobre murciano. No más injusto que los innumerables muertos que había causado la guerra del Rif. O la de Europa, que se había llevado a dos hermanos de Yvette.

Tal vez, cuando el brazo caprichoso de la muerte te tocaba de cerca, aumentaba el instinto depredador que todos llevamos dentro, se dijo Blanca al entrar en la habitación número 1. Matar para sobrevivir. En Xavier, ese instinto depredador debió de alimentarlo el temprano fallecimiento de su querida hermana.

Registró a fondo la habitación de la huésped francesa y no halló nada útil a su propósito. Sin embargo, vio que la caja donde guardaba las balas para su pistola estaba vacía. Yvette había salido esa tarde con el arma cargada.

¡Santo Dios! ¿Para qué? ¿Contra quién iba a usarla?

Daniel y Ramón fueron los primeros nombres que le vinieron a la cabeza. Pero ¿qué podía hacer ella por ninguno de los dos, aparte de intentar localizarlos y advertirlos del posible peligro?

Salió de la habitación y llamó al Hospital Clínico. El doctor Velarde se había marchado ya, le dijeron.

La llamada al despacho de Ramón no obtuvo respuesta.

Trató de calmarse. El escritor tampoco se encontraba en la residencia esa tarde. Alentado por ella, se había ido a recorrer el Paseo de Gracia después de comer. Blanca le había contado poco de su conversación con Montse, solo lo referente a las cartas de Denise y a la chaqueta nueva de Ramón. Esto último porque era su coartada, nada más. Coartada que ahora tenía confirmada. Había omitido los problemas económicos de los Sureda y el temor de su amiga a una recaída del marido en el vicio del juego, pues lo consideró una confidencia personal que no hacía falta que Ricardo supiera.

Todavía junto al teléfono, a punto estuvo de volver a llamar a Montse y preguntarle si Ramón había llegado a casa, pero no quiso inquietarla. Y eran ya las siete de la tarde. Si quería ir al Edén Concert antes de que abrieran al público, tenía que salir de inmediato.

Procurando no pensar en la caja de balas vacía, cogió el bolso y el abrigo, que se puso mientras bajaba a toda prisa por la escalera.

Al llegar al vestíbulo del edificio le sorprendió ver a Ramón frente a la puerta del ascensor.

—Ah, hola, Blanca —sonrió él—. ¿Vas a salir?

—¿Qué haces aquí?

—Perdona que te moleste a esta hora, no te entretendré mucho. Solo venía a pedirte un favor.

Parecía nervioso y un tanto avergonzado. El primer impulso de Blanca fue negarle ese favor, fuera cual fuese. ¿Cómo tenía la cara dura de venir a pedirle algo, después de haberla traicionado? Sin embargo, un cierto alivio al verlo vivo —a pesar de todo, no le deseaba la muerte—, en vez de acribillado a balazos por Yvette Faure, la ablandó. A fin de no ponerlo más nervioso, se guardó la advertencia de peligro para cuando se despidieran.

—¿Qué favor, Ramón?

—Verás, mañana tengo que coger el coche sin falta y… ¿Podrías

prestarme algo de gasolina? En este momento no puedo comprarla y sé que siempre tienes reservas en la portería.

—Gasolina. Sí, de acuerdo. —Tampoco era un favor tan grande—. Ven, coge la que necesites.

Blanca sacó el llavero de su bolso y abrió la vivienda de los porteros. En la entrada, a la izquierda, estaba el cuartito donde almacenaba los bidones. Tras prender la luz de la bombilla desnuda que colgaba del techo, le cedió el paso, reiterando su invitación a llevarse los que precisara.

—No, no, por Dios. Con un bidón tengo suficiente. Y prefiero que me lo des tú. No quiero sentirme como un ladrón.

Blanca lo miró elevando las cejas. Qué escrúpulos más absurdos, cuando había sido cómplice de un asesinato a sangre fría. Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. Ella entró en el cuartito y fue a por uno de los bidones de metal alineados junto a la pared.

El ruido de la puerta al cerrarse la detuvo.

No le dio tiempo a preguntar. Ramón, a su espalda, la tenía inmovilizada. Le rodeaba el torso con los brazos y apretaba contra su rostro un pañuelo que olía como a hospital. Blanca lo identificó segundos antes de perder la conciencia: éter.

20

Tenía las manos atadas a la espalda. Estaba sentada en el suelo y apoyada en… algo de madera, dedujo al palparlo.

En su primer intento de abrir los ojos, Blanca vio el cordel que le rodeaba los tobillos y le restaba movilidad a las piernas. Sentía náuseas y el olor del éter se le había impregnado en las fosas nasales. Podía oír que alguien respiraba cerca de ella. Entonces lo recordó todo. Se encontraba en el cuartito de la portería.

Supo también que, si alzaba los párpados, vería a Ramón.

Al asesino de Xavier.

A pesar de su escasa lucidez en aquel momento, no encontraba otra razón para aquel ataque ni para que él la retuviera allí. Y algo quería de ella antes de matarla, o lo habría hecho mientras permanecía inconsciente.

Podría hacerlo en ese preciso instante o dentro de unos minutos, mientras siguiera atada. Ella no tenía modo de defenderse.

Gritar. Pedir ayuda.

Una parte de ella le decía que chillara. Ramón no la había amordazado, nada se lo impedía. Algún vecino la oiría, tal vez incluso uno de sus huéspedes. Sabía que Milo y Santoni estaban en la residencia. Si, por casualidad, alguno andaba por el pasillo en ese momento, la oiría. El ventanuco de aquel cuartito daba al patio de luces, al igual que las ventanas de los corredores en cada piso; aunque estuviera cerrado, un chillido o una llamada de socorro traspasaría el cristal y resonaría en el hueco de la escalera.

Sin embargo, la parte de su mente que comenzaba a adquirir lucidez la instó a mantener la calma, a dejar que su captor hablara. Así sabría lo que Ramón quería de ella. Así podría saber, por fin, por qué Xavier había muerto apuñalado en la que fue su habitación

durante años.

Blanca abrió los ojos muy despacio, simulando un reciente retorno a la conciencia.

—Ramón, ¿qué… qué significa esto?

De pie frente a ella, con las manos en los bolsillos del gabán, su repeinado cabello brillaba bajo la solitaria bombilla que pendía del techo.

—No quería matarte, Blanca, pero no me queda otra salida.

Sacó una mano del bolsillo empuñando una pistola.

Blanca tragó saliva y se obligó a dominar el súbito pánico que le sobrevino.

—¿Y por qué has esperado a que despertara?

—Porque esta vez no voy a dejar ningún cabo suelto. Me pasé de listo después de apuñalar a Xavier y la cagué. Las prisas. No tuve tiempo para pensar. Alguno de tus huéspedes podría haberme descubierto, sabía que al menos uno andaba por la residencia. Oí sus quejidos, oí sus pasos por el pasillo.

El ilustrador indispuesto. El hombre que se alegraría de asistir al funeral de Ramón.

—Emilio Ramírez también te oyó a ti. O a Xavier, no lo sé. Oyó una voz de hombre y pensó que el nuevo huésped había llegado ya. Tuviste suerte de que no reconociera tu voz. Y de no despertar a Yvette, que dormía en la 1.

El nombre de la guionista tensó a Ramón un par de segundos. Luego, compuso una sonrisa torcida y recuperó la frialdad.

—Entonces, tuve suerte, sí. Creía que en esa habitación no había nadie. Pero mi suerte fue que Daniel estuviera allí. Era mi salvación.

—¿Por qué?

—Porque podía inculparlo a él. Al buen doctor enamorado de ti desde hace años —matizó con sarcasmo—. Lo vi claro: ni su bondad ni su oficio le impiden eliminar a su rival cuando descubre que sigue vivo. Un acto impulsivo en un momento de desesperación. Es una deducción muy lógica. Caso cerrado.

«Bravo por Juanita», aplaudió Blanca en silencio al recordar que esa fue su explicación inmediata al asesinato de Xavier. Asesinato que aún no tenía explicación para ella. Y necesitaba saber.

También necesitaba tiempo para pensar. Tal vez hubiera algún modo de escapar de la muerte que Ramón le había anunciado, así que le preguntó:

—¿Y cómo pensabas inculpar a Daniel?

—Blanca, escucha, quiero que sepas que yo no tenía intención de matar a Xavier, pero él no me dejó otra salida. Igual que tú al esconder el cadáver. Tendrías que haber acudido a mí, era lo más lógico, lo que supuse que harías al encontrártelo… muerto en la habitación. Fui yo quien se encargó de todo cuando supuestamente le volaron la cabeza, y era de sentido común pensar que, esta vez, también yo me encargaría de todo. Te habría ayudado a enterrar a Xavier discretamente, te habría mostrado las evidencias que señalaban a Daniel. Pero tú, en lugar de acudir a mí, le pediste ayuda a ese escritor. A un huésped. A un completo desconocido. ¿Cómo se te ocurrió…?

—Él encontró el cuerpo de Xavier, no podía ocultarle el crimen.

—Nadie iba a ocupar esa habitación hasta el viernes, se suponía que lo encontrarías tú. O tu criada.

—El señor Arbona adelantó su llegada.

—Un pequeño imprevisto que no habría tenido importancia si hubieras acudido a mí, Blanca, si hubieras dejado al margen de esto a ese huésped. Siento que le dieran aquella paliza.

—¿Cómo sabes que…? Ah, claro, fuiste tú el que la encargó, ¿no? —dedujo ella.

—Algo tenía que hacer para que dejaras de remover el pasado. Aunque no sirvió de nada. Seguiste indagando y tuve que contarte la verdad.

«Y la nueva mentira de que Xavier seguía vivo», quiso añadir Blanca, pero prefirió no desviarse del tema.

—¿Cómo te enteraste de que estuvimos preguntando por el atentado?

—En una casa de juego a la que fui la semana pasada. Un joven que trabaja en el Edén Concert comentó que una pareja estaba interesada en lo que ocurrió aquella noche. Le dije que yo fui uno de los testigos y él me habló de vosotros. Entonces supe que no acudirías a mí por la muerte de tu marido. Ya me había extrañado que, el jueves, cuando comimos juntos, no me dijeras nada, pero pensé que estabas demasiado impresionada y que necesitabas un día más. Imaginé que Juanita te estaría ayudando con el cadáver. Hablar con aquel camarero me hizo ver que me equivocaba, que te habías aliado con ese huésped inoportuno. Tuve que fingir un viaje de trabajo para ocultarme unos días y pensar en cómo pararte los pies.

—Y lo único que se te ocurrió fue contratar a unos matones para golpear a mi huésped —le echó en cara Blanca, omitiendo que ya sabía que ese viaje a Narbona era mentira. Ahora conocía también el motivo.

—Solo pretendía asustaros, nada más. Apenas le hicieron daño.

—¿No podías haberte limitado a enviarme un anónimo amenazante o algo así?

—Eso no lo hubiera detenido a él.

—Tampoco nos detuvo que lo agredieran —señaló ella.

—De sobra lo sé. Ahora dime… —Agitó la pistola, su mirada se tornó feroz—. ¿Qué hiciste con el cadáver? ¿Dónde lo escondes?

Así que eso era lo que Ramón quería de ella. Blanca no comprendía por qué y continuaba sin las respuestas que necesitaba. Las náuseas

remitían y su mente se había despejado. Sin embargo, no hallaba un modo de escapar de allí. El miedo le aceleró el pulso, pero tenía claro que Ramón no dispararía hasta obtener la información que le pedía. Quizá bastara con no dársela.

—Ramón, no has contestado a mi pregunta. ¿Qué evidencias señalaban a Daniel?

—La ventana abierta. Daniel siempre huele a tabaco de pipa.

«El detalle que mencionó la guionista», recordó ella mientras él citaba el que indicó el escritor.

—Y la herida en el pulmón. En el punto exacto que causa la muerte inmediata. La mayoría de la gente no sabe cuál es, pero un médico sí. Xavier y yo nos informamos cuando planeábamos su desaparición. Luego, como no encontré a nadie que se pareciera lo suficiente a tu marido como para que lo confundieran con él, decidimos dispararle en la cara, dejarlo irreconocible.

—Pero has dicho que no querías matar a Xavier. Si le clavaste el abrecartas en ese punto exacto que…

—¡Cállate!

La orden resonó en el cuartito. Blanca se sobresaltó. El miedo le cerró la boca, instándola a obedecer. La esperanza de que alguien más hubiera oído ese grito y acudiera en su auxilio le dio valor para rebelarse.

—¡No pienso callarme, Ramón! ¡No pienso callarme hasta saber qué ocurrió el miércoles pasado! ¿Por qué mataste a Xavier? ¿Por qué volvió a Barcelona? ¿Qué hacía en mi casa? ¡Y no pienso decirte dónde está su cadáver hasta que me respondas!

* * *

«¡… decirte dónde está su cadáver hasta que me respondas!».

La voz de Blanca Lledó resonó en el vestíbulo del edificio cuando su hija, junto con Yvette y Juanita, entraban en él. Las tres se miraron unas a otras, desconcertadas y asustadas a partes iguales. Eulalia iba a preguntar qué significaba aquello, pero la guionista la acalló con un gesto de chitón.

La criada se percató enseguida de que la puerta de la vivienda de los porteros estaba entornada. La señaló con la barbilla al tiempo que le decía en voz baja a la huésped:

—La señora debe de estar ahí dentro. Pero… ¿a quién le grita?

Yvette volvió a llevarse el índice a los labios y se acercó con sigilo a esa puerta. Aguzó el oído al tiempo que intentaba distinguir, por el palmo de abertura, algo del oscuro interior. Captó un susurro ininteligible y el perfil de otra puerta. Hizo señas a Juanita para que se aproximara.

—¿Qué hay ahí?

—Una especie de trastero. Es donde los porteros guardan los cubos grandes de basura y las cosas de la limpieza de la escalera. Y la señora, los bidones de gasolina. ¿Doña Blanca está ahí, en ese cuartito?

—Creo que sí. Es el único sitio donde hay luz. —Por el resquicio inferior de la puerta salía un débil resplandor amarillento—. Y yo diría que está con el asesino de Xavier.

—Pues entremos y…

—No —la frenó la guionista, y la instó a retroceder unos pasos—. Es probable que lleve un arma, y no será un abrecartas. Y aunque yo llevo mi pistola en el bolso, no es cuestión de empezar un tiroteo.

—No, claro. ¡Ay, Jesús, María y José! —murmuró la criada al tiempo que se santiguaba—. ¿Y qué hacemos?

—Tenemos que saber cuál es la situación exactamente. ¿Hay ventana en ese cuarto?

—Una pequeña. Da al patio de luces. Pero siempre está cerrada y no

se puede abrir desde el patio.

—Eso no es problema. Eulalia, sube a casa y busca a Ricardo. Y tú, Juanita, llévame hasta esa ventana.

21

Ramón Sureda no esperaba que la siempre comedida Blanca se le rebelara. Se cernió sobre ella y le susurró:

—No levantes la voz, maldita sea.

—Tú la has levantado primero.

La mirada del hombre se clavó en la de la mujer, que la aguantó sin inmutarse y sin apenas respirar. Incluso cuando él le puso el cañón de la pistola en la boca del estómago y repitió que le dijera dónde estaba el cadáver, las pupilas de Blanca continuaron firmes en las suyas. Solo un pequeño respingo le indicó que ella había notado el contacto del frío acero.

Tras unos segundos de absoluto silencio, Ramón se incorporó despacio.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Quieres respuestas? Te las daré. Xavier se negó a pagarme lo que me debía. Después de todo lo que yo he hecho por él, se limitó a darme unas pocas pesetas y a soltarme un discurso moralizante sobre los riesgos del juego.

—¿Mataste a tu mejor amigo por dinero?

—No se trataba solo de dinero, Blanca. Se trataba de gratitud, de devolverme el favor… los favores —rectificó con énfasis— que me debía. Me callé su relación con Denise durante años, le hice de intermediario para que pudieran escribirse cartas de amor, unas puñeteras cartas que casi destrozan mi matrimonio —apostilló—, le ayudé a desaparecer y he estado encubriendo su falsa muerte desde entonces. No ha sido fácil para mí, ¿sabes? Mentir a mi esposa, mentirte a ti, a nuestras familias, ¡a todo dios! Había logrado dejar el juego y las apuestas y volví a meterme de lleno en ese submundo por él, a relacionarme con tahúres, estafadores y hampones. Primero, para conseguirle un pasaporte falso y un arma. Luego, porque necesitaba olvidar, distraerme con algo que me absorbiera por completo, que me

impidiera pensar en lo que había hecho. Para no sentirme… —apretó los dientes, conteniendo su ira— *como un mierda. ¿Acaso no merecía una compensación? ¿No merecía que Xavier me ayudara cuando yo lo necesitaba?*

—Tú decidiste hacerle todos esos favores. Si querías dinero a cambio, ya no son favores, Ramón, sino tratos.

—No, Blanca, no se hacen tratos con un amigo. Tú le ayudas, él te ayuda. Punto. Y cuando haces un favor de la magnitud del que le hice yo a tu marido al simular su muerte, esperas que te corresponda. Es inevitable.

Blanca recordó que ella misma le había dicho algo similar al escritor la noche que la acompañó al Edén Concert. Uno siempre espera que le devuelvan el favor que ha hecho. Uno siempre olvida que un favor es una ayuda gratuita. El hombre que tenía frente a ella, airado, no era distinto a la mayoría. Tampoco ella lo era. Y aunque podría darle la razón a Ramón, solo se la dio a medias.

—Eso puedo comprenderlo. Y probablemente Xavier te habría ayudado si le hubieras pedido algo que no fuera dinero. —Le asqueaba defender a su marido, ahora que sabía de sus actos despreciables, pero tenía que hacerlo para seguir viva unos minutos más. Unos años más, con suerte—. Escucha, Ramón, Yvette Faure me ha contado cómo es su nueva vida en París: un empleo sencillo, dos hijos, una esposa… No debía de sobrarle el dinero.

—No andaba muy boyante, es cierto. Pero podría haber conseguido más y no quiso.

—¿Cómo sabes que no quiso?

—Él mismo me lo dijo. Yo le di tiempo. Todavía dispongo de un mes para saldar la deuda de juego que me está ahogando, pero él se presentó aquí de repente y me soltó un discurso moralista: que si yo era un ludópata, que si terminaría mal…

—¿Y no lo eres, Ramón? Ludópata.

—Por supuesto que no. Me gusta el juego, sí, pero pude dejarlo una

vez, ¿no? Y volveré a dejarlo en cuanto pague lo que debo. Si Xavier me hubiera ayudado, si por lo menos me hubiera dado esperanzas, no estaríamos aquí. Pero me soltó esa ridícula cantidad y trató de tenderme una trampa.

—¿Como la que me has tendido tú a mí para encerrarme aquí dentro y matarme? —conjeturó ella—. ¿Discutisteis y lo apuñalaste en pleno arrebato, en defensa propia?

—No pude evitarlo. Me dijo que lo único que podía darme lo tenía a buen recaudo y tardaría unas horas en recuperarlo, que quedáramos en la estación de Francia a las tres de la tarde. ¡Ja! En la estación —repitió con sorna—. El muy desagradecido pensaba largarse antes de que yo llegara.

«A buen recaudo».

Eso fue lo que llamó la atención de Blanca. Pensó enseguida en la misteriosa llave que había descartado como posible pista relacionada con el crimen. Quizá lo estaba. Relacionada. De algún modo. Y era obvio que Ramón desconocía la existencia de aquella llave, o no habría creído tan firmemente que Xavier pretendía tenderle una trampa. Pero no pudo seguir pensando en esa posibilidad, el miedo la ofuscaba.

—Y encima, me dijo: «Y se acabó, será lo último que te daré». No me lo podía creer. Me quedé…

—Espera, espera —le interrumpió Blanca—. ¿Lo último? ¿Significa eso que llevaba tiempo dándote dinero? ¿Pagándote —puntualizó— tus favores?

—Me envió algo por correo un par de veces este verano. Una miseria. No me quejé. Tampoco el miércoles pasado. Solo le rogué que me ayudara un poco más. Se había costeado los billetes de tren, el hostal, la entrada al partido de fútbol… Pensé que las cosas le iban mejor y se lo dije. Xavier se enfadó, empezamos a discutir. Hasta que me amenazó con contar la verdad sobre su desaparición y perdí el control. Me enfurecí. Lancé un puño contra su cara, pero él lo esquivó y cogió el abrecartas. Me lo puso en la garganta y me dijo que lo dejara en paz, que no quería volver a verme nunca más

ni a saber de mí. Ni te imaginas lo que me dolió oírle decir eso, Blanca, ni te lo imaginas —repitió con voz angustiada y odio en la mirada—. Sin pensármelo dos veces, le arrebaté el abrecartas y se lo clavé en el hombro. Él se asustó y volvió a amenazarme con ir a la Policía y contarlo todo. Y lo vi en sus ojos, Blanca. Vi que sería capaz de acusarme de haber disparado al murciano. No podía permitirlo.

—Pero… ¿no fue Xavier quien le disparó? —se extrañó Blanca.

También le extrañó un ruido que sonó por encima de su cabeza. Mientras Ramón le confirmaba que sí, que fue Xavier quien disparó aquella noche pero que él no podía demostrarlo, ella echó un vistazo con disimulo a su alrededor: los cubos de la basura comunitaria —vacíos, gracias a Dios—, el extintor Minimax con forma de cono, escobas, una caja de herramientas…

La ventana. Se había abierto unos milímetros.

¿Una corriente de aire? ¿En el hueco de la escalera? No era normal.

—Habría sido su palabra contra la mía —afirmaba Ramón—. No podía permitir que tu marido saliera vivo de su habitación.

—¿Y por qué entró? ¿Por qué vino a Barcelona? A casa.

* * *

Yvette Faure, con la ayuda de un destornillador y haciendo palanca con una llave de gancho que llevaba en su kit de herramientas para el automóvil, acababa de abrir el ventanuco desde el que podría observar la emboscada que retenía a Blanca en aquel cuartito. La pregunta de la dueña del inmueble le llegó con claridad y miró a Juanita, a su lado. También la había oído. Interesadas en saber por qué el supuesto marido muerto se arriesgó a pisar Barcelona y su antiguo dormitorio, ambas guardaron silencio.

—Xavier había olvidado una de aquellas cartas de Denise en el

lugar donde las escondía y quería recuperarla.

La criada y la guionista vocalizaron a la vez: es Ramón Sureda.

No podían verle —de hecho, Juanita no veía nada, pues la estrecha abertura solo dejaba espacio a un par de ojos—, pero continuaron escuchando…

—No sé por qué era tan importante para él una dichosa carta —dijo Ramón—, pero en cuanto se dio cuenta de que no estaba entre las que se había llevado a París, subió al tren para venir a Barcelona.

—Me alivia saber que no murió por ir a ver un partido de fútbol.

—Eso fue una coincidencia. Aunque también pensó que, con suerte, me encontraría a mí en las gradas. Como no nos cruzamos, me llamó a la mañana siguiente al despacho para pedirme que lo ayudara a recuperar esa carta. Aún guardaba la llave de casa, pero no tenía la de la habitación. Otro favor más.

—Que tú le hiciste sin dudarlo porque esperabas dinero a cambio. ¿Te lo has cobrado vendiendo a esos hampones y estafadores con los que te relacionas todo lo que le robaste a Xavier? Deben de pagar bien por una carte de résidence.

—Quise evitar que supieras de su doble vida —alegó para justificar el robo—. No tenía ninguna intención de contarte que aquel atentado en realidad no fue un atentado. Si hubieras acudido a mí, yo habría fingido estar tan sorprendido y confuso como tú al ver que Xavier no murió de aquel disparo. Y se acabó la charla, Blanca. Creo que ya sabes todo lo que querías saber, así que es tu turno. Dónde has ocultado el cadáver.

—No entiendo qué importancia tiene eso.

Juanita increpó a la huésped en susurros: ¿Iban a hacer algo o qué?

Yvette la apartó de la ventana unos segundos para pedirle paciencia.

—Ramón está muy alterado en ese momento, Juanita, y tu señora parece que no. Esperemos.

—Que no parezca alterada no significa que no lo esté. Yo…

—Chist…

Tras mandar callar a la criada, Yvette se llevó un dedo al oído para indicarle que continuaran escuchando. Las dos volvieron a apostarse junto al ventanuco.

—Blanca, por favor, no me tomes por idiota. Si te empeñaste en descubrir quién mató a tu marido no podía ser solo para tu propia satisfacción. Pretendías denunciar al culpable cuando tuvieras una explicación para su falsa muerte, o la policía se habría reído de ti. Y necesitas un cadáver para acusar a alguien de asesinato, así que debes de conservarlo embalsamado en algún lugar.

—¿Embalsamado?

Yvette puso los ojos en blanco.

—No te hagas la tonta. Sabes que es la única forma de que no empiece a descomponerse en tres o cuatro días. Y en las funerarias están acostumbrados a embalsamar los cuerpos de los difuntos que sus familiares quieren trasladar a otra ciudad, país o continente. Pero he preguntado en las dos que hay en Barcelona y en ninguna guardan el de Xavier. ¿Dónde lo has ocultado?

—Está bien, te lo diré.

Juanita y la guionista intercambiaron miradas de extrañeza al tiempo que oían a Blanca Lledó imponer una condición: antes, quería saber cómo iba a matarla y salir airoso de aquel nuevo crimen.

La criada ahogó una exclamación de espanto, agarró un brazo de la francesa y lo sacudió. Yvette le pidió calma con un gesto de la mano y desenganchó aquellos dedos regordetes que se hundían en su bíceps.

Mientras, Ramón Sureda exponía su plan: más éter para adormecerla unos minutos, durante los cuales la desataría…

—¿Tiene atada a mi señora?

—Silence, Juanita.

… y entonces, un solo disparo. No a ella, sino a los bidones de gasolina. Él huiría antes de que explotaran y el cuartito se incendiaría. Cuando Blanca volviera en sí, estaría rodeada de fuego. El humo la asfixiaría. No podría escapar ni tendría fuerzas para hacerlo. Su muerte se calificaría de desafortunado accidente y él lloraría en su funeral. No habría testigos que pudieran señalarlo como causante del incendio.

Juanita se sulfuró. Abrió la boca para gritar que sí había testigos, pero la flapper se la tapó y la alejó de nuevo de la ventana.

Yvette se sentía como una espía en una misión de riesgo. Una espía con una ayudante novata demasiado alterada. Aunque también ella notara la adrenalina correr por sus venas, mantenía la cabeza fría que la situación requería. La guerra era una indeseada maestra de mecanismos de supervivencia, y uno de ellos era el dominio del miedo.

—¿Quieres que ese loco nos descubra y no podamos salvar a tu señora?

La criada agitó la cabeza de lado a lado y ella apartó despacio la mano que la silenciaba.

En ese momento, regresó Eulalia. No encontraba al escritor en la residencia. ¿Pedía ayuda a Milo y a Santoni?

—*No hace falta, belle fille.*

Juanita, furiosa y asustada, increpó a la huésped.

—Oiga, señorita, ese hombre va a hacer que arda todo el edificio. Necesitamos ayuda.

—A más gente, más ruido —arguyó Yvette—. Ramón podría oírnos y disparar a Blanca antes de provocar el incendio. Tenemos tiempo. Y más, si el bidón que pretende volar está totalmente lleno. La gasolina no explota, sino los gases que desprende y que se acumulan en un espacio cerrado. Si no hay espacio para esos gases en el bidón, no explotará. La bala podrá agujerearlo y el

combustible comenzará a derramarse. Ramón necesitará otro disparo para que prenda.

—Pero entonces, el bidón ya no estará lleno y ¡bum!, volaremos por los aires —replicó la criada.

—Eso es lo que debemos evitar. Escuchad: sorprenderemos a Ramón cuando esté desatando a Blanca. Habrá soltado la pistola para poder hacerlo y estará concentrado en ello. Juanita, tú te quedarás junto a la ventana y podrás gritar que sí hay testigos. Yo esperaré en la puerta del cuartito y la abriré en cuanto te oiga. Ramón recuperará su arma, pero la mía le estará apuntando directo al corazón. Sabrá que no tiene escapatoria.

—¿Y qué hago yo, Yvette? —preguntó Eulalia.

—Te quedarás en el portal, por si viene alguien. Ricardo, por ejemplo. Si llegara mientras esperamos el momento adecuado, puedes decirle lo que está pasando. Pero sin prisas, no vaya a ser que le dé por erigirse en el salvador de Blanca y nos estropee el plan de rescate. ¿Preparadas?

—Ya estamos tardando —respondió la criada al tiempo que Eulalia asentía.

Y Juanita tenía razón. Porque en ese momento, un grito de rabia traspasó la ventana del patio.

Un grito de Blanca Lledó.

22

Mientras Yvette Faure organizaba el plan de rescate, Blanca pensaba en cómo evitar el desastre augurado por Ramón.

No iba a morir allí, inconsciente y abrasada por un fuego que podría poner en serio peligro a su familia, sus huéspedes, su hogar y su negocio. De hecho, podría llegar a propagarse hasta los pisos superiores, si los bomberos no lograban sofocarlo a tiempo.

Tiempo. Necesitaba más tiempo para pensar, pues el miedo —sí, tenía miedo de no salir viva de allí— convertía su mente en un caos de vaticinios y recuerdos. No hallaba un claro en aquella intrincada selva de pensamientos que la asediaban. Lo único que veía con claridad era que el control del tiempo estaba en sus manos. A menos que Ramón se desesperara y apretara el gatillo antes de obtener la respuesta que tanto parecía necesitar. Y Ramón se estaba desesperando. Ella lo percibía en su mirada, en la tensión de su cuerpo, en su tono de voz… En los dedos que aferraban la pistola con que la estaba apuntando.

A las piernas.

Iba a disparar. Blanca lo intuyó y se apresuró en repetirle que le diría dónde había ocultado el cuerpo de Xavier, pero que tenía una pregunta más: ¿por qué había esperado hasta hoy para poner punto y final a aquella cadena de mentiras?

—Por esa cena de mañana. ¿Qué es lo que nos tienes preparado, Blanca?

—Aún no he decidido el menú —respondió ella, fingiendo no haberle entendido.

—No te lo tomes a broma. —La ira y la desesperación aumentaban —. Ya sabes a qué me refiero. Has invitado al inspector de policía al que sobornaste, ¿no? Tenías la intención de delatarme y que me detuviera. Delante de mi esposa. No te imaginaba tan maquiavélica,

Blanca. Siempre tan correcta y cordial, imperturbable y gentil. ¡Y pensar que llegué a sentir lástima por ti! Pero no te saldrás con la tuya. —Puso el índice en el gatillo y vocalizó, muy despacio—: ¿Dónde… está… el cadáver?

Ella supo que, si no quería perder la pierna, y quién sabe si la vida, tenía que darle ya lo que le pedía. A fin de no implicar a Daniel, inventó que ocultaba a Xavier en el terrado del edificio, en un viejo arcón de madera que había protegido con unas lonas. A Ramón le extrañó. La miró con recelo unos segundos, pero luego asintió con la cabeza.

Se lo había creído.

Bien. Por una parte, pero por otra… Blanca supo que no tardaría en caer inconsciente por el éter. Él ya estaba impregnando el pañuelo en aquel líquido anestesiante que la obligaría a respirar.

Respirar.

No podía obligarla a respirar. Entonces, se le ocurrió.

Inspiró hondo con disimulo y dejó que Ramón le cubriera la boca y la nariz con aquel pañuelo. No respiró. Cerró los ojos y actuó como si el éter hiciera su efecto.

—Lo siento, Blanca, lo siento mucho —le oyó decir mientras ella contaba los segundos y simulaba que su cuerpo se aflojaba. Seis, siete, ocho…—, pero no me has dejado otra salida.

«Y encima me echa la culpa a mí, el muy cabrón», se enfureció Blanca, repitiendo en silencio y varias veces esa palabra hiriente y malsonante.

Catorce, quince, dieciséis… ¿Con veinte segundos bastaría para que la creyera dormida?, se preguntó. El aire retenido se le acababa y tendría que respirar.

Veintidós, veintitrés… No resistiría mucho más.

Veintiséis…

Y Ramón la soltó. Con él a su espalda para desatarle las manos, Blanca pudo inhalar una bocanada de aire. Y calcular su próximo movimiento. Podía hacerlo. Podía alcanzar el extintor.

Cuando notó que el cordel ya no rodeaba sus tobillos, aguzó el oído. Una vez que Ramón se apartara de ella…

—Lo siento, Blanca —reiteró.

La voz ya no sonaba a su lado. Oyó dos pasos. Él no podría dar más en aquel cuartito. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Con un grito de rabia, Blanca Lledó se levantó, agarró aquel extintor con forma de cono y se abalanzó sobre un Ramón perplejo y paralizado por el inesperado despertar de su rehén. El golpe que recibió hizo que se tambalease, pero no cayó ni soltó la pistola.

—Blanca, ¿qué…?

—¡Cabrón! —le escupió, al tiempo que volvía a golpearle con aquel contenedor de espuma para sofocar incendios.

Ramón Sureda perdió el equilibrio y se desplomó sobre los bidones de gasolina. En ese mismo instante, una voz estridente llenó el cuartito.

—¡Doña Blanca, estamos aquí!

—¿Juanita? —se sorprendió ella—. ¿Cómo…?

La puerta se abrió bruscamente, rebotando en el cuerpo del hombre abatido que trataba de ponerse en pie.

Ramon Sureda desistió de levantarse al ver a Yvette Faure empuñando una pistola que apuntaba a su pecho.

—Si te mueves, disparo, putain menteur.

—No… no es lo que crees, Yvette. Ella me ha atacado —señaló a Blanca con un trémulo índice. Su otra mano seguía sujetando el arma—. Se ha vuelto loca. Yo solo venía a pedirle que me prestara un poco de gasolina y ella… ella me ha metido aquí y… —Alzó la

pistola.

—¡Cuidado! —gritó Juanita desde la ventana.

Dos disparos sonaron a la vez. Una de las balas rozó la pierna derecha de Blanca Lledó. La otra penetró en el cuerpo de Ramón Sureda, en el mismo punto en que él había hundido aquel abrecartas en el pecho de su amigo.

Conmoción.

La criada desapareció de la ventana para acudir en auxilio de su señora. Eulalia, aterrorizada por la detonación, corrió hacia el cuartito seguida por el escritor, que acababa de entrar en el portal del edificio.

Blanca miraba boquiabierta a su huésped francesa y la sangre que manaba del cuerpo de Ramón y que le teñía de rojo la camisa. Y entre los gritos de: «¡Señora! ¡Señora!» y «¡Mamá! ¡Mamá!», la voz de Yvette Faure se coló para formular una pregunta:

—Blanca, ¿crees que a Daniel le importará llevar otro cadáver al depósito de la Facultad de Medicina?

23

Fue una noche agitada la de aquel jueves en el vestíbulo del edificio de Blanca Lledó. Juanita atendió la herida superficial del muslo de su señora mientras elaboraban, con la ayuda del escritor, una versión creíble para la Policía. Esta vez no iban a ocultar el cadáver ni el crimen, como proponía Yvette. No había tiempo de limpiar aquello antes de que algún inquilino, alertado por las voces y la detonación, bajara a preguntar qué ocurría.

Debieron de ser pocos los que oyeron el estallido, solo los vecinos que en ese momento preciso estaban en el pasillo de sus respectivos hogares, y solo a tres les intrigó lo bastante como para personarse en el portal. La guionista y Eulalia les informaron de que alguien había matado a un hombre en la portería y que la dueña del edificio ya estaba llamando a la Policía. Alarmados por la noticia y por el estado nervioso de la hija de la dueña, los vecinos siguieron el consejo de Yvette: si no querían verse implicados en el crimen, debían volver a su piso y aguardar allí a que los agentes los interrogaran.

Blanca avisó a la policía cuando Juanita terminó de vendarle el muslo y de poner orden —de nuevo con la ayuda de Ricardo— en la escena del crimen. Dos horas después de que los disparos sonaran como uno solo en el patio de luces, un par de agentes y un médico forense entraban en el portal de la calle Muntaner.

Con su habitual calma aparente y el apoyo silencioso de la leal albaceteña, Blanca les contó la mentira que habían inventado: el señor Sureda, buen amigo de la familia, se había presentado en la casa para pedir prestado un bidón de gasolina. Ella, con toda confianza, le había dado la llave de la portería para que lo cogiera. Al poco, la detonación las había asustado y habían bajado a todo correr, pero ya no pudieron hacer nada por el pobre Ramón ni tuvieron el coraje de perseguir al hombre que salía del edificio a toda velocidad y al que serían incapaces de describir. A las puertas de la muerte, Ramón había balbuceado algo así como: «Deuda de

juego», además de: «Lo siento» y: «Dile a Montse que la quiero».

Dado que la señora Lledó podía confirmar que su amigo era un jugador empedernido, la policía concluyó que se trataba de un ajuste de cuentas. El asesinato de Ramón Sureda no les iba a dar más trabajo que los trámites habituales. La familia Lledó, de larga tradición empresarial en el sector textil, gozaba de buena reputación, y valía más no molestarla demasiado sin necesidad. Y aquella viuda había sufrido ya bastante con el atentado contra su esposo unos años atrás.

Blanca pasó el día siguiente junto a una desconsolada Montse que no cesaba de repetir que lo sabía; sabía que su marido había vuelto a caer en el juego y que acabaría mal. Aunque no tanto. Ella quiso decirle que tenía suerte de haber enviudado, pero aún no podía explicarle por qué. Más adelante, cuando cesaran los pésames, le contaría la verdad.

Aunque no la sabía toda. Más verdades salieron a la luz la noche siguiente a la muerte de Ramón. Yvette Faure, sin ningún sentimiento de culpabilidad por haber apretado el gatillo, se empecinó en organizar aquella cena prevista para el viernes —sin los Sureda, naturalmente—, pues disponía de una nueva información que prefería dejar en manos de Blanca. Que ella decidiera si incorporarla o no a la historia que ya conocían.

Con la anfitriona ocupada en consolar a su amiga, fue Yvette quien se encargó de reservar una mesa para Milo y Santoni en el Edén Concert y de invitar a Daniel Velarde a la cena en la residencia de artistas. El médico, que había pasado varias horas junto al difunto y su esposa sin sospechar cómo había muerto en realidad, sí sospechó de aquella insólita invitación. Mucho se temía que su adorada Blanca y la descarada francesa lo acusaran de haber sido el instigador del ajuste de cuentas. ¡A saber qué motivo alegarían! Así pues, cuando entró en el comedor donde lo aguardaban las dos mujeres, Eulalia y aquel dichoso escritor que se comía con los ojos a Blanca, Daniel manifestó, alto y claro:

—Quiero que conste que yo no tengo nada que ver con el asesinato de Ramón.

—Tranquilo, chéri —le sonrió la guionista—. Ya lo sabemos. ¿Nos sentamos a cenar?

El ojo experto del doctor Velarde se fijó en que Blanca cojeaba ligeramente y le preguntó qué le ocurría.

—Nada grave. Verás, ayer… Bueno, debería empezar por anteayer.

Y procedió a contarle su paseo con Ramón. Luego, con la colaboración de Yvette, le relató lo acontecido en el cuartito de la portería.

—Te lo advertí, Blanca —le recordó Daniel, ufano porque su primer sospechoso había resultado ser el asesino—. Te advertí que podías correr peligro. ¿Y dónde estaba usted, señor Arbona? Se suponía que debía protegerla.

—Ella me pidió ayuda para investigar, no protección. Y eso era lo que hacía yo ayer por la tarde: ayudarla en su investigación. Cuando me contó que el señor Sureda había socorrido a la víctima del atropello, decidí comprobar su coartada. De regreso de mi visita turística por el paseo de Gracia, tomé la calle Balmes y pregunté en las tiendas de la zona dónde se produjo el accidente. Y descubrí que la coartada era falsa. Ninguno de los comerciantes que lo presenciaron recordaba que el hombre atropellado hubiera sangrado. Se rompió un brazo al caer, pero nada más. Por lo tanto, si Ramón Sureda se compró una chaqueta nueva no fue porque la que llevaba puesta se le manchara con la sangre de aquel pobre peatón, sino con la de Xavier Riera. Supongo que pasó por el lugar del accidente después de que se hubieran llevado al hombre atropellado y pensó que le serviría de coartada cuando la viuda acudiera a él, conmocionada por haber encontrado muerto a su ya supuestamente fallecido esposo.

—Pero acudió a mí —interrumpió el doctor Velarde con petulancia.

El pavoneo del médico molestó a Ricardo, que se contuvo de bajarle los humos, asintió con la cabeza y una sonrisa postiza y prosiguió.

—Contento con mi descubrimiento, volví a la residencia para informar a la señora Lledó y trazar con ella un plan para atrapar

a… «su amigo» —articuló al tiempo que trazaba comillas en el aire —, y me encontré con que las mujeres lo habían atrapado ya. Me llevé un buen susto al ver el panorama, pero luego me sentí muy orgulloso de ellas. Son admirables. ¿No le parece, doctor?

Daniel Velarde gruñó un «sí» y se dirigió a Blanca:

—Cuando pienso en que Ramón podría haberte matado… O el miércoles, cuando te llevó a pasear para darte esa gran noticia que él sabía perfectamente que tú ya sabías: que Xavier no murió en el atentado.

—Quiso ponerme a prueba —adujo ella, y compartió con sus invitados la parte que Juanita y la huésped francesa no habían podido escuchar mientras ingeniaban un plan para rescatarla—. Al enterarse de que Yvette se alojaba aquí, vio que no le quedaba más remedio que revelarme la verdad sobre la noche del atentado y la nueva esposa de mi marido. Ramón esperaba que yo correspondiera, revelándole a su vez que Xavier había aparecido apuñalado en su antigua habitación. Como no lo hice, dedujo que sospechaba de él y pensó en acelerar mis indagaciones de modo que te señalaran a ti como culpable, Daniel. La invitación a cenar lo precipitó todo. Un simple malentendido: yo le había dicho a Montse que iba a contarle algo importante, pero ella le dijo a él que los invitaba para contarles, «a los dos» —enfatizó—, algo importante. Ramón imaginó que ya le había descubierto y que iba a acorralarlo y a entregarlo a la Policía junto con el cuerpo embalsamado de Xavier.

Juanita, que servía el segundo plato en ese momento, intervino:

—Pues no habría sido mala idea, oiga. Lo de embalsamar el cadáver y guardarlo hasta pillar al asesino, quiero decir. El Sureda se habría pasado años en la cárcel. Entre matar al marido de doña Blanca y ayudarlo a cargarse al murciano…

Yvette Faure aprovechó el comentario para exponer la nueva información que tenía. Conocía lo bastante a Xavier Petit como para saber que era un experto en nadar y guardar la ropa, por lo que había querido constatar un dato crucial.

—Mandé un telegrama urgente a Denise preguntándole cuándo llegó exactamente Xavier a París hace tres años. Hoy he recibido la respuesta. Blanca, te dije que había llegado el primer fin de semana de febrero y así fue, solo que llegó el sábado por la mañana, no el domingo.

Ricardo Arbona, habituado a viajar, calculó con rapidez.

—Lo que significa que no pudo matar a Paquito. Hay unas veinte horas de viaje en tren desde Barcelona hasta París. Tuvo que coger el expreso del viernes por la mañana, para llegar el sábado.

—Entonces… —Blanca verbalizó lo que todos habían concluido ya —. Fue Ramón quien disparó a ese pobre hombre. También me mintió en eso.

—Es evidente —corroboró el escritor—. Y seguro que también se inventó aquella cena con unos clientes. El barman del Edén Concert no recordaba a nadie con un borsalino gris ni que alguien saliera corriendo del local después del disparo. Ramón debió de apretar el gatillo en cuanto vio al murciano en el lugar donde había quedado con él por el empleo que le prometió. Por cierto, señora Lledó, ¿hay noticias sobre la identidad del tal Paquito?

—Por desgracia, no. El cura de Pompeya todavía espera respuesta de las parroquias de Mazarrón.

Y ya puesto a preguntar… La siguiente pregunta del periodista fue para la adolescente. ¿Qué hacía en la calle Conde del Asalto el jueves de la semana anterior cuando debería estar en la Institución Teresiana?

Eulalia se alarmó y miró a la flapper en busca de ayuda, lo que dejó patente que la francesa conocía su secreto. Blanca, que ignoraba que hubiera alguno —y aún más que estuviera relacionado con su hija y en esa calle, precisamente— pidió, desconcertada, una explicación. A Eulalia la sorprendió que no se la exigiera, que no utilizara ese tono imperativo habitual en su trato con ella y que la fastidiaba sobremanera. Eso, sumado a que los invitados la trataban bien y tal vez impidieran, con su sola presencia, que le cayera la bronca del siglo, la llevó a confesar que también había mentido. Era una mentira pequeña e

intrascendente, comenzó, no como las de Ramón o las de su propio padre. Simplemente se estaba preparando para el futuro con el que soñaba: ser actriz.

—Mamá, no soy tan ingenua como crees. Sé que la tía Isabel no vive solo de las películas, que canta y baila en espectáculos cuando no está rodando. Y yo estoy aprendiendo a cantar. Los martes y los jueves no me quedo a estudiar en el instituto, voy con una amiga a una de las academias que hay en esa calle, en Conde del Asalto. Elegí la mejor. Tiene mucha fama y…

—¿Fama de qué? —explotó Blanca, entre el espanto y la indignación. Lo que no habían logrado varios crímenes, lo conseguía su hija con aquella confesión que la horrorizó—. ¡Válgame Dios, Eulalia! ¿Qué tienes en la cabeza? Esas academias…

—Señora Lledó, si me permite…

—¡No! No le permito que se meta en esto, señor Arbona. Seguro que va a interceder por mi hija, y no se lo voy a consentir.

—Mamá, deja que te cuente…

—No, Eulalia —la interrumpió, recuperando el control de su estallido—. Con lo que has dicho es más que suficiente. El lunes iré a hablar con el director de esa academia para que no te dé ni una clase más. No volverás a pisar…

—Blanca… —El turno de interrumpir fue de la flapper—. Creo que no es momento de hablar de esto. Todavía estás alterada por todo lo sucedido y es probable que tomes una decisión precipitada. Y creo también que deberías valorar la sinceridad de tu hija. Eulalia podría haberse inventado cualquier historia y no lo ha hecho.

Juanita volvió a intervenir.

—Pues mire, señora, en eso le doy la razón a la francesita. Y como acabo de servir el postre y no quiero que se lo amarguen discutiendo, hablen de otra cosa. Por ejemplo, del libro del señor Arbona.

Daniel Velarde, reticente a darle más protagonismo al huésped que

acaparaba las miradas de Blanca, les recordó a todos que el escritor no hablaba nunca de su libro mientras lo estaba escribiendo. Ricardo Arbona corroboró la observación y, viendo las chispas de furia que aún saltaban de los ojos de la dama hacia la adolescente, hizo oídos sordos a la recomendación de la criada e incidió en el asunto que provocaba un nuevo enfrentamiento entre madre e hija.

—Señora Lledó, yo también estoy de acuerdo con Yvette. Y piense que, además, gracias a que Eulalia fue ayer a esa clase de canto, regresó a casa con sus acompañantes a la hora precisa para que Ramón Sureda no prendiera fuego a su edificio. Aunque usted hubiera logrado escapar, es muy probable que él hubiera provocado un incendio en la portería.

—Señor Arbona, ¿acaso le he dado permiso para inmiscuirse en esto?

—Solo señalaba un hecho —se justificó él.

Blanca observó a su hija. Mareaba el postre sin alzar la vista del plato. Parecía avergonzada, tal vez incluso arrepentida. La guionista, en cambio, seguía sin mostrar ningún signo de arrepentimiento por haber matado a un asesino. Recordó entonces lo que la había intrigado al registrar la habitación de la huésped.

—Yvette, ¿por qué llevaba la pistola cargada? ¿Salió de la residencia con la intención de utilizarla contra alguien?

—La llevo cargada desde que agredieron a Ricardo. Por si acaso. Me he paseado por zonas de Barcelona poco recomendables mientras buscaba el lugar donde se alojó Xavier y… —se dirigió al médico—. Perdóname, Daniel, pero desconfiaba de ti.

—Y yo de ti, Yvette —correspondió el aludido—, así que estamos en paz.

Y en paz terminó la cena salvo para el escritor, que se quedó intranquilo por el estallido de Blanca y frustrado al caer en la cuenta de que su cita del sábado con ella no iba a tener lugar. La dama se pasaría el fin de semana junto a su amiga en el velatorio del esposo. Además, estaba herida; aunque no fuera nada grave,

debía de ser doloroso.

La inquietud que dominaba a Ricardo lo despertó varias veces durante la noche y, ya al amanecer, lo asaltó la necesidad de ver a la mujer que le quitaba el sueño, de hablar con ella y asegurarse de que no siguiera enojada con él por haber defendido a Eulalia. Y quizá tantear la posibilidad de aplazar su cita clandestina. Solo tenía que apostarse en el rellano y aguardar a que ella saliera de la casa para ir a la de Montse. Se haría el encontradizo y se ofrecería a acompañarla hasta allí.

Sin embargo, cuando descorrió las cortinas para que el sol naciente bañara el dormitorio, la estampa que enmarcaba la doble puerta del balcón dio al traste con su plan: Yvette Faure montaba en su automóvil cargado de maletas y Blanca ocupaba el asiento del copiloto. La guionista iba a llevarla al velatorio.

Mierda. ¿Por qué? Si todo sucedía por algún motivo…

No tuvo que pensar mucho. Tantas dificultades imprevistas para acostarse con una mujer tenían que significar que debía olvidarla ya. Y centrarse de una puñetera vez en escribir su novela.

* * *

Blanca lamentó haber subido al Citroën de Yvette. Ya no recordaba su imprudente forma de conducir ni cuánto le gustaba tocar el claxon para avisar de su paso cada vez que otro vehículo o un peatón se interponía en su camino. Se agarró al siento y rezó para llegar sana y salva a casa de Montse. «Menos mal que el trayecto es corto», pensó mientras oía a la flapper invitarlas, a ella y a Eulalia, a pasar unos días en París. El frenazo frente al edificio donde vivía su recién enviudada amiga fue tan brusco que Blanca temió salir volando por encima del parabrisas.

—Uy, qué pálida estás —se percató la guionista—. ¿Te encuentras mal?

Fatal. Pero como aún no podía hablar, cerró los ojos y alzó una

mano pidiéndole calma.

—*Te he agobiado con lo de París, n'est pas? Perdona.*

—No importa —logró pronunciar tras una inspiración larga y profunda—. Te agradezco la invitación, Yvette, pero no puedo permitirme unas vacaciones. Tengo un negocio, debo atender a mis huéspedes.

—¿Tan malo sería cerrarlo unos pocos días? Me gustaría que conocieras a Denise. No quiero que la odies por…

—No la odio —la cortó Blanca—. Xavier también le mintió a ella, y desde el primer día. Denise no tiene la culpa de lo que hizo mi marido. Nuestro marido —rectificó—. Ni de que fuese un cobarde. Y yo no sentía ya nada especial por él desde mucho antes de que tramara su falsa muerte. De todos modos, no tengo ningún interés en conocer a tu amiga.

—Quizá tus hijos sí lo tengan en conocer a Julien y a Noelle. Al fin y al cabo, son sus hermanastros.

Blanca se mostró inflexible.

—Eso es algo que nunca podrá hacerse público, Yvette. Sería un escándalo para los Riera y terminaría por salir a la luz toda la verdad que ahora conocemos. A Xavi se la contaré, por supuesto, y que decida con Eulalia qué quieren hacer. Mientras guarden el más estricto secreto…

—Pues ten cuidado con lo que le dices a la viuda Sureda. Cuanta más gente conozca la verdad, más riesgo habrá de que se extienda.

Blanca no se había planteado ese riesgo y, durante el velatorio, se preguntó hasta qué punto le debía sinceridad a Montse. Su amiga viviría más feliz si nunca llegaba a saber de los crímenes de su esposo. El gran engaño de Xavier era una nimiedad comparado con los actos de Ramón y, aun así, a ella le había afectado, había quebrado su felicidad recién alcanzada. Iba a costarle recomponerla.

Deseó no haberse enterado jamás de la doble vida de su marido y

concluyó que, a veces, en una sociedad dominada por las apariencias, la mentira resultaba preferible a la verdad. Y una mentira bien construida era más creíble para la mayoría que una decepcionante realidad. ¿Para qué destruir entonces, a ojos de Montse, la que los esposos de ambas habían elaborado? Además, si iba a exigir absoluto silencio a sus hijos, debía darles ejemplo.

Pasó el fin de semana junto a su amiga y llegó tan cansada a casa que se desplomó en la cama, tal cual iba, y se durmió. El frío la despertó al cabo de dos horas. Tiritando, se despojó de las ropas negras, se puso un camisón y se acurrucó bajo las mantas. Pero no era suficiente. Echaba de menos el calor de un ser humano. ¿Cuántos años llevaba acostándose sola?

Demasiados. Y seguiría sumando lunas si no le ponía remedio.

Un remedio que tenía nombre y apellido. Solo podría tomarlo unos pocos días, pero mejor eso que nada, ¿no? Aunque su cita clandestina se hubiese fastidiado por el funesto suceso, había tiempo para organizar otra. Lo único que debía hacer era averiguar si Ricardo Arbona aún estaba interesado en ella.

24

Tres días después, Blanca todavía discurría cómo abordar al escritor. Apenas lo había visto desde el viernes anterior y solo habían intercambiado palabras de cortesía. ¿La estaba evitando? Tal vez, aunque tampoco ella se había mostrado muy comunicativa. Su habitual prudencia la frenaba cada vez que se cruzaba con él. «Aún me queda tiempo», se repetía, ya surgiría la ocasión de tantear si aún la deseaba.

Sin embargo, esa mañana, mientras desayunaba y buscaba un contable en la página de ofertas de empleo de La Vanguardia, se dio cuenta de que tanto esperar el momento y el lugar adecuados para abordarlo olía más a falta de coraje que a un exceso de sensatez. Ser prudente era distinto a ser cobarde. Y no tenía sentido que, después de haberse enfrentado a un asesino, la arredrara el temor a sentirse rechazada por un donjuán.

Debía propiciar esa ocasión cuanto antes. Pero ¿cómo?

Su pregunta quedó sin respuesta ante la que hizo Juanita al entrar en la cocina.

—Señora, ¿por qué hay una maleta en la puerta de la residencia? Parece la del escritor.

Tan extrañada como su criada, Blanca se encaminó hacia allí y constató la información recibida. Miró hacia la habitación número 2. La puerta estaba cerrada, así que se acercó y llamó suavemente con los nudillos. Nadie contestó.

—Señor Arbona, ¿está usted ahí?

—No, aquí.

La voz provenía de la biblioteca. Ricardo Arbona asomaba por el umbral. Su semblante serio, los ojos un tanto enrojecidos y la sombra de una barba como si no se hubiera afeitado, alarmaron a

Blanca. Antes de que pudiera preguntarle si se encontraba bien, él alzó la mano en la que llevaba una revista.

—Estaba leyendo la entrega de esta semana de la novela de Blasco Ibáñez. Para hacer tiempo. No quería interrumpirle el desayuno. ¿Ya ha terminado?

—Todavía no, pero…

Y Blanca supo lo que sí había terminado: su aventura con ese hombre. Se maldijo por haber esperado tanto, pero mantuvo una aparente serenidad cuando él, ante su repentino silencio, inquirió:

—¿Me buscaba por algún motivo, señora Lledó?

—Porque hay una maleta junto a la puerta y creo que es la suya. ¿Se marcha hoy?

—En cuanto liquide la factura de mi estancia.

—Hicimos un trato, señor Arbona, y voy a cumplirlo. No tiene que abonar nada. Además, su reserva es hasta el viernes.

—Adelanté dos días mi llegada. Por lo tanto, debo irme dos días antes.

—Ah, no se preocupe por eso. Puede quedarse dos noches más.

El hombre sonrió con tristeza y su mirada se perdió en el suelo. Blanca se contuvo de salvar los dos pasos que los separaban, acariciar esa barba incipiente y preguntarle qué le ocurría, qué necesitaba para volver a sonreír de verdad. Quería que el seductor zalamero regresara, aunque no fuese para seducirla a ella.

Mentira. Ansiaba los besos de Ricardo Arbona, que acababa de alzar la vista y la observaba de un modo que la hizo arder. Tratando de ignorar aquella reacción de su cuerpo, rompió el silencio.

—Tampoco le cobraré las dos noches de más, por supuesto. Se las regalo.

—¿Por qué?

Ahí estaba la ocasión que esperaba, se dijo Blanca, y no quiso desaprovecharla. Una involuntaria sonrisa curvó sus labios cuando se acercó a él y musitó sin formalidades:

—Porque quiero que te quedes. Quiero… —Posó una mano en el pectoral masculino, que se paralizó como si su dueño hubiera dejado de respirar—… continuar con lo que dejamos a medias.

Aquel pecho firme se elevó para llenarse de aire. Ella sintió en su palma el galopante latido del corazón del hombre y vio cerrarse aquellos ojos negros que la abrasaban con la mirada. Por un momento temió que él se apartara, pero no se arrepintió de haberse lanzado a por todas. Se aferró a la esperanza y concretó:

—Esta noche.

Los párpados del escritor se alzaron al tiempo que su boca sonreía con sensualidad.

—¿Tenemos que esperar hasta la noche?

El seductor había regresado. ¡Bien! Blanca deseó arrastrarlo a su dormitorio, pero la prudencia se impuso a aquel loco deseo y elaboró un pretexto que no sonara mojigato.

—Aún no he terminado de desayunar. Y tampoco yo quiero interrumpirte, si estás leyendo El paraíso de las mujeres.

—En este momento, me interesa mucho más el paraíso de una sola mujer —afirmó él, enlazándole la cintura con un brazo—. Concretamente, el que tú desees regalarme.

* * *

Ricardo solo tuvo que dar un paso para entrar de nuevo en la biblioteca, llevándose con él a la mujer que lo había tenido en vela las últimas noches. Lanzó la revista hacia el sofá, cerró la puerta y la bloqueó con la espalda de Blanca, ansioso por volver a besar

aquella boca inolvidable. La capturó con la suya y la invadió con la lengua, sintiendo un alivio inmenso a la vez que un mayor anhelo, y exploró cada recoveco hasta que comenzó a faltarle el aire. Se concedió un respiro mordisqueando los labios de la dama, entregados al beso febril, mientras una de sus manos vagaba por el cuerpo femenino acariciando cada curva que hallaba a su paso sin detenerse en ninguna. No podía. El deseo de abarcarlas todas, de dejar una huella indeleble en cada centímetro de aquella piel, lo dominaba por completo. La tela del vestido era todavía una barrera, pero estaba convencido de que el ardor que lo consumía la traspasaba del mismo modo que el sol penetra por el cristal de una ventana. Y pronto se lo quitaría. Ella ya le estaba desabotonando el chaleco.

—Ricardo, espera.

—La ropa, sí —entendió él que le pedía.

—Primero la llave —le indicó ella, y se volvió para poder echarla mientras añadía—. Y las cortinas. Ve a correrlas.

Se apresuró en hacer lo que Blanca le pedía y regresar junto a ella, que ya se despojaba del vestido dejando a la vista una combinación negra de satén. Él se quitó el chaleco y la camisa, pero no pudo seguir. La dama comenzó a acariciarlo con una veneración que lo derritió por dentro. A la suavidad de las manos le siguió el calor de los labios. Recorrían su torso con delicados besos que fueron ascendiendo hasta reclamar su boca. Ricardo se la concedió con sumo gusto y envolvió con los brazos aquel espigado cuerpo. El deseo que había contenido mientras recibía las caricias indagadoras se desató. No podía esperar más a probar las mieles de la mujer que lo subyugaba, a continuar lo que había empezado aquella noche. Tan imperiosa era la necesidad que hasta le temblaban las piernas como a un muchacho inexperto en las artes amatorias y, antes de caer de rodillas, hincó una en el suelo.

—¿Qué haces? —se extrañó ella—. Parece que vayas a pedirme matrimonio.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

Ricardo se asustó de su propia pregunta. No sabía cómo había salido de su boca, si jamás se había planteado casarse.

—¡No! —respondió Blanca sin levantar la voz y mirándolo con un espanto similar al que él acababa de ocultar con una sonrisa—. Claro que no. Solo quiero…

—Sé lo que quieres.

Bajó la vista a las caderas que sujetaba y deslizó las palmas por el fino satén hasta la puntilla de encaje que lo remataba. Repitió la caricia en sentido inverso y por debajo de la fina tela, impaciente por eliminar la última barrera que le impedía saborear el sexo de la dama.

—Entonces, ¿qué…? ¡Oh!

Eliminada.

Ricardo sonrió como un bribón mientras ella colaboraba en deshacerse de aquella pequeña prenda, que voló hacia el sillón orejero. Guio una de las piernas femeninas hacia su muslo y colocó el estilizado pie sobre la firme superficie. El negro satén se arrugó en la ingle de Blanca para adaptarse a aquella postura, dejando al descubierto los labios íntimos que Ricardo se moría por degustar.

—El paraíso —musitó a la vez que acariciaba la rosada carne con dos dedos.

Ella emitió un jadeo y se aferró a los hombros de él, que posó la boca en aquel edén y comenzó a lamer. Su lengua se movía sin descanso y sin demorarse en ningún punto, aunque ya hubiera hallado el que haría gritar a la mujer. Su sabor lo embriagaba, los gemidos que ella trataba de contener lo alentaban y la fuerza con la que se agarraba a él acicateaba el anhelo de poseerla, de protegerla… De amarla.

Introdujo un dedo en el resbaladizo canal y notó que la nalga que sujetaba se contraría. Atrapó entonces la diminuta protuberancia y la succionó al tiempo que entraba y salía de la ardiente carne, una y otra vez, hasta que los jadeos de la dama le indicaron que estaba

llegando al límite. Añadió otro dedo y los curvó, acariciando aquel palpitante interior que, en dos segundos, liberó el néctar de la pasión.

También él estaba a punto de estallar, así que se puso en pie y alzó en brazos el cuerpo exhausto de Blanca, que se acurrucó contra su pecho mientras la llevaba al sofá. El orgasmo aún la sacudía cuando la tumbó en el frío cuero. Tras quitarse la ropa a la velocidad de la luz, la alzó de nuevo en brazos para sentarse él y evitar así que aquella cara tapicería se manchara en un descuido. Ella lo besó con languidez, la respiración todavía agitada. Ricardo respondió asaltando aquella boca que se amoldaba a la suya como si la hubieran hecho a medida. Pero su erección era ya dolorosa, y puso fin al beso para pedirle a Blanca que se colocara a horcajadas sobre él. En un instante, la tuvo donde más la necesitaba y se adentró en ella, sintiéndose acogido en casi toda su longitud, abrazado por el sexo femenino que lo ceñía, y dichoso de hallarse por fin en el paraíso soñado. Ella ahogó una exclamación y se quedó quieta. Ricardo elevó la pelvis para hundirse más profundamente y la instó a cabalgarlo.

La prudencia dominó los primeros movimientos de la dama, pero pronto se dejó llevar por una nueva oleada de excitación que lo condujo al límite de su resistencia. Y allí se mantuvo mientras volvía a estimular la perla del placer. Quería ver el éxtasis en el rostro de Blanca, sentir en su miembro cómo se licuaba al alcanzar la cumbre. Cuando ella arqueó la espalda, presa de la tensión del orgasmo inminente, bastó un suave pellizco en aquella perla para que la carne que lo envolvía se tensara aún más, apresándolo a él en la liberación.

Tan hermoso le pareció el momento que a punto estuvo de vaciarse dentro de aquella mujer que lo cautivaba, pero una brizna de cordura lo obligó a abandonar el paraíso en el preciso instante en que se derramaba.

* * *

«Si hubiera sabido que el sexo con Ricardo iba a ser tan maravilloso me habría saltado la norma de la residencia la noche que fuimos al Edén Concert», pensó Blanca en cuanto la neblina de su mente comenzó a disiparse. Todavía a horcajadas sobre él, miraba aquel rostro masculino cuyos ojos se habían cerrado pero mantenía la boca entreabierta para que entrara más aire al respirar. Parecía agotado y relajado a la vez. ¿Había disfrutado tanto como ella?

Esperaba que sí, porque ya se imaginaba la noche en un hotel, repitiendo en una cama amplia y confortable y sin tener que reprimirse de gritar cuando el placer la inundara de nuevo. ¡Qué difícil había sido contenerse! Carecía de práctica, pues no recordaba haber sentido jamás la necesidad de gritar. O quizá se le había olvidado, pero se negó a rebuscar en su memoria. ¿Para qué? Además, Ricardo acababa de abrir los ojos y le sonreía. Ella correspondió a esa sonrisa mientras su corazón abrazaba la calidez de aquella mirada, soñolienta y afectuosa a la vez, y su mente le susurraba que era solo la de un hombre con el deseo satisfecho. Y aunque Blanca lo sabía, prefirió hacerse ilusiones. Solamente por unos días. Ya pondría los pies en la tierra cuando él se marchara a Madrid.

Y ahora tenía que ponerlos en el suelo y vestirse. Juanita ya debía de estar limpiando la casa y le extrañaría encontrar la puerta de la biblioteca cerrada con llave y no verlos, ni a ella ni al escritor, por ninguna parte. Sobre todo, porque la maleta del huésped seguía junto a la entrada.

Refrenando las ganas de volver a besar esa boca que tanto placer le había dado, se zafó de las manos masculinas posadas en sus caderas y bajó del sofá.

—Puedes deshacer el equipaje cuando quieras.

—¿Sigue en pie la cita para esta noche?

A Blanca le pareció notar una especie de ansiedad en el tono con que Ricardo preguntó, como si temiera una respuesta negativa. Y le encantó. Significaba que aún la deseaba.

—Por supuesto. Pero no aquí.

—Entonces, deja que busque yo un hotel. Me quedaré allí hasta el viernes y así podremos vernos a cualquier hora sin riesgo a que nos interrumpan. —Le dio un beso fugaz en los labios y susurró—: Y sin prisas.

Luego le sonrió como un niño a punto de hacer una travesura y fue a por su ropa. Aquella expresión de canalla aceleró de nuevo el pulso de Blanca, pues prometía delicias que solo un avezado seductor podía proporcionarle.

Un amante.

Ricardo sería el suyo durante dos días.

Noches, rectificó. No podía excederse ni abusar de su suerte. Ni acaparar el tiempo de un hombre que estaba allí por trabajo, ya que sería egoísta y se pondría en evidencia. ¿Qué sentido tendría para él, sino el de constatar que la había conquistado por completo?

Así se sentía ella. La ilusión la desbordaba. Ocultarla mientras se despedía de su huésped —por unas horas— en el vestíbulo, después de que lo hiciera Juanita le costó tanto que acabó saliendo al rellano para besar al hombre una vez más.

Pasó el resto de la mañana pendiente del teléfono. Ricardo iba a llamarla para comunicarle dónde se había instalado. Tres veces sonó el estridente timbre de aquel aparato antes de que la amable voz de la telefonista diera paso a la aterciopelada del escritor. Tres instantes en los que el pulso se le disparó y sus pulmones se olvidaron de respirar. Le supo mal no darle conversación a Montse y le dijo que iría a visitarla esa misma tarde. En cambio, no tuvo ningún reparo en cortar a su suegra cuando comenzó a sermonearla con que era demasiado tolerante con Xavi y Eulalia.

La tercera llamada fue de Yvette.

—Quería que supieras que he seguido mi propio consejo, el que te di sobre ser cuidadosa con lo que le contaras a tu amiga. Yo lo he sido con Denise. He mantenido la historia falsa de Xavier y me he inventado que viajó a Barcelona para ver a su hijo, pero que no se atrevió a decírselo. Por desgracia, tuvo un accidente con el coche de

Ramón y fallecieron los dos.

Blanca se quedó muda. ¡Por Dios bendito! ¿Cuándo cesaría esa cadena de mentiras?

—¿Blanca? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, pero tengo que colgar.

—Attends! Solo una cosa más. Denise está convencida de que el viaje de Xavier fue también para conseguir dinero. Le dijo que, con suerte, cerraría una venta importante y se llevaría una buena comisión. Y me he acordado de que iba a darle algo a Ramón que tenía guardado en algún sitio, a buen…

«A buen recaudo», completó ella en silencio. La llave.

Pero en ese momento le importaba muy poco la misteriosa llave, por lo que no le dedicó ni un solo pensamiento más.

—Gracias por la información, Yvette, pero de verdad que tengo que colgar. Estoy esperando una llamada de Ricardo.

—*Oh là là! Me alegro mucho. Escríbeme si hay novedades, d'accord?*

Al cabo de unos minutos, la voz de su amante sonaba al otro lado del hilo telefónico.

25

Ricardo la esperaba en el vestíbulo del hotel, ufano por haber elegido uno tan magnífico. Cuando le dijo por teléfono cuál era, ella se había quedado estupefacta.

—¿Te has vuelto loco? ¿El Majestic Inglaterra?

—No te preocupes por si te encuentras con algún conocido. Lo he organizado todo para que puedas justificar tu presencia aquí, conmigo —la había tranquilizado él—. He hablado con el gerente del hotel y le he dicho que voy a escribir un artículo sobre mujeres que dirigen negocios. Tú eres una de ellas, así que he quedado contigo para hacerte una entrevista mientras cenamos.

—Yo solo tengo una pequeña residencia para artistas, Ricardo. Y… ¿cenar?

—Un negocio curioso que acaba de arrancar. Perfecto para mi artículo. Y sí, cenaremos en el restaurante del hotel y luego…

—¿Continuaremos la entrevista en la habitación?

—¿Por qué no? Te espero a las ocho.

Y a la hora en punto cruzaba ella las puertas de aquel hotel ubicado en el Paseo de Gracia y avanzaba, con su habitual porte elegante y algo rígido, por el majestuoso vestíbulo de estilo neoclásico. Ricardo salió a su encuentro y le tendió la mano en un saludo formal. Debía actuar como el periodista que recibe a quien va a entrevistar.

—Bienvenida, señora Lledó. Es un placer volver a verla.

La dama compuso su estudiada sonrisa y le estrechó la mano con firmeza, aunque sus pupilas recorrían inquietas el espacio a su alrededor.

—Señor Arbona… Gracias por… su interés en mi pequeño negocio.

—Quizá mi artículo ayude a que crezca. Acaban de abrir el comedor. ¿Pasamos a cenar?

Ya acomodados en una de las mesas, ella reiteró:

—Sigo pensando que has perdido el juicio. ¿No podías haber elegido un hotel más económico?

—Quería impresionarte.

—Pues lo has conseguido, te lo aseguro.

—Bien —sonrió él, envanecido como un pavo real—. Y he negociado el precio con el gerente a cambio de mencionar el hotel en mi artículo. Las dos noches aquí me cuestan lo mismo que diez en tu residencia. Y como no me has cobrado la estancia, aún me sobra. Es una forma de compensar tu generosidad.

—Sabes muy bien que no ha sido generosidad. Además, no vas a escribir ese artículo, ¿no?

—No sin tu permiso, pero puedo publicar otro en el que mencione el hotel. Deja de preocuparte y disfruta de la cena.

Y eso logró la dama prudente después del primer plato, cuando comprobó que nadie en aquel amplio comedor se fijaba en ellos. También porque él monopolizó su atención cuando le contó el motivo de que llegase a Barcelona dos días antes de lo previsto.

—Huía de una mujer. —El parpadeo de Blanca le indicó que había elegido mal las palabras—. Bueno, no huía, en realidad, porque ella no me estaba persiguiendo. Pero me dijo que se había enamorado de mí, y no se me ocurrió otra opción que marcharme.

—Para dejarle claro que tú no sentías nada especial por ella —dedujo la dama.

—No, eso ella ya lo sabía. Yo mismo se lo dije. Me marché para no estropearlo más. Todo empezó como una especie de juego, la vieja estrategia de mostrar interés por alguien para despertar celos en la

persona que te gusta de verdad.

—Y tú eras ese alguien, supongo. Dudo que haya una mujer que pueda resistirse a tus encantos, si te propones conquistarla.

«Tú».

Ricardo se mordió la lengua para que ese pronombre no saliera de su boca. No podía ni siquiera plantearse conquistar a Blanca Lledó. Estaba fuera de su alcance, y no solo por la distancia de seiscientos kilómetros. Ella era una dama con clase que iba a permitirse tener una breve aventura con él, con un periodista que sobrevivía como buenamente podía, pero jamás se daría permiso a sí misma para ir más allá. En sus arraigadas normas no encajaría un hombre de condición humilde que no podía ofrecerle bienes ni una pequeña fortuna. Arrinconó aquel sombrío pensamiento y le confirmó:

—Sí, yo era ese alguien. Mi hermana, la enfermera, me pidió el favor de ayudar a su mejor amiga, y accedí. La chica en cuestión llevaba cinco años prometida y quería casarse ya, pero el novio no tenía ninguna prisa, así que decidió provocarle celos para que viera que podía perderla si no daba el paso. Necesitaba un hombre que fingiera cortejarla, y entre las dos me liaron para que yo hiciera ese papel.

—Oh, seguro que disfrutaste interpretándolo.

Él sonrió al recordar las primeras semanas de aquel falso cortejo.

—Admito que al principio me divertí. Pero, al cabo de un mes, conocí al novio y no me pareció un tipo celoso. Temí que la estrategia no diera resultado y quise abandonar, pero mi hermana y su amiga insistieron en que acabaría dándolo. Y continuamos con la farsa.

—Porque ella ya se había enamorado de ti y no quería dejarte.

—No lo sé ni quiero saberlo. Solo sé que un día me dijo que, por fin, su prometido le había pedido matrimonio y que ella no le había dado el sí. Antes quería sincerarse conmigo para ver si cabía la posibilidad de convertir nuestra farsa en un compromiso real. Me

quedé de piedra. Y mi falta de reacción la confundió. Se hizo ilusiones, pensó que yo no me atrevía a expresar lo que sentía y me pidió una oportunidad. Se la negué sin dudarlo. Entonces, se echó a llorar. ¡Dios! Parecía estar sufriendo de verdad y yo no sabía cómo arreglar aquel desastre. Traté de consolarla, pero fue inútil. Me dijo que le había roto el corazón.

—No será el primero que rompes —apuntó Blanca con aquella enigmática sonrisa que lo incitaba sobremanera.

Ricardo apartó la mirada de los labios femeninos para centrarse en lo que le contaba.

—Si no lo es, no me he enterado. Desde que comenzó la Gran Guerra y me enviaron a Londres como corresponsal he procurado que mis relaciones sean… —«Sexo y diversión». Esas eran las palabras precisas, pero no las adecuadas al momento ni al lugar. Ni a la dama frente a él, desde luego, así que eligió—: Superficiales. Viajo a menudo y no quiero complicaciones.

—Es comprensible.

«Aunque las aceptaría con sumo gusto si las tuviera contigo».

Frenó de nuevo lo que desearía decirle y retomó la historia de la farsa.

—En fin, que tanto drama me puso nervioso. Y lo primero que me vino a la cabeza fue mi máxima de que todo sucede por algún motivo. Y lo vi claro: tenía que marcharme al día siguiente para que la chica tuviera el espacio que necesitaba para reflexionar. Si no podía verme ni hablar conmigo durante dos semanas, se daría cuenta de que yo no era más que una novedad en su vida y que, en realidad, no se había enamorado de mí. Solo… encandilado. Lo hablé con mi hermana esa misma noche y estuvo de acuerdo conmigo, así que preparé la maleta y me fui a la estación para subirme al primer tren que parara en Barcelona. Por eso no pude avisarte de mi llegada con antelación. Fue todo muy precipitado.

—¿Y qué harás cuando vuelvas a Madrid, si esa chica sigue bebiendo los vientos por ti?

—Con ella, nada. La ayudé cuando lo necesitó, y ahí termina todo.

—Igual que conmigo.

La afirmación de la viuda, pronunciada sin mirarlo a los ojos, desconcertó a Ricardo. No había comparación posible entre los dos casos. A menos que…

—¿Estás insinuando que te has enamorado de mí?

No se mordió la lengua esta vez. Dejó de respirar y le pareció que también dejaba de latirle el pulso, aunque solo fue un instante, pues ella respondió de inmediato.

—¡Claro que no! Me refería a que también me has ayudado a mí y que mañana nos diremos adiós y todo habrá terminado. No volveremos a vernos.

La llegada del postre los silenció a ambos, pero no acalló el deseo que flotaba en la senda invisible del intercambio de miradas. Ricardo rogó que la dama no se entretuviera paladeando aquel dulce de nata y frutas que acababan de servirles y que él iba a engullir como si estuviera muerto de hambre. Su muy viva entrepierna clamaba por adentrarse de nuevo en el paraíso y su boca necesitaba saborear otros manjares más cálidos.

En cuanto el camarero se alejó, ella le habló de su conversación telefónica con la guionista. Él fingió interés mientras imaginaba mil formas de amar a la mujer de la que tendría que despedirse en poco más de veinticuatro horas. Bloqueó ese detalle en su mente. No quería pensar en el adiós definitivo ni en el escaso tiempo que le quedaba junto a Blanca Lledó.

—… me intriga, Ricardo. Creo que es lo que Xavier vino a buscar y no la carta de Denise. Necesitaba la llave para…

Llave.

Desoyó el resto de lo que ella dijo. No le importaba en absoluto por qué había regresado su mentiroso y desalmado esposo. Blanca era lo único que le importaba. Cuando dejó de oír su voz y de ver sus labios moverse, aprovechó aquella palabra y la envolvió de

incitadora y juguetona seducción.

—La llave que guardo en el bolsillo de la americana me parece mucho más interesante que cualquier otra. ¿Sabes qué abre?

Ella parpadeó de nuevo.

«¡Ah, cuánto me gusta ese gesto!», exclamó Ricardo para sí.

También le gustó la respuesta de la dama, pues correspondía a su provocación. Al parecer, había arrinconado la prudencia y el decoro.

—No. Dímelo tú.

—Mejor te lo enseño. ¿Vamos?

—Estoy impaciente.

* * *

Sí, Blanca estaba impaciente por sentirse amada de nuevo. Y no tuvo que esperar. En cuanto entraron en la habitación, Ricardo la atrajo hacia él y la besó con desesperación. Al poco, ambos se hallaban en la cama, desnudos y entregados a la pasión, rompiendo los límites de la decencia que tan arraigados tenía ella en su mente. Lo que sentía por aquel hombre se los había arrancado con la misma pericia que un jardinero arranca la mala hierba de un jardín.

La impaciencia, sin embargo, jugó en su contra, pues aquel ansiado encuentro duró menos que un suspiro. El deseo los dominaba y los condujo hasta lo más alto con la velocidad de un viento huracanado, arrasando con cualquier pensamiento que no fuese amar, gozar, poseer. El uno al otro. Y el descenso fue difícil para Blanca. A su lado, Ricardo descansaba bocarriba con los ojos cerrados, los brazos laxos sobre el cobertor y su miembro todavía enfundado en aquel artilugio de caucho del que ella había oído hablar alguna vez pero nunca había visto. Esperaba que cumpliera

su función. Aunque un embarazo a su edad no era lo común, su cuerpo seguía recordándole cada mes y con regularidad que podía engendrar otra vida.

Otra vida.

Solo esas dos palabras permanecieron en su mente mientras observaba a su amante satisfecho. El resto que las precedía se volatilizó, dejándole aquella utópica opción. No podía tener otra vida. Lo único que podía hacer era adaptarse a las circunstancias y tratar de disfrutar del presente. Como acababa de hacer. Como había hecho por la mañana en la biblioteca y aquella noche que invitó a Ricardo a su dormitorio.

«¡Santa Madre de Dios! ¿Voy a basar todo mi gozo en el sexo?», se preguntó alzando la mirada hacia el blanco techo en penumbra.

No. Era el amor lo que la había impulsado a lanzarse al abismo. La ilusión del amor. Y a eso se aferró. Aquel hombre que fingía quererla con todo su corazón, el hombre del que se había enamorado, iba a ser para ella hasta que él abandonara el hotel.

—¿Estás bien?

La voz de Ricardo sonó preocupada. Blanca volvió la cabeza hacia él y le sonrió.

—De maravilla. ¿Y tú?

—En la gloria.

—Parecías dormido.

—Y tú muy lejos de aquí. ¿Dónde estabas?

Ella no sabía qué responder y eligió el símil que el periodista había utilizado más de una vez.

—En el paraíso.

—Un lugar hermoso del que nos queda mucho por explorar —susurró él al tiempo que se ponía de costado y le rozaba con la

yema del índice el contorno de los senos.

La piel de Blanca vibró con la suave caricia, la mente se le nubló y solo pudo decir:

—Me encantará.

—Eso espero. —El dedo descendió hasta el ombligo y lo dibujó con lentitud mientras la cálida voz continuaba—: ¿Sabes que todas las habitaciones del hotel tienen cuarto de baño propio con agua caliente y una bañera estupenda?

—Lo leí en el periódico. Cuando lo inauguraron. El hotel. —El vientre se le contraía, hablar le costaba, pero no quería parecer ansiosa por seguir explorando. No cuando él estaba tan tranquilo, seduciéndola como el experto que era—. Hace tres años. Antes estaba en…

—¿Te gustaría probarla? —la interrumpió—. La bañera, me refiero.

El índice regresó al punto de partida y rodeó una de las erizadas cumbres.

—¿Ahora?

—Forma parte del paraíso. Cabemos los dos.

Blanca miró con extrañeza el rostro de expresión pícara a dos centímetros del suyo. Él aprovechó para lamerle los labios. Acto seguido, se levantó y se dirigió hacia una puerta en la que ella ni se había fijado. Tampoco atrajo su atención en ese momento, pues la desnudez completa del hombre la acaparó toda: el trasero prieto, la hendidura de la columna vertebral, la musculatura de aquella espalda escultural que la tenue luz de la lámpara sobre la cómoda tornaba broncínea…

Oyó el agua que comenzaba a llenar la bañera y se le aceleró el corazón al ver a Ricardo salir del baño y poder contemplarlo mientras volvía a la cama. Ya no llevaba el preservativo ni estaba excitado, claro, y Blanca deseó tener más experiencia en el arte de amar para ponerlo a tono otra vez. Ella ya quería repetir. ¿Cuánto tardaría en poder tenerlo dentro de nuevo? ¿En sentirse adorada

por aquel hombre que la había conquistado? En fundirse en él.

Con él.

Con el amor.

Poco tuvo que esperar. Sumergidos hasta la cintura en el agua tibia, encajada entre las piernas masculinas y recostada en el sólido pectoral de su amante, aquellos dedos hábiles le dieron placer. Jugaron con su sexo mientras su dueño le besaba el cuello, el mentón, la humedecida piel de los hombros y le susurraba palabras bonitas entre beso y beso. Antes de alcanzar la cima, Blanca ya notó la dureza de la virilidad presionando la parte baja de su espalda y, cuando llegó a lo más alto, él no perdió el tiempo. La ayudó a ponerse en pie, la atrapó entre su cuerpo y la pared y se hundió en ella.

El agua que impregnaba la piel de ambos se evaporaba con el fuego de la pasión. En el espejo sobre el lavamanos, situado en la pared opuesta, y ya medio empañado, Blanca podía ver el reflejo desdibujado de su rostro, el de los hombros de Ricardo y cómo una mano de él se apostaba en la cerámica azul pálido que revestía el muro; la otra le abarcaba las nalgas, pues ella había alzado una pierna para anclarla en las caderas del hombre y darle así más cabida; él la mantenía sujeta en esa postura mientras la penetraba una y otra vez. Más fuerte. Más profundo. Más rápido.

Dejó de ver el espejo. Y el mundo. Gritó al llegar al éxtasis y oyó el gruñido de Ricardo cuando salió de ella para liberar su simiente. Luego, ya en la cama, se durmió envuelta en el calor del abrazo de su amado y no despertó hasta varias horas después. Su cuerpo seguía acurrucado en el de él como dos líneas sinuosas que se funden en una sola; podía notar en su espalda la plácida respiración de aquel hombre que la hacía anhelar quedarse allí eternamente, en esa íntima postura.

No tuvo que hacer memoria para recordar cuándo se había sentido tan a gusto, tan querida, tan dichosa en un despertar, ya que su esposo nunca la abrazó de ese modo. Ni le había hecho el amor dos veces en una noche. Tampoco ella lo había deseado. Ni siquiera en los primeros meses de matrimonio, cuando el acto sexual le parecía

la octava maravilla. No tardó en convertirse en una rutina que algunas noches le resultaba agradable; y otras, prefería cerrar los ojos y rezar por que Xavier eyaculara lo antes posible.

¿Sucedería lo mismo con Ricardo si él viviera en Barcelona y fueran amantes durante años?

Casi se le escapó la risa ante aquella absurda pregunta. Ninguno de los dos aguantaría ni medio año una relación clandestina. Solo el amor correspondido podía resistir durante un largo periodo de tiempo el placer a puerta cerrada, y en esa locura efímera no había reciprocidad. No era más que una aventura que pronto terminaría.

«Demasiado pronto», lamentó Blanca con un suspiro. Pero enseguida volvió a sonreír, pues esa involuntaria respiración profunda hizo reaccionar al hombre que ella creía sumido en un profundo sueño. Fue obvio que no lo estaba.

Un beso lento en el cuello, una ligera caricia en un seno, un roce sugerente en el hombro que las sábanas no cubrían… Y un susurro:

—Te deseo otra vez.

Blanca se giró lo justo para verle los ojos.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—Siempre.

—¿Y qué harás, si no te lo doy? —lo provocó, juguetona.

—Me conformaré con besarte —respondió él, muy serio. Pero un brillo de tunante destelló en su mirada cuando añadió—: Por todas partes.

—Eso suena bien. ¿Por cuál vas a empezar?

—Mmm… Una decisión difícil. Todas me gustan mucho. Veamos…

Y la guio con gentileza hasta colocarla bocabajo. Blanca notó el peso del cuerpo masculino sobre la espalda, pero se aligeró al instante dejando solo el calor que irradiaba y el contacto de los

labios que veneraban su piel trazando rutas inciertas y erráticas. Cuando alcanzaron la tersa carne de su trasero, se tornaron suaves mordisquitos de lo más incitadores. Ella alzó las caderas sin poder evitarlo y, de pronto, la lengua de él tanteaba la entrada a su lugar más íntimo. Todo su interior se agitó. Una hoguera prendió en su cueva secreta. Cada beso que recibía la hacía jadear y la lengua exploradora le arrancaba un gemido cada vez que se abría paso entre sus labios palpitantes. Mordió la almohada para resistir aquella dulce tortura, sus dedos estrujaban la sábana con tal fuerza que temió rasgarla y un sollozo brotó de su garganta. Entonces, el tormento cesó y aquella voz envolvente preguntó:

—¿Me das tu permiso ahora o sigo besándote?

Blanca se habría echado a reír, de haber tenido fuerzas. ¿Cómo podía preguntarle eso? Todavía con la respiración jadeante, le respondió:

—Toda tuya.

Y lo fue una vez más.

Marcharse temprano a la mañana siguiente para llegar a casa antes de que Eulalia se percatara de su ausencia fue toda una hazaña. Solo la ilusión de que regresaría al cabo de doce horas la convenció de salir del hotel al amanecer, tras esquivar el placer que volvía a ofrecerle su amante erecto y madrugador.

Sin embargo, esa ilusión transmutó en ira y desconcierto al regresar al Majestic Inglaterra aquella noche y leer una nota que le entregó un joven recepcionista.

Lo siento. Ha surgido un imprevisto

y no puedo quedarme hasta mañana.

Gracias por todo.

Tuyo,

Ricardo.

Las manos le temblaron y el sobre del que había sacado aquel papel se le escurrió entre los dedos. Blanca se apresuró en recogerlo del suelo y guardarlo en el bolso junto con la nota, lo que la ayudó a ocultar el estupor tras su máscara de serenidad. La furia vino después, cuando pisó la calle y asumió que su aventura había terminado. Pero no fue por la noche que Ricardo le acababa de estafar, sino por la forma en que lo había hecho. Era escritor, ¡por Dios! ¿No podía haber edulcorado un poco la despedida?

26

La práctica que Blanca había ido adquiriendo durante muchos años, centrada en esconder sus emociones y arrinconarlas en lo más profundo de su corazón hasta que desaparecieran, funcionó solo a medias con Ricardo Arbona. Una semana después de que él se esfumara, seguía indignada por el modo en que lo hizo. ¿Una nota? ¿No podía haberla telefoneado? ¿Qué imprevisto se lo había impedido? Por urgente que fuese, una llamada no requería tanto tiempo ni esfuerzo. Si no desde el teléfono que el hotel tenía a disposición de los clientes, desde alguno en Madrid.

¿Tan poco importante había sido ella para él?

Era evidente que sí. Y eso la enfurecía. No porque hubiera albergado esperanzas de que se enamorase, sino porque creía que habían forjado una cierta amistad que le daba derecho a una despedida en consonancia. Más cálida. Más sincera. Más respetuosa.

Se enojó consigo misma y con el periodista-escritor y no conseguía arrinconar esa emoción, porque cada vez que lo intentaba, alguien le hablaba de Ricardo.

—Se le echa de menos al joven zalamero, ¿verdad, señora? —comentó Juanita al entrar en la cocina el sábado por la mañana—. ¿Usted no?

—No —respondió ella con sequedad sin levantar la vista del periódico.

—Y hoy se nos va el músico. Nos quedaremos solo con el gruñón de Milo. ¿Cuándo llegarán más artistas, doña Blanca?

—A mediados de diciembre. Hay un par de reservas confirmadas.

—¿Solo? Me parece que este negocio necesita un empujoncito, señora. No sé, ponga un anuncio en una de esas revistas de cine y espectáculos o en ese periódico que siempre lee. Pero uno bonito,

¿eh? Como esos de perfumes. Y con una frase llamativa. ¡Ah, ya sé cuál! —Trazó una línea en el aire con la mano ahuecada mientras citaba—: «Recibimientos adecuados a su arte».

A Blanca se le pusieron los pelos de punta al recordar el que tuvo el escritor y miró a la criada con ojos desorbitados.

—No vamos a montar el escenario de ningún crimen, Juanita.

—¿Por qué no? A ver, no tan realista como el de la habitación del señor Arbona, claro. ¡Dios me libre! Menos mal que no era un caguillas, que si no… ¡Ay, qué lástima que no sepa leer! Yo, quiero decir, no él, se entiende. Si supiera, me leería esa novelita que empezó a escribir aquí. ¿Sabe cuándo se la publicarán?

—No, Juanita, ni lo sé ni me interesa —respondió, armándose de paciencia y estoicismo, porque de buena gana le habría gritado que no volviera a hablarle de Ricardo—. Y te agradecía un poco de silencio mientras desayuno.

—Uy, perdone, señora. No me había dado cuenta de que se ha levantado usted de mal humor. Ya me callo.

Bien.

El alivio no duró mucho. La siguiente en recordarle a su amante por un día fue Eulalia. Esa misma tarde, después de elegir las películas que irían a ver al cine el fin de semana.

—Mamá, he estado pensando en lo de estudiar en la universidad.

—Me alegro de que te hayas quitado de la cabeza ser actriz.

—Yvette me convenció de que estudiara. Y ¿sabes qué? Ya sé qué quiero ser. —Los ojos se le iluminaron y sonrió de oreja a oreja—. Voy a ser periodista, como el señor Arbona.

Blanca se quedó muda, ni siquiera parpadeó como siempre que algo la desconcertaba. Eulalia continuó:

—Incluso podría hacer la carrera en Madrid, como Xavi. Así tendrías una habitación más para tus artistas. Y el señor Arbona

podría ayudarme con los estudios y luego, a encontrar un trabajo.

«¡Ja! Qué inocente y confiada era la niña», pensó ella, pero no se lo dijo de forma tan directa.

—Dudo que Ricardo Arbona te ayudara en nada, Eulalia, a menos que te vieras involucrada en un asesinato. Y respecto a tu habitación —puso punto y final al tema del periodista—, no la necesito. Tengo la de Xavi, aunque todavía esté por reformar.

—Vale, solo era una idea —aceptó a regañadientes—. Pues si voy a quedarme aquí, también quiero que reformes la mía. Llevo diez años con los mismos muebles. Es una habitación infantil y ya soy mayor.

Como llevaba parte de razón, Blanca aceptó el cambio de mobiliario. Si eso era todo lo que le pedía Eulalia y no volvía a mencionar al escritor… Quien sí lo hizo el domingo fue Montse, tras comentarle por teléfono que iba a retomar su afición por la pintura, pero esta vez con la intención de vender sus obras.

—… y se me ha ocurrido, Blanca, que tú podrías ayudarme en eso. Ya sabes lo difícil que es para una mujer exponer en una galería de arte, así que necesito otro espacio. Y he pensado en tu residencia de artistas. Podrías organizar una pequeña exposición de vez en cuando, una velada única y exclusiva para promocionar a tus huéspedes. Y a tu amiga, claro. —Una risita tímida vibró en el auricular—. ¿Qué te parece? Y si sale en la prensa de todo el país, mucho mejor. Eso no te costará nada, ahora que tienes muy buena amistad con un periodista de Madrid. Ricardo Arbona, me han dicho que se llama. Tienes que hablarme de él.

Perpleja, Blanca se abstuvo de preguntarle quién le había hablado a ella del rey de las despedidas breves, del Houdini de los amantes efímeros, así como de indicarle que aquella «muy buena amistad» se había ido al garete. Contuvo la nueva oleada de furia que le sobrevino y se centró en la sugerencia de Montse.

—Veladas para promocionar la obra de artistas… Me gusta la idea. Lo pensaré. ¿Cuándo podrías tener algunos cuadros para exponer?

—¡Ay, muchas gracias, de verdad! ¡Qué ilusión! Empezaré a pintar hoy mismo y… (bla, bla, bla…).

El entusiasmo de su amiga resultó tan contagioso como una carcajada espontánea y vibrante. Blanca comenzó a hacer planes para la primera velada que organizaría: una soirée en la que también daría a conocer su residencia de artistas y presentaría el calendario de los próximos eventos, a los que invitaría a sus conocidos, interesados en el mundo del arte y con capacidad para adquirir obras… Quizá estaría bien disponer de un cartel publicitario y unas invitaciones personalizadas en forma de tarjeta. ¿Y si le encargaba este material gráfico a Milo? El ilustrador se marchaba al día siguiente, no había tiempo que perder.

Tampoco lo perdió con el resto de tareas pendientes: encargó la reforma del dormitorio de Xavi y los muebles para el de Eulalia con la máxima diligencia. Y, ya puesta en renovaciones que confinaban a Ricardo a un rincón de sus pensamientos, decidió deshacerse de todas las pertenencias de su artero esposo. Incluso de aquella misteriosa llave. El cerrajero al que se la había enseñado no le aclaró nada y ella desistió de buscar qué puñetas abría.

Así pues, el jueves por la mañana comenzó a vaciar aquellas tres cajas que había inspeccionado semanas atrás. Separaría lo que pudiera dar a beneficencia y tiraría el resto a la basura.

No podía tirar el álbum de fotos. Era un recuerdo familiar de los Riera. Uf… ¿Qué iba a hacer con eso?

—¿Necesita ayuda, doña Blanca? Veo que tiene usted un regomeyo…

Blanca miró la pila de cosas para tirar.

—¿Dónde? ¿Un regomeyo?

—Un disgusto, señora. Así lo decimos en mi tierra.

—Ah. —No recordaba haber oído nunca esa palabra.

—¿Es por ese álbum? Mire, no quiero meterme donde no me llaman, señora, pero ¿no cree que a los hijos de su marido les haría gracia tener algún recuerdo de su padre cuando aún no lo era? Esas

fotos de pequeño…

—Dudo que a Eulalia le interesen —afirmó, convencida de ello—. Pero puede que a Xavi…

—No me refería a los hijos de usted, sino a los que tuvo con la francesa.

Blanca observó a la criada mientras asimilaba aquella disparatada idea.

—¿Cómo voy a enviar esto a alguien que no conozco ni deseo conocer?

—Pues en un paquete, como se envían las cosas.

—No digas sandeces, por favor. Para empezar, no tengo las señas de esa mujer. Para continuar, ella cree que estoy muerta, o sea que tendría que enviarlo en nombre de la hermana que no existe o de algún otro familiar. Y para rematarlo del todo, ¿qué motivo tendrían los Riera… los Petit —rectificó— para enviarle un álbum de fotografías, si jamás han querido saber de ella ni de sus hijos?

—Es verdad, he dicho una tontería. Olvídelo.

Pero Blanca no lo olvidó. Pensó en aquellas criaturas que se habían quedado sin padre cuando prácticamente acababan de conocerlo. Un padre del que apenas debían de saber nada y del que nunca sabrían más.

A menos que ella les regalara ese álbum.

Y Denise Duval amaba a Xavier. A un Xavier sustentado en la mentira, sí, pero la relación entre ellos era auténtica. El amor la sostenía. Y la habría fortalecido todavía más si él no hubiera sido víctima de su propio engaño. ¿Le gustaría a Denise tener aquellas fotografías? ¿Retazos de la infancia y adolescencia de su amado esposo?

Sí. Igual que a ella le encantaría poder ver alguna de Ricardo, cómo era de niño, saber más de su familia, de sus vivencias pasadas… Porque lo amaba.

Y él se había ido.

Se le encogió el corazón, pero se obligó a inspirar hondo y a continuar con el vaciado de cajas mientras escribía mentalmente una carta para Yvette. Le detallaría quiénes eran las personas que salían en aquellas fotos y se la enviaría junto con el álbum. Que decidiera ella si regalárselo a Denise o no. La guionista tendría que inventarse otra mentira para justificar cómo había llegado a sus manos, pero ¿qué importaba sumar una más a las que se habían proclamado ya como verdades?

Al día siguiente, a última hora de la mañana, Blanca se personaba en Correos con un paquete bajo el brazo. Localizó el mostrador de los envíos y se dispuso a aguardar su turno. Tenía seis personas delante en la cola y el proceso iba lento. A fin de que la espera no se le hiciera larga y cargante, visualizó un calendario para calcular cuándo tendría lista la reforma y fijar una fecha para la soirée que organizaría.

«Si hoy es 2 de diciembre…».

Y ahí se detuvo, impactada por la coincidencia de que hacía justo un mes que Ricardo había entrado por la puerta de la residencia de artistas. Cerró los ojos y, durante unos minutos, se permitió añorarlo. Bajo la piel le cosquilleó el recuerdo de su tacto, reverberó el eco de su voz y latió el ardor de sus besos. Jamás olvidaría el sinfín de sensaciones que ese hombre había despertado en ella, cómo le había llenado el alma de esperanza y el corazón de ilusiones. Sin pretenderlo. Sin el más mínimo esfuerzo. Sin saber la profunda huella que dejaría a su paso.

Clinc.

El sonido de algo metálico que cayó cerca de sus pies interrumpió aquel momento nostálgico. El caballero que la precedía en la cola se había agachado para recoger aquel objeto a la vez que una chica se detenía a su lado y le agradecía su amabilidad. Los ojos de Blanca se le salieron de las órbitas al ver lo que el hombre le entregaba a la joven: una llave.

Una llave idéntica a la que estuvo oculta en el buró.

—Disculpe, señorita —se apresuró en detener a la chica—. Perdone mi indiscreción, pero ¿puedo preguntarle de qué es esa llave?

—De un apartado de correos.

—Ah. Gracias.

Observó a la joven dirigirse hacia un casillero que ocupaba buena parte de una de las paredes del lugar, y se preguntó si la llave misteriosa abriría alguna de aquellas puertecitas numeradas. Al instante se percató del problema principal: había más de cien y estaban a la vista de todo el mundo allí dentro. ¿Cómo iba a averiguar cuál abría?

* * *

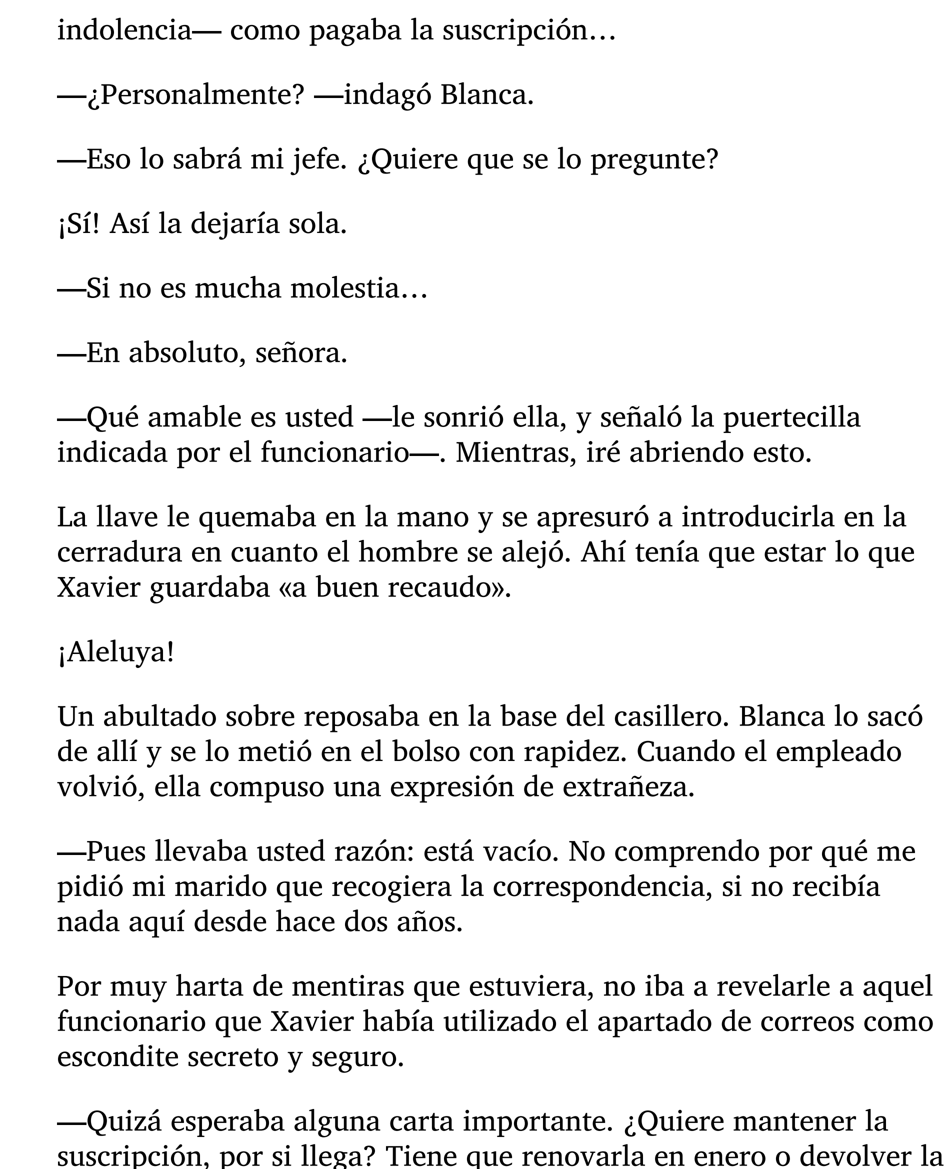
Blanca volvió a Correos el lunes siguiente, a primera hora y con la llave en el bolso. Harta de mentiras, solo tergiversó un poco la realidad cuando expuso su problema al funcionario que la atendió: su esposo había fallecido y, en su lecho de muerte, le pidió que recogiera la correspondencia de su apartado de correos, pero el último aliento se lo llevó antes de poder decirle el número de dicho apartado.

El empleado le dio el pésame y, tras consultar un listado y a su superior, la acompañó a los casilleros y le indicó cuál era el de Xavier Riera. Ella respiró de alivio por que aquellos funcionarios no tuvieran conocimiento —o se hubieran olvidado— del atentado que oficialmente mató a Xavier.

—¿Quiere que lo abra yo, señora?

—No es necesario, gracias —rehusó ella, impaciente por ver, sin testigos, lo que había dentro.

—Puede que esté vacío. Según mi jefe, hace dos años que no llegan cartas para este apartado y que nadie lo abre. Le parecía raro que el señor Riera lo mantuviera, pero… —alzó un hombro en un gesto de



indolencia— como pagaba la suscripción…

—¿Personalmente? —indagó Blanca.

—Eso lo sabrá mi jefe. ¿Quiere que se lo pregunte?

¡Sí! Así la dejaría sola.

—Si no es mucha molestia…

—En absoluto, señora.

—Qué amable es usted —le sonrió ella, y señaló la puertecilla indicada por el funcionario—. Mientras, iré abriendo esto.

La llave le quemaba en la mano y se apresuró a introducirla en la cerradura en cuanto el hombre se alejó. Ahí tenía que estar lo que Xavier guardaba «a buen recaudo».

¡Aleluya!

Un abultado sobre reposaba en la base del casillero. Blanca lo sacó de allí y se lo metió en el bolso con rapidez. Cuando el empleado volvió, ella compuso una expresión de extrañeza.

—Pues llevaba usted razón: está vacío. No comprendo por qué me pidió mi marido que recogiera la correspondencia, si no recibía nada aquí desde hace dos años.

Por muy harta de mentiras que estuviera, no iba a revelarle a aquel funcionario que Xavier había utilizado el apartado de correos como escondite secreto y seguro.

—Quizá esperaba alguna carta importante. ¿Quiere mantener la suscripción, por si llega? Tiene que renovarla en enero o devolver la llave.

—Puede quedársela ya. —Si solo Xavier conocía el número de aquel apartado, ¿quién iba a enviarle algo allí?

—Como desee, señora. Y sobre lo que me ha preguntado… Mi jefe dice que el señor Riera envió el dinero de las dos últimas cuotas

desde París. La primera la abonó en persona.

En enero de 1919, calculó ella. Antes de fingir su muerte pero después de planearla, sin duda. No podía alquilar una caja de seguridad en un banco, pues el contenido habría pasado a ser de los herederos —sus hijos y ella—, dedujo de camino a casa. Y en ese abultado sobre tenía que haber dinero o algo que significara dinero, si iba a darle una parte a Ramón para que saldara su deuda de juego.

En cuanto entró en su dormitorio, rasgó la solapa de papel manila y sacó lo que había dentro: un fajo de hojas dobladas por la mitad. Al desdoblarlas, lo primero que captó su mirada de amante del arte fue la figura de una mujer que parecía dibujada por el reconocido pintor Ramón Casas. Sobre ella y en grandes letras impresas, el nombre de la prestigiosa marca de automóviles La Hispano Suiza. Luego se fijó en el resto y por fin comprendió qué vino a buscar Xavier.

Cada una de aquellas hojas representaba una acción al portador de quinientas pesetas. Y había diez. Emitidas en diciembre de 1918.

Blanca no sabía qué valor alcanzaban ahora, pero estaba segura de que era mayor. La fábrica de automóviles no paraba de crecer, por lo que tenía en sus manos un buen monto de dinero. Mucho para una familia de escasos medios como la que su bígamo esposo había formado en París. Y a la que iba destinado, de hecho. ¿Debería compartirlo con Denise y aquellas criaturas parisinas? Sin duda les sería más útil que un álbum de fotografías.

Y sería lo correcto.

También lo sería informar a Ricardo de su hallazgo. Por su ayuda en la investigación. Bastarían un par de líneas en una cuartilla, ¿no?

Sonrió ante aquel impulso vengativo que no era propio de ella, pero… ¿no estaba harta de hacer lo correcto?

27

A seiscientos kilómetros de distancia y unos días después, Ricardo Arbona también rasgaba con impaciencia la solapa de un sobre. Ni siquiera se quitó el gabán al entrar en su apartamento tras una larga jornada de trabajo. Aquella carta podía dar un giro a su vida.

Desde que abandonó el Majestic Inglaterra, un constante desasosiego lo consumía. Ni el bullicio en la redacción del periódico ni el silencio de su piso mientras escribía la novela lo absorbían lo bastante como para olvidar a Blanca. La echaba de menos cada día más. Fantaseaba con ella cada noche. Y siempre había algo a su alrededor que lo trasladaba a Barcelona y le hacía rememorar momentos vividos junto a ella: un lápiz Staedtler Mars, un ejemplar de la revista Blanco y Negro, un cine, un Fiat rojo… Muchos en muy poco tiempo. Y los recordaba todos.

Marcharse como un cobarde había sido un error, concluyó a la semana de apearse del tren en Madrid. Eludir el momento de la despedida no había hecho más que incrementar el anhelo de un reencuentro, aunque supiera que no tenían ningún futuro juntos. Sin embargo, le había afectado más allá de lo razonable y no podía quedarse de brazos cruzados. Aquel afán de estar a su lado, de oír su voz, de descubrir lo que escondía su enigmática sonrisa o cada una de sus miradas… Tenía que ser amor. Y necesitaba constatarlo, expresarlo, la oportunidad de vivirlo. Para ello, se imponía un primer paso: trasladarse a Barcelona una larga temporada, lo que implicaba encontrar un empleo allí. Ricardo no había dudado en aprovechar que conoció al nuevo director de La Vanguardia en aquella fiesta de los señores Miralles y le había escrito para ofrecerse a trabajar en su equipo de periodistas. La respuesta acababa de llegar.

Tras una rápida lectura vio que no era la que le habría gustado recibir, pero tampoco una puerta cerrada. No había ninguna vacante que cubrir, le comunicaba, pero lo invitaba a visitarlo cuando quisiera, porque nunca se sabía cuándo podría haber una.

Un mes atrás, Ricardo habría aplicado su máxima a esa respuesta

negativa y pendiente solo del azar, y habría pospuesto su traslado a la capital catalana hasta que pudiera cerrar un contrato para un empleo allí. Ahora, en cambio, todo su ser clamaba por regresar junto a la mujer que le quitaba el sueño y le mermaba el raciocinio. Así pues, preparó la maleta con una muda y se encaminó hacia la estación de Atocha.

Subir al tren fue como un déjà vu, con la diferencia de que era viernes y no martes, como aquella noche del primero de noviembre. Y lo más importante: esta vez no huía de una mujer que se creía enamorada de él, sino que iba en busca de la que él ansiaba enamorar.

Antes de que el expreso se detuviera en la Ciudad Condal, Ricardo se apostaba en la plataforma del vagón para ser el primero en bajar. Avanzó a toda velocidad por el andén procurando no respirar el humo que aún escupía la locomotora, pero al salir a la calle lo seguía oliendo como si se le hubiera impregnado en la ropa. Entre eso y que se sentía desaliñado, se contuvo de buscar un taxi que lo llevara hasta la calle Muntaner. No podía aparecer ante su elegante dama burguesa con ese aspecto. Preguntó por el hotel más cercano y hacia allí se dirigió para cambiarse de ropa.

Al rato, se encaminaba hacia su destino. Nervioso y todavía anquilosado por las quince horas de viaje, optó por ir a pie. Le serviría para serenarse y poner orden en todo lo que quería decirle a Blanca. Pero el estructurado y coherente discurso que preparó, mientras avanzaba por aquellas calles que ya le resultaban familiares, se convirtió en una maraña de palabras sin sentido cuando enfiló el tramo donde se ubicaba la residencia de artistas. Frente al portal del edificio, el doctor Velarde abrazaba a Blanca de una forma que no dejaba lugar a dudas.

Y ella correspondía a ese abrazo íntimo.

Los pies de Ricardo se quedaron clavados en aquellas baldosas de cemento gris con una flor cincelada que cubrían muchas de las aceras del barrio y que tenían un nombre, pero en ese momento no pudo recordarlo. Un dolor sordo en las entrañas batallaba con un acceso de furia contra sí mismo por haber esperado tanto. Llegaba tarde. Demasiado tarde para pedirle una oportunidad a la mujer que se le había metido en el alma, pues el médico se le había

adelantado. ¿Necesitaba más señales indicativas de que un futuro junto a la dama era imposible?

No, pero le debía una disculpa y una explicación. Aunque fuese la última vez que la viera, aunque le resultara insoportable despedirse de ella para siempre, lo haría. Incluso delante del maldito doctor, si no le quedaba más remedio.

Clavó la vista en el suelo un instante para borrar de su mente aquel abrazo y tratar de recuperar una cierta serenidad. La sencilla geometría que se desplegaba a sus pies, casi hipnótica, lo ayudó a aplacar la ira. Entonces lo recordó: panot. Ese era el nombre de aquellas baldosas. O «flor de Barcelona». Solo tenía que seguir el camino de aquellas flores para llegar hasta Blanca Lledó.

* * *

—Gracias, gracias, Daniel. No sé cuántos favores te debo ya —dijo Blanca tras ceder al impulso de abrazarlo.

—No me debes nada —musitó él, estrechándola un poco más—. Somos amigos, ¿no?

Ciertamente lo eran. Su amistad se había fortalecido después de resolver definitivamente el asesinato de Xavier. Ella se había atrevido incluso a revelarle hasta dónde llegó su relación con Ricardo Arbona. Y cómo terminó.

Se sabía de memoria las cuatro frases de aquella horrible nota que rompió en mil pedazos cuando se deshizo de todo lo que le recordaba a su marido. La había guardado en el cajón del chifonier donde escondió en su día el arma del crimen y el marco de plata de la boda. Solo se quedó con el fragmento de fotografía en el que ella aparecía como una novia rota, pues era un recordatorio de que debía seguir luchando por su propia felicidad, que no residía en los otros, sino en sí misma, en sus decisiones —acertadas o no—, en cómo elegía vivir cada instante. Los que vivió aquella noche que

partió en dos aquel retrato, la primera vez que se permitió tirar por la borda la corrección y la prudencia, fueron maravillosos a pesar de la inoportuna interrupción.

Otra interrupción puso fin al abrazo con Daniel, pero esta la dejó petrificada y sin habla cuando oyó al médico decir:

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo va su libro, señor Arbona?

Ricardo estaba allí, a unos pasos de ellos.

—Avanzando. —El escritor también avanzó—. ¿Interrumpo algo?

—¿A usted qué le parece? —respondió con sorna Daniel.

—Que si querían intimidad, la calle no es un buen lugar.

Su tono acerado y como de furia contenida descolocó a Blanca y la rebeló al mismo tiempo. ¿Ricardo estaba enojado? ¿Él? ¿Por qué? ¡Si era ella la que tenía motivos para estarlo! ¿Y qué hacía allí, en Barcelona, delante de su edificio? Tratando de ignorar el torbellino de emociones que la asaltaba, compuso su estudiada sonrisa y lanzó un dardo con finura.

—Espero que no hayas viajado hasta aquí por ese artículo sobre mujeres que dirigen negocios, para terminar la entrevista que dejaste por un… imprevisto.

—En parte sí, pero…

Silencio. Unos impagables segundos de silencio en los que Blanca logró dominar el atronador latido de su corazón, mientras veía aquellos ojos negros mirar alternativamente a Daniel y a ella. Entonces, el médico la tomó de la mano, se la llevó a los labios y le plantó un beso en los nudillos. Acto seguido, le guiñó un ojo y dijo con toda claridad:

—Nos vemos esta noche, querida. Te dejo con el señor Arbona para que le cuentes las novedades. Caballero…

Blanca, que no recordaba haber quedado esa noche con Daniel ni con nadie, no comprendió aquella actitud hasta que su buen amigo

se alejó y el escritor recuperó el habla, de nuevo con un punto de dureza en su voz.

—¿«Querida»? ¿Son esas las novedades? ¿Que tienes… una relación con Velarde?

La deducción de su amante efímero iluminó su entendimiento. La intención de Daniel debía de ser proporcionarle un escudo con el que proteger sus sentimientos hacia el periodista. Y ella lo utilizó. Sin tener que mentir, le respondió:

—Sí, tenemos una relación estupenda. ¿Para qué has venido aquí, Ricardo? Solo me has contestado a medias.

—He preferido callar por prudencia. No sé si el doctor Velarde está al corriente de lo que hubo entre nosotros.

—Creía que la prudente era yo —señaló ella con cierta burla para camuflar el aguijonazo de dolor que el verbo en pretérito indefinido le había causado.

«Hubo». Ya no hay. Ni lo habrá, parecía decirle el resentido tenorio.

—No eres tan prudente como crees, Blanca. A los hechos me remito. Y no solo a la investigación en la que te embarcaste.

—Sigues eludiendo mi pregunta, Ricardo —presionó ella.

Se arrepintió al instante, pues él se acercó, quedando a tan solo un paso de distancia. Menos mal que estaban en la calle, porque el impulso de reducir a cero esa distancia y besar aquella boca experta en placeres prohibidos era irresistible. Sostener el escudo protector le exigía un gran esfuerzo, y a punto estuvo de lanzarlo por los aires cuando él respondió:

—He venido a decirte que te quiero.

Estupefacta, Blanca parpadeó. Al instante, él emitió un sonoro carraspeo y añadió:

—Que te quiero pedir disculpas. Por haberme ido de la forma en que lo hice.

Ricardo retuvo el aire en sus pulmones, maldiciéndose por haberse precipitado. Por suerte, el aleteo de párpados de la dama había detonado en su aturullada mente y él había podido encauzar su discurso. Sin embargo, ella no se lo puso fácil.

—Con una llamada habría bastado. Y un poco antes, diría yo —remarcó la dama con una sonrisa que no trascendió más allá de los labios—. Ha pasado un mes, Ricardo.

—Un mes infernal para mí, créeme. No he podido dejar de pensar en ti.

—¿Pensar en mí te supone un infierno? Vaya. O has perdido tu labia aduladora o has vuelto a utilizar las palabras con poca precisión.

—Te aseguro que son las exactas. El infierno ha sido estar lejos de ti, no poder tocarte ni besarte, saber que solo fui un capricho pasajero para ti y que no había ninguna posibilidad de llegar a ser algo más. ¿Comprendes ahora por qué no te llamé? Trataba de olvidarte, de convencerme de que lo nuestro fue una aventura como cualquier otra que haya tenido y que…

—Yo no tengo aventuras —lo atajó ella con firmeza.

—Lo sé. Sé que hiciste una excepción conmigo y me siento un privilegiado por haber sido el primero al que le permitías traspasar tu barrera de prudencia y decoro —expresó él mientras la última afirmación de Blanca rondaba entre sus ofuscadas neuronas, abstraídas en la difícil confesión—. El primero con el que te saltaste tus reglas. Supongo que las circunstancias… «excepcionales» jugaron un papel importante en tu decisión de ceder a mi empeño en seducirte y… —Una fugaz conexión neuronal le dejó la mente casi en blanco—. Has dicho que tú no tienes aventuras.

—Exacto.

Ricardo se resistía a creer lo que su lógica apuntaba.

—¿Significa eso que lo que hubo entre tú y yo fue algo más que sexo?

—Por toda tu perorata, yo podría hacerte la misma pregunta.

No era un sí, pero tampoco un no. Esperanzado, pensó en pedirle una oportunidad en ese mismo instante, pero se contuvo. No podía volver a precipitarse. Antes de pedirle nada tenía que obtener su perdón.

—Sé que fui un cobarde al dejarte esa nota y no puedo alegar nada en mi defensa. Nada aceptable, por lo menos. El miedo a sufrir no es un buen argumento y, por desgracia, es el único que tengo. Me había enamorado de ti, Blanca, y se me hacía insoportable pensar en el momento de la despedida, así que hui. Lo siento —pronunció a media voz y con la súplica escrita en la mirada—. Y espero que me perdones, porque sigo enamorado de ti.

—¿Hasta cuándo?

—¿Cómo que…? —Un instante de desconcierto. Dos segundos de silencio. Tres palabras acudieron en auxilio de Ricardo, que no dudó en afirmar—: Siempre te amaré.

Vio que ella cerraba los ojos, inspiraba hondo y se rodeaba con los brazos al tiempo que elevaba las comisuras de la boca, componiendo aquella enigmática sonrisa. ¡Qué no daría por saber lo que significaba! Cuando los párpados se alzaron, unas brillantes pupilas acariciaron las suyas, pero la réplica de Blanca destilaba mofa.

—Deberías escribir novelas de amor, en lugar de policíacas. Esa frase quedaría muy bien. Sería un buen final.

Blanca Lledó no se creía que él se hubiera enamorado de ella.

—Yo no quiero un final, Blanca, quiero un principio. Empezar de nuevo contigo. Y no me importa si te has comprometido con el doctor Velarde, porque haré todo lo que esté en mi mano para que me des una oportunidad. No de ser amantes clandestinos —puntualizó—, no pienso amarte a escondidas. Quiero hacerlo libremente y que tú también te sientas libre de expresar lo que sea que sientes por mí. Y si solo es deseo, si no hubo nada más por tu parte en nuestra breve aventura… —Tomó una bocanada de aire y

metió las manos en los bolsillos de la americana. El ansia por enmarcar el rostro de Blanca y besar esos labios que ya no sonreían lo estaba matando—. Bueno, al menos sería un comienzo.

—¿De qué Ricardo? ¿De una relación a distancia? ¿Qué libertad tenemos con tantos kilómetros de por medio?

—No los habrá dentro de unas semanas. Me mudo a Barcelona —anunció él, provocando otro pestañeo de asombro. Pero este le complació y lo alentó a continuar—. En cuanto encuentre un lugar donde vivir.

—¿Te has vuelto loco?

Ricardo exhaló un amago de carcajada.

—Es posible, porque me estoy saltando mi máxima, pero sé que me volvería loco si renunciara a ti.

Un nuevo parpadeo de la mujer frente a él le arrancó una sonrisa. Solo un instante, pues ella se llevó las yemas de los dedos a la curva inferior de los ojos, como si se secara unas lágrimas furtivas. Ricardo no pudo evitar que una de sus manos volara hacia aquellos dedos.

—Blanca…

Pero no alcanzó a tocarlos. La dama retrocedió.

* * *

La ternura con que Ricardo Arbona pronunció su nombre estuvo a punto de desarmarla y desatar un torrente de lágrimas inadmisible en su educación. Y más en plena calle. Afortunadamente, tuvo la rapidez de reflejos suficiente para esquivar la mano masculina que pretendía tocar la suya y que le habría hecho soltar el invisible escudo con que se protegía. No podía permitirse creerse la declaración de amor de un joven soltero, atractivo como el pecado,

mujeriego y, además, artista. La mayoría eran de espíritu volátil y tendían a dramatizar.

«Siempre te amaré».

¡Madre mía! ¿Qué hombre tenía el valor de decir esa frase en la vida real? Aunque a ella le había encantado, también le había servido para no bajar la guardia, para mantener la compostura ante una situación que jamás se le habría ocurrido imaginar. Pero allí estaba él. Ricardo Arbona. Dispuesto a instalarse en Barcelona para tener la oportunidad de amarla. A ella. A una viuda insulsa cuatro años mayor que él y con dos hijos ya criados.

No duraría.

O sí. ¿Por qué no? ¿Por qué iba a renunciar ella a la felicidad que se le ofrecía? Tal vez fuese solo temporal, sí, pero su propia experiencia le había enseñado que nada es eterno, ni el amor ni el dolor, que todo cambia, ya sea en un instante o muy despacio, y que nadie tiene asegurada la dicha de por vida. Sin embargo, precisamente por eso, porque el ahora es distinto al después, porque el hombre que le había descubierto el amor en la madurez estaba allí en ese momento, pero se marcharía al día siguiente, se resistió a caer en la tentación de seguir explorando el paraíso.

—Lo siento, Ricardo, pero…

—¿Es por Velarde? —la interrumpió él con un velo de desolación en la mirada—. ¿Tanto lo quieres? Ese abrazo que he visto al llegar…

Y Blanca se echó a reír. Fue una risa breve y dulce que barrió buena parte de la tensión que había ido creciendo en ella desde que Daniel la dejara a solas con Ricardo. Y le supo mal. Era cruel y de mala educación reírse del sufrimiento de otra persona. Aunque esa persona en concreto la hubiera dejado plantada en un hotel. Iba a costarle olvidar aquella dichosa nota, pero la disculpa y el argumento que él había esgrimido la compensaban con creces, y ni siquiera se planteó alargar la aflicción del hombre que aguardaba una respuesta.

—Abrazaba a Daniel porque me ha hecho un gran favor.

Relacionado con el caso que tú y yo investigamos.

—Entonces, ¿esas novedades a las que se refería…?

—Demos un paseo mientras te las cuento. No me parece prudente hacerlo aquí parados.

Y necesitaba moverse. El frío húmedo comenzaba a calar el abrigo y no tardaría en metérsele en los huesos. De buena gana invitaría a Ricardo a subir a casa, pero no se fiaba de sí misma, así que echó a andar y le habló de la llave misteriosa que ya no entrañaba ningún misterio.

—¿Un apartado de correos?

—Hummm, supongo que Xavier no regresó antes a Barcelona porque no necesitaba lo que allí guardó. —Y le reveló qué había encontrado—. Daniel me ha encontrado un comprador para las acciones. Justo volvíamos de formalizar la venta.

También le contó que destinaría una pequeña parte del dinero obtenido a financiar actividades promocionales para sus huéspedes. El resto lo repartiría entre los hijos de su marido. Todos. Yvette ejercería de intermediaria para hacérselo llegar a los que tuvo con Denise. Así lo había acordado con la guionista, ya que no podía enviarlo ella directamente ni depositarlo en un banco como si se tratara de una herencia. Según la gran mentira de Xavier Petit, su familia española no andaba muy boyante y resultaría extraño que aquel dinero apareciese de la nada tras su muerte repentina y accidental.

—Y esas actividades promocionales —se interesó él—, ¿en qué consistirán?

—Exposiciones de arte, veladas musicales, tertulias literarias… Cualquiera que convenga a mis huéspedes —resumió ella, y antes de que al escritor se le ocurriera, le avisó—: No voy a organizar una presentación de tu novela.

Una risa mansa y afable envolvió la réplica de Ricardo.

—No iba a pedírtela. Lo único que te pido es una oportunidad de…

—Respecto a eso —lo cortó ella para no volver a oír aquel verbo tentador—, no voy a responderte ahora. Primero, instálate en Barcelona si es lo que te apetece, pero no lo hagas por mí. No quiero condicionar tu vida a una decisión que yo pueda tomar en este momento. Además, mañana te marcharás y ni siquiera sabes cuándo regresarás.

—Lo antes posible.

—¿Con las navidades de por medio? Las pasarás con tu familia, con tus amigos… Y quizá conozcas a una chica que te guste más que yo. Una chica soltera y sin compromiso, más joven que yo y…

—Qué manía tienes con la edad —rio él.

Blanca ignoró el comentario.

—Y que pueda darte hijos.

El hombre se detuvo, cortándole el paso. En su expresión no había rastro de la risa anterior.

—Para empezar, no tengo ningún interés especial en perpetuar mis genes.

—Pues es una lástima, porque valen la pena —bromeó ella (o no), mirándolo de arriba abajo apreciativamente.

Él sonrió de un modo que la calentó por dentro.

—Gracias por el cumplido. Innecesario, pero me da esperanzas. —Y recuperó la seriedad y el hilo interrumpido—. Para continuar, estoy seguro de que no conoceré a nadie que me guste más que tú. Ni estas navidades ni cualquier otro día mientras esto —se llevó el índice al centro del pecho y se lo clavó en el lugar que alberga el corazón— siga latiendo. He conocido a muchas, muchísimas mujeres a lo largo de mi vida y jamás he sentido por ninguna lo que siento por ti. Si no es amor, no tengo ni puñetera idea de lo que es. Y para terminar —se pasó una mano por el pelo en un gesto inquieto—, sé que existe el riesgo de que una relación de pareja contigo no funcione, pero estoy dispuesto a correrlo. ¿Lo estás tú?

La pregunta fue tan directa y la confesión tan sincera que Blanca estuvo a punto de claudicar, pero se aferró al presente y respondió con la misma franqueza.

—Sigo siendo una mujer prudente, Ricardo. Y aunque me gustaría cambiar eso de mí, no puedo hacerlo en un día.

El hombre alzó las cejas y en su rostro apareció el canalla seductor.

—¿Y en un mes?

—No hago planes a largo plazo —alegó ella, al límite de su contención—: Salvo en lo que respecta a los negocios, por supuesto. Y precisamente dentro de un mes estaré muy ocupada organizando mi primera soirée. No insistas, por favor.

—De acuerdo —aceptó él, pero la mirada de bribón se tornó maquinadora—. ¿Tienes ya una fecha para esa soirée?

—El último jueves de enero.

—¿Estoy invitado a asistir?

—Teniendo en cuenta que eres periodista, sería una negligencia por mi parte no incluirte entre los invitados.

—Cierto, pero ¿me incluirías como Ricardo Arbona, el hombre que se ha enamorado perdidamente de ti?

«¡Dios santo! ¿Cómo puedo negarme, si me lo pide de ese modo?».

Sin embargo, el «sí» que tenía en la punta de la lengua reculó ante el miedo al desengaño y, como volvían a estar frente a su edificio, emuló la intrigante mirada de aquellos ojos negros observadores, compuso una sonrisa sugerente, y respondió:

—Tal vez. Que tengas buen viaje de regreso, Ricardo.

Y allí lo dejó, plantado en la calle y sin opción a despedidas. No por desquitarse de la del periodista en el Majestic Inglaterra, sino para recuperar el equilibrio emocional que el hombre había desestabilizado con su inesperada declaración de amor. Medio

minuto más con él y habría caído rendida a sus pies. Una debilidad que no podía permitirse. No ahora. Tal vez, cuando regresara a Barcelona…

«Si regresaba», se corrigió, porque aún le costaba creer que eso fuera a suceder.

28

Un mes después

El timbre del teléfono sobresaltó a Blanca. Seguía sin acostumbrarse a aquel estridente sonido, sobre todo cuando irrumpía en el silencio de la casa y cerca de su oído. Como en ese preciso momento. Salía de la cocina para dirigirse al despacho. Sobre la mesa la esperaba el centenar de sobres que iba a enviar con la invitación a la fiesta que abría una nueva etapa de su residencia de artistas.

Se aclaró la voz y descolgó el auricular sin haber recuperado el ritmo calmo de su corazón, que se aceleró aún más cuando la telefonista dio paso al interlocutor.

—Hola, Blanca. Espero no interrumpir tu desayuno.

Aquellos graves envolventes que no podía olvidar agitaron las alas de las mil mariposas dormidas en su estómago, que solo reaccionaban ante un hombre y el sonido de una voz. No había vuelto a saber nada de Ricardo Arbona desde aquel sábado en que huyó de él, de la tentación, de la promesa de amor eterno que no casaba con un mujeriego de espíritu aventurero, y que a ella le pareció demasiado perfecta para ser verdad. El silencio del escritor, un día tras otro, confirmó que había hecho bien en recelar de toda aquella labia embaucadora y novelesca, aunque no hallara una razón que la justificara salvo un carácter enamoradizo.

«Si no es amor, no tengo ni puñetera idea de lo que es».

El seductor confundía sus sentimientos. Los caprichos pasajeros podían durar un tiempo, pero no para siempre.

La referencia al desayuno la hizo sonreír, a pesar de su agitación interior, y la ayudó a fingir serenidad.

—No interrumpes nada, Ricardo. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, ahora que hablo contigo.

—No recuerdo haberte prohibido que me telefonearas.

Le salió del alma, sin filtro educacional.

—¿Habrías querido que lo hiciera?

Pero la extrañeza en el tono de la pregunta de Ricardo la sorprendió. ¿Tan bien había ocultado ella lo que sentía por él? ¿Dónde estaba el hombre que percibía lo que a otros les pasaba por alto? Buscó una respuesta adecuada y más sutil que el «sí» rotundo que danzaba en sus labios.

—Es lo que cualquiera esperaría de alguien que le pide una oportunidad, ¿no?

—Entonces, he sido un idiota. O demasiado cauto. Joder —masculló—. Pensé que… Por la forma en que te marchaste aquel sábado, por lo que me dijiste, entendí que… En fin, ya no puedo cambiar eso. Lo siento. ¿Podrás perdonarme? Por favor.

El ruego escapaba a la comprensión de Blanca. No haberla telefoneado no era una falta tan grave, si al hombre se le había pasado el encaprichamiento. Y para constatar tal suposición, le concedió:

—Pregúntamelo en persona, si te mudas a Barcelona.

—Podría estar en tu casa en media hora.

Perpleja, parpadeó.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Anoche fue la primera que dormí en mi nuevo piso de alquiler. De hecho, por eso te llamaba, para darte la dirección donde me gustaría recibir la invitación a tu primera soirée. También te daré la de la revista donde empiezo a trabajar el lunes. Elige tú a cuál de las dos prefieres enviármela. Respetaré tu decisión. ¿Anotas

las señas?

A Blanca le pareció que el suelo se movía bajo sus pies como una alfombra mágica que emprende el vuelo. La mezcla de euforia y vértigo que la invadió le bloqueó todo pensamiento excepto uno: Ricardo seguía enamorado de ella.

—Un momento. No tengo papel ni… Espera.

Abrió un cajón de la consola donde guardaba una estilográfica y un pequeño bloc. Todavía con la sensación de estar sobre una alfombra voladora, las manos le temblaron cuando escribió las direcciones que Ricardo le dictaba.

—Y puedo darte otra más, a menos que tu párroco te la haya dado ya.

—¿Mi qué? —inquirió ella, confusa y creyendo que no había oído bien.

—El cura de Pompeya. ¿Averiguó quién era Paquito de Mazarrón?

El vuelo de la alfombra se detuvo bruscamente y Blanca sufrió una sacudida mental. Se había olvidado de Paquito. ¡Por todos los santos! ¿Cómo podía haberse olvidado de aquel pobre hombre? No tenía perdón de Dios. Ni noticias de su intermediario en la tierra, del cura de la iglesia que no había vuelto a pisar desde que asistió con sus hijos a la misa del Gallo en Nochebuena.

—No lo sé —le respondió a Ricardo—. No se lo he preguntado.

—Pues ya no hace falta que lo hagas —manifestó él con gran satisfacción—. Como te preocupaba tanto, moví algunos hilos entre mis compañeros de profesión hasta dar con uno oriundo de Mazarrón. Él ha estado indagando, y tengo aquí una carta suya que recibí la semana pasada. Iba a llamarte cuando la leí, pero aún no se había cumplido el mes que entendí que me pedías para pensar en lo que te pedía yo, y no quise jugármela. Ahora sé que podría haberte llamado, que lo entendí mal y… Bueno, me estoy repitiendo. A lo que iba: ¿Quieres que te lea la parte que te interesa o colgamos y te la llevo en media hora?

—No —rehusó ella sin dudar. Era muy probable que en esos treinta minutos le diera un infarto o entrara en estado de shock—. Léela. O mejor, sintetiza y no me tengas en ascuas.

—De acuerdo. Pues resulta que Paquito era un pendón de cuidado y que su familia ya lo dio por perdido al año de emigrar a Barcelona en busca de fortuna y no recibir noticias suyas. Estaba casado, no tenían hijos, y la esposa hasta se alegró de saber que había fallecido, porque quiere volver a casarse.

Blanca se sintió aliviada al saber que no había más huérfanos de padre en aquella cadena de crímenes. Ni otra viuda desconsolada. Aunque tal vez no habría ninguna, si Denise supiera la verdad sobre Xavier, cayó en la cuenta mientras seguía escuchando a Ricardo.

—Solo hay un pequeño problema, y es que la mujer necesita el certificado de defunción del marido para poder tener otro, claro. ¿Crees que le podrías pedir a Velarde que falsifique ese documento?

¡Qué remedio! Otro favor más que le debería a Daniel, suspiró ella, pero la consoló pensar que sería el último. Un último delito para poder mantener en secreto la gran mentira de Xavier Petit y las consecuencias que había acarreado. Luego, encerraría para siempre los malos recuerdos y continuaría hacia adelante. No había otra opción.

Pero sí una elección: debía decidir a cuál de las dos direcciones que Ricardo le había dado enviaría la invitación.

Y Blanca tenía muy claro que no quería otro marido.

29

A una semana de la soirée, Ricardo recibió la invitación en las oficinas de la revista para la que trabajaba.

Se le cayó el alma a los pies. No se lo esperaba.

Tampoco se esperaba que, esa misma tarde, al volver a casa después del trabajo, el portero del edificio donde vivía le entregara un sobre idéntico al que había abierto por la mañana.

Otra invitación.

¿Qué significaba eso?

Dado que Blanca le había echado en cara finamente que no la hubiera telefoneado durante un mes, no dudó en llamarla.

—¿De verdad no lo has entendido? Creía que eras más perspicaz, Ricardo.

—¿Significa que necesitas más tiempo para decidir? Si es así, no hay problema por mi parte.

—Tú ven el próximo jueves a la fiesta y procura ser puntual. Me gustaría recibirte adecuadamente.

Joder.

—Blanca, no me asustes. Recuerdo muy bien tu recibimiento adecuado como hospedera.

—¿Como hospe…? ¡Ay, Dios! Lo siento. He elegido mal las palabras.

—Bueno, al menos no soy el único que se equivoca de vez en cuando —se relajó él por partida doble.

—Ricardo, tengo que colgar. Nos vemos el jueves. A las ocho en

punto.

Una despedida que no daba opción a malentendidos: cualquier intento que él hiciera por verla antes sería rechazado.

Resistió aquella semana a base de escribir. Para la revista y, en sus horas libres, una nueva novela. La víctima del crimen ficticio era un médico que fumaba en pipa. Aún le tenía ojeriza a Velarde, a pesar de saber que no era un rival para él en su intento de conquista de su dama burguesa.

Y el jueves llegó. Los nervios se lo comían por dentro mientras se vestía y acicalaba para la ocasión: camisa, corbata y chaleco nuevos, un traje elegante que se había comprado en Washington el año anterior y que solo se había puesto dos veces, zapatos Oxford relucientes y un canotier que habría preferido dejar en el armario. No solía llevar sombrero, le molestaba, pero cualquier caballero que se preciara tenía que lucir uno, sobre todo en un evento como aquel. No quería desentonar entre la gente con clase.

Salió de casa con el tiempo justo por culpa de aquellos malditos nervios que no recordaba haber sentido jamás y que se confabularon con el espejo. ¿La corbata estaba torcida? ¿El pantalón bien planchado, con la raya recta? ¿Por qué le quedaba raro el sombrero? ¿Debería ponerse un pañuelo en el bolsillo de la americana? Sí, mejor. Era un toque de distinción.

¿Dónde había dejado las llaves? ¿Y la cartera? ¡Ah, sí! Seguían en la ropa que se había quitado.

Su reloj de pulsera marcaba las ocho menos cuarto cuando tomó un taxi hacia su destino. Iba a llegar cinco minutos tarde, lo que no podía calificarse de impuntualidad.

¿Cómo sería el recibimiento adecuado de Blanca? ¿A cuál de las dos invitaciones se adecuaría?

Llevaba días preguntándose eso y prohibiéndose elucubrar respuestas. «Muy pronto la tendré», se dijo en el asiento del taxi con la mirada perdida en la noche tras la ventanilla. Cuando el vehículo giró por la calle Muntaner, a tres manzanas de la residencia de

artistas, el tráfico se volvió denso y lento. Si los ocupantes de todos aquellos automóviles iban a la soirée, la casa estaría a reventar. Y él llegaría tarde si avanzaban tan despacio, así que le pidió al taxista que se detuviera allí y continuó a pie.

Pasaban diez minutos de las ocho cuando se unió a los invitados que entraban con parsimonia en la residencia de artistas y, gracias a su estatura, divisó a Blanca. El corazón se le paró un instante para volver a latir con fuerza. También sus pies se detuvieron pero, a diferencia del órgano vital, no reemprendieron la sencilla mecánica de andar. Ricardo se quedó a tres pasos de la puerta contemplando a la dama que, en el centro del vestíbulo, estrechaba manos y recibía algún que otro beso en las mejillas.

Estaba radiante.

El rostro de tez marfileña relucía bajo la profusa iluminación y destacaba entre los invitados como un diamante entre bisutería. El entusiasmo brillaba en sus ojos, pese a aquella estudiada y perfecta sonrisa que conformaban sus labios pintados de rojo oscuro. Ricardo deseó besarlos en ese mismo instante. Al siguiente, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y tragó saliva, pues las personas que le tapaban la completa visión de la anfitriona se movieron de un lado a otro y dejaron una suerte de pasillo directo hacia ella. El esbelto cuerpo que apareció a escasos metros de él aumentó su deseo al tiempo que le robaba el aliento y le llenaba el alma de fascinación. Sus pupilas recorrieron la silueta de Blanca, recta pero insinuante, cubierta por un vaporoso vestido más propio de una flapper que de una dama de la alta burguesía: de corte tubular, una banda de tela lo ceñía a las caderas y caía sobre la falda asimétrica que dejaba al aire parte de las piernas femeninas. Un largo collar de perlas contrastaba con el color violáceo del vestido, semejante al del vino joven.

Ricardo se sintió ebrio de amor.

Atraído sin remedio por la deslumbrante visión, avanzó por el pasillo abierto hacia la mujer que lo embelesaba y que no tardó en percatarse de su llegada. El entusiasmo que él había percibido en los ojos castaños se extendió hasta la boca sonriente.

—Ah, Ricardo, ya estás aquí.

Él se apresuró en alegar, aunque no fuera del todo cierto:

—He sido puntual, pero hay tanta gente que…

No pudo decir más, porque ella le echó los brazos al cuello con fineza y su mirada adquirió visos de picardía. Y lo besó.

En la boca.

Delante de todo su círculo social.

No fue un beso largo, pero sí una declaración de intenciones que la dama reafirmó cuando sus labios se separaron y musitó:

—Bienvenido a mi vida.

Atónito, Ricardo solo acertó a preguntar:

—¿Por qué dos invitaciones?

—Porque esto —abarcó el espacio con la mirada y un elegante gesto de la mano— es muy importante para mí. Y todo negocio necesita publicidad. ¿Cómo no iba a invitar a un periodista? Si aún no has escrito ese artículo sobre mujeres empresarias, ya estás tardando. Y puedes incluirme, por supuesto.

—Me pondré con ello esta misma noche —prometió él, dispuesto a complacerla en todo y más.

Ella parpadeó, pero no del modo en que lo hacía cuando algo la desconcertaba, sino con cierta coquetería.

—Vaya, tenía otros planes para esta noche, pero…

—O mañana —la cortó él, intuyendo cuáles eran esos planes. Y se imaginó quitándole aquel vestido atrevido y dándole al collar de perlas un uso diferente al de engalanar.

Su fantasía se vio interrumpida por una voz familiar.

—¡Señor Arbona! Me alegro de volver a verle. ¿Cómo va su libro?

Ricardo tardó unos segundos en reaccionar y apartar la mirada de la

mujer que lo había sorprendido con aquel recibimiento tan impropio de una dama prudente. Que ella lo considerase «adecuado» hablaba por sí solo. Con el corazón brincándole en el pecho, respondió a Daniel Velarde:

—Sale a la venta la semana que viene.

—Ah, entonces ya puede contarme de qué va. ¡No, espere! No me cuente nada. Ya lo compraré y lo leeré. Por cierto, y sin ánimo de crítica a sus modales, debería quitarse el sombrero.

Mierda. Tenía razón. Ricardo lo hizo de inmediato, maldiciéndose por haberse olvidado de seguir aquel sencillo protocolo. También maldijo el que debía seguir Blanca como anfitriona, pues continuó recibiendo a sus invitados y a él no le quedó más opción que enfilar aquel pasillo que tantas veces había recorrido. Ahora estaba lleno de gente elegante y de las paredes colgaban cuadros que no recordaba.

Al pasar por delante de la cocina y ver a Juanita dando órdenes a desconocidos uniformados, quiso entrar a saludarla, pero una voz que asoció a la de Eulalia lo reclamó desde la entrada al salón, y hacia allí se dirigió. La adolescente lo abrazó como si llevara años sin verlo. Acto seguido, le presentó a una mujer de aspecto apocado. Era la viuda de Sureda.

—Qué suerte ha tenido Blanca con usted, señor Arbona. ¡Me alegro tanto por ella!

—La suerte ha sido mía, señora.

—Y no se preocupe por los Riera. Lo acabarán aceptando.

Y así fue como Ricardo se enteró de que Blanca había acudido el fin de semana a la masía de su familia política para hablarles de él.

Y que no había ido bien.

En cuanto vio la ocasión, una hora después, se acercó a la dama.

—¿Tienes dos minutos para mí?

—Por supuesto. —Ella le enlazó el brazo—. Vamos a la biblioteca. Estaremos más tranquilos.

Varios recuerdos de aquella estancia asaltaron a Ricardo mientras avanzaban por el corredor esquivando a los invitados que observaban los cuadros a la venta. Blanca le informó:

—La mayoría son obra de los pintores que se han hospedado aquí alguna vez. El resto, de mi amiga Montse. Me ha dicho que ya te ha conocido.

—Sí, precisamente por eso…

—Y que tengo muy buen gusto —añadió sin escucharle y abriendo la puerta de la biblioteca.

Cuando la cerró tras él, lo agarró de la nuca y lo besó con pasión. Pero a Ricardo le preocupaba lo que Montse había revelado y, muy a su pesar, puso freno al deseo que ya prendía en su cuerpo.

A ella le extrañó.

—¿Qué ocurre, Ricardo?

—No ha venido ningún Riera a la inauguración, y tu amiga me ha contado el motivo.

—¿Que no quiero otro marido?

—No ha especificado tanto, solo… —Calló un segundo para asimilar lo que aquello implicaba y exhaló una risa comprensiva—. Creo que, antes de pedirte matrimonio, debería enamorarte, ¿no?

—Ya lo has hecho, pero no necesito casarme. Y eso es lo que no les gusta a mis cuñados y a mi suegra.

Impactado por la primera afirmación, apenas oyó las demás.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—Que lo que no les gusta a…

—No, no. Antes de eso. ¿Has dicho que ya estás enamorada de mí?

—Si todavía lo dudas, después de mi recibimiento de hoy, es que me conoces muy poco.

Y Ricardo, exultante de felicidad, atrajo a Blanca hacia sí y retomó el beso que había frenado.

Cuando sus bocas se separaron, la de ella musitó:

—No me tientes o echaré la llave de esa puerta.

—Una idea excelente.

—Lo sería si no hubiera casi cien personas ahí fuera, Ricardo. Debemos volver a la fiesta.

—Lástima, ya me estaba haciendo ilusiones.

Y cierta parte de su anatomía también, algo que a ella no le pasó desapercibido, pues seguían abrazados.

—Lo noto, pero tendrás que contenerlas un par de horas hasta que…

—¿Un par? —la atajó él con una exagerada mueca de dolor. Y se inclinó para susurrarle al oído—: No sé si resistiré tanto. —Besó el estilizado cuello e insistió—. ¿Podemos negociar?

—¿Pretendes que eche a mis invitados… mmm… —la boca del seductor recorría la piel al borde del escote— antes de medianoche?

Ricardo llevó sus labios hacia el otro oído de ella mientras posaba una mano en uno de los senos femeninos y acariciaba la punta con la yema del pulgar.

—No hará falta, si cerramos la puerta con llave.

—¿Para amarnos en silencio y con la ropa puesta? —Ella detuvo la mano incitadora y se apartó lo justo para mirarlo a los ojos—. No. Hoy no. Hoy no quiero reprimirme cuando te tenga dentro de mí, en tu cama…

—¿En la mía? —se alarmó Ricardo.

—Sí. ¿Hay algún problema?

Para él, lo había y no quiso ocultárselo.

—Pues… que vivo en un piso muy pequeño y no está a la altura de una dama como tú.

Ella elevó las cejas al tiempo que parpadeaba.

—¿Crees que eso me importa?

—Ya veo que no, pero a mí… —Sonrió, un tanto avergonzado por lo que iba a admitir—. Bueno, tengo mi orgullo y… ¿Por qué crees que hice todo lo posible por alejarme de ti, por olvidarte y tratar de ignorar lo que sentía por ti? No fue solo por los seiscientos kilómetros que nos separaban ni porque estuviera convencido de que te acostaste conmigo por capricho. También fue porque provengo de una familia humilde y no puedo ofrecerte nada más que a mí mismo.

Una sonrisa cariñosa afloró en los labios de Blanca y puso un velo de seda húmeda en su mirada.

—Es evidente que te queda mucho por conocer de mí. Por suerte, tendremos un largo noviazgo para remediar eso.

—Uno eterno, diría yo, si no quieres otro marido —señaló Ricardo con cierta resignación, y arguyó—: Porque no pienso volver a alejarme de ti, a menos que tú me lo pidas.

En las brillantes pupilas que acariciaban las de él refulgió una chispa de diversión.

—¿Con lo que me ha costado encontrarte? Ya te puedes olvidar de que te pida algo ni remotamente parecido.

—¿Ni siquiera aunque insista en echar la llave de esa puerta? —tanteó, medio en broma, en su tono más persuasivo.

Y la dama lo sorprendió de nuevo esa noche con una concesión.

—¿Diez minutos será suficiente?

—Ni toda una vida lo sería para amarte como deseo, pero acepto. Te prometo que será un buen comienzo.

AGRADECIMIENTOS

Para que esta novela haya llegado a tus manos ha sido necesario el trabajo y el tiempo de muchas personas, y quiero agradecerles la confianza que han depositado en mí y en esta historia ficticia que se sale de mi zona de confort literaria.

Pero antes de nombrar a nadie, te doy las gracias a ti por haber elegido leer Un asunto delicado entre la gran cantidad de títulos que se publican. Eres tú quien da vida a una ficción escrita, a los personajes que la conforman y que aguardan entre las páginas del libro para contarte sus vivencias. Espero que hayas disfrutado de las que te cuentan en esta novela o, como mínimo, que te hayan entretenido lo bastante como para hacerte olvidar el mundo real durante unas horas.

Y es en el mundo real donde he encontrado la ayuda que necesitaba mientras escribía y que ninguna tecnología podía proporcionarme.

Me siento afortunada de haber podido contar con la asesoría del crítico de cine Edmond Orts, una impresionante fuente de información en todo lo relativo al séptimo arte. Siempre disfruto mucho del proceso de documentación, pero escucharte a ti, Edmond, ha sido un lujo, un privilegio y un auténtico placer. Muchísimas gracias por contarme tanto sobre los inicios del cine y por los libros que me prestaste para que pudiera sustentar esta ficción en la realidad de la época.

Gracias al Museo Postal y Telegráfico, especialmente a Rubén González, por responder con tanta rapidez y amabilidad a mi consulta por e-mail sobre los apartados de correos a principios del siglo pasado. Me ayudaste mucho más de lo que crees al facilitarme los datos que no encontraba en Internet. No he podido incluirlos todos en esta novela, pero me los guardo como un tesoro, porque seguro que me sirven para otra. Y no dudes que visitaré el museo en cuanto vuelva a abrir en Toledo. Os deseo lo mejor en vuestra nueva andadura.

Mi más sincero agradecimiento al fisioterapeuta Jordi Rius. Tu paciencia al responder a todas las preguntas que te hice sobre temas

médicos y clínicos tiene un gran valor para mí. También que arregles mis constantes contracturas musculares por pasar tantas horas frente al ordenador, por supuesto. Sé que no tendría ni la mitad si siguiera tus consejos, pero cuando me sumerjo en la escritura me olvido de todo lo demás.

Incluso de mi marido, ayyy… Así que tienes mi gratitud eterna, cariño. Por tu apoyo incondicional, por soportar mis momentos de aislamiento sin la más mínima queja, por escucharme siempre que lo necesito y por mucho más que no detallaré aquí.

Un gracias enorme a mis dos hijos. Es muy probable que no leáis esto (ni la novela), pero no me importa (bueno, un poco sí). Sois un regalo que no tiene precio y, a menudo, despertáis mi inspiración.

Quiero hacer mención especial a mis padres, aunque ya no puedan tener este libro en las manos. Mi mayor agradecimiento es para vosotros, allá donde estéis. Me enseñasteis a amar la literatura y a perseguir los sueños con tesón y buen humor. Os llevo siempre conmigo.

Gracias infinitas a mi hermana, una de mis lectoras cero y la más crítica. Has sido mi guía desde que empecé mi aventura literaria, y sé que no habría llegado hasta aquí de no ser por ti. También sé que tú habrías prescindido de parte del romance de esta historia, pero… ya me conoces. Y he seguido tus valiosos consejos en lo demás, así que espero que continúes siendo mi guía.

La idea de ambientar esta novela en Barcelona a principios del siglo XX surgió en una comida en casa de mi familia política, así que gracias también a vosotros, Olga, Renata y Manolo. por formar parte de mi vida y animarme siempre a seguir escribiendo. Vuestro espíritu de lucha es un modelo para mí.

A mis amigas, Anna y Pepa, por todos los momentos que compartimos, ya sea en persona o chateando. Los libros nos unieron hace muchos años, así que no podíais faltar aquí. Sois estupendas y me siento muy agradecida por seguir contando con vuestra amistad.

También los libros me han acercado a muchas personas que han contribuido, de algún modo, a que haya escrito este. ¡Mil gracias a

todas! A José de la Rosa, por ser mi maestro de escritura y acompañarme en el camino. A las libreras Mireia Solsona y Ana Lara, por vuestro firme apoyo desde mi primera novela publicada. Al director y autor teatral Jaume Villanueva, por tu insistencia en que escribiera un crimen (aquí lo tienes, aunque quizá no es tan sangriento como imaginabas). A las blogueras, bookstagrammers y booktubers que recomendáis siempre las historias que escribo: Pepa, de Otro romance más, Neus (@neus_sinlibrosnosoynada), Bea (@mis_sensaciones_literarias), Marta de Tejiendo críticas en la sombra (@tcelsblog) y Esther (@therobluezar).

Y, para terminar, quiero dar las gracias a mis nuevas editoras: Esther Herranz y Eva Olaya. Trabajar con vosotras es una maravilla. Habéis hecho que este libro sea mejor de lo que era y que luzca una portada preciosa, original y sugerente. Vuestro apoyo y profesionalidad tienen un valor incalculable para mí. Y extiendo mi agradecimiento a todo el equipo de Ediciones Versátil por poner esta novela al alcance de las lectoras y lectores.